

MICHAEL ASHLEY

LOS MEJORES RELATOS DE CIENCIA FICCION

LA ERA DE LOS CLASICOS
1946 - 1955

SUPER
FICCION



se

En el primer volumen de esta monumental serie histórica, que contempla la ciencia ficción a través de los mejores relatos aparecidos en revistas, asistíamos a la eclosión del género en lo que convencionalmente se denomina «la era de Campbell» (número 19 de esta colección). La década que abarca el presente volumen (1946-1955), segundo de la serie, fue un periodo de gloria. Las revistas de SF alcanzaron tiradas jamás soñadas («Amazing» por ejemplo rebasó la cota de los 100000 ejemplares), lo cual señala la definitiva implantación y aceptación popular de la ciencia ficción.

La remuneración de los autores pudieron mejorar un poco, lo cual, como el lector apreciará aquí, redundó en beneficio de la calidad literaria.

Los relatos que contienen este volumen son: THEODORE STURGEON Monumento conmemorativo; ARTHUR C. CLARKE Los fuegos internos; HENRI KUTTNER No mires ahora; RAY BRADBURY Calidoscopio; DAMON KNIGHT El hombre como servirlo; POUL ANDERSON ¡Cuidado terrestre!; ROSS ROCKLYNNE Vuelan muy alto; RICHARD MATHESON El último día; ROBERT SHECKLEY ¡No tocar!; E. C. TUBB La apuesta.



Michael Ashley

La era de los clásicos 1946-1955

Superficción #50

ePUB r1.0

whatsername y Gonzalez 30.04.13

Título original: *The history of the Science Fiction Magazine (1946-1955)*

© 1976 by Mike Ashley (introducción y compilación)

Traducción: César Terrón

Ilustraciones: Ilustrador

Diseño/Retoque de portada: Tomás C. Gilsanz

Editor digital: whatsername

Colaboración especial: Gonzalez

ePub base r1.0



Agradecimientos

Aunque la responsabilidad y los errores en la elaboración y compilación de esta obra me pertenecen, la tarea hubiera sido más ardua y peor el resultado de no haber contado con la ayuda de muchas personas, entre ellas William L. Crawford, John Eggeling, Walter Gillings, Ejler Jakobsson, Sam Moskowitz, Frank Parnell, Hector R. Pessina, Richard S. Shaver, William F. Temple, J. Grant Thiessen, E. C. Tubb, Donald A. Wollheim y, sobre todo, Phillip Harbottle, por su habilidad en aportar la solución adecuada en el momento oportuno. Para ellos, y para aquellos a quienes involuntariamente haya omitido mencionar, mi gratitud más sincera.

A Walter Gillings, por su servicio a la ciencia ficción británica

Prefacio

Si han leído el volumen anterior de esta serie, no es necesario que les explique cuáles son mis intenciones; sin embargo, espero que vuelvan a leer este prefacio para que tengan una idea del contenido del presente volumen. Si, por el contrario, no conocen lo publicado hasta ahora, permitan que me explique.

En primer lugar, al hablar de revistas de ciencia ficción no me refiero a los cómics. Ésta es una equivocación generalizada y uno de los errores que han estado a punto de acabar definitivamente con la revista de ciencia ficción genuina. Estas revistas, la primera de las cuales apareció en 1926, contenían narraciones, no historietas con personajes caricaturizados que hablan mediante bocadillos. Diez de tales narraciones, exponentes de este tipo de literatura en la década de 1946 a 1955, están incluidas en la presente antología. Abarcan desde *Memorial* (Monumento conmemorativo) de Theodore Sturgeon, escrita como resultado directo de los horrores nucleares de Hiroshima, hasta la grotesca y apremiante *The Last Day* (El último día) de Richard Matheson. También encontrarán otros ocho autores importantes, entre ellos Arthur C. Clarke, Robert Sheckley, Poul Anderson, Henry Kuttner y Damon Knight.

Para que los relatos puedan ser considerados en perspectiva y ofrecer una mejor comprensión sobre las revistas de ciencia ficción, muy despreciadas y a menudo ignoradas, ofrezco un amplio historial de ellas en la época que nos ocupa. Se trata de una continuación de lo publicado hasta ahora, pero con una diferencia: en este caso he dado entrada en el cuerpo de mi introducción a valiosas colaboraciones de cuatro de las principales personalidades relacionadas con el desarrollo de la ciencia ficción británica: Kenneth Bulmer, Gordon Landsborough, Philip Harbottle y el fallecido John Carnell. Cada uno de ellos ha escrito un breve ensayo sobre el aspecto de la ciencia ficción británica al que estaba más vinculado, ofreciendo así una visión clara del trasfondo. Los cuatro ensayos se publican aquí por primera vez.

También se incluye material inédito acerca del famoso Misterio Shaver. Si creen que Erich von Dániken tiene la última palabra en cuanto a extraterrestres que visitan la Tierra..., esperen a leer las teorías de Shaver. Hace poco tiempo, semanas antes de su fallecimiento en noviembre de 1975, estuve en contacto con el propio Shaver, que examinó todo lo que yo había escrito sobre él.

Hemos ilustrado, igualmente, el nacimiento de la «cientología», así como las obras de su sumo sacerdote, L. Ron Hubbard.

Los giros y contorsiones habidos en la evolución de la ciencia ficción tras la segunda guerra mundial son tan imprevisibles y fascinantes como una novela de misterio. El que hoy día *toda* la ciencia ficción dependa del desarrollo de las revistas y sus colaboradores prueba la importancia de éstas. Con el presente libro espero preservar su recuerdo de

modo que el papel que han desempeñado en la literatura del siglo XX no quede en el olvido.

MIKE ASHLEY

Octubre de 1975

Introducción: De la bomba atómica al *boom*

1. En la era nuclear

«—Soñabas con la vida, una vida mejor, para el mundo. Pero ya lo has visto: ¡le habrías dado la muerte!

»—Podemos controlarla.

»—Todo los hombres, los buenos y los malos, dispondrán de ella, y no habrá defensa.

»—Liberará al mundo.» —Lo destruirá.»

Muchos de ustedes recordarán esta cita. Procede de *The Power and the Glory* (El poder y la gloria), un relato breve de Charles Willard Diffin aparecido en «Astounding Stories» en 1930. La sensibilidad de Diffin dio voz al temor de muchas personas: el resultado de la conquista del átomo por el hombre iba a convertirse en la perdición de la humanidad.

Quince años después de que se publicara esta narración, aquellos temores dejaron de ser hipotéticos. Durante seis años el mundo presenció la segunda guerra mundial. Y después, el lunes 6 de agosto de 1945, una bomba atómica cayó sobre Hiroshima y otra, tres días más tarde, sobre Nagasaki. La segunda guerra mundial terminó repentinamente: Japón se rindió al cabo de una semana. El mundo se vio abocado a la era nuclear.

En 1949 Theodore Sturgeon, escritor de ciencia ficción, declaraba:

Hay buenas razones para creer que, aparte de los altos cargos de las fuerzas armadas y las personalidades del distrito de Manhattan, sólo los aficionados a la ciencia ficción —lectores entusiastas, directores y autores— comprendieron enteramente lo que había sucedido el 6 de agosto de 1945. Hiroshima ejerció un tremendo efecto en mí. Yo conocía los fenómenos nucleares; en 1940 vendí un relato que exponía un método de separación del isótopo 235 a partir de uranio puro. Años antes del Proyecto, y antes de la guerra, ya habíamos agotado los artificios y aspectos llamativos de la energía atómica y nos dedicábamos a escribir narraciones en torno a las implicaciones filosóficas y sociológicas de esta nueva y terrible realidad.

La narración de Sturgeon y muchas similares habían sido publicadas en las revistas de ciencia ficción y leídas por el selecto grupo de aficionados citado más arriba. Antes de la guerra, la ciencia ficción era tildada de escapismo pueril por los académicos. Con el advenimiento de la era nuclear, el público en general tomó conciencia de avances científicos que anteriormente sólo eran aceptados como cosa normal por los entusiastas de la ciencia ficción.

Cierta dosis de ciencia ficción aparecía en forma de libro, pero la mayor parte del material ya había sido publicado en las revistas del género. Lo que ocurrió desde el nacimiento de la primera de ellas, «Amazing Stories» (1926), ya ha sido explicado en otro de mis libros^[1]. Durante su primera década, la ciencia ficción produjo tres revistas importantes, todas en los Estados Unidos, donde Hugo Gernsback, un emigrante luxemburgués, había creado con anterioridad «Amazing Stories». Al perder el control de esta última en 1929, Gernsback inició la publicación de «Science Wonder Stories», que en 1930 pasó a denominarse «Wonder Stories». Aquel mismo año William Clayton, editor de publicaciones baratas (*pulps*), lanzó «Astounding Stories», revista que duró hasta 1933. En dicho año Street y Smith, una de las principales editoras estadounidenses de publicaciones baratas, compró la revista. Tremaine fue el nuevo director, y con una atrevida línea de relatos excitantes y originales, «Astounding» se convirtió pronto en la publicación más importante. En 1937, cuando la revista aún se hallaba en la cumbre de la popularidad, Tremaine cedió su puesto al legendario John W. Campbell, que alcanzó logros todavía mayores. Campbell cultivó talentos como Isaac Asimov, Robert Heinlein, Theodore Sturgeon, A. E. van Vogt, L. Ron Hubbard, Fritz Leiber, L. Sprague de Camp y Lester del Rey. En sus páginas apareció casi toda la ciencia ficción más importante publicada entre 1938 y 1945, incluyendo las series *foundation* (Fundación) de Asimov, las narraciones (Historia futura) de Heinlein y las series City (Ciudad) de Simak.

Gernsback abandonó el campo de la ciencia ficción en 1936, y «Wonder Stories», con director y editor nuevos, pasó a llamarse «Thrilling Wonder Stories». Ésta, junto con otra publicación hermana surgida posteriormente, «Startling Stories», enfocó su contenido hacia un público más juvenil. Lo mismo hizo la renovada «Amazing Stories», también con director nuevo, que trasladó su redacción a Chicago. El año 1939 fue testigo del inicio de un *boom* en las revistas baratas de ciencia ficción. Se sucedieron numerosos títulos, pero su existencia fue poco duradera. La guerra, con las consiguientes restricciones de papel y tinta, acabó con muchas de estas revistas. En el invierno de 1945-1946 sólo sobrevivían seis en los Estados Unidos: «Amazing Stories», «Astounding SF», «Thrilling Wonder», «Startling Stories», «Famous Fantastic Mysteries» (que se basaba en gran medida en la nostalgia, ya que reeditaba obras clásicas) y «Planet Stories» (que se concentraba por entero en cuentos interplanetarios con una tendencia muy juvenil). También existían dos publicaciones próximas a la ciencia ficción: «Fantastic Adventures» (hermana de «Amazing») y «Weird Tales» (la principal revista estadounidense de literatura fantástica

que sobrevivía desde 1923 y ofrecía bastante ciencia ficción). El tema de este volumen se centra precisamente en exponer cómo afectó a estas revistas el advenimiento de la era nuclear y, por consiguiente, cómo evolucionó la ciencia ficción en los diez años siguientes.

En general, el mundillo interesado en esta materia buscaba nuevos derroteros en «Astounding». La mayor parte de las demás publicaciones, en especial «Amazing» y «Planet», se concentraban en la aventura escapista. En cambio, «Astounding», a través de su cuadro de autores maduros y bajo la experta batuta de John W. Campbell (1910-1971), no cesaba de extender las fronteras de la ciencia ficción hacia nuevos territorios. Los lectores consideraban que los temas de la bomba atómica estaban ya anticuados. Aún tenían fresco en su recuerdo lo ocurrido con *Deadline*, una narración breve y vulgar escrita por Cleve Cartmili y publicada en el número de marzo de 1944. La trama se desarrollaba en torno a los intentos de un agente para impedir la detonación de un artefacto nuclear. La inteligencia militar cayó sobre Campbell y Cartmili acusándoles de atentar contra la seguridad, pero ambos pudieron demostrar que la narración se basaba en datos fácilmente obtenibles en cualquier librería. De esta forma, la ciencia ficción subió otro peldaño más en la escalera de la respetabilidad.

Es cierto que las autoridades avisaron repetidamente a Campbell en el sentido de que restringiera el número y contenido de relatos nucleares que publicaba, pero el director hizo caso omiso. Con todo, en 1946 el secreto dejó de serlo: la bomba atómica fue un hecho científico. Campbell, pues, animó a los escritores a que exploraran las *consecuencias* de la era nuclear. La destrucción de Hiroshima y Nagasaki había conmocionado al mundo. Ni siquiera el ambiente de la ciencia ficción que había previsto tales resultados, estaba preparado para los horrores de la realidad. Con estos antecedentes, los autores se dedicaron decididamente a producir nuevas narraciones advirtiendo del peligro atómico.

Una de las primeras, sin lugar a duda, fue *Memorial* (Monumento conmemorativo) de Theodore Sturgeon, publicada en «Astounding» en abril de 1946. Sturgeon invocó la creación de un monumento perpetuo para advertir a las generaciones futuras de los horrores de una guerra nuclear. Poco después escribió *Thunder and Roses* (Trueno y rosas) («Astounding», noviembre de 1947), donde describía a los Estados Unidos asolados por un ataque nuclear y cómo un hombre evitaba el disparo de los cohetes de represalia para que las generaciones futuras pudieran sobrevivir. En una guerra atómica entre dos bandos, sería imposible que hubiera supervivientes.

El inmenso alivio que produjo el fin de la guerra mitigó hasta cierto punto el auténtico horror de la bomba. Varios escritores emprendieron la tarea de impresionar a sus lectores mostrándoles las consecuencias de una guerra nuclear total. El número de mayo de 1946 de «Amazing» ofreció *Atom War* (Guerra atómica) de Rog Phillips. En esta narración los Estados Unidos son atacados por un país imaginario que amenaza bombardear las

principales ciudades, Australia ayuda a los estadounidenses..., y es borrada del mapa. Estalla la guerra total. Transcurren solamente quince horas antes de que se destruya al enemigo imaginario, pero en ese lapso de tiempo mueren setenta millones de personas, únicamente en los Estados Unidos. Phillips escribió una continuación. *So Shall Ye Reap!* (¡Ésa será vuestra cosecha!) («Amazing», agosto de 1947), en la que examina la posguerra y describe las mutaciones producidas por la lluvia radiactiva: una nueva raza de superhombres.

El efecto mutante de la radiación atómica se convirtió en un tema popular de ciencia ficción al acabar la guerra, Poul Anderson lo utilizó en su primera narración, *Tomorrow's Children* (Los hijos del mañana) («Astounding», marzo de 1947), en la que un equipo de científicos persigue a los mutantes, y en la continuación de ésta, *Logic* (Lógica), que hace hincapié en las consecuencias. El tema fue tratado a fondo, en especial, por Henry Kuttner. Tuvo gran acogida su *Way of the Gods* (Ruta de los dioses) («Thrilling Wonder», abril de 1947), en la que los mutantes, dotados de alas, son acosados y exterminados como monstruos. En el número de agosto de 1947 «Thrilling Wonder» incluyó *Atomic* (¡Atómico!), otro relato de Kuttner, en el que una guerra final, que dura tres horas, deja una secuela de centenares de anillos letales, evitados por los supervivientes y que contienen formas grotescas de vida sensible. El mismo número ofreció una segunda narración de Kuttner, *Dark Dawn* (Amanecer sombrío), firmada con el seudónimo de Keith Hammond, En ella la radiación amenazaba la vida de una raza de seres marinos.

En julio de 1947 «Astounding» publicó *The Figure* (La estatua) de Edward Grendon, que, pese a su brevedad (apenas dos mil palabras), produce una tremenda impresión. Se desarrolla a partir de los efectos radiactivos que provocan en los insectos los bombardeos de Nuevo México y Japón. Surgen insectos gigantes, y cuando dos científicos, que realizan experimentos con sondas de tiempo, logran recuperar un artefacto del futuro, se horrorizan al descubrir que se trata de una estatua con evidentes rasgos religiosos y que representa una cucaracha. Siete años después, Hollywood comprendió el valor potencial de este tipo de argumentos y realizó la película *Them!* (La humanidad en peligro) (1945), con insectos gigantes que aparecen en el desierto de Mojave. Como siempre, la idea había partido de las revistas de ciencia ficción.

Un año o dos después de Hiroshima, los escritores de ciencia ficción habían explorado todo el campo de las narraciones de advertencia atómica. La saturación era total y los editores dieron por concluido el tema, aunque todavía seguirían apareciendo esporádicamente algunos relatos de este tipo en los años siguientes. La ciencia ficción «nuclear» acababa de iniciarse, y muy pronto, en cuestión de pocos años, iba a comprobarse que el tema «explotaría» igual que había explotado la bomba atómica.

Después de la guerra, la diferencia entre las principales revistas era patente. «Astounding», aún diestramente dirigida por John W. Campbell, era la de más calidad.

Publicada por Street & Smith Publications de la calle 42 Este, de Nueva York, había sido la única revista de ciencia ficción que mantuvo una periodicidad mensual en el transcurso de la guerra, habiendo superado las restricciones de papel, primero, mediante el sacrificio de su legendaria compañera, «Unknown Worlds», y, después, a partir de noviembre de 1943, cambiando su formato, el normal de la publicación barata (17,8 × 25,4 cm), por otro más pequeño (14 × 20,3). Al ser la única publicación periódica de ciencia ficción de tamaño reducido (*digest*) que había en las librerías, repletas de otras revistas baratas, el nuevo formato le otorgó una apariencia más elegante y madura, realizada por el buen gusto de William Timmins en la ejecución de las cubiertas.

Entretanto, «Thrilling Wonder Stories», rival número uno de «Astounding», mejoraba por momentos. Esta revista y «Startling Stories» eran publicadas por Standard Publications de la calle 40 Este, de Nueva York. Samuel Merwin, de la misma edad que Campbell, era el nuevo director de ambas revistas. Los anteriores, Mort Weisinger y Osear J. Friend, se habían inclinado más hacia el público juvenil. Las cubiertas, obra de Earle K. Bergey, habían sido de las más llamativas. A éste, más que a ningún otro artista, se le asoció con el estigma del «monstruo de ojos saltones», es decir, una criatura extraña, grotesca, empeñada en escaparse con una rubia bellísima, de atrevidos escotes, pese a los heroicos esfuerzos del protector humano de la muchacha. Merwin se esforzó en elevar el nivel de ambas revistas, sobre el de «Thrilling Wonder», mejorando la calidad y la presentación de los relatos. Pese a la limitación del formato de publicación barata, empezó a utilizar algunas cubiertas de Bergey, mejoradas en su estilo, como, por ejemplo, la que ilustró *Way of the Gods* de Kuttner. Compró trabajos a los principales escritores de «Astounding», entre ellos Murray Leinster, George O. Smith y L. Sprague de Camp. Hacia 1946 y 1947, los lectores dejaron de considerar juveniles las revistas de Merwin.

«Famous Fantastic Mysteries», de periodicidad regular, era publicada por All-Fiction Field Inc., subsidiaria de Popular Publications, la mayor cadena de editores de publicaciones baratas. La dirigía Mary Gnaedinger, cariñosamente conocida como «La reina de la ciencia ficción», y su redacción se encontraba en la calle 42 Este, donde también radicaba el despacho de Campbell. «Famous Fantastic Mysteries» (llamada «FFM» por conveniencia) era en esencia una revista dedicada a las reediciones, extrayendo su material de entre la inmensa cantidad de ciencia ficción publicada en «Argosy» y «All-Story» en los cuarenta años precedentes. En los últimos meses había cambiado algo su línea, incluyendo algunas novelas que hasta aquel momento habían sido muy poco distribuidas en los Estados Unidos. Era una revista indispensable como fuente de la ciencia ficción y fantasía «perdida» de grandes autores como Rider Haggard, William Hope Hodgson, S. Fowler Wright y John Taine.

«Planet Stories» era el hogar indiscutible de la «ópera espacial». No publicaba nada más que relatos interplanetarios, muchos de los cuales representaban el más puro escapismo. La producía Fiction House, de la Octava Avenida de Nueva York, y era dirigida

normalmente por Malcolm Reiss, aunque en abril de 1946, fecha en la que iniciamos este estudio, el peso del trabajo editorial había pasado de Paul Payne a Chester Whitehorne. Lo excepcional de «Planet» era que entre sus habituales aventuras espaciales se podían encontrar algunas obras sorprendentes. Narraciones de Ray Bradbury, entre ellas numerosas de su serie *Martian Chronicle* (Crónicas marcianas), e ingeniosos cuentos de Leigh Brackett y Fredric Brown, aseguraron la captación constante de lectores.

A finales de 1945, todas estas revistas, excepto «Astounding» eran trimestrales. (La publicación hermana de «Astounding», «Doc Savage», que publicaba una novela de fondo en torno a las extrañas aventuras del personaje de igual nombre, también era mensual.) La mayor parte de las revistas precisaron de uno a dos años para recuperarse y aparecer más a menudo, pero hubo una que pasó a ser mensual casi de la noche a la mañana y que, antes de 1946, obtuvo una circulación récord. Se trataba de «Amazing Stories», y la forma en que triunfó fue la auténtica sensación de la década. Ni el pensamiento de la bomba atómica había originado tantos estremecimientos como esta revista produjo en el mundo de la ciencia ficción. Todo el secreto residió en el Misterio Shaver.

2. Un fenómeno llamado Shaver

El Misterio Shaver, o el Fraude Shaver, como se le denominó posteriormente, se inició ya antes de acabar la guerra, y estaba en pleno auge el día de la victoria sobre Japón. La historia auténtica se desconoce, pero este libro incluye algunas revelaciones inéditas sobre el sorprendente caso. Para empezar, expondré los hechos.

En septiembre de 1943, Raymond Palmer, director de «Amazing» recibió una carta de Richard Sharpe Shaver, que residía en Barto, Pennsylvania. Exponía la clave de un antiguo alfabeto que, según Shaver, constituía la lengua madre de todos los idiomas: el mantong. Palmer publicó la carta en el número de «Amazing» de enero de 1944 y los lectores la acogieron con entusiasmo. Palmer empezó a mantener correspondencia con Shaver, que en aquella época era soldador en una fábrica de armamento. Éste se había roto el tobillo al caerse en un barco y, por ese motivo, no fue reclutado durante la guerra. Palmer le pidió que escribiera para la revista y el resultado fue una novela corta titulada *Warning to Future Man* (Aviso al hombre del futuro). Al parecer, fue Howard Browne, director gerente, quien ojeó primero el manuscrito. Lo arrojó a la papelera y, según se dice, comentó: «¡Este tipo es un chiflado!» Palmer, siempre en busca de lo sensacional, decidió hacer caso omiso de la opinión de Browne. Antes, incluso, de haber leído el manuscrito tomó la decisión de imprimirlo y comprobar lo que los lectores opinaban de Shaver. *Warning to Future Man* se desarrollaba mucho antes del diluvio universal, en la primera gran civilización terrestre, a la que Shaver denominaba Atlántida. La acción era narrada por Mutan Mion, el último terrestre en abandonar el planeta cuando los titanes emigraron, e incluía una batalla entre dos contendientes, un titán diabólico llamado Zeit y una diosa benévola, Vanee. Palmer introdujo algunos cambios de poca importancia; cambió el título por *I Remember Lemuria!* (¡Yo recuerdo Lemuria!), y sorprendió a los lectores de «Amazing» ofreciendo la novela en el número de marzo de 1945. Las consecuencias fueron fabulosas, y se inició el Misterio Shaver. Pero Palmer se benefició, sin saberlo, de un hecho que en aquellos mismos momentos se producía en Ziff-Davis.

Las restricciones de papel, inevitablemente, llevaron a una escasez del material publicado. Por tal razón, se vendía todo lo que se exponía en las librerías. Harold G. Strong, director de circulación de Ziff-Davis, pensó que era absurdo repartir el papel disponible entre cuatro revistas, cuando dos podrían venderse perfectamente. «Mammoth Detective» y «Mammoth Mystery» recibieron en consecuencia el beso de la muerte. Ambas revistas las editaba en aquel momento Howard Browne y, como es natural, la decisión no aumentó, ni mucho menos, las simpatías de Browne hacía Palmer. Strong dispuso que se imprimieran y distribuyeran 50000 ejemplares más de «Amazing». La tirada se agoto. Por pura casualidad, la decisión de Strong había coincidido con la publicación del número de marzo de 1945. Las fantásticas teorías de Shaver, ofrecidas a un público más numeroso y cansado de la guerra, provocaron una gran reacción.

«Amazing», que normalmente recibía entre cuarenta y cincuenta cartas mensuales, se encontró de repente ¡con dos mil quinientas! Palmer comprendió que tenía un triunfo en las manos, y admitió no saber el motivo, pero ¿por qué mirar la dentadura a un caballo regalado? Se aseguró de que Shaver escribiera más narraciones y artículos, y todo marchó sobre ruedas. La circulación de «Amazing» prosiguió aumentando y, al cabo de muy poco tiempo, otras publicaciones se interesaron por el fenómeno.

La «pulcra»^[2] revista «Harper's» publicó en septiembre de 1946 un artículo titulado «Pequeño Supermán, ¿y ahora qué», por William S. Baring-Gould, burlándose del Misterio Shaver y calificándolo de obra de locos. Palmer respondió al instante apoyando el Misterio. Esa publicidad, precisamente, era la que necesitaba: si se prohíbe un libro, las ventas se disparan. Y así, cuanto más se habló del Misterio Shaver, más creció la circulación de «Amazing». Y se rumoreó que Ziff ofreció a Palmer un sustancial aumento de salario como resultado de las cifras de venta.

¿Qué era, pues, este Misterio? ¿Por qué provocó tanta sensación? ¿Quién era Richard Shaver?

Richard Shaver nació un martes, el 8 de octubre de 1907, en Berwick, Pennsylvania. Su padre era prensador y, como tal, había elaborado las partes principales del primer coche de pasajeros que existió. Su madre había sido maestra de escuela e hizo cuanto pudo para ofrecer a sus cinco hijos una educación preescolar completa. Además, fue una poetisa notable, vendiendo sus obras a publicaciones de tanta categoría como «Ladies Home Journal» y «Good Housekeeping». Cuando Shaver tenía once años la familia se trasladó a Bloomsburg, localidad en la que, durante algún tiempo, el padre de Shaver fue propietario de un restaurante. Merced a su amplia cultura, Shaver desempeñó diversos empleos, desde capataz de una empresa dedicada a la horticultura hasta preceptor de arte.

El Misterio se inició una tarde, mientras Shaver leía el poema «Manfredo» de lord Byron y llegó al verso «Por un poder desconocido para ti, nunca puedes estar solo». ¿No estaba solo?, pensó Shaver. Y después tuvo extrañas visiones que desaparecieron de repente, como si algo las hubiera interceptado deliberadamente.

Este incidente continuó agobiando a Shaver. Un día, mientras se encontraba trabajando en Illinois, y cuando intentaba parar un coche para volver a Pennsylvania, fue detenido acusado de vagancia y encarcelado. Intentó establecer contacto como la primera vez, rogando: «Sacadme de aquí», y... El mismo Shaver explica lo que sucedió:

Una muchacha, caminando como una sonámbula, viene portando las llaves de las celdas. Abre y me deja salir. Me conduce a lo largo del pasillo hasta la puerta exterior, que vuelve a abrir, y salimos los dos juntos. Algo confuso y adormecido, la sigo durante más de un kilómetro hacia las afueras de la ciudad. Es de noche, Nos encontramos en una colina y... una sección de la colina se cierra detrás de nosotros como al grito de ¡Sésamo,

ciérrate!, y ya estamos dentro. Muchas escaleras, desniveles, luz difusa... Sé que «ella» es tan sólo una especie de proyección transparente, pero hay que acercarse mucho para advertirlo.

Y así me introduje. Pasé más o menos un día hablando con ellos y me revelaron toda la compleja situación heredada de nuestros descarriados antecesores, quienes mantuvieron tan bien el secreto que hoy día nadie sabe nada de su pasado. Decidimos que debía hacerse algo respecto a esta situación de ignorancia. Estuve allí unas veinticuatro horas, me fui y proseguí mi vida. Más tarde, empecé a escribir ficción sobre el tema.

En sus obras, Shaver afirmó que, hace muchos siglos, la Tierra estuvo habitada por varias razas, entre ellas dos de superseres, los titanes y los atlantes. Ambas eran inmortales y poseían civilizaciones fabulosas. En un momento dado, se descubrió que el Sol emitía una radiación dañina. Para protegerse de sus rayos, los superseres construyeron inmensas cavernas subterráneas, a miles de metros bajo la superficie, en las que establecieron sus ciudades y toda su poderosa maquinaria. Pese a ello, la radiación los afectó: envejecían rápidamente y morían. Abandonaron la Tierra, junto con su avanzada cultura, y la raza inferior de humanos que quedó en el planeta penetró hasta la red de cavernas y descubrió la maquinaria. Manipularon aquel poder desconocido, liberando rayos perniciosos que convirtieron a algunos de ellos en perversos degenerados. Shaver denominó «dero» (*detrimental robot*, robot perjudicial) a esta última raza, que utilizaba las máquinas para emitir más rayos nocivos e influir así en los pensamientos de quienes vivían en la superficie. También existía la raza «tero», de buenos propósitos, pero los «deros» impresionaron más a los lectores de ciencia ficción.

Shaver sostuvo que, a gran profundidad bajo la superficie terrestre, en las cavernas, los «deros» seguían actuando y que sus rayos constituían la causa de todas las intenciones perversas del mundo. Entre los diversos rayos utilizados, el más notable es el «telaug» (*telepathic augmentar*, incrementador telepático), que permite el contacto (lo que para Shaver significa *contacto*) entre las cavernas y la superficie. La raza «dero» es la que ha creado leyendas tales como las de los duendes, hados, diablos y demonios. Originan todos los accidentes, naufragios, colisiones y desastres inexplicables. Además, Shaver afirmó que los titanes vigilaban la Tierra y que volvían de vez en cuando, secuestrando gente y atacando las cavernas en busca de equipo. Esto explicaría numerosas desapariciones misteriosas y, también, las extrañas visiones de ovnis. En resumen, las teorías de Shaver ofrecieron justificación a casi todos los fenómenos «inexplicables».

En sus relatos, Shaver se refirió a muchos acontecimientos del pasado. Después de *I Remember Lemuria!* surgió *Thought Records of Lemuria* (Registros de Lemuria, junio de 1945). Los registros son películas metálicas en las que están grabados diversos recuerdos, de tal forma que el oyente puede revivirlos. Estos recuerdos le son enviados a Shaver desde las cavernas vía «telaug».

Las narraciones, aunque entretenidas, eran de estilo muy sencillo, y sí se las hubiera considerado tan sólo como ficción, es posible que los acontecimientos no se hubiesen precipitado. Pero el mundo de la ciencia ficción empezó a irritarse. Los aficionados creyeron que los críticos podrían valorar el fenómeno Shaver como el no va más de la ciencia ficción, y criticar todo el género desde dicha perspectiva. Otro motivo de irritación era la descarada presentación de los relatos como si fueran hechos reales, por lo que los extraños al género considerarían una chifladura todo el género de la ciencia ficción. Antes de acabar el año 1945, se declaró la «guerra» entre Palmer y *el fandom* de la ciencia ficción.

¿Fue de Shaver la idea de presentar las narraciones como hechos reales, o se trató de un truco de Palmer para aumentar las ventas?

En primer lugar, Shaver insiste hoy, como insistió entonces, en que la base de todos sus relatos era real. Al principio Palmer no supo qué pensar, pero la posterior influencia de las miles de cartas enviadas por los lectores apoyando a Shaver le convenció de que debía haber algo de verdad en el asunto. A finales de 1946, Palmer admitió la posible existencia de una base cierta. Visitó a Shaver, y él mismo escuchó las extrañas voces. Pero es difícil conciliar los hechos si se tiene en cuenta que en 1955 un Palmer exasperado escribía: «¡Oigan esto! Yo fui quien, normalmente, urdió las narraciones de Shaver. Gran parte de su «misterio» ha brotado de mi cabeza».

Es posible trazar un paralelismo entre el Misterio Shaver y los Mitos de Cthulhu de H. P. Lovecraft. Este último describió la Tierra habitada en tiempos por los Antiguos, una especie hostil, sobrenatural, subyugada y desterrada por una raza benigna, los Viejos Dioses. Mortales ignorantes, a veces entremetiéndose en las prohibiciones, facilitan el regreso de los Antiguos. ¿Influyó esto en Shaver? Es posible que éste nunca hubiera leído los relatos de Lovecraft, pese a que en los primeros años de la década de 1940 la mayoría de ellos estaban publicados en forma de libro, y Shaver ha admitido ser un lector voraz. Es cierto que Palmer los había leído cuando aparecieron por primera vez en «Weird Tales», y que pudo haber desarrollado estos temas en los manuscritos de Shaver Pero éste niega tales manipulaciones. Afirma que todo lo que hizo Palmer fue suavizar el contenido sexual de sus obras.

La especulación es fascinante. Sobre todo hoy, a la luz de la investigación adicional realizada por hombres como Erich von Däniken y Peter Kolosimo. Por ejemplo en *El oro de los dioses* (1972), de Von Däniken, éste se refiere ampliamente a una gran red de cavernas subterráneas situada en Sudamérica, sin duda construida por una raza avanzada hace cientos de años. ¿Podría tratarse de las cavernas abandonadas por los titanes? La falta de espacio impide explayarse en la discusión del Misterio Shaver, aunque no será la última vez que nos refiramos a él en el presente volumen. Espero que lo explicado hasta ahora despierte su curiosidad y les lleve a leer los escritos de Shaver, para que puedan

decidir por sí mismos qué se esconde detrás de todo esto.

El incidente Shaver pudo enfurecer a los aficionados, pero, por otra parte, representó una gran ayuda para la ciencia ficción. La circulación de «Amazing» creció como la espuma, y la revista, al igual que «Fantastic Adventures», volvió rápidamente a la periodicidad mensual. Las revistas pudieron abonar estipendios más elevados, y esto permitió al editor correspondiente incrementar la experimentación en los años siguientes. Shaver escribió otras narraciones además de su Misterio. «Fantastic Adventures» publicó varias fantasías de calidad, y «Mammoth Adventures», relatos históricos.

Por fortuna, Palmer no dedicó enteramente «Amazing» a la obra de Shaver, pero en junio de 1947 la revista ofreció una edición especial a Shaver, con cuatro relatos largos de éste y un análisis detallado del Misterio hasta aquel momento. Palmer prosiguió ofreciendo narraciones de otros autores muy conocidos. También ayudó a las nuevas figuras, sobre todo a Rog Phillips, el seudónimo más utilizado por el escritor Roger Phillips Graham (1909-1965). Al cabo de un año o dos tras su primer relato, *Let Freedom Ring* («Amazing», diciembre de 1945), Phillips firmaba con cerca de veinte seudónimos multitud de obras. Apoyó enérgicamente el Misterio Shaver y reveló la existencia de un extraño libro, *Oahpse*, supuestamente escrito en 1882 por seres inteligentes de edades milenarias.

Chester S. Geier se presentó en el número de «Amazing» de diciembre de 1942 con *The Sphere of Sleep* (La esfera del sueño), cuando acababa de cumplir veintiún años. Al parecer, Geier era sordo como una tapia, aunque ello no perjudicó en forma alguna sus escritos. Era hábil y brillante, pero desperdició sus cualidades en trabajos poco inspirados. Con todo, sus relatos encajaban bien en «Amazing». Se interesó vivamente por el Misterio, organizó el Shaver Mystery Club y fue director de «The Shaver Mystery Magazine». Esta revista ofreció por capítulos *Mandark*, de Shaver, relato desarrollado en la época de Cristo, que hasta Palmer consideró absolutamente impublicable. Geier colaboró con Shaver en algunos relatos, por su mayor rapidez en preparar el manuscrito definitivo. También completó una fantasía escrita por Taylor Víctor Shaver, hermano mayor de Richard, que murió a causa de la gripe antes de poder terminarla. Ese relato, *The Strange Disappearance of Guy Sylvester* (La extraña desaparición de Guy Sylvester), fue publicado en «Amazing» en marzo de 1949.

Otros dos principiantes que llegaron al corrillo de Palmer fueron los hermanos Livingston, Berkeley y Herb. Este último, ocho años más joven que su hermano, escribió la mayoría de sus obras bajo el seudónimo de H. B. Hickey, y sus relatos siguen apareciendo ocasionalmente en nuestros días. Por su parte, Berkeley hace ya muchos años que abandonó el campo de la ciencia ficción.

Durante este período los veteranos aparecieron con menos regularidad en las páginas de ciencia ficción. Un gran éxito, sin embargo, lo constituyó la publicación, en septiembre

de 1947, de la versión completa de *The Star Kings* (Los reyes estelares), obra de Edmond Hamilton. En esta novela de setenta y cinco mil palabras se presentó John Gordon, el personaje de Hamilton, que era requerido, a dos mil años en el futuro, para intercambiar su cuerpo con Zarth Ara, príncipe del Imperio Galáctico Medio.

El Misterio Shaver alcanzó su apogeo durante el año 1947. Luego, la dirección de Ziff-Davis recibió quejas crecientes respecto a que la obra era anticientífica y desafiaba todas las leyes. Hasta entonces habían dejado libertad de acción a Palmer, pero tras estas quejas buscaron otros derroteros más a la moda y exigieron a Palmer que dejara de conceder tanta importancia al Misterio. El tema dejó de publicarse en el número de marzo de 1948, pero no estaba agotado, ni mucho menos, y la obra de Shaver siguió apareciendo. Esta época señaló el inicio de la separación de Palmer de «Amazing Stories» y de su abandono de la ciencia ficción.

3. De vuelta a Gran Bretaña

A diferencia de los Estados Unidos, Gran Bretaña no dispuso de revistas de ciencia ficción antes de la segunda guerra mundial. Hasta ese momento habían existido tres publicaciones. «Scoops», un semanario más bien juvenil, apareció brevemente en 1934 y fue olvidado, si cabe, con más rapidez, Walter Gillings, un aficionado de Ilford, logró interesar a los editores de «World's Work» para incluir un título de ciencia ficción en su serie «Master Thriller». Así, en el verano de 1937, nació «Tales of Wonder». Tras el primer número de prueba, la revista mantuvo una periodicidad trimestral. El primer rival surgió en 1938 cuando Newnes, que había estado acariciando el proyecto durante varios años, publicó «Fantasy». La nueva revista duró sólo tres números. T. Stanhope Sprigg, su director, se encontraba en situación de reserva en las RAF y, debido a la guerra, fue movilizado; su marcha significó la muerte de la publicación. «Tales of Wonder» fue menguando progresivamente, pero sobrevivió dieciséis números antes de desaparecer en la primavera de 1942.

Walter Gillings sirvió en el ejército, pero por poco tiempo. Afectado por una psiconeurosis, volvió a vestir «de paisano» en 1944 y se unió a un viejo amigo, Benson Herbert. Éste había vendido varios relatos a «Wonder», de Gernsback, a partir de 1931, y, entre ellos, una novela, *The Perfect World* (El mundo perfecto), publicada en inglés en 1936, en rústica, con el título *Crisis! - 1992* (¡Crisis! - 1992). Herbert tenía, además, un título científico por sus experimentos radiofónicos. En 1944 organizó Utopian Publications Ltd., con Walter Gillings como director, y ambos iniciaron la publicación de opúsculos de coste muy reducido, el primero de ellos *Girl in Trouble* (Muchacha en apuros) de E. Frank Parker. La escasez de papel configuraba una situación idéntica a la de los Estados Unidos: todo material impreso se vendía al instante, fuese lo que fuera. Herbert y Gillings no tuvieron problema alguno en vender sus publicaciones, sobre todo cuando las cubiertas, cosa frecuente, incluían damiselas muy ligeras de ropa. Y todo ello teniendo en cuenta que el material nuevo escaseaba: en su mayor parte se trataba de reediciones de publicaciones estadounidenses. En algunos casos las revistas podían considerarse como exclusivamente dedicadas a la reedición, en particular «Strange Tales», que sacó dos números en febrero y marzo de 1946. Las que incluían material de primera mano y nombres como Ray Bradbury, Clark Ashton Smith, Robert Bloch, John Beynon (Wyndham) y otros, se agotaban al momento y ahora son piezas de coleccionista de gran valor.

En 1946, cuando la guerra, por fin, era tan sólo un mal recuerdo, los editores intentaron restablecerse, pese a que la escasez de papel era tan agobiante como antes. Puesto que se vendía todo el material impreso, era lógico suponer que muchas cosas de poca calidad serían tan bien recibidas como si no lo fueran. La ciencia ficción padeció este proceso. Durante 1946, Hamilton & Co., editores londinenses, produjeron un enjambre de

revistas infantiles de gran formato. La primera, «Strange Adventures», ofreció tres relatos de N. Wesley Firth, especialista en *gangsters*, que prácticamente desconocía la ciencia ficción. Después apareció «Futuristic Stories», publicación hermana de la anterior; el segundo número de ambas salió a finales de aquel mismo año. Afortunadamente, las dos desaparecieron. Y sí algún lector conoció la ciencia ficción a través de ellas, es lógico que pensara que el género era un subproducto literario apropiado para niños. Por fortuna, los lectores fijaron su atención en «New Worlds».

La suerte sonrió, por fin, a Edward John Carnell (1912-1971). Ya en 1940, Carnell había participado en intentos para crear una revista profesional de ciencia ficción, pero sin que tales intentos llegaran a materializarse en nada concreto. En enero de 1946, recién salido del ejército, Carnell se encontró en Londres con Frank Edward Arnold, un viejo conocido. Arnold acababa de convencer a un editor secundario para que publicara diversos títulos de ciencia ficción. El encuentro fue providencial para Carnell y sus proyectos en torno a la fracasada «New Worlds». Pendulum Publications era la editorial, y Stephen Francés, que después sería más conocido como el original Hank Janson, el hombre que la dirigía. Francés se mostró entusiasmado con la idea y superó los problemas respecto al papel y la impresión. Carnell montó rápidamente el primer número y «New Worlds» apareció en julio con el subtítulo de «Fiction of the Future» y al precio de dos chelines. Este primer número incluyó como obra principal la novela corta de Maurice G. Hugi (1904-1947) *The Mill of the Gods* (El molino de los dioses), y la fantasía de intriga *The Three Pylons* (Los tres pilones) de William F. Temple. (En otro volumen de esta serie ofrecemos *The 4-Sided Triangle* [El triángulo de cuatro lados],^[3] obra clásica de Temple). El número se completaba con cuatro relatos de John Russell Fearn, el escritor inglés más prolífico en el campo de la ciencia ficción, apodado «El portento de Blackpool», figura destacada de la ciencia ficción estadounidense entre 1933 y 1946.

Las ventas del primer número fueron desastrosas: sólo tres mil ejemplares de una edición de quince mil. Carnell atribuyó el fracaso, por una parte, al poco interés de Pendulum, y, por otra, a la difusa ilustración de la cubierta, obra de Robert Wilkin, artista de Pendulum. El mismo Carnell diseñó la del segundo número, y la ilustración final corrió a cargo de Víctor Caesari. Se trataba de una astronave dibujada basándose en las cubiertas de dos revistas estadounidenses antiguas. La edición se puso a la venta en octubre y se agotó, provocando cierta reacción por parte de Pendulum, que sustituyó la cubierta de Wilkin del primer número, apenas vendido, por la de Caesari. Nuevamente en las librerías, este primer número también se agotó. La lección para los coleccionistas es que deben comprobar si poseen o no el primer número: si la portada es la de Caesari, no es el primer número.

New World obtuvo un buen éxito en su lanzamiento, y los planes para el tercer número siguieron adelante. Los entusiastas de la ciencia ficción cobraron nuevos ánimos

cuando, antes de la Navidad de 1946, surgieron otras dos revistas. La primera de ellas se presentó en octubre, coincidiendo con el segundo número de «New Worlds», y fue una publicación de pequeño formato llamada «Outlands», «una revista para mentes aventureras». Su cubierta, un paisaje fluvial superpuesto en un fondo azul, con cierto tono bucólico, a duras penas podía llamar la atención del entusiasta. Pero lo llamativo fue el ampuloso «Pre-Natal» de John Russell Fearn, ocupando la parte superior de la cubierta. Una vez más, el omnipresente Fearn aparecía en una publicación y, en esta ocasión, más cerca del hogar.

«Outlands» fue dirigida por Leslie J. Johnson desde su casa de Liverpool. Johnson, como recordarán si leyeron el volumen anterior, colaboró en la creación de la British Interplanetary Society en el año 1933. Anteriormente había escrito relatos de ciencia ficción junto a John Russell Fearn y Eric Franc Russell, destacando entre ellos *Seeker of Tomorrow* (El buscador del mañana), escrito en colaboración con el segundo y publicado en «Astounding» en 1937. (Este relato fue reeditado en el anterior volumen de esta serie).

[4] A través de «Outlands» presentó una revista madura, con una literatura fantástica muy interesante, obra de autores como Charnock Walsby, George C. Wallis (un auténtico veterano entre los escritores británicos) y Sydney J. Bounds. La primera obra de este último, *Strange Portrait* (Extraño retrato), una especie de Dorian Gray de nuestros días, apareció en «Outlands». El primer número de la revista ofreció igualmente la nota necrológica de H. G. Wells, muerto el 13 de agosto de 1946, un mes antes de cumplir los ochenta años de edad. El hombre que, casi en solitario, había popularizado la ciencia ficción en Gran Bretaña y que otrora soñó en las maravillas que la ciencia podría ofrecer, vivió lo bastante para presenciar los horrores de la bomba atómica. Su fallecimiento señaló el fin de los buenos tiempos y abrió el telón de la era nuclear.

En diciembre se anunció la aparición inminente de un segundo número de «Outlands», pero nunca salió a la venta porque las principales cadenas de distribución negaron su colaboración. Con todo, aquel mismo mes los aficionados vieron el primer ejemplar de «Fantasy».

No se trataba de una resurrección de la «Fantasy» publicada por Newnes antes de la guerra. La nueva, de formato reducido y pulcra presentación, fue obra de Walter Gillings y editada por Temple Bar Publishing Company, ubicada en la Store Street de Londres. Gillings había estado preparando la revista desde 1943 y reunido material suficiente para nueve números. Mientras «New Worlds» se vendía bien, Temple Bar lanzó el primer número de «Fantasy», que también se agotó. Aquí volvía a estar John Russell Fearn, con el relato principal, *Last Conflict* (El último conflicto), y, hecho más notable, Arthur C. Clarke con *Technical Error* (Error técnico).

Antes de la guerra, Arthur C. Clarke había publicado un par de artículos científicos en «Tales of Wonder». Reclutado por las RAF en 1941, Clarke colaboró en los experimentos

con el radar y, posteriormente, escribió un artículo breve para «Wireless World», con el título de *Extra-Terrestrial Relays* (Estaciones extraterrestres), que se refería a tres satélites en órbita terrestre utilizados por la red mundial de televisión. El Telstar se convirtió en realidad diecisiete años más tarde. Cuando Clarke supo que Gillings solicitaba material para una nueva revista, le envió diversas narraciones, algunas de las cuales fueron aceptadas. Al ir transcurriendo el tiempo sin que «Fantasy» saliera al mercado, Gillings devolvió algunos de los relatos y sugirió a Clarke que probara a venderlos en los Estados Unidos. El escritor aceptó el consejo. John W. Campbell compró dos para «Astounding»: *Loophole* (Abertura), que apareció en abril de 1946, y el ya famoso *Rescue Party* (Partida de rescate, mayo de 1946), en el que unos extraterrestres exploran una Tierra evacuada horas antes de que el Sol se convierta en nova.

En abril de 1947 apareció un segundo número de «Fantasy», encabezado por *Relic* (Reliquia), la fascinante narración de Eric Frank Russell que expone el aterrizaje de una antigua nave espacial y las exploraciones subsiguientes de su robot-tripulante. Clarke también estuvo presente con un relato corto, *Castaway* (Náufrago), usando el seudónimo de Charles Willis. Como E. G. O'Brien, otro de sus seudónimos, escribió *The Fires Within* (Los fuegos internos), incluido en este volumen, y que fue publicado por vez primera en el tercero y último número de «Fantasy» (agosto de 1947). Pese a que todas las ediciones se habían agotado, la revista fue abandonada: las restricciones de papel forzaron a los editores a concentrarse en publicaciones más lucrativas.

También «New Worlds» provocó la incertidumbre de los lectores de ciencia ficción. ¿Qué había sido de la revista? Los dos primeros números aparecieron en rápida sucesión, pero ahora, al cabo de un año, había desaparecido del mercado. Por fin, terminando el mes de octubre de 1947, se puso a la venta el número 3. Pendulum tenía problemas financieros, habiendo pasado a depender de la administración judicial. Pese a la rápida venta de este número, no hubo respiro posible, La edición incluyó como tema principal una novela corta, *Dragon's Teeth* (Los dientes del dragón), de John K. Aiken, y *Fantasia Dementia*, el relato póstumo de Maurice Hugli, ya que el escritor murió a principios de 1947 a la temprana edad de cuarenta y tres años. El alias de Arthur C. Clarke, Charles Willis, volvió a estar presente con *Inheritance* (Herencia). Este relato corto, que trata de un hijo sobreviviente en el futuro previsto por su padre, también fue comprado para «Astounding» por John W. Campbell. Por aquel entonces, esta última revista se vanagloriaba de seguir una línea contraria a las reediciones, y la aparición de *Inheritance* en septiembre de 1948 fue la *única* ocasión en que «Astounding» imprimió un relato ya publicado con anterioridad. La carrera de Clarke, como puede verse, había empezado con los mejores auspicios.

El campo de la ciencia ficción británica quedó desierto en la Navidad de 1947 como resultado del revés editorial. Irónicamente, prosiguieron las ediciones británicas de revistas estadounidenses. Durante el invierno de 1946-1947 habían aparecido dos

números de «Amazing Stories», en reediciones compiladas accidentalmente. «Astounding» había estado en el mercado con bastante regularidad desde 1939, al igual que «Unknown», antigua compañera de la primera. Ello fue posible gracias a Atlas Publishing Co., la distribuidora británica más metódica, que reducía el número de relatos en la edición británica, de esta forma prolongada mucho tiempo después de que la edición materna se hubiese cerrado. Cuando Atlas, tras publicar cuarenta y un números, acabó con todos los relatos disponibles, inició la edición británica de «Thrilling Wonder», una auténtica necesidad. Así, los entusiastas que no podían adquirir las ediciones estadounidenses originales, y aun careciendo de «Fantasy» o «New Worlds», pudieron saciar sus anhelos con versiones inglesas abreviadas.

4. El principio del «boom»

Los Estados Unidos volvieron a la normalidad antes que Gran Bretaña. Coincidiendo con la crisis temporal en este último país, el mar de la ciencia ficción estadounidense empezó a agitarse. «Amazing» ya había vuelto a ser mensual y, a finales de 1946, todas las demás publicaciones aparecían bimestralmente, excepto «Planet Stories», que siempre había sido trimestral.

En febrero de 1947 apareció en las librerías una revista completamente nueva dedicada a la ciencia ficción, la primera de carácter periódico publicada en los Estados Unidos desde que «Uncanny Stories» naciera y muriera con su primer número en abril de 1941. Se llamaba «Fantasy **Reader**», aunque es normal que se la mencione como «Avon Fantasy Reader», puesto que su nombre estaba estrechamente vinculado al de los editores, Avon Books, de la calle 57 Oeste de Nueva York. Durante toda su existencia se la aceptó como revista, cosa que podría discutirse, pues el mismo Donald Wollheim, su director, la presentó como una serie de antologías en rústica en el primer número. La revista no tenía nada de común: su tamaño era reducido (*digest*), estaba guarnecida con una sobrecubierta y su precio era de treinta y cinco centavos. Hasta entonces, «Astounding» y «Amazing», las revistas más apreciadas, se habían vendido a veinticinco centavos, ¡y algunas a tan sólo quince! Las ventas de «Fantasy Reader» demostraron la existencia de un público ávido de lectura.

Donald Wollheim era el director ideal para un proyecto de este tipo. Como director de la primera antología de ciencia ficción en rústica, había logrado ya una gran popularidad para el género. *The Pocket Book of Science Fiction* (Antología de ciencia ficción) había sido publicado en mayo de 1943 por Pocket Books Inc., de Nueva York, y constituyó un gran éxito. El libro reeditó diez narraciones, abarcando desde *By the Waters of Babylon* (En los ríos de Babilonia) de Stephen Vincent Benet, publicada originalmente en el «Saturday Evening Post», hasta *A Martian Odyssey* (Una odisea marciana)^[5] de Stanley G. Weinbaum, procedente de «Wonder Stories». Las revistas de ciencia ficción estuvieron bien representadas, puesto que la mitad de los relatos provenían de ellas, y, más concretamente, tres habían sido publicados en «Astounding».

En 1946 Wollheim trabajaba para «Ace», las revistas baratas (*pulp*) de A. A. Wyn, pero se decidió a escribir para Avon Books, confiando en que esta editorial añadiera un título de fantasía a sus series habituales de misterio y aventuras (*western*). El director, Herbert Williams, se mostró entusiasmado y contrató a Wollheim para que compilara un número de «Fantasy Reader». No se estableció ningún tipo de periodicidad, publicándose un nuevo número cuando las ventas del anterior resultaban satisfactorias. Gracias al gran éxito de «Fantasy Reader», Wollheim aceptó el ofrecimiento de entrar en el equipo de Avon. Williams dimitió poco después y Wollheim pasó a ser el director de todas las

publicaciones de Avon.

En «Fantasy Reader» Wollheim demostró la misma habilidad de selección que con sus antologías anteriores. El primer número iba encabezado por *The Power Planet* (El planeta poderoso) de Murray Leinster, obra clásica de intriga en una estación espacial, extraída de «Amazing» (junio de 1931). Otros autores presentes fueron William Hope Hodgson, A. Merritt, H. G. Wells, August Derleth, Clark Ashton Smith, H. Russell Wakefield y Lord Dunsany; un reparto estelar y obras que comprendían desde la ciencia pura hasta seres grotescos. Al terminar el primer año Wollheim había logrado reeditar, en cuatro publicaciones, una soberbia colección de los principales autores y obras clásicas reconocidas en los campos de la ciencia ficción, fantasía y horror. «Fantasy Reader» se iba convirtiendo en una revista tremendamente solicitada.

En el verano de 1947 surgieron dos rivales, con pocas posibilidades competitivas pero marcando un hito. Hasta entonces las revistas de ciencia ficción se habían publicado en Nueva York o Chicago, mientras que las nuevas revistas lo fueron en la costa oeste del país.

«The Vortex» fue una publicación de gran categoría y aspecto profesional. La editaban dos estudiantes de San Francisco, Gordon M. Kull y George R. Cowie, y la distribución era gratuita! En una hojita de papel adjunta se indicaba que los editores aceptarían agradecidos donaciones voluntarias de veinte centavos. Las ochenta páginas, formato reducido, de la revista ofrecían unas cinco narraciones, un poema y varios artículos. Fantasía y ciencia ficción se repartían el contenido, aunque ninguno de los autores era muy conocido. (Tal vez se tratara de seudónimos.) Cada una de las lustrosas páginas portaba una espiral en colores como símbolo de «The Vortex», y el costo de este proyecto debió de ser suicida. Aunque sólo sea por tal razón, no es de extrañar que la revista desapareciera para siempre. Un ejemplo de la devoción maníaca de los entusiastas.

Los Angeles, a más de seiscientos kilómetros al sur de San Francisco, es el hogar natal del entusiasta William L. Crawford, nombre que quizá recuerden, si leyeron el primer tomo, por sus revistas semiprofesionales «Marvel Tales» y «Unusual Stories». Por entonces volvió a la carga con «Fantasy Book», revista de gran formato cuyas cuarenta páginas se vendían a veinticinco centavos. Crawford, nacido en septiembre de 1911, se había mostrado activísimo en el *fandom* de la ciencia ficción durante la década de 1930, pero desapareció al estallar la guerra. Nada se supo de él hasta 1945, año en que publicó un opúsculo, «The Garden of Fear», compilación de cinco relatos procedentes de «Marvel Tales», entre ellos el que daba nombre al cuaderno, obra de Robert E. Howard, y *Celephais* de H. P. Lovecraft. La publicación obtuvo buenas ventas y Crawford, teniendo ya distribuidor asegurado, decidió sacar partido de la situación y editar una revista. ¡Ay!, antes de tener preparado el primer número de «Fantasy Book», el distribuidor cerró el negocio y Crawford quedó sin recursos. En consecuencia, con una tirada de tan sólo mil

ejemplares, muy pocos llegaron a los quioscos fuera de California, y la mayoría se vendió mediante suscripciones y a través de vendedores especializados.

Crawford pudo utilizar los relatos que había adquirido para «Marvel Tales». Por ejemplo, el primer número se iniciaba con *People of the Cráter* (El pueblo del cráter) de Andrew North. Éste era el seudónimo de la famosa escritora Andre Norton, que había entregado el manuscrito original a Crawford en los primeros años de la década de 1930, junto con una continuación, *Garan of Yu-Lac*. El manuscrito se perdió, pero fue redactado de nuevo. *People of the Cráter* fue impreso, por fin, en este primer número de «Fantasy Book», en tanto que *Garan of Yu-Lac* tuvo que esperar hasta 1969 para ser publicado, e incluso entonces, incompleto! Tales son los peligros de editar y escribir ciencia ficción.

Sería exagerado decir que «Fantasy Book» era una revista «pulcra». Su apariencia era tosca, y su presentación, más bien vulgar. Pero en el primer número se encontraban Robert Bloch y A. E. van Vogt, este último con su impronunciable *The Cataaaaa*, y otras cuatro historias más. Contenía pocas ilustraciones pero bien ejecutadas, e incluía la obra de Charles McNutt, que posteriormente se haría famoso como escritor con el nombre de Charles Beaumont.

Con el segundo número, todavía en gran formato, la presentación de «Fantasy Book» decayó. Pero el contenido fue interesante, sobre todo una obra clásica de A. E. van Vogt, *The Ship of Darkness* (La nave de las tinieblas), que se inicia con un viaje a través del tiempo hasta el año 3000000 y el descubrimiento de una misteriosa nave. Es interesante señalar, para los coleccionistas, que este número tuvo dos cubiertas distintas, correspondientes a sendas impresiones. La más fácil de obtener es la edición en papel de libro con una cubierta, más bien horrible, de Lora Crozetti, y que se vendió a treinta y cinco centavos. La segunda, que se vendió en los quioscos y fue mucho menos difundida, se puso a la venta a tan sólo veinticinco centavos, y la cubierta, de bastante más calidad, fue obra de Roy Hunt. Pero esta última edición se imprimió en papel barato (*pulp*) de calidad inferior y ahora resulta difícil encontrarla.

Crawford, resuelto a publicar la revista regularmente, inició en la segunda «Fantasy Book» el ambicioso proyecto de publicar un serial: *The Machine-God Laughs* (La máquina-dios ríe), del escritor británico Festus Pragnell. Su pobre argumento, desarrollado en torno a un superrobot y agentes chinos, apenas logró mantener el interés de los lectores por las tres partes que se publicaron a lo largo de diez meses.

«Fantasy Book» pasó a tamaño reducido con el tercer número, pero la cubierta y las ilustraciones interiores, la mayoría obra de Crozetti, eran espantosas. Todavía impreso en papel barato, su pobre apariencia no fue mejorada en lo más mínimo. Para el número 4, no obstante, Crawford decidió, acertadamente, suprimir las ilustraciones interiores y reeditar un bonito dibujo de Neil Austin en la cubierta, el mismo que había acompañado a *The People of the Cráter* en el primer número. La presentación fue mejorando a partir de

entonces, llegando a su punto más alto en el número 6 (enero de 1950). Esta edición redujo aún más su tamaño, presentó una cubierta de Jack Gaughan, inicio profesional de éste, y constó de ciento doce páginas, conteniendo una novela corta, *The Scanners Live in Vain* (Los exploradores viven en vano), que señaló el principio de la sorprendente carrera de Cordwainer Smith. La novela, de gran rudeza, relata la dura existencia de los exploradores, cuyas vidas están dedicadas a la salvaguardia de la humanidad. Su lectura dejó una impresión imborrable en las mentes de los aficionados, aumentada aún más por el hecho de que el enigmático Cordwainer Smith no reapareció en las revistas hasta 1955. Smith era el seudónimo de Paul M. Linebarger (1913-1966), un profesor estadounidense de política asiática y consejero militar. Estaba doctorado en artes y filosofía, hablaba chino, alemán, francés y español y leía ruso, portugués y holandés. El que una personalidad así apareciera en una revista de ciencia ficción escasamente difundida y con una novela que desde entonces se ha convertido en legendaria, subraya aún más las innumerables sorpresas e intrigas del mundo de la ciencia ficción.

En enero de 1948 surgió otra publicación: «The Arkham Sampler» de Arkham House editores, Wisconsin. Arkham House fue creada en 1939 por August Derleth y Donald Wandrei con la intención de perpetuar la obra de H. P. Lovecraft. La aventura fue un gran éxito, y en 1947 «Sampler», dirigida por Derleth, pasó a ser trimestral, ofreciendo las novedades de Arkham House y publicando literatura de misterio y ciencia ficción, tanto originales como reediciones. Allí vio la luz *The Dream-Quest of Unknown Kadath* (La búsqueda onírica del desconocido Kadath), un clásico de la fantasía de H. P. Lovecraft. Actualmente, se recuerda más a «The Arkham Sampler» como la cuna de innumerables y valiosísimas reseñas de libros y comentarios editoriales, con artículos de Lovecraft, Moskowitz, Bioch y muchos otros. Por lo que a literatura se refiere, allí estaban firmas como las de Van Vogt, John Beynon Harris y Ray Bradbury, por citar sólo algunas. Después de publicar ocho números trimestrales, la insuficiente cuantía de las ventas obligó a Derleth a cerrar «Sampler». En la actualidad, los ejemplares de esta revista alcanzan precios muy elevados.

Puesto que «Fantasy Reader» y «Arkham Sampler» contenían básicamente reediciones, y «The Vortex» y «Fantasy Book» lograron una difusión escasa, ninguna de ellas puede considerarse como decisiva al evaluar el inicio del segundo *boom* de las revistas de ciencia ficción. Su existencia prueba que había un mercado, pero su importancia fue secundaria. Las más poderosas salían de Street & Smith, Ziff-Davis, Standard y Popular, y cualquier movimiento en su favor vaticinaba el resurgir de una tendencia hacia las publicaciones de ciencia ficción.

Ziff-Davis fue la prueba de ello cuando el escándalo Shaver, algo sin precedentes, contribuyó a que «Amazing», primero, y «Fantastic Adventures», después, reanudaran su aparición mensual. Además, la emprendedora dirección repitió su experiencia durante la guerra, encuadernando conjuntamente tres números mensuales consecutivos y

vendiéndolos como trimestrales, cosa que se inició en el invierno de 1947-1948 y que prosiguió hasta 1951.

Pero el primer indicio auténtico del *boom* surgió en la Popular. Antes de la guerra, ésta había publicado un ramillete de títulos de ciencia ficción, fracasando todos, con la excepción de «Famous Fantastic Mysteries» («FFM»), a causa de la escasez de papel. Superadas ya las restricciones, nació una revista hermana de la anterior, «Fantastic Novéis». Esto acentuó la popularidad de «FFM», ya que durante la guerra se había duplicado, hasta cierto punto, con «Novéis», reeditando obras completas. El renacimiento de «Fantastic Novéis» podría, pues, parecer superfluo, pero fue recibida con los brazos abiertos. Se adoptó, una vez más, el viejo estilo de novela científica de «Argosy/All-Story», en tanto que «FFM» seguía reeditando material procedente de publicaciones en cartóné.

El primer número de la renacida «Fantastic Novéis», de nuevo con Mary Gnaediger como directora, apareció en marzo de 1948, y se iniciaba con *The Ship of Ishtar* (La nave de Ishtar) de Merritt. Ya en 1942, esta novela había sido presentada en forma de serial por «Argosy», y en 1938 una encuesta realizada por dicha revista entre los lectores la proclamó como el relato más popular publicado en ella. En 1926, sin embargo, una edición en cartóné se había vendido con dificultad. Para la nueva generación de lectores de la posguerra se trataba, por lo tanto, de un clásico perdido que bien valía la pena resucitar. Se comprende, pues, que a «Fantastic Novéis» le fuera relativamente fácil alcanzar el éxito. Restablecer una revista con una línea establecida ya familiar para los lectores no era tan difícil o arriesgado como lanzar un nuevo proyecto. Los simpatizantes de «FFM» estarían dispuestos a comprar también la publicación hermana y, confiando en ello, la firma Popular editó también «Fantastic Novéis» bimestralmente, alternándola con «FFM». A. Merritt volvió a constituir la base del proyecto y, a decir verdad, había motivos para pensar que las ventas del autor no podían llegar muy lejos. En efecto, en diciembre de 1949 la Popular puso a la venta la «Merritt's Fantasy Magazine», encabezada por *Creep, Shadow!* (¡Arrástrate, sombra!), la última novela del autor, publicada en 1934. «Merritt's Fantasy» duró sólo cinco números, pero no fue únicamente el empacho de Merritt lo que condujo a su fracaso. Más adelante explicaré cuáles fueron las otras razones.

Ya con «Fantastic Novéis» en el buen camino, la Popular revisó otros títulos suspendidos y decidió resucitar «Super Science Stories». En un principio, esta revista había sido idea de Frederik Pohl, allá por el año 1939, cuando habló con Rogers Terrill, de la Popular, y trató de convencerle respecto a editar una revista de ciencia ficción. «Super Science» y su compañera «Astonishing Stories» habían tenido un gran éxito hasta que las restricciones de papel y la partida de Pohl al ejército durante la guerra las hirieron de muerte. Pohl no regresó a la firma Popular. Al terminar la guerra se estableció como agente literario y el trabajo le iba moderadamente bien. Así las cosas, Alden H. Norton, editor asociado de la Popular, buscó los servicios de Ejler Jakobssen, el hombre que había

cubierto el hueco en los números finales de «Super Science Stories». Jakobssen era un finlandés nacido en diciembre de 1911 y que había llegado a los Estados Unidos en 1926. En la década de 1930 se dedicó a la literatura tipo *pulp* y en 1943 se unió a la *Popular*. En 1948 era jefe de departamento y se encargaba, pues, de «FFM». En el verano de aquel mismo año, Jakobssen se tomó unas vacaciones. El mismo relata lo que sucedió entonces: «Me encontraba a ocho kilómetros del teléfono más cercano, flotando de espaldas en la templada agua de un lago, en un día caluroso, insoportable, cuando apareció un chico en la orilla y gritó: «¡Llame a su despacho!». Recorrí con él los inevitables ocho kilómetros hasta llegar a una granja, llamé, y Al Norton me dijo que «Super Science Stories» había sobrevivido y que quedaba a cargo de mi departamento».

La revista reapareció en enero de 1949, destacando en ella *The Black Sun Rises* (Nace el sol negro), novela corta de Henry Kuttner. Esta obra había sido presentada a «Super Science Stories» en la primera época de la revista y, al cesar su publicación, fue incluida en la edición canadiense, iniciada en agosto de 1942. Dicha edición siguió apareciendo bimestralmente durante la guerra, alcanzando los veintiún números hasta su muerte en diciembre de 1945. La nueva «Super Science» también se imprimió inicialmente en Canadá.

«Super Science Stories» ha tendido a ser despreciada por los coleccionistas. Pero en su época fue una revista muy competente y ofreció una plétora de relatos interesantes y amenos de todos los principales autores. Ray Bradbury apareció allí con regularidad, publicando relatos tan clásicos como *I, Mars* (Yo, Marte), en el que describe la grotesca situación de un hombre que se encuentra solo en el planeta rojo, y *Changeling* (Variable), en el que un hombre dispone de varios androides, duplicados de sí mismo, para satisfacer a sus amantes. Arthur C. Clarke apareció en las páginas de la revista con *The Wall of Darkness* (El muro de oscuridad), un rompecabezas al estilo de Möbius. Poul Anderson, en rápida carrera hacia la fama, contribuyó con varias narraciones, entre ellas *Earthman, Beware!* (¡Cuidado, terrestre!), que se reedita en el presente libro, Y «Super Science Stories» fue, además, la primera en publicar un relato de Chad Oliver, *The Land of Lost Content* (La tierra de la satisfacción perdida), en noviembre de 1950. También constituyó un terreno abonado para John D. MacDonald, el gran escritor de temas policíacos y de misterio, que en los quince números de la revista firmó diecinueve relatos con su propio nombre y dos seudónimos.

La preocupación de «Super Science Stories» por los entusiastas se manifestó en la sección «Fandom's Corner» (El rincón del fandom), que dirigía *un fan* famoso, James V. Taurasi, y que reseñaba las publicaciones y actividades de los restantes. Además, Frederik Pohl se encargaba regularmente de la sección de crítica bibliográfica. Durante muchos números, Damon Knight colaboró con Ejler Jakobssen en la edición, Jakobssen seleccionaba y compraba los relatos, en tanto que Knight elaboraba los números. Ambos experimentaron en las páginas de la revista y animaron a los autores a que se aventuraran

en nuevas direcciones. Casi despreciada, fue «Super Science Stories», sin embargo, la que constituyó el necesario lazo de unión entre «Astounding» y la nueva ola de revistas que iban a sucederse. Ella proporcionó aquel ansiado aire fresco en el que los autores pudieron adaptar su estilo y puntos de vista a lo que se aproximaba.

La cercanía de Canadá a los Estados Unidos podría indicar la existencia de un interés razonable hacia la ciencia ficción, Pero no parece que ésta sea la realidad. Sí, los escritores nativos canadienses son escasos, y las revistas originales del país, una rareza. Existieron ediciones canadienses de revistas estadounidenses, como el caso de «Super Science Stories» que acabamos de mencionar, o versiones muy similares de «Science Fiction», «Weird Tales» y «Uncanny Tales». Usualmente se trataba de reediciones acompañadas por una parte ínfima de nuevos relatos de autores estadounidenses. Se comprende, pues, la extrañeza que causó en marzo de 1949 la aparición de una revista canadiense totalmente original y, lo que es más, en francés, idioma de un tercio de la población.

«Les Aventures Futuristes» nació en Montreal, provincia de Quebec, donde un ochenta por ciento, aproximadamente, de la población habla francés. Es sorprendente que una publicación así no hubiera surgido antes, y lo es mucho más el que cuando por fin apareció lo hizo con una periodicidad quincenal. «Les Aventures Futuristes» consistía fundamentalmente en aventuras centradas en torno a dos superhéroes, y contenía creaciones tan grotescas como un hombre esférico y plantas parlantes. Después del sexto número, la revista pasó a ser mensual, desapareciendo sin dejar rastro en septiembre de 1949, tras haber publicado el número 10. En la actualidad, los ejemplares de esta revista son muy escasos y se la recuerda en los anales de la ciencia ficción como una novedad fascinante.

Al cabo de uno o dos años más nació otra revista canadiense» «Brief Fantastic Tales» era la más pequeña de todas, con un formato aproximado de 14 × 9 cm, 64 páginas y tan sólo cuatro relatos en su interior. Se editó en Studio Publications de Toronto (Ontario) y costó únicamente diez centavos, Después del primer número no se la volvió a ver más.

En 1949 se produjo un acontecimiento especial, precursor de todo lo que iba a venir. Los superhéroes habían formado parte integral de la ciencia ficción a lo largo de dos décadas. Durante la de 1930, numerosas publicaciones nuevas habían nacido en torno a uno de tales héroes, normalmente dedicando una novela a sus aventuras. «Doc Savage», sin duda alguna, fue la más famosa en el campo de la revista barata, Street Smith presentó el primer número en marzo de 1933, manteniendo una periodicidad mensual durante la guerra. Muchos de los relatos más importantes, casi todos escritos por Lester Dent (1904-1959), han reaparecido desde entonces en ediciones estadounidenses en rústica, y también existe una edición británica. Con un total de ciento ochenta aventuras, es indudable que a los interesados les queda aún mucho por leer. En 1975, además, se estrenó una película sobre Doc Savage de George Pal, maestro en el cine de ciencia

ficción. Doc Savage poseía una fabulosa combinación de habilidad científica, magia mental y poderío físico, dedicándose a prestar ayuda a personas inmersas en extravagantes trances, «Doc Savage» estaba considerada una de las publicaciones fuertes de las revistas baratas, pero en 1947, ante la incredulidad de muchos lectores, empezó a fallar algunos meses, paso a ser trimestral y desapareció con el número de verano de 1949. Había muerto la última de las grandes revistas de héroes.

Y la principal causa de su desaparición fue el sorprendente crecimiento de la industria del cómic. Los héroes del cómic, en particular Superman y Batman, habían sido un producto de la ciencia ficción justo antes de la guerra, y numerosos escritores y artistas de ciencia ficción trabajaron para ellos. Mortimer Weisinger, director de «Thrilling Wonder» desde 1936 hasta 1941, abandonó la revista para convertirse en director de «Superman» y, posteriormente, de toda la serie de cómics asociados. En 1949 estos superhéroes, con sus ilustraciones y bocadillos «fáciles de seguir», eran los que gozaban de las simpatías de los lectores juveniles y de los jóvenes de corazón. En comparación, la lectura de toda una novela era pesada. Su éxito produjo un declive similar en las ventas de revistas baratas, sobre todo en las de héroes.

El final de «Doc Savage» dejó un vacío que los cómics llenaron con prontitud. Pero Popular Publications, en una especie de pataleo innecesario, tomó la decisión de resolver la crisis mediante un héroe moderno, el capitán Zero. Se trataba de un hombre al que una explosión atómica había convertido en invisible, aunque poseía algunas cualidades antihéroe ipuesto que era chapucero, miope y despistado! La Popular encargó a G. T. Fleming-Roberts que escribiera las novelas principales, apareciendo la primera de ellas, *City of Deadly Sleep* (La ciudad del sueño mortal), en noviembre de 1949. Fleming-Roberts era un acérrimo escritor de este tipo de temas, que había publicado regularmente en la mayoría de revistas de misterio y terror desde principios de la década de 1930. Aportó al héroe propio de estas publicaciones una dosis de humor que hacía mucha falta, pero fracasó. «Captain Zero» no llamó la atención, y al cabo de tres números la revista se convirtió en tan invisible como su héroe.

Con todo, Henry Steeger, presidente de la Popular, merece ser felicitado. Con «Fantastic Novéis», «Super Science Stories» y «Captain Zero» los editores habían sido audaces y se habían lanzado a la aventura. «Captain Zero» fue un riesgo que fracasó, pero las otras dos publicaciones prosperaron. Esto, unido al éxito de las revistas de ciencia ficción ya creadas, significó la luz verde hacia el futuro.

El final del verano de 1949 fue con mucho la víspera de la tormenta. En el siguiente período de un año aparecerían doce nuevas revistas, dos de las cuales estaban destinadas a pasar a la historia. Por lo tanto, antes de zambullirnos en este torbellino, sería oportuno citar algunos de los nuevos autores que habían hecho su aparición en las revistas de ciencia ficción en los tres años posteriores a la guerra, así como algunas narraciones de

entre las más famosas que habían aparecido.

Ya he mencionado a Arthur C. Clarke y Poul Anderson, dos de los nombres principales inmediatamente después de la guerra. Otro de ellos era William Tenn, seudónimo de Philip Klass, un estadounidense nacido en Londres, que también se inició en «Astounding», revista que mantenía su impresionante marca en cuanto a cultivar talentos en embrión. *Alexander the Bait* (Alejandro el cebo) (mayo de 1946) fue escrita tan sólo tres meses después del final de la segunda guerra mundial. Cuando Tenn trabajaba en calidad de editor técnico para las fuerzas aéreas. El relato emplea este entorno como base de un esfuerzo convenido para llegar a la Luna. La continuación fue *Child's Play* (Juego infantil) (marzo de 1947), que se inicia cuando un hombre de nuestros días recibe un obsequio navideño procedente del año 2153, hecho que provoca consecuencias escalofriantes.

En abril de 1947, «Astounding» presentó el primer relato de H. Beam Piper, *Time and Time Again* (Una y otra vez). Se trataba de un químico cuya conciencia retrocedía treinta años en el tiempo, ocupando su propio cuerpo juvenil pero conservando todos sus recuerdos futuros. Esta situación se producía como resultado de una droga contra el dolor que se había administrado al protagonista tras resultar herido en la tercera guerra mundial. Esta narración obtuvo el primer lugar en una encuesta realizada entre los lectores, superando a A. E. van Vogt, el gigante de la época, y su novela corta *Home of the Gods* (El hogar de los dioses). La carrera de Piper se inició triunfalmente, y el escritor aseguró su popularidad con una segunda narración, *He Walked Around the Horses* (Apareció entre los caballos) (abril de 1948), que comenzaba con la histórica desaparición del inglés Benjamin Bathurst ocurrida en Prusia en 1809. Piper postuló que Bathurst se había desvanecido en un mundo paralelo, y la trama prosigue a partir de ahí. Desde entonces la obra ha sido reconocida como un clásico menor.

Un nombre más venerado en el campo de la ciencia ficción, pese a sus esporádicas apariciones, es el de T. L. Sherred, que se presentó en «Astounding», mayo de 1947, con una joya de los viajes en el tiempo, *E for Effort* (E de esfuerzo). La narración se basa en un par de científicos que logran una fortuna produciendo películas en tres dimensiones sobre acontecimientos históricos. También se la cita como un clásico menor. Y lo mismo sucede con una obra de Wilmar Shiras, una escritora, titulada *In Hiding* (Oculto) («Astounding», noviembre de 1948), que narra los problemas de un psiquiatra enfrentado a un niño supranormal de diez años. Wilmar Shiras fue una de las diversas escritoras que empezaban a llamar la atención dentro de la ciencia ficción. Antes se habían registrado pocos casos, destacando C. L. Moore (esposa de Henry Kuttner), Leigh Brackett (casada con Edmond Hamilton) y Leslie F. Stone. Luego, el número de «Astounding» de junio de 1948 presentó *That Only a Mother* (Sólo una madre) de Judith Merrill. Este relato, en torno a un mutante, un niño prodigio al que su madre considera perfectamente normal, es uno de los más sobrecogedores dentro del género. Otra escritora que hizo su aparición

en esta época fue Katherine MacLean, cuyo *Defense Mechanism* (Mecanismo de defensa) también apareció en «Astounding» (octubre de 1949).

También los británicos, aparte de Arthur C. Clarke, estaban distinguiéndose en los Estados Unidos, Peter Phillips, nacido en Londres, creó un relato de gran originalidad, *Dreams Are Sacred* (Los sueños son sagrados) («Astounding», septiembre de 1948), en el que un psicólogo se proyecta en la mente de su paciente para curarlo. El número de «Astounding» de febrero de 1949 significó la primera aparición de Christopher Youd con *Christmas Tree* (Árbol de Navidad), un agudo relato en torno a la Navidad pasada lejos de la Tierra, C. S. Youd era el nombre auténtico del escritor que pronto se haría internacionalmente famoso con libros como *Death of Grass* (La muerte de la hierba): John Christopher, que durante un período iba a rivalizar con Arthur C. Clarke como principal escritor británico de ciencia ficción. Había vendido un relato corto a Walter Gillings en 1946, para la revista «Fantasy», pero dicho relato, *Monster* (Monstruo), no se publicó hasta 1950. Los mejores escritores británicos de la época anterior a la guerra iban haciendo también su reaparición, tras volver a vestir el «traje de paisano». Así, Eric Frank Russell presentó un serial increíble, *Dreadful Sanctuary* (El santuario terrible), publicado en «Astounding» durante el año 1948. Se inicia con el fracaso de todos los cohetes lunares para despegar con éxito de la Tierra, y prosigue revelando que la Tierra es en realidad una casa de locos de la Galaxia! Si fuera precisa, esta obra sería la muestra indudable del talento y la habilidad de Russell, el escritor había recibido ya innumerables manifestaciones de apoyo por su novela corta *Metamorphosite* (Metamorfosista) (1946), que examinaba los cambios de la especie humana a lo largo de un milenio en el futuro, y estaba poniendo los cimientos a una carrera que le llevaría a ser uno de los escritores de ciencia ficción más respetados en la década de 1950.

También John Wyndham se había reintegrado al género. Firmando como John Beynon, escribió *Adaptation* (Adaptación) («Astounding», julio de 1949), que trataba sobre una niña especialmente dotada para la supervivencia en condiciones extrañas.

Aquel mismo número de «Astounding» contenía la primera obra de ciencia ficción del escritor estadounidense James H. Schmitz. Antes, en 1943, Schmitz había publicado una fantasía en «Unknown Worlds», pero *Agent of Vega* (El agente de Vega) constituyó su entrada arrolladora en el género, El relato rebosaba de acción y brillantez, y la intriga se centraba en la poderosa fuerza policial y los agentes de la inmensa Confederación de Vega, En diciembre, también en «Astounding», apareció su siguiente trabajo, *The Witches of Karres* (Las brujas de Karres), tres muchachas con formidables poderes psi.

Julio de 1949 vio igualmente la aparición de Kris Neville con *The Hand From the Stars* (La mano de las estrellas) en «Super Science Stories», y la de Cyril Kornbluth con *The Only Thing We Learn* (La única cosa que sabemos) en «Startling Stories». Kornbluth, ya antes de cumplir los veinte años y tal como detallamos en el anterior volumen, había

escrito y vendido multitud de relatos a numerosas revistas en los primeros años de la década de 1940, pero había empleado infinidad de seudónimos. La mayoría de ellos ya han sido olvidados, aunque Kornbluth pasó a formar parte de la leyenda tras su muerte, acaecida en 1958 cuando sólo contaba treinta y cinco años de edad.

Jack Vance fue, probablemente, el autor nuevo más notable que iba a publicar fuera de «Astounding». *The World-Thinker* (El creador universal) había aparecido en «Thrilling Wonder» del verano de 1945, Vance continuó siendo un sostén principal de las revistas de la Standard en el transcurso de los siete años siguientes, produciendo memorables aventuras planetarias, en especial su serie Magnus Ridolph. Al igual que ahora, muchas de estas obras tempranas poseían elementos de fantasía en sus argumentos. Por ejemplo, en *The World-Thinker*, parte de la acción se desarrolla en el planeta de Laoome, el creador universal. En una escena, Laoome pierde el control de sus creaciones y se producen resultados extravagantes, entre ellos la conversión del Sol en una babosa gigantesca que se arrastra por el firmamento ¡hasta ser cercada entre inmensos pilones que han brotado del suelo!

La falta de espacio sólo permite aquí una rápida mención de la obra de los escritores ya consagrados de este período. Hay que citar la pericia continuada del equipo de los Kuttner, marido y mujer, escribiendo originalmente como Lewis Padgett. Durante el año 1947, «Astounding» publicó dos seriales suyos, *Tomorrow and Tomorrow* (Mañana y mañana), relato de ritmo trepidante que se desarrolla en el futuro, y *Fury* (Furia) (con el seudónimo Lawrence O'Donnell), impresionante aventura en el marco de un Venus turbulento. Jack Williamson, nombre importante en la ciencia ficción a partir de 1928, escribía mejor que nunca. Su relato largo *The Equalizer* (El compensador) («Astounding», marzo de 1947) se desarrollaba en torno a un invento que podía transmutar cualquier elemento. En julio del mismo año apareció *With Folded Hands...* (Con las manos cruzadas...), un clásico de robots que ha sido reeditado a menudo. Este relato, en torno a robots que invaden la Tierra en su superfilantrópico deseo de ayudar a la humanidad, está considerado actualmente la narración definitiva de su género. Williamson escribió una continuación en forma de novela, ... *And Searching Mind* (...Y mente penetrante), que fue señalizada en «Astounding» durante el año 1948.

El incansable E. E. Smith ofreció *Children of the Lens* (Los hijos de la lente), señalizada en «Astounding» (¿sorprendidos?) a partir de noviembre de 1947, en un período en el que Isaac Asimov prosiguió presentando nuevos relatos de sus series de robots y Fundación. A. E. van Vogt estaba en la brecha con la continuación, largo tiempo esperada, de *World of Null-A* (El mundo de los no-A), es decir, *The Players of Null-A* (Las aventuras de los no-A), publicada por «Astounding» a partir de octubre de 1948. Sin embargo, *The Weapon Shops of Isher* (Las armerías de Isher) su relato culminante de la serie Weapon Shop, apareció en «Thrilling Wonder» (febrero de 1949), cosa que nos recuerda la mejora en calidad de dicha revista y los esfuerzos de su director para

convertirla en una digna rival de «Astounding». A finales de 1949 casi podría afirmarse que todas las revistas principales se hallaban en su mejor momento, aunque para los nostálgicos la época dorada seguirá siendo la de «Astounding» al iniciarse la década de 1940.

También era cada vez más evidente el hecho de que el público en general aumentaba su aceptación de la ciencia ficción como literatura, pese a que el género aún debía recorrer un largo trecho antes de perder el estigma que lo asociaba con las llamativas revistas de aventuras baratas y sus cubiertas. La ciencia ficción estaba siendo compilada regularmente en libros de antologías, sobre todo por editores como Donald Wollheim y Groff Conklin, y un hito importante lo constituyó la creación de una serie anual conteniendo la mejor ciencia ficción del año, una invención todavía popular en nuestros días. Los coleccionistas Thaddeus E. Dikty y Everett F. Bleiler fueron los creadores de tal innovación. Bleiler acababa de hacerse famoso entre los entusiastas de la ciencia ficción merced a su formidable obra bibliográfica *The Checklist of Fantastic Literature* (Catálogo de literatura fantástica) (1948), recogiendo unas cinco mil obras de fantasía y ciencia ficción. Después, en septiembre de 1949, Frederick Fell Editores, de Nueva York, publicó *The Best Science Fiction Stories: 1949* (Las mejores narraciones de ciencia ficción: 1949), obra conjunta de Dikty y Bleiler. Contenía doce relatos, diez de ellos publicados originalmente por revistas del género, abarcando desde *Mars is Heaven!* (¡Marte es el cielo!) de Ray Bradbury («Planet Stories») hasta *Knock* (Choque) de Fredric Brown («Thrilling Wonder»). Para resumir, seis provenían de «Astounding», tres de «Thrilling Wonder», una de «Planet» y dos de fuera del campo. En agosto de 1950 apareció una segunda serie anual que incluía doce narraciones de 1949: tres de «Astounding» y «Thrilling Wonder», y una de «Startling», «Planet» y «Fantastic Adventures». De las tres narraciones restantes, idos procedían del mismo número del «Saturday Evening Post»!

El «Saturday Evening Post» fue una de las principales publicaciones periódicas en la década de 1940, una revista generalmente «pulcra». El hecho de que publicara relatos de ciencia ficción *escritos por autores asiduos de las revistas del género* constituía un indicador definitivo de lo que se aproximaba. El «Post» había publicado ciencia ficción antes, pero producto de escritores de moda que hicieron una incursión ocasional en el campo de la fantasía y que, debido a su condición social, proporcionaron a aquélla un aspecto de respetabilidad. Entre ellos hay que citar nombres como los de Stephen Vincent Benet, Gerald Kersh y Aidous Huxley. Fue algo aceptable. Murray Leinster, utilizando su nombre auténtico, Will F. Jenkins, era igualmente aceptable. Jenkins era un respetado escritor de novelas del oeste, género que, de alguna forma, gozaba de mayor consideración, y había ganado premios y concursos por sus relatos cortos, entre ellos uno publicado por la prestigiosa revista «Liberty». Pero ¿y Robert A. Heinlein? Era un nombre que procedía directamente de las revistas baratas de ciencia ficción. Heinlein había hecho caso del consejo de Murray Leinster. Él mismo lo explica: «Hace varios años, Will W.

Jenkins me dijo, "Te diré un secreto, Bob. *Cualquier* relato, sea de ciencia ficción o no, puede venderse a revistas normales, con tal que esté bien escrito. Entre los lectores de ciencia ficción, Heinlein se había ganado el número uno, ¿Por qué no probar con el público en general? Así lo hizo..., y triunfó al momento. *The Green Hills of Earth* (Las verdes colinas de la Tierra) apareció el 8 de febrero de 1947 en «The Saturday Evening Post», y narró el sacrificio realizado por un poeta ciego, Rhysling, para salvar una nave espacial. A partir de entonces, y en rápida sucesión, Heinlein vendió relatos a «Argosy», «Town and Country» y «The American Legion Magazine».

Pisando los talones a Heinlein estaba Ray Bradbury, que había colocado una fantasía corta, *The Invisible Boy* (El muchacho invisible), en «Mademoiselle» (1945). Muy pronto, empezó a vender relatos de fantasía, y otros que no lo eran, a numerosas revistas «pulcras». Luego logró publicar relatos de ciencia ficción como *Dwellers in Silence* (Los moradores del silencio) en la «MacLean's» canadiense (15 de septiembre de 1948) y *The Silent Towns* (Las ciudades silenciosas) en «Charm» (marzo de 1949), formando parte, ambos, de sus *Crónicas marcianas*. El mercado canadiense de la revista «pulcra» se mostraba muy receptivo a la ciencia ficción y, así, John Russell Fearn había estado vendiendo regularmente al «Star Weekly» de Toronto, empezando con *The Golden Amazon* (La amazona dorada) en abril de 1945.

Revistas como «Saturday Evening Post» y «Collier's», que a partir del 6 de enero de 1951 publicaría *The Revolt of the Triffids* (La rebelión de los trífidos) de John Wyndham, empezaban a considerar la ciencia ficción desde una nueva perspectiva. Esto fue el resultado casi exclusivo de la aproximación de la era nuclear, que había excitado el interés de los lectores hacia la ciencia y el futuro de la humanidad, otorgando a la ciencia ficción una nueva respetabilidad. Y ello, combinado con la nueva generación de escritores de ciencia ficción que habían perfeccionado la literatura del género en oposición a los tratados científicos en forma de ficción que prevalecían en la década de 1920, o a las numerosas y descabelladas aventuras juveniles de antes de la guerra. Leinster y Heinlein abrieron las puertas, Bradbury demolió el muro. A partir de entonces, los escritores sabían que podían entrar en los mercados «pulcros» más lucrativos, siempre y cuando retinaran su estilo. Y que podían vender ciencia ficción en su forma más básica. Para el lector del género no había nada excepcional en los relatos de Heinlein publicados por el «Post»; de hecho, eran más bien vulgares. Lo que interesó a los editores fue la destreza del escritor.

¿Qué quedaba para las publicaciones baratas? De repente, sus principales escritores habían abierto un mercado que este tipo de revistas no podía igualar en términos de prestigio o recompensa financiera. Pero la cruda verdad era que, pese al creciente aprecio de las revistas «pulcras» por la ciencia ficción, exigían que las obras fueran realistas. Cualquier escrito demasiado experimental o atrevido era rechazado, por más que la fraternidad de ciencia ficción lo considerara aceptable. La publicación barata seguía

proporcionando sus servicios especializados. El siguiente paso lógico era destruir la imagen de este tipo de publicaciones. Así surgió la serie «Magazine of Fantasy and Science Fiction».

5. Empieza la batalla

El primer número de «Magazine of Fantasy», como se la tituló al principio, estaba fechado en otoño de 1949. Fue publicado por el sello Fantasy House de Mercury Press, bajo la mano experta de Lawrence Spivak, también responsable de la prestigiosa publicación «American Mercury» y la afamada «Ellery Queen's Mystery Magazine» (y actualmente famoso productor de radio y televisión). Por treinta y cinco centavos, el lector pudo adquirir 128 páginas tamaño reducido (*digest*). La cubierta, una joven atrapada por un monstruo verde, era una fotografía, hecho muy extraño en las revistas de ciencia ficción, aunque Palmer y Campbell ya lo habían experimentado. La de «Magazine of Fantasy» fue obra de Bill Stone y resultó tremendamente efectiva. La narración que abría el número fue *Bells on His Toes* (Cascabeles en los dedos de los pies) de Cleve Cartmili, pero el que más atrajo la atención fue Theodore Sturgeon con su divertido relato *The Hurkle Is a Happy Beast* (El hurkle es un animalito feliz), que los directores Bleiler y Dikty incluirían posteriormente en su selección *Year's Best*. La revista era una mezcla escogida de relatos originales y reediciones. Las cuatro reediciones del primer número variaban entre *Men of Iron* (Hombres de hierro)^[6] de Guy Endore y *Thurnley Abbey* (El monasterio de Thurnley), la famosa historia de fantasmas de Perceval Landon. En realidad, el primer número se decantó hacia la fantasía. Con el dos (invierno-primavera de 1950) el título se amplió a «The Magazine of Fantasy and Science Fiction» (normalmente abreviado como «F & SF»), y el contenido de ciencia ficción predominó.

«F & SF» exigió calidad literaria ya desde su lanzamiento. El alcance de la revista era ilimitado, abarcando cualquier tipo de fantasía desde ciencia ficción pura hasta fantasmas. La única condición era que el relato estuviera magistralmente narrado y sumamente bien escrito. Podría pensarse que el exigir un relato bien escrito no era nada del otro mundo, pero numerosos autores de fama tuvieron dificultades en sus ventas a «F & SF» a causa de la severidad de los directores.

Anthony Boucher y J. Francis McComas eran los dos directores que se encargaban de «F & SF». Mick McComas se inició como director en 1941, cuando tenía treinta y un años. En 1946 se asoció con Raymond J. Healy, editando conjuntamente *Adventures in Time and Space* (Aventuras en el tiempo y el espacio), antología de ciencia ficción de 997 páginas que sigue siendo considerada uno de los hitos fundamentales entre este tipo de publicaciones. Boucher se llamaba en realidad William Anthony Parker White, pero, probablemente, no era suyo un relato firmado con ese nombre que apareció en «Weird Tales» en enero de 1927. En dicho año, Boucher, que había nacido en Oakland, California, en agosto de 1911, contaba sólo quince años de edad. Conservó el seudónimo Boucher para sus obras de fantasía y ciencia ficción, usando otro, H. H. Holmes, para las de misterio. En los primeros años de la década de 1940, «Unknown» publicó un número considerable de brillantes obras de fantasía escritas por Boucher. Además, se hizo famoso

dentro de la ciencia ficción con *The Barrier* (La barrera) («Astounding», septiembre de 1942), una narración en torno al viaje en el tiempo. Los dos directores, Boucher y McComas, poseían conocimiento completo y práctico de todo el campo de la fantasía, y, lo que es más importante, no habían estado restringidos a las publicaciones baratas.

«F & SF» causó impacto, pero con retraso, debido a sus primeras apariciones esporádicas y porque se la menospreciaba con facilidad entre el tumulto de nuevas revistas que estaban siendo lanzadas. Con todo, en cuanto los editores comprendieron el poder potencial de «F & SF», dedicaron todos sus esfuerzos a ella. Un cambio de dirección de este tipo ya había sucedido antes. En la década de 1930 muchos escritores sacrificaron de buena gana la literatura en aras de la ciencia. Luego, en 1938, Campbell dictó con firmeza su línea en favor de las narraciones que subrayaran los efectos de la ciencia más que la ciencia en sí. Y en este momento, Boucher y McComas daban mayor importancia al ángulo literario. Fue inevitable, pero tardó mucho tiempo en producirse el fenómeno. ¡Había hecho falta una guerra mundial y una bomba atómica de pesadilla!

Muchos lectores de ciencia ficción pueden haber pasado por alto el primer número de «Magazine of Fantasy» pero, tan sólo un mes después, pudieron ser testigos de la continuación de una leyenda: la aparición de «Other Worlds Science Stories».

El primer número de «Other Worlds» (noviembre de 1949) causó impresión. En tamaño reducido (*digest*), costaba treinta y cinco centavos y constaba de ciento sesenta páginas. «Astounding» tenía la misma extensión, por supuesto, pero su papel era de mejor calidad. «Other Worlds» estaba impresa en un grueso papel de pulpa (barato) que daba a sus ejemplares un grosor aproximado de trece milímetros y, por lo tanto, la impresión de que el dinero estaba bien invertido.

La maravillosa cubierta de Malcolm Smith ilustraba *The Fall of Lemuria* (la caída de Lemuria) de Richard S. Shaver. Sí, volvemos a encontrar esta firma. ¿Cómo es que Shaver escribía para otra revista? Y para más extrañeza, ¿quién era el hasta ahora desconocido director de la revista, Robert N. Webster, que en su editorial alardeaba de tener veintiséis años de experiencia en el campo de la ciencia ficción? Los entusiastas debieron estrujarse la mente preguntándose, ¿Robert, qué?

Serían ellos mismos los primeros en desvelar el secreto. Los asistentes a la Convención Mundial de Ciencia Ficción, celebrada en Cincinnati los días 3, 4 y 5 de septiembre de 1949, oirían a Ray Palmer explicar cómo había dimitido de Ziff-Davis para fundar su propia empresa editora, Palmer detalló los planes en cuanto a «Other Worlds», e incluso contrató a una estusiasta local, Beatrice Mahaffey, como subdirectora. Con veintiún años recién cumplidos, la muchacha asistía a su primera convención, ¡y poco podía imaginar lo que iba a encontrar allí!

Raymond A. Palmer nació en Milwaukee el 1 de agosto de 1910. A los siete años, un

camión le golpeó y partió la espalda. La curvatura de columna resultante dio a Palmer un aspecto enano, pero superó su escasa estatura con imaginación y vitalidad. A partir de su contacto con Shaver, Palmer se interesó cada vez más por lo oculto. Es posible que Palmer ansiara, de modo subconsciente, aceptar la raza «deros» como causa directa de su trágico accidente (y los posteriores), y que canalizara su odio en esa dirección y no contra la humanidad. Era una salida, no puede negarse, Palmer se dedicó a todo lo que fuera extraño. Aparte de publicar el Misterio Shaver en «Amazing», empezó a defender la causa de los platillos volantes, que recibieron creciente publicidad después de la guerra. Palmer se interesó por Kenneth Arnold, vendedor de equipo contra incendios que el 24 de junio de 1947, mientras sobrevolaba con su propia avioneta el monte Baker, en Washington, divisó una serie de nueve misteriosos objetos en forma de platillos. Investigando, se encontró inmerso en una fantástica sucesión de acontecimientos que, finalmente, le llevaron a un punto muerto.

Palmer se preocupó por estos hechos, y Shaver los apoyó como prueba adicional de sus propias teorías. Cuando, al mismo tiempo, la dirección de «Amazing» pidió a Palmer que publicara menos material sobre el Misterio Shaver, el director ya estaba preparado para la ruptura. Todavía trabajando en Ziff-Davis, y como director nominal de «Amazing» (William Hamling se encargaba ya por completo de editar «Fantastic Adventures»), Palmer emprendió los diversos planes necesarios para establecer su propio negocio, Clark Publishing Company, en Evanston, suburbio de Chicago. En la primavera de 1948 lanzó el primer número de una nueva revista, «Fate», dedicada a lo oculto. Puesto que el apellido Palmer seguía apareciendo en la cabecera de «Amazing», ideó un alias, Robert N. Webster. «Fate», trimestral al principio, aumentó pronto su periodicidad y llegó a convertirse en una publicación modelo en el campo de lo oculto. Y aún sigue apareciendo, pero Palmer ya no mantiene ninguna relación con ella. A partir de 1954 surgió una reedición británica cuyo título ha llegado a nuestros días, aunque ahora las dos ediciones, estadounidense e inglesa, son independientes.

Palmer se iba de «Amazing». El Misterio Shaver había producido fricciones entre él y el fandom, y Palmer ridiculizaba con frecuencia a los entusiastas (*fans*), enervándolos aún más, llamándolos «la fracción lunática». Como es lógico, tal comentario no le ganó las simpatías del fandom y, finalmente, Palmer decidió enmendarse. En el número de «Amazing» de marzo de 1948 inauguró la sección «The Club House» para resucitar las publicaciones y actividad de aquéllos. Se encargó de la sección Rog Phillips, convirtiéndose en un gran amigo de los entusiastas. Estos recibieron la novedad con los brazos abiertos y, con el tiempo, se la consideró como la principal sección de *fans* de las revistas profesionales. Con el Misterio Shaver ya desaparecido de «Amazing», la mayoría de los aficionados olvidaron las peleas.

Y luego Shaver reapareció en «Other Worlds», La editorial de «Webster» era típica de Palmer, hecho que tan sólo pudo pasar inadvertido a los recién llegados al género»

«Webster» elogió la «Amazing» de Palmer y alabó a Shaver. Palmer lanzó la idea de que «Other Worlds» sería una mezcla de la literatura publicada en «Astounding Worlds» y «Thrilling Wonder», además de una «Other Worlds» especial. Pero añadió, apresuradamente, que esperaba que sus lectores contribuyeran con sus ideas para determinar la línea definitiva de la revista.

«Other Worlds» triunfó. Las cartas publicadas en el segundo número de la revista, entre ellas una de Theodore Sturgeon, fueron elogiosas.

El apellido Palmer desapareció definitivamente de las producciones Ziff-Davis tras el número de diciembre de 1949, y luego apareció de nuevo en «Other Worlds». El sucesor de Palmer en Ziff-Davis fue Howard Browne. Nacido en abril de 1908, Browne había trabajado como subdirector de las revistas, pero se había retirado en 1947 para dedicarse profesionalmente a escribir para Hollywood. Al volver a tomar el control de «Amazing» y «Fantastic Adventures», se apresuró a declarar sus intenciones en cuanto a devolver a la revista cierta calidad literaria y que la publicación no fuera campo abonado para cualquier tema ocultista, Browne desechó el material comprado a Shaver, por un valor aproximado de siete mil dólares, y discutió con la dirección para que convirtieran la revista en una publicación de tamaño reducido (*digest*), aumentando el precio de venta y adquiriendo relatos escritos por autores de calidad, Ziff-Davis dio el visto bueno y Browne inició el trabajo. ¡Ay!, la entrada de los Estados Unidos en la guerra de Corea trajo consigo una reducción de los gastos extra, forzando a Browne a retrasar sus planes y sufrir durante algunos años más. Sí, *sufrir* es la palabra adecuada. Browne era en esencia un escritor de obras de misterio que había llegado a director diciendo: «En realidad, la ciencia ficción confirmó que yo era una especie de Jesús...» Con todo, sus exigencias de sentido común tuvieron su efecto, y editó un par de revistas muy interesantes.

Mientras tanto, Ray Palmer no estaba contento con sólo un par de buenas revistas de ciencia ficción. Con «Fate» y «Other Worlds» felizmente lanzadas, inició planes para una tercera que debería llamarse «Imagination». Beatrice Mahaffey pasó a ser directora de «Other Worlds» a partir del número de marzo de 1950, aunque Palmer seguía teniendo gran influencia. Luego, Palmer, propenso a los accidentes, sufrió otra calamidad: el 4 de junio de 1950 quedó paralizado de cintura para abajo. Los médicos estaban convencidos de que la dolencia sería permanente, pero Palmer era un luchador. No se rindió, y en el transcurso del año siguiente empezó a mostrar signos de una milagrosa recuperación.

Bea Mahaffey se quedó, pues, repentinamente sola, con toda la responsabilidad de «Other Worlds» y siendo aún inexperta. Aceptó el desafío sin dudarle un momento, y merece ser elogiada, puesto que actuó admirablemente. Empleó a una ayudante, Marge Budwig Saunder, para dar la primera lectura a los trabajos y efectuar la mayor parte de las tareas auxiliares. Por su parte, Mahaffey recurrió a escritores y agentes, y obtuvo obras de autores importantes. En consecuencia, «Other Worlds», al principio de su existencia,

evitó la caída con la mayor dignidad. Allí estaban Theodore Sturgeon, Eric Frank Russell, Lester Del Rey, William F. Temple, Poul Anderson, Fredric Brown, Robert Bloch, Gordon Dickson..., todos colaborando a que «Other Worlds» fuera una revista esmerada y muy interesante. Palmer, como es lógico, no estaba totalmente aparte.

La publicación de octubre de 1951 ofreció su contribución por capítulos *I Flew in a Flying Saucer* (Yo volé en un platillo volante), firmada por el propio Ray Palmer y un misterioso capitán A. V. G. El relato fue presentado como una ficción basada en hechos. Palmer volvía con sus trucos...

¿Y qué paso con «Imagination»? ¿Se dio carpetazo a la revista tras el accidente de Palmer? Ya se habían preparado los dos primeros números, y se puso a la venta en octubre de 1950. Idéntica a «Other Worlds» en su formato, la revista se titulaba «Stories of Science and Fantasy», y se pretendía que fuera la publicación hermana en cuanto a fantasía, tal como «Fantastic Adventures» lo había sido para «Amazing». Luciendo una evocadora cubierta de Hannes Bok, se iniciaba con *The Soul Stealers* (Los ladrones de almas), novela corta de Chester Geier, e incluía colaboraciones de Willard Hawkins, Kris Neville, Rog Phillips y Edward Ludwig (el último se iniciaba en el género). El lanzamiento fue un éxito. Pero el futuro de la revista era incierto, ya que Palmer estaba parálítico y Bea Mahaffey totalmente ocupada con «Other Worlds».

Así las cosas, otra empresa editora se fundó en Evanston: Greenleaf Publishing Company. El hombre que la impulsaba era William Lawrence Hamling. Nacido en Chicago en junio de 1921, se entusiasmó por la ciencia ficción antes de cumplir los quince años. Asistió a la gran Lane Technical High School de Chicago, y se convirtió en director de la revista «Lane Tech Prep», que tenía una circulación de diez mil ejemplares, insertando ciencia ficción en sus páginas. Colaboró en un cuento con Mark Reinsberg, compañero de escuela, y ambos lo vendieron a «Amazing» en 1938, aunque Hamling no prosiguió inmediatamente por aquellos derroteros. En 1940, sin embargo, inició la edición de un fanzine^[7], de aspecto muy profesional, «Stardust», que duró cinco números, entre marzo y noviembre, y que incluyó varios relatos de autores importantes. Hamling fue llamado por Palmer en 1946 para colaborar en «Fantastic Adventures», debido a problemas personales del segundo. La eficiencia que demostró hizo que Ziff-Davis le contratara, y en enero de 1948 se convirtió en director de ambas publicaciones, posesionándose efectivamente del cargo mientras Palmer creaba su propia empresa. Cuando Browne sucedió a aquél, «Amazing» planeaba ya el traslado de sus oficinas editoriales de Chicago, reinstalándolas en Nueva York, Hamling no deseaba mudarse, y por ello, en 1950, se fue y formó su propia compañía editora. Poco después, Palmer le facilitó «Imagination», asumiendo Hamling toda la responsabilidad a partir del tercer número de la revista (febrero de 1951). Todo esto tuvo un desarrollo tan sencillo como si ya hubiera estado planeado desde 1946.

Popular Publications había tanteado el mercado de la revista de ciencia ficción y lo había encontrado favorable. Palmer se había metido de lleno, logrando el éxito. «F & SF» surgió demasiado pronto, pero seguía a flote. Ahora, la Standard disponía de su ocasión para adentrarse en aguas más profundas.

La Standard decidió jugar sobre seguro. Un aspecto popular de «Startling Stories» era su «Hall of Fame» (Antesala de la fama), clásica sección dedicada a las reediciones. «Famous Fantastic Mysteries», de la Popular, incluía fundamentalmente reediciones, obteniendo éxito. «Fantasy Reader», de la Avon, también se basaba en reediciones, habiendo publicado once números y siguiendo adelante. Así, la Standard tomó la firme decisión de iniciar su propia revista de reediciones..., que en realidad fueron dos publicaciones, una trimestral y otra anual, al igual que otros títulos de la Standard, ambas fueron del tamaño de las publicaciones baratas. «Fantastic Story Quarterly» apareció por primera vez en la primavera de 1950, presentando como novela principal *Hidden World* (Mundo oculto) de Edmond Hamilton, procedente de «Science Wonder Quarterly» (otoño de 1929). También contenía un relato corto, *Trespass* (Transgresión), que significó la presentación de Gordon R. Dickson, uno de los escritores de ciencia ficción más apreciados actualmente. En el verano de 1950 surgió «Wonder Story Annual», fornida revista de tipo barato de 196 páginas que incluía varias novelas cortas y una novela, *The Onslaught from Rigel* (La embestida de Rigel) de Fletcher Pratt, extraída de «Wonder Stories Quarterly» (invierno de 1932).

Tanto la publicación trimestral como la anual constituyeron un éxito instantáneo. Junto con revistas anteriores, dieron cuerpo a la revitalización de la ciencia ficción, y otros editores decidieron que era el momento para unirse al mercado.

El primero en seguir el ejemplo fue Louis Silberkleit, de Columbia Publications. Antes de la guerra había publicado «Science Fiction», «Future Fiction» y «Science Fiction Quarterly», con muy buenos resultados. El director inicial de las tres revistas fue Charles D. Hornig, y luego se hizo cargo de ellas Robert Lowndes. Durante la guerra, cuando se abandonó su publicación, Lowndes permaneció en la Columbia como director editorial, encargándose de la mayoría de publicaciones baratas. Mayo de 1950 vio el regreso de «Future combined with Science Fiction Stories», y Lowndes estaba de nuevo al timón.

La aparición de «Future» fue la confirmación auténtica de que la ciencia ficción estaba a punto de experimentar un *boom*. Y fue, también, el primer «elemento perturbador». Hasta entonces, las revistas habían tenido su propia identidad y la habían violado muy poco. Desde «Astounding», la principal en cuanto a *ciencia ficción*, pasando por «Thrilling Wonder» y «Amazing» (conservando intacta su imagen de obra apresurada hecha para ganarse la vida), hasta «Planet», con su ópera espacial, y «F & SF», con su aspecto de experta en todos los detalles, toda publicación poseía un campo propio claramente delimitado.

Pero ahora «Future» era un caso difícil ¿En qué parte de la estructura encajarla? No tenía una línea independiente y, a diferencia de «Other Worlds», no pretendía ser un compuesto de todas las revistas. Debido a esto, y a su minúsculo presupuesto, «Future» no tenía otra opción más que la de ser un término medio entre la mayoría de revistas, incluyendo tanto lo mejor como lo peor de los principales escritores de ciencia ficción. No poseía una nómina regular de autores, ni disponía de muchas posibilidades para lograrla. Lowndes, como cualquier otro director, leía material procedente de escritores primerizos pero, dada la expansión del mercado de ciencia ficción, tales autores podían irse a cualquier otro sitio. El mercado del director estaba transformándose con rapidez en el mercado del autor.

Lowndes, pues, podía hacer poco más que buscar lo mejor. Pero disponía de una ventaja: era, con mucho, un director personal. Le gustaba el contacto entre director y lector, del que Campbell se mantuvo alejado. Aunque Lowndes había roto con el fandom de ciencia ficción durante la década de 1940, la alentadora respuesta a la renacida «Future» despertó su antiguo entusiasmo, y pronto ésta se convirtió en la revista personal. El lector tenía la impresión de conocer al director, y de haberlo conocido toda su vida. Así lo deseaba Lowndes, y se preocupó por cualquier reacción que el escritor produjera en el lector. Esto le permitió animar a los autores, ya que su literatura recibiría una respuesta, Lowndes pudo, igualmente, confiar en sus numerosos y antiguos amigos dentro del género de la ciencia ficción y que, desde que los conociera, estaban labrándose un nombre: James Blish, Frederik Pohl, Damon Knight, etcétera. Sin embargo, era evidente que la calidad empezaba a escasear. El primer número de «Future», por ejemplo, incluía las firmas de George O. Smith, Lester del Rey, James Blish y Murray Leinster, todos ellos muy asociados a «Astounding», «Super Science» y «Thrilling Wonder». Era el principio de la lucha por la supervivencia, y muy pronto todas las revistas se preocuparían exclusivamente de sí mismas.

«Future» fue la primera revista en tener una personalidad, pero sin línea alguna. Conservó el antiguo tamaño propio del género, pero, con sólo 114 páginas, se ponía a la venta a quince centavos, siendo la más barata. Como es lógico, su precio contribuyó a asegurar sus ventas, aunque, sin duda alguna, necesitaría un número inmenso de lectores para permitir el lanzamiento de más revistas.

Y, como caído del cielo, ese número inmenso de lectores se materializó. Surgieron nuevas publicaciones en el mercado, aunque no siempre con un futuro muy claro, y eso ya desde el lanzamiento. Por ejemplo, en mayo de 1950 llegó, aparte de la renacida «Future», el número 1 de «Fantasy Fiction», revista de tamaño reducido (*digest*) editada y publicada por Curtis Mitchell en la calle 67 Este de Nueva York. Su cubierta, que mostraba una fémina seductora y una calavera, era una fotografía, de nuevo obra de Bill Stone. La revista parecía una copia al carbón de «F & SF», sobre todo porque también publicaba literatura original y reediciones. La única diferencia residía en el hecho de que

Mitchell incluía relatos «realmente sobrenaturales», como por ejemplo *iThe Moose That Talked* (El alce que hablaba)! Pero «F & SF» ya había adquirido para entonces un público leal. «Fantasy Fiction» cayó; un segundo número, con el nuevo título de «Fantasy Stories», apareció en noviembre de 1950, pero nunca más volvió a verse. Puesto que «A. Merritt's Fantasy» había desaparecido un mes antes, parecía que la *ciencia ficción* estaba venciendo ahora a la fantasía. De hecho, *fantasía* se estaba convirtiendo en una palabra obscena, comercialmente hablando.

En julio de 1950 apareció una nueva revista de Avon Books dirigida por Wollheim. Pero se trataba de una publicación barata (*pulp*), no de bolsillo. Llamada «Out of This World Adventures», era una flagrante copia de «Planet Stories» decantada hacia el mercado del cómic, ya que incluía una sección de tiras a todo color. La idea partió del editor Joseph Meyers, al que una imprenta le había ofrecido hacer publicaciones baratas en condiciones económicas muy ventajosas. Meyers sugirió que las páginas de cómics que sobraran se añadieran en el centro de la revista formando un paquete «de ganga». Aunque los dibujos estaban bien ejecutados por John Giunta, y pese al guión moderadamente bueno de los escritores John Michel y Gardner Fox, levantó aullidos de horror entre los entusiastas veteranos. En cualquier caso, Meyers era un hombre caprichoso, y el impresor perdió la confianza en él. La oferta fue retirada y «Out of This World Adventures» desapareció tras un segundo número publicado en diciembre. En marzo de 1951 nació otra publicación de este tipo, «Ten Story Fantasy». Wollheim efectuó una selecta compilación de relatos, y no hubo sección de cómics. Luego Meyers volvió a cambiar de opinión y la revista fue abandonada con tan sólo el primer número publicado. Actualmente se recuerda sobre todo a «Ten Story Fantasy» porque señaló la presentación del relato *Sentinel of Eternity* (El centinela de la eternidad) de Arthur C. Clarke, que más tarde constituyó la base para la espectacular película *2001: una odisea del espacio*, ¿Quién podría creer que tal película tuvo su origen en una revista barata que sólo publicó un número y que está casi olvidada?

Wollheim me ha explicado que Meyers padecía con frecuencia aquellos caprichos. A principios de 1949 acarició la idea de una revista barata de ciencia ficción y Wollheim reunió y compró los relatos precisos. Luego se lo pensó mejor y la revista nunca apareció. Wollheim se limitó a publicar el material, en forma de libro, en *The Girl with the Hungry Eyes and Other Stories* (La chica de los ojos hambrientos y otros relatos), antología en rústica. Dicha publicación, una de las primeras antologías de ciencia ficción completamente originales, es, pues, una revista con la apariencia de libro. En rústica obtuvo críticas enardecidas, se lo recuerda con gran veneración y es todo un artículo de coleccionista. ¿Habría pasado lo mismo si hubiera aparecido como revista de tipo barato? Lo más probable es que hubiera sido despreciada y que ahora no lo recordara nadie a excepción de los coleccionistas empedernidos, al igual que en el caso de «Ten Story Fantasy». ¡Así es la justicia en el mundo de la revista!

Meyers no volvió a pensar en las publicaciones baratas. En lugar de eso, Wollheim logró poner a la venta una nueva revista de formato reducido (*digest*) y dedicada a las reediciones. «Avon Science Fiction Reader» obtuvo una acogida mucho mejor.

Al terminar 1950, el lector y el director sensibles aprendieron una lección sobre lo que sucedía en el mundo de la ciencia ficción, Recuérdenlo, la publicación de revistas de este género crecía. En el verano de 1950 existían unas veinte publicaciones, mientras que cuatro años antes sólo había ocho. ¿Y quién apoyaba a esas veinte? ¿Los mismos y leales entusiastas de la ciencia ficción? Sí, eran parte del público, pero no la totalidad. La curiosidad atraía nuevos lectores a las revistas; muchos habían descubierto la ciencia ficción a través de antologías recientes y revistas «pulcras». Por lo tanto, les llamaban más la atención las que ofrecían una perspectiva saludable y madura, cosa que las publicaciones de tipo barato no podían hacer. No, quienes apoyaban a estas últimas en conjunto eran la vieja guardia de los entusiastas de la ciencia ficción y los lectores más jóvenes que las descubrían por primera vez. Las revistas de formato reducido (*digest*) recibían la simpatía de esos mismos lectores y de aquellos que habían sido ganados de otros medios. Es obvio: la batalla se desarrollaba entre publicación barata y formato reducido, y el momento culminante de la misma estaba muy próximo.

6. ¿Ciencia o sensatez?

En 1950 no había duda alguna respecto a que «Astounding» era la revista de más calidad. Una de sus firmas más respetadas era la de L. Ron Hubbard. Lafayette Ronald Hubbard nació en Tilden, Nebraska, en 1911» Escritor habitual de aventuras, vendía a publicaciones baratas como «Argosy», cuando apareció por primera vez en «Astounding» (1938) con *The Dangerous Dimensión* (La dimensión peligrosa), cuento humorístico sobre un profesor que podía trasladarse a cualquier parte con el pensamiento. Hubbard, gracias a su habilidad para tramar un relato fascinante y llevarlo a extremos imaginativos, pasó a ser un anfitrión de primera en «Unknown». Al mismo tiempo escribió ciencia ficción de alta categoría para «Astounding», destacando *Final Blackout* (Apagón final), señalizada durante el año 1940, que narraba el ascenso al poder de «el teniente» en un mundo asolado por la guerra perpetua. Apareció en la época en que la guerra en Europa alcanzaba el final de su primer año, aunque se había supuesto que concluiría en cuestión de semanas, y la obra hirió en lo vivo a muchos de sus lectores. La polémica resultante catapultó a la fama el nombre de Hubbard. Después del conflicto, con el transparente seudónimo de Rene Lafayette, Hubbard creó una serie tremendamente entretenida que se inició con *Ole Doc Methuselah* (Matusalén Ole Doc) («Astounding», octubre de 1947). Ole Doc era un Soldado de la Luz, tenía setecientos años de edad, viajaba por el universo dispensando sus servicios médicos y, de una forma u otra, se veía envuelto en política planetaria aunque no lo deseaba. La serie finalizó con *Ole Mother Methuselah* (Matusalén Ole Mother) en el número de enero de 1950, y sus siete relatos fueron muy populares.

Los números de febrero y marzo de 1950 mantuvieron vivo el hombre de Hubbard con el controvertido serial *To the Stars* (Hacia las estrellas), describiendo los sacrificios que el hombre debe realizar para explorar el espacio. Con estos antecedentes, los entusiastas aguardaban ansiosamente el número de mayo de 1950 de «Astounding», ya que Campbell había anunciado que contendría un artículo principal de Hubbard dando a conocer una ciencia totalmente nueva: la *dianética*. Coincidiendo con la publicación del artículo, Hermitage House de Nueva York puso a la venta un libro de Hubbard, en cartoné, titulado *Dianetics: The Modern Science of Mental Health* (Dianética: La ciencia moderna de la salud mental).

El artículo y el libro originaron una explosión entre la fraternidad de la ciencia ficción. ¿Qué era la dianética? ¿Una ciencia?

Hubbard postuló que la mente está sustancialmente dividida. La mente analítica es la parte totalmente consciente, la que diariamente almacena y registra hechos y pensamientos, la parte que, usted, ahora, utiliza para pensar sobre esto. Pero también existe una mente reactiva que sigue guardando información aun cuando la analítica se encuentre extremadamente ocupada con determinado hecho de importancia. Si dicha

mente reactiva se preocupa por problemas que deberían ser resueltos por la analítica, hay muchas posibilidades de que el problema sea solucionado erróneamente, con efectos desastrosos para el individuo. Esto es semejante a un computador que posea dos bancos de memoria, uno de ellos con mala información pero que, no obstante, puede facilitarla en un momento dado. Hubbard afirma que los falsos bancos de memoria, posibles causantes de daño, pueden ser borrados mediante hipnosis, con el resultado de que el individuo se convierte en lúcido, totalmente cuerdo, pudiendo pensar con claridad la solución de un problema sin necesidad de depender de alguna solución previa que, probablemente, sería incorrecta.

Hubbard sostuvo que su método curaría todas las enfermedades mentales. ¡Algo insólito! Campbell estaba convencido de que Hubbard había descubierto algo valioso. A este respecto, un aspecto tremendamente revelador ha sido expuesto hace poco tiempo por Alfred Bester, escritor de ciencia ficción en su contribución *My Affair with Science Fiction* (Mi relación con la ciencia ficción) a *Hell's Cartographers* (Los cartógrafos del infierno) (1975), dirigido por Brian Aldiss y Harry Harrison. Bester recuerda una conversación que mantuvo con Campbell después de que el director recibiera el artículo de Hubbard sobre la dianética y se apresurara a publicarlo. Éstos fueron los comentarios de Campbell:

No lo sabes, no tienes ningún medio de saberlo, pero es el fin de Freud... La psiquiatría, tal como la conocemos, ha muerto... Freud ha sido destruido por uno de los descubrimientos más grandes de nuestro tiempo..., la dianética... Fue descubierta por L. Ron Hubbard, y ganará el Premio Nobel de la Paz por ello.

Campbell defendió la causa, y pronto Hubbard pudo crear su Fundación de la Dianética. Multitud de pacientes reclamaron sus servicios y los del equipo que Hubbard había constituido. Uno de los miembros de dicho equipo era un importante escritor de ciencia ficción, A. E. van Vogt, que ocupó el cargo de «oyente». Su misión consistía en escuchar al paciente mientras éste explicaba su pasado bajo hipnosis, limpiando así sus bancos de memoria. Si tenemos en cuenta que muchas de las novelas de Van Vogt, en especial *Sian*, se habían ocupado de supermentes, era inevitable que el escritor se sintiera atraído por el reclamo de la dianética. Otra escritora atrapada por el lazo de la «ciencia» fue Katherine MacLean. En aquel momento, Hubbard, Van Vogt y, hasta cierto punto, MacLean, dedicados a la dianética, abandonaron por completo la ciencia ficción, lo que significó una pérdida desastrosa, .

La profesión médica no tardó en atacar la «ciencia» de Hubbard, ridiculizándola como vil charlatanería. En el transcurso de unos cuantos años toda la empresa estuvo sujeta a desavenencias y separaciones. Por una ironía, la primera persona supuestamente «lúcida» fue la segunda esposa de Hubbard, Sara. ¡Pero en 1951 Sara solicitó el divorcio alegando que su marido estaba loco!

Campbell repudió por fin la dianética en 1951, y el mundo de la ciencia ficción se recompuso. Pero la dianética prosperó en sus diversas encarnaciones y Hubbard, como resultado, se hizo rico rápidamente. Se rumorea que éste, tras ser rechazado por la marina en 1946 (por incapacidad psicológica), manifestó su descontento a través de la literatura de tipo barato, planeando una campaña para hacerse rico rápidamente. ¿Fue la dianética su plan? Si es así, resultó. A mediados de la década de 1950, cuando la dianética se enfrentaba a problemas legales, Hubbard se trasladó a Arizona y propuso su nueva doctrina, un vástago de la anterior: la *cientología*. Estableció una Fundación en Gran Bretaña y la organización se convirtió en una religión, la Iglesia de la Cientología. En 1963 Hubbard, según la opinión común, vendió su negocio por una importante suma de dinero y se retiró a su flota de cinco yates navegando por el Mediterráneo. En la actualidad, la cientología, prohibida en Gran Bretaña, todavía florece. ¿Cuántas personas saben que fue idea de uno de los principales escritores de ciencia ficción en publicaciones baratas?

Durante 1950, cuando la dianética irrumpió en el mundo de la ciencia ficción, era evidente que muchos puristas del género se mostraban muy escépticos ante las teorías de Hubbard. Es más: ¿no recordaba todo aquel caso algo por lo que el mundo de la ciencia ficción aún se tambaleaba, el «shaverismo»? Igual que las teorías de Shaver se habían adueñado de «Amazing» y Ray Palmer, «Astounding» y Campbell habían sido subyugados por la dianética. Era otro asunto de fanatismo..., y de repente, muy de repente, los fieles lectores de «Astounding» dudaron. Por un momento, la revista dejó de ser el bastión inexpugnable que había sido durante los últimos quince años. Y en ese preciso momento, en su punto de mayor vulnerabilidad, surgió «Galaxy».

El primer número de «Galaxy Science Fiction» estaba fechado en octubre de 1950, el mismo mes en el que «Astounding» incluía un nuevo artículo de Hubbard sobre la dianética, *The Analytical Mind* (La mente analítica). «Galaxy» era de tamaño reducido (*digest*), estaba primorosamente impresa en papel de buena calidad y sus 160 páginas se vendían a veinticinco centavos. Su primer número exhibió la mayoría de grandes autores del equipo de Campbell," iniciándose con la primera parte de un serial en tres capítulos. *Time Quarry* (Una y otra vez) de Clifford Simak, novela fascinante en la que seres informes afirman controlar todas las inteligencias vivientes del universo. También estuvieron presentes Isaac Asimov, Fritz Leiber, Theodore Sturgeon y Richard Matheson. El valor potencial de las firmas, en cuanto a ventas se refiere, garantizaba por sí solo una gran audiencia. Los relatos cumplieron con la calidad que de ellos se esperaba y el futuro de «Galaxy» quedó asegurado.

«Galaxy» era publicada por World Editions, Inc., de la calle 40 Oeste de Nueva York, y dirigida por el agorafóbico Horace L. Gold. Éste realizaba la mayor parte del trabajo en su casa, con la ayuda de su esposa Evelyn, y era un escritor muy admirado. Nació en Montreal (Canadá) en abril de 1914 y creció en Nueva York y la zona de Nueva Inglaterra. Antes de cumplir veinte años vendió un relato de ciencia ficción a F. Orlin Tremaine,

entonces director de «Astounding Stories», y fue publicado en el número de octubre de 1934 firmado con el alias Clyde Crane Campbell. Más tarde, empleando su nombre auténtico, John W. Campbell usó *A Matter of Form* (Cuestión de forma) de Gold como ejemplo de los relatos experimentales «nova» que deseaba publicar. La narración habla de un hombre cuya mente puede conmutarse con la de un perro pastor, y apareció en «Astounding» en diciembre de 1938. Gold colaboró en «Unknown» con varios relatos excelentes y después trabajó en el equipo de Standard Magazines. Toda, esta experiencia, y su posterior relación con dos revistas policíacas que él mismo creó, le hizo ser muy útil para «Galaxy».

Los demás escritores escuchaban a Gold cuando sugería ideas. Demostró ser un jefe espartano, implacable en su determinación para extraer lo mejor de sus escritores. No obstante, tal línea de conducta hizo que fuera respetado y, finalmente, recompensado. En 1953, L. Sprague de Camp, escritor e investigador de ciencia ficción, escribió sobre él:

Gold es un perfeccionista apasionado de su trabajo. Fija en modelo literario extremadamente elevado para sus escritores, que a menudo se lamentan de la cantidad de correcciones y revisiones que se les exige.

Al igual que Boucher y McComas con «F & SF», Gold pretendía lograr una revista literariamente cuidada que atrajera a los lectores que se acercaban a la ciencia ficción procedentes de las publicaciones «pulcras», así como a los simpatizantes de «Astounding» o «Thrilling Wonder». Su llegada en el momento malo de «Astounding» fue una mera coincidencia, y es indudable que «Galaxy» habría triunfado fuera cual fuese el ambiente. Gold lo hizo todo para subrayar que «Galaxy» era la revista de los lectores. En su editorial del segundo número planteó infinidad de preguntas para sondear la opinión del lector y afirmó:

Hemos desafiado a los escritores a presentar temas que no puedan venderse en cualquier parte. [...] Temas que sean demasiado maduros, profundos o revolucionarios en su concepto como para que otras revistas se arriesguen a publicarlos.

Todo un alarde, y resulta difícil afirmar que «Galaxy» lo cumplió. Como veremos después, la ciencia ficción iniciaba un gran proceso de madurez, y, sin duda, «Galaxy» fue decisiva en este cambio. En su segundo número había un relato corto de Damon Knight, *To Serve Man* (El hombre: cómo servirlo), que, ciertamente, resultaba original para la ciencia ficción de aquella época. Dicho relato está incluido en el presente volumen.

«Galaxy» lanzó también un concurso para atraer lectores. En menos de doscientas palabras, el concursante debía explicar su teoría sobre los platillos volantes. A finales de 1950 se recurrió a todos los recursos para captar lectores y aventajar a las demás revistas del género. Pero lo más importante era convencer a los editores de que tales recursos costaban dinero.

Este hecho se refleja en la suerte de «Worlds Beyond», otra revista de formato reducido, cuyo primer número apareció en diciembre de 1950. La publicaba Hillman Periodicals, con sede editorial en la Quinta Avenida de Nueva York. El director era Damon Knight, que había tomado vacaciones en la Popular Publications, ansioso por editar su propia revista. «Worlds Beyond» tenía 128 páginas y se vendía a veinticinco centavos, pero carecía de la atrevida presentación de «Galaxy», y su cubierta, obra de Paul Calle, era más bien insulsa. La literatura era excelente. Knight demostró gran habilidad en la selección de originales y reediciones, desenterrando un antiguo relato de Philip Wylie, *An Epistle to the Thessalonians* (Epístola a los tesalonicenses), y ofreciendo al público estadounidense el fascinante relato de William Temple en torno al origen lunar de los gatos, *The Smile of the Sphinx* (La sonrisa deja esfinge), que había aparecido doce años antes en la «Tales of Wonder» británica. Pese a la entusiástica acogida, las primeras ventas fueron escasas, y los editores se acobardaron. Aparecieron los números 2 y 3, ya que estaban preparados de antemano, y aunque las ventas fueron mejores y la revista tenía un indudable valor, Hillman se mostró inflexible: «Worlds Beyond» había muerto. Leyendo actualmente aquellos tres ejemplares, es difícil encontrar un relato malo. La revista ha sido muy utilizada por los antólogos, ya que en ella se encontraban cuentos como *Null-P* (Los no-P) de William Tenn, *The Acolytes* (Los acólitos) de Poul Anderson y *Like a Bird, Like a Fish* (Como un pájaro, como un pez) de H. B. Hickey. La compañía editora Space se avino a promocionar la novela *The Dying Earth* (La Tierra agonizante) de Jack Vance, que Hillman acababa de publicar, incluyendo un extracto sobre Liane el Viajante titulado *The Loom of Darkness* (El telar de las tinieblas).

Pero ¡ay!, Hillman estaba convencido de que «Worlds Beyond» no daría dinero y la revista desapareció para siempre.

En los últimos meses de 1950 y los primeros de 1951 el mundo de la ciencia ficción se encontró en un dilema. Las revistas de formato reducido (*digest*) iban bien, sobre todo «F & SF», «Other Worlds» y «Galaxy», por más que los fracasos de «Fantasy Fiction» y «Worlds Beyond» pudieran indicar lo contrario. «Astounding» había sido de formato reducido durante siete años y, por lo tanto, no tenía motivos para cambiar. No obstante, tampoco las revistas de tipo barato estaban sufriendo bajas. «Thrilling Wonder», «Startling», «Amazing» y «Planet» iban perfectamente. Pero a mediados de 1951 se produjo el repentino y repetido cierre de «Super Science Stories» y «Fantastic Novéis». La Popular había decidido que la revista barata se convertiría pronto en un animal extinto y que las publicaciones en rústica serían la moda. De modo que se retiraron antes del hundimiento. Pero mantuvieron viva durante un tiempo «Fantastic Mysteries», probando su popularidad, hasta que también ésta sucumbió en junio de 1953. Pasaba, pues, a la leyenda la revista que había resucitado a los viejos clásicos, y que había proporcionado a sus lectores algunas de las mejores ilustraciones en negro surgidas de las plumas de Virgil Finlay y Lawrence Stevens.

Y sin embargo, al mismo tiempo que la Popular abandonaba sus publicaciones baratas (*pulps*), otras de este tipo aumentaron su regularidad. En el otoño de 1950, por primera vez en su existencia, «Planet Stories» pasó de trimestral a bimestral. Los mismos editores crearon una nueva y gruesa revista de tipo barato, «2 Complete Science Adventure Books» que ofrecía dos novelas completas, originales o ya publicadas, por sólo veinticinco centavos. El primer número (invierno de 1950) se iniciaba con una nueva novela de Asimov, *Pebble in the Sky* (Un guijarro en el cielo), por lo que los lectores estaban asegurados. Su éxito fue muy superior al que se había previsto y, aunque apareciendo sólo tres veces al año, cada número era esperado con ansiedad. Rivalizó dignamente con la compañera en formato reducido de «Galaxy», «Galaxy Science Fiction Novel», que había empezado en la misma época con la clásica *Sinister Barder* (Barrera siniestra) de Eric Frank Russell. Publicación barata (*pulp*) contra formato reducido (*digest*): la batalla estaba definida.

No obstante, el éxito de «Planet Stories» demostró que aún existía un vasto campo para el ritmo ágil de la ópera espacial, pese a la madurez de la ciencia ficción ofrecida en «Astounding» y «Galaxy». Malcolm Reiss proseguía encargándose, generalmente, de la revista, pero desde el número del verano de 1950 «Planet» había sido dirigida por Jerome Bixby. Bixby sólo permaneció un año a cargo de la revista, aunque su presencia fue notoria. Su esfuerzo en aras de que los relatos estuviesen bien escritos se convirtió en el caballo de batalla de «Planet» contra cualquier imitador. Los relatos estaban muy bien narrados, en especial los de plumas tan versadas como las de Leigh Brackett, Poul Anderson y Gordon Dickson. Por ejemplo, *Duel on Syrtis* (Duelo en Syrtis) (marzo de 1951) de Poul Anderson, que describe la acción intrigante que se produce cuando un terrestre sigue la pista de un alienígena por todo Marte, es un relato tan cautivador y ameno como el que podría encontrarse en cualquiera de las publicaciones modernas.

Poco después de que «Planet» pasara a bimensual, «Startling», por primera vez en su existencia, se convirtió en mensual, demostrando que ahora era más popular que «Thrilling Wonder». Y la revista de reediciones de la Standard, «Fantastic Story Quarterly», alcanzó tal popularidad que cambió su nombre por el de «Fantastic Story Magazine» y adoptó una periodicidad bimestral.

Así pues, ¿por qué decidirse? ¿Por la publicación de tipo barato o por la de formato reducido? El caso de «Marvel Science Stories» resultó altamente revelador. En el *boom* anterior a la guerra, «Marvel» había sido la revista más polémica del mercado. Hermana, en el género de la ciencia ficción, de «Mystery Tales» y «Uncanny Tales» de la firma Red Circle, hizo hincapié en los elementos sexuales y sádicos del terror. Los editores habían tratado de reanimar la ciencia ficción incluyendo episodios eróticos. Los puristas del género la encontraron repugnante, pero la revista se vendió bien entre la mayoría de lectores de publicaciones baratas, y contribuyó al auge de 1939. Desapareció en 1941, y su resurgimiento en noviembre de 1950, cuando ya casi estaba olvidada, produjo cierto

escepticismo. Robert Erisman seguía siendo el director todopoderoso, pero el trabajo secundario lo realizaba un hombre joven, Daniel Keyes, que diez años más tarde ganaría el Premio Hugo por su cuento, tremendamente vistoso, *Flowers for Algernon* (Flores para Algernon). Keyes, a sus veintitrés años, era un joven sensible y de talento que demostró su buen gusto en «Marvel». La revista mejoró con cada nuevo número, de forma sorprendente. Los dos primeros números fueron de formato de publicación barata, que cambió a *digest* en el tercero (mayo de 1951). Pese a incluir interesantes obras de Mack Reynolds, Jack Vance, Richard Matheson y Arthur Clarke, las ventas no mejoraron. En agosto y noviembre de 1951 aparecieron otros dos números en tamaño reducido, y durante un tiempo no se supo nada más de ella. Los lectores presumieron que «Marvel» se había ahogado nuevamente entre las olas. Pero en mayo de 1952 surgió un cuarto número, con formato de publicación barata. Muy probablemente, Stadium Publishers dudaba respecto al formato de «Marvel». Publicación de tipo barato o formato reducido, ¿cuál se vendería mejor?

¿Dónde estaba la solución? El número de «Marvel» de mayo de 1952, en presentación barata, contribuyó en gran medida a responder la pregunta: «Marvel» desapareció para siempre.

7. La intrépida «New Worlds»

Mientras tanto, ¿qué ocurría en Inglaterra, país que aún padecía escasez de papel y otras restricciones típicas de la guerra? Mi colega, Phil Harbottle, que ha colaborado en la investigación de toda esta historia, ha realizado un estudio especial en torno a la ciencia ficción británica a principios de la década de 1950, tema que siempre le ha fascinado. Su período de director de la revista de ciencia ficción «Vision of Tomorrow» le permitió conocer a numerosas personalidades de la época. Phil, torciendo el gesto, recuerda que «cuando no estaba sonsacándoles nuevos relatos, les pedía información sobre los viejos!»

El fruto de esta investigación está contenido en una inmensidad de correspondencia con autores importantes, directores y entusiastas del tema. Muchas de las cartas son, en efecto, historias personalizadas y ensayos definitivos sobre el desarrollo de las revistas británicas del género. Estos auténticos documentos merecen ser publicados en un libro, y Phil confía en poder hacerlo cuando termine sus investigaciones. Mientras tanto, ha tenido la amabilidad de prestármelos. En el cuerpo del siguiente capítulo tendré el privilegio de presentar diversos relatos de primera mano sobre las historias de las revistas británicas de ciencia ficción, *Brave New World* (Intrépido mundo nuevo) (1932), la clásica novela de Aldous Huxley sobre una Tierra dominada en el futuro, fue editada de nuevo en Inglaterra en 1948. Se trató de un pequeño consuelo para los partidarios de la ciencia ficción, cuya intrépida «New Worlds» había desaparecido el año anterior después de tres números de vida. Pero John Carnell, su director, pensaba seguir luchando y estaba resuelto a encontrar empresa editora. Reproduciendo el siguiente extracto del propio relato de John Carnell sobre el renacimiento de «New Worlds», pretendo rendir un merecido tributo al más ilustre de los directores británicos:

El período invernal de 1947-1948 que siguió al fin de Pendulum Publications fue muy triste, al menos para mí, alegrado tan sólo por las periódicas reuniones semanales de autores y entusiastas en la White Horse Tavern de Fetter Lane. Las limitaciones de importación del período de la guerra seguían en pie y las únicas revistas estadounidenses de ciencia ficción que circulaban eran las conseguidas privadamente a través del intercambio mutuo. Las ediciones británicas de reimpressiones se esforzaron en reducir el vacío, pero eran meras sombras de las revistas originales.

No obstante, el optimismo renació en la primavera, excitado por la Convención de Ciencia Ficción de Whitsun, que duró un día, celebrada en la White Horse y presidida por Walter Gillings. En aquella reunión pude informar a los delegados de que se estaba siguiendo un plan con la perspectiva de formar nuestra propia empresa editora y que tendrían la oportunidad de comprar acciones. La idea surgió inocentemente en una típica reunión del jueves durante la interminable discusión en torno a los editores cegatos,

cuando una voz anónima preguntó: «¿Por qué no formamos nuestra propia empresa? Podríamos publicar nuestras revistas». La idea no era nueva, pero sí para Frank Cooper, oficial retirado de las RAF que había dedicado parte de su gratificación a una librería en Stoke Newington, con una popular sección de ciencia ficción. Se había unido recientemente a los parroquianos de la taberna y aceptó la idea, comprometiéndose a obtener toda la información precisa para poner en funcionamiento una empresa.

De hecho, se debió totalmente a sus admirables esfuerzos que el proyecto de la empresa fuese por fin diseñado, aprobado y remitido a una lista de cuatrocientos nombres recogidos a partir de diversas fuentes. Se ofrecieron acciones a libra cada una, exigiendo una compra mínima de cinco. Cerca de cincuenta entusiastas suscribieron un capital inicial aproximado de seiscientas libras, que se suponía suficiente para lanzar la empresa. El agente de Frank facilitó los detalles de formación; Madge, la esposa de Walter Gillings, pensó el nombre Nova Publications Ltd., y al finalizar el año el sueño iba tornándose real.

Los seis primeros directivos (en horas libres, sin cobrar) fueron John B. (Wyndham) Harris, presidente; G. Ken Chapman, tesorero; Frank C. Cooper, secretario; Walter Gillings, publicidad; Eric C. Williams, suscripciones, y yo mismo, John Carnell, responsable editorial. Se localizó una imprenta de primera categoría cercana a Stoke Newington; el papel estaba superando el racionamiento y los impresores se alegraron de recibir un nuevo pedido. En la primavera de 1949 la nueva empresa estaba en funcionamiento y se planeó el número 4 de «New Worlds» como un ensayo: formato en octavo marquilla (21,6 × 13,8 cm), 96 páginas al precio de un chelín y seis peniques, teniendo en mente una periodicidad trimestral. Dicho número se puso a la venta en junio, con un tradicional cohete en una órbita de frenado cercana a la Luna, pintado por «Dermis», con ilustraciones interiores de White, joven estudiante de arte que se alojaba en nuestra casa en aquella época. El contenido era el mismo que se planeó para la difunta edición de Pendulum. El número también presentó un vigoroso artículo de Arthur C. Clarke titulado «The Shape of Ships to Come» (La forma de las naves futuras), en el que se postulaba la posibilidad de naves espaciales en forma de haltera para los viajes interplanetarios..., usadas diecisiete años más tarde en la épica película *2001*.

Para economizar, Nova realizó su propia distribución, una proeza de no poca importancia para un grupo de aficionados, pero Frank Cooper y su administrador, Leslie Flood, demostraron su capacidad para esta monumental tarea, y en julio confiábamos en poder lanzar adelante una publicación trimestral regular. En realidad, el número 5 se publicó en septiembre, y el 6, fechado en la primavera de 1950, en enero de ese año. Mientras se imprimía el quinto número, fui uno de los invitados de honor en la Séptima Convención Mundial de Ciencia Ficción en Cincinnati, viaje realizado gracias a un pasaje parcialmente sufragado por Forrest Ackerman y por aportaciones de ambos lados del Atlántico. Me abrumó por completo la generosidad mostrada por infinidad de editores, autores y entusiastas estadounidenses hacia el primer representante del Reino Unido que

establecía relaciones con los Estados Unidos. Regresé con muchísimas ideas y contactos prácticos.

Realmente, «New Worlds» no podía ser defraudada por sus colegas del otro lado del Atlántico. Sus dimensiones, formato y línea editorial imitaban a «Astounding», pero la revista conservaba un matiz eminentemente británico. Sus cubiertas reflejaban más sosiego, apelando, pues, al lector medio más que al público juvenil e inconstante que en los quioscos se sentía atraído por las cubiertas de acción trepidante de las revistas baratas de la década de 1940. En el caso de «New Worlds», como en el de «Astounding», prácticamente puede afirmarse que la edad media de sus lectores era superior a la de los que leían revistas baratas. También los relatos reflejaban una cualidad británica, esa sensación de vida tranquila y retirada que ha constituido nuestra herencia, en contraposición a la agitada existencia estadounidense. A gran parte de la ópera espacial estadounidense se la acusaba de ser novelas del oeste con fondo interplanetario. Y ésta no era la visión británica, aunque algunos autores la imitaban. «New Worlds» estaba alcanzando gran popularidad en Gran Bretaña, donde anteriormente la escasez de material indígena había sido total.

Desde la defunción de «*Fantasy*», Walter Gillings había publicado en privado su «*Fantasy Review*», de aspecto altamente profesional, conteniendo noticias, críticas e información sobre el género. Después del número 15, Gillings cambió el título por el de «*Science-Fantasy Review*», y hasta la primavera de 1950 aparecieron tres números más. En esa época se puso en práctica la siguiente parte de los planes de Nova: crear una revista hermana de «New Worlds», «*Science-Fantasy*», bajo la dirección de Gillings. El primer número, englobando «*Science-Fantasy Review*», apareció en el verano de 1950. Su tamaño, también reducido (*digest*), era algo menor que el de «New Worlds», y sus 96 páginas valían lo mismo: un chelín y seis peniques. Se iniciaba con *The Belt* (El cinturón) de *J. M. Walsh*. Walsh (1897-1952) era una figura eminente en el mundo de la ciencia ficción británica, habiendo vendido en 1931 una novela importante, *Vandals of the World* (Vándalos del mundo), a «*Wonder Stories Quarterly*» de Gernsback. La falta de un mercado británico significaba que Walsh debía concentrarse en obras de misterio y horror para ganarse la vida, pero escribía ciencia ficción siempre que le era posible. *The Belt* narra cómo una masa espacial errante choca con la Luna, provocando la explosión del satélite, y que éste forme un anillo en torno a la Tierra. El estilo era altamente profesional y estableció una buena pauta para la revista. Si digo que esta obra fue seguida por *Time's Arrow* (Flecha del tiempo) de Arthur C. Clarke, no hago más que recalcar la importancia que para «*Science-Fantasy*» tenía la palabra «funcionar». De hecho, la revista estaba haciéndose con los mejores relatos inéditos que Gillings había guardado, anteriormente para «*Fantasy*» de la Temple Bar.

Puesto que Gillings no sólo era director y lector, sino también erudito y coleccionista de ciencia ficción, «*Science-Fantasy*» incluyó una selecta combinación de artículos y

reseñas, Uno de estos trabajos, «The Jinn in the Test-Tube» (Los genios en la probeta), obra de Herbert Hughes (Gillings), examinaba las opiniones de personas ajenas al género sobre el actual *boom* de la ciencia ficción en los Estados Unidos y, en particular, los comentarios del muy respetado profesor Jacob Bronowski, ya fallecido, que bautizó la ciencia ficción como «el folklore de la era atómica».

En enero de 1951 apareció un segundo número de «Science-Fantasy», incluyendo *History Lesson* (Lección de historia) de Arthur C. Clarke, obra muy reeditada. Este relato había sido publicado anteriormente en «Startling Stories» (mayo de 1949), demostrando que Clarke estaba obteniendo tanto provecho de su literatura como el *boom* lo permitía. A causa de la expansión de los mercados de ciencia ficción, tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos, los autores podían finalmente vender sus relatos más de una vez y recibir una remuneración más apropiada a sus esfuerzos.

Se consumió todo un año antes de que apareciera el tercer número de «Science-Fantasy» (invierno de 1951-1952). El precio había aumentado a dos chelines, el formato reducido (*digest*) era mayor, compatible con «New Worlds» y no estaba dirigida por Walter Gillings, aunque éste escribió el editorial. Nova Publications había decidido que no resultaba económico tener dos directores y se votó en favor de que Carnell dirigiera ambas revistas. En cierta forma, fue decisivo el hecho de que la elaboración de «Science-Fantasy» fuera más costosa que la de «New Worlds». Gillings perdió también el control de «Science-Fantasy Review», que desapareció de las páginas de la revista en favor de un contenido literario total. Esto, unido a una tragedia familiar, fue la causa de que Gillings, el hombre decisivo para crear una revista británica de ciencia ficción a partir de 1934, se retirara al anonimato. En realidad, iba a estar casi veinte años sin tomar parte activa en el campo profesional del género. Ahora, afortunadamente, ha vuelto al redil, y es posible que algún día vuelva a dirigir una revista de ciencia ficción.

«Science-Fantasy» prosiguió apareciendo intermitentemente como la hermana pobre de «New Worlds». Los retrasos en su publicación fueron frecuentes porque, según afirmaba Carnell, el material bueno era insuficiente. «Science-Fantasy» nunca obtendría la popularidad de «New Worlds», pero en general su calidad literaria era superior.

A principios de 1951, cuando las revistas de la Nova eran el pilar de la ciencia ficción británica, aparecieron otras publicaciones, demostrando que el género se vendía bien. Por desgracia, las nuevas revistas no alcanzaban la relativa madurez e inteligencia de «New Worlds» o «Science-Fantasy». Los editores explotaban el hecho de un público privado de su material de lectura favorito. Editores surgidos de la noche a la mañana empezaron a publicar monstruos mal impresos y de baja calidad escritos por gente con muy poca, o ninguna, experiencia en ciencia ficción. Violaron el género y crearon un vástago débil, pueril y malsano. Otros trataron de contratar los servicios de experimentados autores de ciencia ficción y, así, publicaron algunas novelas aceptables. Pero, tristemente, la mayoría

de ellas ofrecía un lamentable aspecto y, en aquella época, las obras de ciencia ficción en rústica eran consideradas en Gran Bretaña como lo más despreciable que se podía ofrecer al público.

Una de las editoriales que mayor parte de culpa tuvieron a este respecto fue John Spencer & Co., de Shepherds Bush, Londres. En el verano de 1950 lanzó un tropel de revistas: no una, sino cuatro, todas en un formato reducido muy similar al de las novelas en rústica, pero conteniendo relatos cortos escritos por encargo, vulgares. La primera que se puso a la venta fue «Futuristic Science Stories», incluyendo *Nightmare Planet* (Planeta de pesadilla) del mismo Norman Lazenby, que había aparecido en «Fantasy» y «New Worlds». ¡Áy!, muchos escritores habían sucumbido a la tentación de ganar dinero rápidamente escribiendo para el mercado. Esto no perjudicó a Lazenby, capaz de escribir buena ciencia ficción, pero perder tiempo escribiendo no le daba de comer. Al final acabó dedicándose a obras de *gangsters*. En cualquier caso, los editores pagaban precios muy bajos en esta época y por ello cuanta más literatura se escribiera y vendiera, tanto mejor resultaba el asunto. En realidad, el *Nightmare Planet* de Lazenby era tolerable si se comparaba con el nivel de las revistas de Spencer. Igual que *Worlds of Fear* (Mundos de miedo) de J. Austin Jackson. Este había publicado en «Fantasy» tres años antes, y este relato puede haber sido perfectamente un sobrante. Pero mientras las publicaciones se iban sucediendo, extinguido ya el pequeño residuo de literatura bien escrita por autores más expertos, la calidad descendió vertiginosamente. En rápida sucesión, surgieron «Worlds of Fantasy», «Wonders of the Spaceways» y «Tales of Tomorrow». El equipo de hombres asociados a las revistas estaba formado por Hamilton Donne, Frank Kneller y D. R. Mencet, ninguno de los cuales podía hacer nada excepcional. Lazenby alcanzó pronto el punto más bajo de su carrera en el número 2 de «Futuristic» con *Plasma Men Bring Death* (Los hombres de plasma traen la muerte), que se desarrolla en un planeta llamado Earthkin, una Tierra en miniatura, cuando dicho planeta es invadido por el cruel forajido Arturo Korlin y sus hombres de plasma. El mismo número incluía el espantoso *Vultures of the Void* (Buitres del vacío) de Clifford Wallacem, narrando las extravagantes aventuras espaciales del capitán Starlight y sus muchachos, los Tubby Masters. ¡Ambas narraciones eran tan horribles como sus títulos!

Los lectores británicos de ciencia ficción habían estado hambrientos de su material favorito, pero esto *no era* lo que deseaban. Es más: se trataba de un hecho nocivo para el género, ya que daba una impresión totalmente equivocada y creaba una atmósfera hedionda. Por fortuna, una recesión editorial durante el año 1951 mantuvo alejadas del mercado las revistas de Spencer, pero retornaron en 1952, más absurdas que nunca. Es difícil explicar algo en su favor. Suministraron un mercado en el que algunos escritores pudieron ganar algo de dinero escribiendo por encargo, concentrándose mientras tanto en una literatura de calidad superior. También proveyeron un campo de entrenamiento en el que los escritores ejercitaron su talento. Así fue como E. C. Tubb, el escritor británico más

prolífico durante la década de 1950, vendió algunos relatos firmando con el seudónimo de Charles Grey, al mismo tiempo que escribía material de más calidad para «New Worlds». De forma similar, Ian Wright, uno de los hombres de confianza de Nova, realizó su primera venta, *Heritage* (Herencia), a Spencer. Se trataba de un relato moderadamente legible en torno a las tácticas bélicas en el espacio, y apareció en el número 6 de «Futuristic Science Stories» a principios de 1952.

Las ventas de las revistas de Spencer fueron suficientes para mantenerlas en el mercado hasta 1954, apareciendo cerca de una cincuentena de números. Es obvio, por lo tanto, que atrajeron público. Y más tarde este público se convirtió en lector de las revistas para adultos. En realidad, la principal publicación que sirvió como aprendizaje para los jóvenes talentos en ciernes no fue una revista, sino un tebeo: «Eagle».

Al acabar la década de 1940, la oposición británica cuestionó el creciente culto a los «cómic de horror» estadounidenses, que muchas personas temían que ejercieran influencia adversa en la psicología de sus hijos. Los espeluznantes detalles descritos en determinadas publicaciones horrorizaron a los padres de familia. Todo acabó con una ley de Cómic de Horror aprobada por el Parlamento en 1955» por la que se frenaban las importaciones británicas de tebeos estadounidenses. Esto podría haber creado un vacío, de no haber sido porque existía una alternativa apropiada. El emprendedor reverendo Marcus Morris había propuesto a Hulton Editores la publicación de un tebeo que pudieran leer los niños, de carácter religioso y educativo, Hulton aceptó, y Morris preparó «Eagle», que se puso a la venta el 14 de abril de 1950 en medio de una gran publicidad. El personaje principal fue el famoso Dan Daré, En un principio, Morris lo había ideado como el reverendo Dan Daré, pero Hulton, por fortuna, adoptó una línea más convencional. La tira de Dan Daré era dibujada y escrita por Frank Hampson, artista ex miembro de las RAF, que había adquirido una técnica especial realista, de rasgos nítidos, revolucionaria en el arte del cómic. Impreso en papel de alta calidad, «Eagle» tenía un soberbio aspecto profesional, y su publicidad por adelantado logró que los padres de familia se apresuraran a comprarlo para sus hijos. Su éxito fue reflejado por John Carnell en el editorial que escribió para «New Worlds» (verano de 1950) y que reproducimos parcialmente:

[...] Me resultó muy agradable saber que este semanario juvenil nacional se vendía en todas partes. Editado por un clérigo, que lo ideó y diseñó antes de presentarlo a Hulton Press, ofrece una historieta de aventuras en Venus y material periódico de ciencia ficción con un vigoroso atractivo juvenil. No sin cierto orgullo, el escritor Clarke me informa de que ha vendido un relato a «Eagle».

Nunca una publicación juvenil como «Eagle» sirvió tanto a las revistas adultas de ciencia ficción para ganar nuevos lectores. Esto se debió, y no en pequeña medida, al experto conocimiento que poseía Hampson respecto a ciencia ficción y a la notable inspiración de sus ilustraciones.

Hulton comprendió el valor potencial de la ciencia ficción con el atractivo despertado por Dan Daré, y se puso en contacto con diversos miembros del círculo de Londres para efectuar consultas. William F. Temple recuerda con gran amargura como se le encargó que editara un «Dan Daré Annual». Temple perdió un tiempo considerable solicitando cuentos y artículos a todos los escritores importantes, además de escribir él mismo una novela corta sobre Dan Daré. Pero los planes de Hulton se torcieron, y no precisamente por culpa de Temple, ya que éste cumplió a la perfección las exigencias iniciales de la editorial. Todo cambió, y cuando apareció el definitivo «Dan Dare's Spacebook» ya no era la obra de Temple, sino una mera sombra de su concepción original. Temple pudo convertir su novela en la posterior serie «Martin Magnus».

Un desastre similar afligió a Herbert J. Campbell» miembro de la fraternidad londinense de ciencia ficción. Hulton le encargó que editara una nueva revista del género, Campbell preparó cuatro números piloto..., y se encontró con que Hulton había vuelto a cambiar de idea en favor de una compañera femenina para «Eagle» lógicamente titulada «Girl».

Por fortuna, la experiencia y contactos obtenidos por Campbell en su abortado trabajo editorial no se perdieron, Campbell se convirtió en director técnico de una nueva aventura de la firma Hamilton & Co., de Goldhawk Road, Londres. El hombre a cargo de la política editorial de Hamilton era Gordon H. Landsborough. Nombre poco familiar para los seguidores de la ciencia ficción, fue, pese a ello, un personaje de gran influencia en la conformación del género en Gran Bretaña. Con Panther Books (de Hamilton) y, después, con Four Square Books, Landsborough jugó un papel decisivo en la publicación de un material de más categoría. Actualmente es un editor respetado y próspero, recordando vividamente sus primeros contactos con la firma Hamilton, y la creación de la que iba a ser una importantísima revista de ciencia ficción, «Authentic Science Fiction»:

En 1949, a las pocas semanas de pasar a encargarme de las producciones de Hamilton, ya había efectuado cambios. Me deshice del antiguo personal contratado y, en su lugar, solicité los servicios de periodistas como escritores; se sintieron atraídos por el sueldo, algo mejor. No estoy seguro de cómo llegué hasta los escritores de ciencia ficción. Creo que se presentaron en respuesta a los anuncios que salieron en el «World's Press News» de entonces. Había de todo, pero al menos era una mejora respecto a los escritores de obras de *gangsters* que habían sido contratados para «hacer algo de ciencia ficción». Cuando leía las supuestas obras de ciencia ficción que ocasionalmente aparecían en el catálogo de Hamilton, me daban escalofríos. Aquella basura contenía el germen de la autodestrucción.

A veces expresaba mis opiniones explosivamente. El editor las aceptaba de buen humor y se limitaba a decir: «De acuerdo, consigue mejores relatos». Fue entonces cuando se me permitió ofrecer una libra por mil palabras de buena ciencia ficción,

¡aunque debía buscar y obtener todo el material posible a precios inferiores!

Me pareció que frente a aquella masa de basura compitiendo debíamos hacer algo distinto que nos permitiera ganar un público fiel. Así, tras establecer un programa de dos títulos de ciencia ficción mensuales, puse una franja en la cubierta y los denominé «Science Fiction Fortnightly». Estos primeros relatos formaban más bien un revoltijo, pero argüí que el título no perjudicaría las ventas y con el tiempo podría empezar a comprobarlas. Entonces mi editor tuvo una idea. Dijo que le gustaría publicar una revista mensual de ciencia ficción.

No me puse muy contento. Yo había sido un editor de prensa y sabía que el trabajo editorial necesario era diez veces mayor que publicar una novela corta. Ya tenía trabajo más que suficiente para un hombre. Además, ¿dónde iba a encontrar buenos autores para completar cada número, pudiendo ofrecer únicamente una libra por mil palabras? Cuando insistí en que se subiera el precio, el editor reuló y cambió de tema. Al final llegamos a un acuerdo. Publicaríamos una «revista» en rústica, de formato convencional, pero consistiría en una novela de treinta y cinco mil palabras con un breve artículo editorial, y un solo relato corto como relleno. Murió «Science Fiction Fortnightly» y nació «Authentic Science Fiction». El título fue idea del editor. A mí no me gustó mucho, pero nunca se deben discutir menudencias: al menos, sería un detalle identificativo y atraería lectores a nuestros relatos de calidad superior a la media.

«Authentic» se convirtió en la publicación regular más vendida de Hamilton. Al cabo de dos años se vendían veinte mil ejemplares a dos chelines, frente a los trece mil aproximados de otras producciones que se vendían a un chelín y seis peniques.

Sólo algún tiempo después supe por qué Hamilton había tenido tantas ganas de iniciar una revista de ciencia ficción. Una editorial de Londres, Atlas, estaba obteniendo un gran éxito con la reedición británica de «Astounding», que me parecía muy por delante de todo lo que se hacía en el Reino Unido. Se rumoreaba que «Astounding» vendía cuarenta mil ejemplares mensuales, y la firma Hamilton deseaba hacer algo inmediatamente.

Hamilton & Co. estuvo de acuerdo en contratar artistas con cierto conocimiento de la ciencia ficción y constituyeron una mejora evidente respecto a ciertos desastres anteriores, demasiado extravagantes y faltos de inspiración. Hasta que nació «Authentic», nadie había comentado favorablemente nuestras cubiertas. Así que cuando empezaron a llegar las alabanzas comprendí que estábamos progresando. Hasta entonces, Hamilton había pagado solamente nueve guineas por una cubierta, y ésta, por si fuera poco, debía incluir título, autor y el comentario elogioso rotulados a mano. Ahora el pago aumentó a quince guineas, y los letreros se hacían aparte.

La serie «Authentic» se lanzó en la primera semana del mes de enero de 1951. La primera novela lució el horrendo título *Mushroom Men from Mars* (Los hombres hongo

de Marte), obra de Lee Stanton. Dos semanas después siguió *Reconnoitre Krellig II* (Explorad Krellig II) de Jon J. Deegan. Esta novela fue la presentación pública de «Old Growler», una achacosa nave espacial, y su pintoresca tripulación. La acción de sus aventuras espaciales, lineal, sin pretensiones, alcanzó gran popularidad y aparecieron nuevas novelas «Old Growler» de Deegan, reforzando la aceptación de la serie de «Authentic». El título de la publicación cambió de «Science Fiction Fortnightly» a «Science Fiction Monthly» con el número nueve (mayo de 1951), y finalmente a «Authentic SF» en septiembre de 1951. En octubre de 1952 se añadió al contenido un folletín, que empezó con *Frontier Legión* (Legión fronteriza) de Sydney J. Bounds. En enero de 1953 «Authentic» ya se parecía más a una revista, incluyendo artículos y relatos cortos. Por aquel entonces, Gordon Landsborough, que había editado la serie usando el alias L. G. Holmes, abandonó la firma Hamilton, sucediéndole Herbert J. Campbell. El propio Landsborough vuelve a tomar el hilo de la narración:

Una nueva casta de autores estaba llegando al equipo de Hamilton: Bert Campbell, con su negra barba, y excelentes manuscritos, John Brunner, Bryan Berry, S. Fowler Wright, Ken Bulmer, Syd Bounds y muchos otros. El científico L. Ron Hubbard escribía para nosotros. Igual que E. C. Tubb y Bill Temple. Otros dos nombres que recuerdo son los de Roy Sheldon y Jon J. Deegan. Yo los inventé antes de «Authentic». Aparte de algunos escritores muy conocidos, como John Russell Fearn, aquel tipo de editor siempre insistía en utilizar un seudónimo para sus autores. Deliberadamente, asignaban ese seudónimo a varios escritores de modo que no pudiera pertenecer a ninguno. Era una manera de controlar a un autor: si se hacía famoso con un seudónimo no podría ir a otra editorial llevándose el nombre con él.

E! problema residía en que, pese a la mejora en los estipendios, seguían siendo insuficientes para mantener el entusiasmo de los buenos escritores. Yo había forzado a mi editor a que ofreciera el máximo que pudiera, Se quedó en una libra por mil palabras, ¡No se pueden construir imperios literarios pagando una libra por un miliar de palabras!

Mientras tanto, «Authentic» continuó progresando. Pero no todo iba bien. Se me había prometido ser responsable editorial de todo el catálogo de Hamilton & Co. Y una de las primeras cosas que había hecho fue cerrar la espita de las desagradables y sexualmente sádicas novelas de *gangsters* estadounidenses. Aún quedaban algunas en la tubería y éstas las consentía de mala gana, Pero no deseaba tener entre manos ninguna más.

Por eso me sorprendió que un día viniera a verme el editor y dijera que quería conservar su catálogo estadounidense de obras de *gangsters*. Seguía habiendo un mercado aprovechable para ellas. Pensé en la situación. Estos sádicos libros eran aburridos, si no nauseabundos; su redacción era tan oscura que me disgustaba editarlos. Por eso dimití.

El editor se quedó pasmado, pero me rindió un gentil tributo. Me pidió que me quedara tres meses más y le buscara un sucesor. De hecho, proporcioné dos directores a Hamilton, uno para ocuparse de las novelas del oeste y las publicaciones «sofisticadas», y otro muy capacitado para encargarse de mi favorita, «Authentic». Este último fue Herbert J. Campbell.

Bert era el hombre ideal para el cargo. Mejor dicho, era demasiado bueno para ocupar tal cargo. Había escrito novelas de ciencia ficción para mí desde antes del lanzamiento de «Authentic», y era un hombre que me interesaba. Era científico antes que escritor, por más que descollara en esta última faceta. Poseía un buen gusto literario, pero, también, un fondo científico, lo que inevitablemente significaba que aceptaría tan sólo relatos cabales. Bert era difícil de contentar y nada alcanzaba nunca el nivel que exigía, Y ésa es la cualidad que define a un buen director. Editó de mala gana, incapaz de blasfemar ante la peor de las atrocidades intelectuales, tal como yo había hecho, Bert se merecía la buena fortuna de que le hubieran propuesto editar para una empresa importante. No obstante, «Authentic» mejoró considerablemente durante el período en que Bert fue su director. Algunos años después de abandonar la firma Hamilton me encontré con Bert, y quedó muy claro que estaba harto del mundillo editorial. Se proponía firmemente iniciar una carrera de investigación científica. Al final triunfó en su propósito, y lo perdimos para la literatura de ciencia ficción. En la actualidad es un respetado y experto científico, autor de varios libros importantes en el campo de la investigación cerebral y, consecuentemente, un hombre feliz.

Es más que probable que Campbell fuera el hombre oculto tras el seudónimo de Jon J. Deegan. Sí, la ciencia ficción británica debe mucho a sus infatigables esfuerzos, y estoy satisfecho de rendirle tributo en esta historia.

En 1952, «Authentic» ya estaba establecida con firmeza e igualaba la popularidad de «New Worlds». Pero había una nueva competidora, en esta ocasión surgida de Glasgow, Escocia. La revista era «Nébulas», y uno de sus principales colaboradores sería más tarde Kenneth Bulmer. Bulmer fue un gran admirador de «Nébulas». Éste es su relato:

Cuando en el otoño de 1952 apareció en las librerías británicas una nueva revista de ciencia ficción, pocos lectores pudieron prever que iba a convertirse en la revista que numerosos entusiastas considerarían como la más querida. Los rumores y noticias en torno al inminente debut de «Nébulas» habían abundado muchos meses antes de que apareciera realmente, por lo que el primer número pudo incluir una sección de cartas al director con felicitaciones de los principales seguidores del momento. Éste sería un rasgo vigoroso de «Nébulas»: su continua relación con *fandom* y su generosa dedicación a los intereses de estos entusiastas.

El relato principal fue *Robots Never Weep* (Los robots nunca lloran) de E. R. James, un cartero de Yorkshire. Se trataba de una narración muy larga, ya que ocupó nada menos

que 103 de las 120 páginas. El tamaño era el mismo que el de «New Worlds», que tenía solamente 96 páginas, pero el tipo de letra de «Nébulas» era mayor. En el momento en que «Nébulas» irrumpió en la escena, «New Worlds» había publicado, su decimoséptimo número, ya había adoptado como fijo el formato empleado para alcanzar aquel excelente objetivo y publicaba material que haría famosos a muchos escritores británicos. «Authentic» proseguía aún con su tamaño pequeño, publicando obras que no mejorarían hasta que Bert Campbell, tomando toda la responsabilidad editorial, pudo controlar la política de la revista. La nueva revista fue muy bien acogida.

Ninguna gigantesca corporación editorial o combinación de entusiastas respaldaba esta aventura, ni tampoco se trataba de una publicación cínica y oportunista obra de editores puramente comerciales, impresa por lo que el comercio denomina «Kipper Box Printers». No, fue la concepción de un joven seguidor escocés que, amando en extremo la ciencia ficción, invirtió todos sus escasos recursos en la creación de su propia revista profesional, Peter Hamilton, atormentado por una salud enfermiza que algunas veces puso en peligro su vida, acababa de ser dado de baja en una clínica de reposo cuando nació «Nébulas». Apareciendo en una época en la que las librerías estaban inundadas por llamativas inmundicias disfrazadas de ciencia ficción, «Nébulas» fue una producción de calidad que constituyó el tercer miembro en el desarrollo de la ciencia ficción británica responsable: «Nébulas», «New Worlds» y «Authentic».

Durante las sesiones de la convención de ciencia ficción celebrada en 1953 en el Bonnington Hotel de Londres, y pese a la imprevista asistencia de L. Ron Hubbard, Peter Hamilton causó un indudable impacto con su reposado buen humor y obvia dedicación al género. Siendo abstemio, Hamilton se mareó oportunamente cuando el comité de la convención sucumbió en bloque a escribir otra página escarlata en la historia de la ciencia ficción.

Peter Hamilton trabajó sin descanso mejorando la calidad de su revista en todos los aspectos, aceptando a menudo diálogos íntimos con sus lectores, invitándolos a cooperar en el desarrollo de «Nébulas». Sus editoriales fueron invariablemente vivaces y honestos, con un auténtico sentimiento de comunicación entre director y lector. El famoso seguidor Walter Willis se encargó de una sección periódica dedicada a los entusiastas y Forrest J. Ackerman, de las noticias cinematográficas.

Con el paso de los años, numerosos autores de ciencia ficción famosos en la actualidad, publicaron en «Nébulas» sus primeros cuentos —muy a menudo el primero de ellos—. Brian Aldiss, por ejemplo, logró que su primer relato fuera aceptado por Peter Hamilton. Y lo mismo les pasó a Robert Silverberg y Bob Shaw. Peter siempre ayudó a los seguidores que pugnaban por ser escritores. Tal como dice Brian Aldiss: «Hamilton resultaba simpático al principiante. También era un director paciente». Casi todos los escritores más conocidos de la época gustaban de que «Nébulas» publicara su material. ¡Y

entre ellos, Bert Campbell, de «Authentic»!

El autor más fecundo y popular era E. C. Tubb, que realizó la proeza nada despreciable de aparecer sin excepción desde el segundo al undécimo número de la revista y que, en consecuencia, ganó el Premio al Mejor Autor. Otros colaboradores prolíficos fueron William F. Temple, Brian Aldiss, Phillip High, Eric Frank Russell y yo mismo. Y también resultaron habituales los nombres de Harian Ellison, John Rackham, John Kippax, Dan Morgan, James White, Arthur Sellings y el siempre joven Sydney Bounds.

John Newman escribió excelentes y numerosos artículos científicos, y, en colaboración con Kenneth Johns, se ocupó extensamente de temas científicos de actualidad en el popular artículo de la cubierta posterior, que ofrecía fotografías únicas en aquel tiempo.

Las cubiertas de «Nébula» fueron obra de numerosos artistas, algunos muy conocidos en ese campo, como Quinn y Rattigan, Clothier y Hunter. Otro artista, Peter, se enorgulleció explicando que él había descubierto al fallecido y largamente llorado Ken McIntyre. A partir del décimo número de la revista se introdujo una ilustración en blanco y negro en la última página, dibujada la mayoría de las veces por Arthur Thomson. Esto confirió a la publicación un gran sello personal y una dignidad inigualable por cualquier tipo de anuncio que se pudiera poner en la última página.

Aunque el formato de «Nébula» le daba muy a menudo una apariencia poco profesional, esto creó un sentimiento de simpatía. Como además Peter pagaba a sus colaboradores bastante más que otras revistas profesionales, «Nébula» pese a su nombre, no fue nunca «nebulosa».

Tal vez sea mejor resumir lo que significó «Nébula» con estas sentidas palabras de Ted Tubb: «[...] muchos autores consideraron «Nébula» no simplemente como otro mercado más, sino como algo con lo que podían experimentar una peculiar afinidad emocional. [...] Los autores escribían para «Nébula» pensando en la recompensa financiera como cuestión secundaria, y siendo lo más importante el deseo de presentar un buen relato. [...] El director siempre estaba dispuesto a experimentar y publicar narraciones que para otras revistas fueran inaceptables. El resultado final era una especie de *Gestalt*; a los escritores y colaboradores les parecía que «Nébula» era su revista, y todo esto se convirtió en una familia feliz y unida».

Es evidente que «Nébula», ya al terminar 1953, se había convertido en una publicación de prestigio, contribuyendo a situar con firmeza la ciencia ficción británica en el mapa mundial. Sí, en el mapa *mundial*. La ciencia ficción había dejado de ser patrimonio de los Estados Unidos y Gran Bretaña. Estaba floreciendo por todo el mundo. Así pues antes de volver a los Estados Unidos y al apogeo del *boom*, es el mejor momento para examinar brevemente cómo se desarrollaba la edición de revistas del género en los demás países.

8. El diluvio universal

En 1951 apareció en Gran Bretaña una revista, dedicada a reediciones, que no provenía de fuentes estadounidenses. «Amazing Science Stories», revista de Manchester en gran formato, ofrecía relatos publicados originalmente en «Thrills incorporated», revista australiana.

Australia había tenido un buen lote de autores, destacando Alan Connell, que vendió algunos cuentos muy interesantes en la década de 1930 a «Wonder Stories» de Gernsback. El país no dispuso de su propia revista de ciencia ficción hasta marzo de 1950, fecha en la que apareció «Thrills Inc», con 50 páginas tamaño de publicación barata al precio de nueve peniques. Se editaba en Sydney y recogía obras de escritores locales que, no sabiendo demasiado de ciencia ficción, copiaban descaradamente sus relatos de las revistas estadounidenses. Los seguidores locales no tardaron en denunciar esta situación, con el resultado de que surgió más ciencia ficción inédita australiana, en tanto la revista seguía utilizando reediciones estadounidenses, pero sin ocultar su procedencia. Sin embargo, los relatos originales eran predominantemente juveniles, y la revista no acababa de afianzarse. Norma K. Hemming fue probablemente la escritora más lograda, siendo en realidad originaria de Ilford, Essex. Emigró a Australia en 1949, y sus obras aparecerían en todos y cada uno de los últimos siete números de «Thrills Inc», así como en las revistas de la Nova durante la década de 1950. Por desgracia, murió en julio de 1960, cuando sólo tenía treinta y dos años.

«Thrills Inc» quebró en junio de 1952 después de publicarse 23 números de la revista. Las subsiguientes publicaciones australianas consistieron fundamentalmente en reediciones estadounidenses con alguna inclusión ocasional de material indígena. Vol Molesworths Graham Stone, importantes entusiastas australianos, efectuaron la mayor parte del trabajo secundario en tales publicaciones, un eco muy lejano de lo que podría considerarse como una revista verdaderamente independiente, original, australiana.

Los australianos tenían la ventaja de poder leer la ciencia ficción estadounidense en su idioma nativo. Pero no sucedía lo mismo en otros países, en los que el lector dependía de las traducciones. Con todo, cuando el auge de la ciencia ficción reverberó por todo el mundo, dichas traducciones aparecieron cada vez con más frecuencia.

Argentina, por ejemplo, había conocido una esporádica revista, «Narraciones Terroríficas», desde 1939 hasta 1950, con un total de 72 números. Luego surgió «Hombres del Futuro», de la que aparecieron tres números en formato de publicación barata con obras originarias de «Thrilling Wonder». Pero más importante fue «Más Allá», que se presentó al público en junio de 1953 con una periodicidad mensual y editada en Buenos Aires. En un principio ofreció reediciones, pasando luego a incluir numerosas obras de autores sudamericanos. Fue la publicación más importante de ciencia ficción en

América del Sur durante la década de 1950.

La revista sueca «Veckans Adventyr» cambió su contenido a partir de 1946, abandonando la ciencia ficción y ofreciendo narraciones del oeste y aventuras. Esta publicación periódica había nacido en octubre de 1940 con el nombre de «Jules Verne Magasinet». Desapareció en febrero de 1947 después de 331 números. Suecia no dispondría de otra revista de ciencia ficción importante hasta marzo de 1954, fecha en la que los hermanos Kurt y Karl-Gustaf Kindberg de Jönköping publicaron su propia revista, «Häpna», bajo la dirección de Kjell Ekström. Se trataba de una publicación mensual, en tamaño reducido (*digest*), muy dependiente, al principio, de reediciones, aunque posteriormente cultivó talentos suecos como Bjorn Nyberg, conocido fundamentalmente en la actualidad por sus relaciones con L. Sprague de Camp y los relatos «Conan» de Robert E. Howard. «Häpna» dio vida al *fandom* sueco y por tal motivo se la considera de gran importancia en aquel país.

Constituye una gran sorpresa el que Holanda tuviera una revista nativa de ciencia ficción inmediatamente después de la guerra. Ben Abbas, destacado entusiasta (*fan*) logró con su esfuerzo individual publicar el primer número de «Fantasie en Wetenschap» (diciembre de 1948). Esta publicación mensual, de formato reducido, vio cuatro números hasta que los problemas hicieron imposible que prosiguiera. Pero la revista, con material holandés, se erige como un monumento a los esfuerzos holandeses en aquellos días de agobio. Al cabo de cuatro años apareció otra revista holandesa, «Planeet», que se nutrió de fuentes británicas, como la serie «Old Growler». Pero no pasó del primer número.

México sufrió una avalancha de revistas de ciencia ficción en este período. Casi todas ellas presentaban traducciones piratas de originales estadounidenses, motivo por el que los escritores nunca recibieron un céntimo. La primera revista fue «Los Cuentos Fantásticos», y fue lanzada con un ritmo sorprendente: sólo en junio de 1948 aparecieron tres números, Pero a partir de entonces su regularidad fue decreciendo y desapareció en mayo de 1953 tras haberse publicado 44 números. Dos años más tarde se puso a la venta «Enigmas», también con reediciones estadounidenses, obteniendo la misma popularidad.

La primera revista de ciencia ficción en lengua italiana surgió en abril de 1952. Se llamó «Scienza Fantástica» y publicó siete números, todos ellos con material ya conocido. Cuando desapareció, Mondadori, la mayor editora italiana, produjo una revista quincenal, «Urania», que ofreció reediciones de novelas estadounidenses y británicas. «Urania» obtuvo un gran éxito, alcanzando pronto ventas de cincuenta mil ejemplares por número, y se convirtió en la principal publicación del Mediterráneo.

Francia estuvo notablemente ausente de la ciencia ficción durante un largo período, con las excepciones de «Conquêtes», que a duras penas publicó dos números antes de la guerra, y «V», con una sola publicación después de la contienda mundial. Pero en octubre de 1953 apareció «Fiction», una edición francesa de «F & SF», bajo la batuta de Maurice

Renault. Inicialmente, la revista dependió en gran medida de su publicación materna, pero en años posteriores incluyó con regularidad obras de autores franceses y belgas, destacando las de Charles Henneberg y Gerard Klein.

Alemania es mencionada actualmente como el hogar de «Perry Rhodan», que llegó a su madurez en la década de 1960. Pero a excepción de una enigmática publicación «Kapitán Mors», que existió antes de la primera guerra mundial, la edición de revistas de ciencia ficción en Alemania fue infecunda hasta 1953, aunque dicho país produjo una brillante película muda de ciencia ficción, *Metropolis* (1926). Gracias a los esfuerzos de Walter Ernsting nacieron tres revistas. «Utopia-Kleinband» fue la más juvenil, intitulada con el nombre de un personaje secundario que protagonizaba una novela de fondo en torno a las aventuras de Jim Parker en el espacio! «Utopia-Grossband» ofrecía fundamentalmente reediciones. La primera revista adulta de ciencia ficción con material inédito y reediciones, no apareció en Alemania hasta diciembre de 1955, al salir al mercado «Utopia-Sonderband».

Incluso Japón tuvo una revista. En 1950 se habían publicado algunos números de «Amazing» y más tarde, en 1954, se puso a la venta un sólo número de «Seiun», conteniendo cuatro reediciones y tres relatos nativos.

Sin lugar a dudas, la ciencia ficción tenía en aquel momento lectores de todo el mundo, pero los Estados Unidos dictaban las normas. Tan sólo Gran Bretaña disponía de cierta cantidad de escritores que tal vez pudieran hacer lo propio, y no se encontraban aún en esa etapa. Cuando en 1953 los Estados Unidos experimentaron un auge fenomenal, todas las miradas se centraron en ellos para ver lo que sucedía.

9. Asfixia

El creciente número de publicaciones de ciencia ficción evidenciaba la existencia de un mercado lucrativo en los Estados Unidos. Y con un público mucho más sensible a la ciencia ficción, como resultado de los avances científicos desde la guerra. No había otro momento más a propósito para la expansión.

El hecho se reflejó también con el aumento de las películas de ciencia ficción. Dos de ellas fueron especialmente influyentes en aquella época: *Destination Moon* (Con destino a la Luna) (1951), basada en un relato de Robert Heinlein y producida por George Pal, que trató de mostrar con todo detalle el primer viaje tripulado a la Luna; y *The Day the Earth Stood Still* (Ultimátum a la Tierra) (1951), basada en un excelente relato de Harry Bates, *Farewell to the Master* (Adiós al maestro), publicado por «Astounding» en 1940. En esta última película, un embajador de paz llega a la Tierra, procedente de otro mundo, para que el planeta conozca los peligros de su armamento nuclear. Ambas películas constituyeron un gran éxito y contribuyeron a despertar el interés del público por la ciencia ficción.

La bola de nieve empezaba a rodar.

«Science Fiction Quarterly» resucitó en mayo de 1951 bajo la dirección de Robert Lowndes. Se trataba de otra publicación barata que ofrecía relatos amenos, pero sin nada relevante aparte de *Rugue Princess* (La princesa bribona) (febrero de 1952) de L. Sprague de Camp, una divertida muchacha que viaja en el tiempo. Durante el año 1952, «Future combined with Science Fiction Stories» simplificó por fin su nombre, quedando simplemente como «Future Science Fiction». En noviembre, Lowndes añadió otra publicación barata a su séquito: «Dynamic SF». Contenía algunos cuentos de valor, en particular *I am Tomorrow* (Yo soy mañana) de Lester del Rey, y *The Chapter Ends* (El capítulo termina) de Poul Anderson, pero «Dynamic» no salió de lo normal. Sobrevivió seis números y desapareció en enero de 1954. Por aquel entonces la Columbia había llegado a sus propias conclusiones sobre las revistas de tipo barato; de esto hablaremos posteriormente.

En marzo de 1952 se incorporó al género una nueva empresa editora, la cadena Quinn de Kingston, Nueva York, con «If, Worlds of Science Fiction», Quinn contrató los servicios de Paul W. Fairman como primer director.

Fairman era un nombre muy relacionado con las revistas de la Ziff-Davis. Su primera obra publicada fue *No Teeth For The Tiger* (Ningún diente para el tigre) («Amazing», febrero de 1950), y pronto se convirtió en uno de los escritores típicos de la revista, colaborando con su propio nombre y seudónimos de la casa, en especial con el de Ivar Jorgensen. Dos de sus relatos (*The Cosmic Trame* [La estructura espacial] de «Amazing»,

y *Deadly City* [La ciudad mortal] de «If») fueron trasladados después a la pantalla con los títulos de *Invasión of the Saucer Man* (Invasión del platillo) (1955) y *Target-Earth* (Objetivo: la Tierra), respectivamente. Las relaciones de Fairman con Ziff-Davis fueron evidentes ya en los primeros números de «If». Aparte de ofrecer obras de Howard Browne, Ray Palmer, Richard Shaver, Rog Phillips y Milton Lesser, Fairman también inició una serie titulada «Personalidades de la ciencia ficción», que empezó en el número de «If» de mayo de 1952 con Ray Palmer. Palmer respondió inmediatamente en «Other Worlds» (junio de 1952), corrigiendo determinados detalles.

Tras editar tres números, Fairman abandonó «If» para unirse a Ziff-Davis en calidad de director adjunto, dejando que Quinn se las arreglara con «If» hasta contratar los servicios de Larry Shaw a partir de mayo de 1953.

Es cierto que «If» no publicó clásicos en sus primeros años, pero tampoco ofreció literatura de baja calidad. El número de septiembre de 1953, por ejemplo, presentó *A Case of Conscience* (Un caso de conciencia)^[8] de James Blish, una de las primeras apariciones de la religión en el género, en la que un sacerdote aterriza en un planeta que desconocía el pecado original, *Júpiter V* de Arthur C. Clarke, en torno al descubrimiento de una estatua en el satélite más próximo a Júpiter, también apareció por vez primera en «If» (mayo de 1953). La mejor descripción que puede hacerse de «If» es que la revista «entretenía invariablemente».

Las revistas iban surgiendo con una rapidez angustiosa, «Space Science Fiction» fue lanzada en mayo de 1952, editada por Lester del Rey. Del Rey había sabido por su agente que se estaba preparando una nueva revista de ciencia ficción y que la editorial precisaba novelas cortas inéditas, pero desconociendo el género. El editor era John Raymond, entonces más conocido por sus revistas «de chicas». El auge que se estaba produciendo en la ciencia ficción había llevado al distribuidor de Raymond a sugerir que se entrara en aquel campo. Del Rey se personó en las oficinas y Raymond empezó, a documentarse en ciencia ficción. Finalmente, sugirió que Del Rey editara la revista y, aunque este último no estaba muy satisfecho con la idea, su esposa y varios agentes le convencieron. Del Rey lo explica así: «Preparé el primer número en un santiamén con lo que tenía más a mano. Mi trabajo incluyó efectuar todas las compras, hacer el bosquejo de la revista, leer todas las pruebas y efectuar frecuentes visitas a los impresores. Descubrí que debía dedicar tres días de trabajo real por cada número».

Pese a las prisas, el número 1 de «Space SF» resultó de primera categoría, con una impresionante cubierta de Paul Orban, y conteniendo como novela de fondo *Pursuit* (Persecución), *del* propio Del Rey, que narra una cacería en la que intervienen multitud de poderes psi. Henry Kuttner volvía a la escena, esta vez con su divertida *The Ego Machine* (La máquina del ego), y también Isaac Asimov con *Youth* (Juventud). «Space» era de tamaño reducido (*digest*), constaba de 160 páginas y valía treinta y cinco centavos.

Del Rey demostró ser un excelente director. La segunda «Space SF» incluyó una aventura de Robert E. Howard Conan, *The God in the Bowl* (El dios en el cuenco), completada por L. Sprague de Camp. Se trataba de la primera de las muchas narraciones de Conan que iban a publicarse. Del Rey también contribuyó con una novela realista, cruda, en torno a las colonias de Marte, *Police Your Planet* (Vigilad vuestro planeta), publicada como folletín en «Space» durante el año 1953 con el seudónimo de Erik Van Lhin.

Raymond supo después que otro distribuidor quería tener una revista de ciencia ficción, por lo que sugirió a Del Rey que editara una segunda publicación de menos calidad y centrada en la acción. Así nació «Science Fiction Adventures», que salió al mercado en noviembre de 1952. Sería la primera de las cuatro revistas que llevarían dicho nombre. Del Rey consta como responsable editorial (con su auténtico nombre, Ramón Álvarez) y director (con su seudónimo Philip St. John). La revista iba dirigida a lectores más jóvenes que los de «Space», pero la literatura que se ofrecía distaba mucho de estar escrita para un público «inferior». Por el contrario, presentó obras de gran madurez, sin hacer concesiones, como *The Fires of Forever* (Los fuegos de siempre) de Chad Oliver, que encabezó el primer número y que describe un intento por salvar la Tierra de la destrucción. Aparte de su excelente literatura, «SF Adventures» ofreció también una sección de crítica de libros que estaba a cargo de Damon Knight y que se denominaba «The Dissecting Table» (Mesa de disección), el mismo nombre que Knight había usado tres años antes en la sección análoga de «Worlds Beyond». Knight iniciaba su crítica advirtiéndole a los lectores que sus comentarios podrían parecer algo desagradables y polémicos, pero que él trataba de explicar lo que pensaba. Con el paso de los años la porfía de Knight le otorgó gran reputación como crítico, y en 1956 sus reseñas fueron editadas en un libro, *In Search of Wonder* (En busca de lo portentoso), que le permitió ganar un Premio Hugo especial como mejor crítico de ciencia ficción de aquel mismo año.

A propósito, las reseñas bibliográficas iban convirtiéndose en una parte esencial del panorama de la revista del género. En octubre de 1951, «Astounding» contrató a P. Schuyler Miller como crítico fijo encargado de «The Reference Library», sección de la que se ocuparía regularmente a partir de entonces y hasta su muerte en 1974. Miller puede ser considerado perfectamente como el decano de los críticos de ciencia ficción y también recibió un Hugo especial en 1963 como premio a su trabajo.

En marzo de 1953 apareció la tercera revista de Del Rey, «Fantasy Magazine», incluyendo otro cuento de Conan completado por De Camp, *The Black Stranger* (El forastero negro). A partir del segundo número pasó a denominarse «Fantasy Fiction». El ligero cambio se produjo debido a que Ziff-Davis había amenazado con emprender acción judicial por la duplicación de su título «Fantastic».

«Fantasy Fiction» ofreció diversas y espléndidas cubiertas de Hannes Bok y en

contenido soberbio, siendo ahora pieza obligada para los coleccionistas. Por desgracia, sólo duró cuatro números.

Una cuarta revista, «Rocket Stories», se había estado planeando durante varios meses. Apareció por fin en abril de 1953, siendo su director Wade Kaempfert. «Rocket» era una imitación en tamaño reducido (*digest*) de «Planet Stories», conteniendo algunas narraciones maduras y muy bien escritas, como *Jackroque Second* de John Jakes, en el primer número. Este relato gira en torno a un hombre al que se ha devuelto la vida sólo para enfrentarse a una amarga oposición por parte de todas las personas que encuentra.

A mediados de 1953, Del Rey y Raymond estaban en desacuerdo sobre la situación desesperada de la editorial. No hace mucho, Del Rey me explicó lo que sucedió:

En Raymond Publications siempre reinaba la confusión. Las revistas se programaban al capricho de Raymond. (Como cuando me informó repentinamente de que iban a ser mensuales... y nunca se preocupó de que tal cosa fuera una realidad). Me llamaba, o esperaba a que yo recopilara los manuscritos, luego anunciaba que «Space» (o la revista que fuera) debía salir, y yo debía presentar una copia al día siguiente. (Dicho sea de paso, yo tenía plena autoridad respecto a lo que se compraba; John W. Campbell llamo a Raymond y le convenció de que un director debía tener libertad de acción. John hacía favores así.) En cualquier caso, esto significaba que debía ponerme en contacto con los agentes, recopilar los relatos, examinar los manuscritos y elaborar un número antes de que transcurriera un día. Así funcionó todo la mayoría de las veces. Pagábamos únicamente después de la publicación, por lo que nunca intenté hacerme con un catálogo; disponía de algunas obras pendientes de revisión, pero en cuanto a los relatos de fondo, o bien llamaba a los agentes pidiéndoles algunos que conocía, o, desesperado, escribía uno yo mismo (a menudo en una noche). Era un modo miserable de editar una revista.

Las revistas ganaban dinero. Pese a lo que se ha dicho respecto a que la fantasía no tiene un mercado apropiado, aquella revista vendía unos setenta mil ejemplares por número, y «SF Adventures», algo menos (pero más que «Galaxy»), Yo cubría gastos con cuarenta y cinco mil ejemplares, por lo que estábamos obteniendo excelentes ganancias con las revistas. («Space» y «Rocket» tenían más problemas de distribución, pero también daban beneficios.) Pero en vez de reinvertir el dinero en las revistas, Raymond lo empleaba en Dios sabe qué: expandir su negocio, empresas arriesgadas. Nunca había dinero disponible, excepto el adelanto hecho por el distribuidor después de que las revistas estaban impresas.

Le propuse aumentar el nivel de las revistas, pagando mejor y con más rapidez, y una retribución decente para mí. Le demostré que bastaba con vender muy pocos ejemplares más para justificar tal cosa, y le dije que en caso contrario me vería obligado a dimitir. Estuvo de acuerdo. Y no salió nada de aquello. Un día entré en el despacho en son de guerra (y pensando en dimitir) porque había descubierto que no se había pagado a varios

autores. Él no estaba allí, pero su director artístico me dijo que Raymond tenía planes nuevos: el pago máximo sería de un centavo por palabra para todas las revistas, no habría más ilustraciones con excepción de las hechas por el director artístico y las páginas se reducirían a 144. Aseguré que renunciaba y me marché a casa. No me arrepentí.

Raymond informó a todo el mundo de que me había despedido, y su abogado amenazó con demandarme por «calumnia y libelo» porque yo había devuelto los manuscritos a los autores, declarando que el nuevo precio estaba en vigor. Mi réplica convenció al abogado para que dijera a Raymond que me dejara tranquilo y cesara de inventarse historias en torno a mi persona.

Raymond contrató un nuevo director, Harry Harrison. Éste se negó a encargarse de «Fantasy Fiction», por lo que Raymond solicitó los servicios de Fletcher Pratt. Pratt preparó un número, pero no quiso entregarlo hasta que se pagara a los autores. No se efectuó el pago y Raymond abandonó la revista. Las otras publicaciones prosiguieron durante algún tiempo con Harrison, pero Raymond se aburrió del género y acabó resueltamente con los títulos restantes. El último en desaparecer fue «SF Adventures» (mayo de 1954), que había alcanzado un gran éxito con la publicación en forma de folletín de *The Syndic* (El síndico), novela de Cyril Kornbluth sobre un espía en un mundo futuro de gobiernos pervertidos.

Las revistas de Del Rey son recordadas afectuosamente como precursoras de la buena ficción, y siguen siendo un ejemplo excelente de lo que un director inteligente puede lograr frente al irritante muro de ignorancia que la mayoría de editoriales erigen cuando de ciencia ficción se trata. «Space SF» fue la primera revista en publicar un cuento de Algis Budrys, *Walk to the World* (Paseo por el mundo) (noviembre de 1952). Retrospectivamente, la muerte de estas revistas representó una gran pérdida para el mundo de la ciencia ficción.

En 1952, «Amazing» casi había superado el estigma del período Shaver. Por alguna razón inexplicable, Browne trató de sustituir el atractivo esotérico de la revista por algo más «respetable». Es de suponer que la solución al problema llegó con *Master of the Universe* (Maestro del universo), supuesta historia futura del período 1975-2575 revelada en un manuscrito encontrado cerca de las costas españolas. Toda la narración, publicada como folletín en «Amazing» entre abril y noviembre de 1952, resultó absolutamente tediosa.

No obstante, Browne volvió a lograr el visto bueno para ensayar su línea pulcra, que se materializó en marzo de 1952 con la publicación de «Fantastic», fechada en el verano. «Fantastic» era de tamaño reducido, constaba de 160 páginas y se vendía a treinta y cinco centavos. La cubierta del primer número, a todo color, fue obra de Barye Phillips; la cubierta posterior reprodujo una obra de arte y en el interior había ilustraciones a color. Entre los relatos estaban *The Smile* (La sonrisa) de Ray Bradbury, *What if* de Isaac

Asimov, el cautivante *Six and Ten are Johnny* (Seis y diez son Johnny) de Walter Miller y, sobre todo, *Professor Bingo's Snuff* (El rapé del profesor Bingo) de Raymond Chandler. Las ventas fueron tan fenomenales que «Fantastic» fue rápidamente reprogramada, pasando de trimestral a bimestral. Los editores empezaron a ver un futuro poco prometedor para las publicaciones de tipo barato y transformaron «Amazing Stories» en formato reducido a partir del número de abril-mayo de 1953. En consecuencia, el precio aumentó hasta treinta y cinco centavos, y, para ir sobre seguro, la periodicidad de «Amazing» pasó a ser bimestral, alternándose con «Fantastic». «Fantastic Adventures» fue unida a «Fantastic» con el número de mayo de 1953.

La primera «Amazing» en formato reducido volvió a enfocarse hacia un público profano. El relato de fondo fue *Mars Confidential* (Marte confidencial), supuesta revelación escandalosa de los periodistas Jack Lait y Lee Mortimer. También estuvieron presentes grandes escritores famosos en las revistas «pulcras»: Ray Bradbury, Robert Heinlein, Theodore Sturgeon, Murray Leinster y Richard Matheson. El impresionante relato *The Last Day* (El último día), obra de Matheson, se ofrece en este volumen.

Browne iba a recibir felicitaciones. «Amazing» pasó la transición a formato reducido con tanta eficacia que a partir de entonces se la consideró como algo completamente nuevo, y la revista se enfrentó al futuro con renovado vigor.

Vale la pena recordar, de pasada, que el público dispuso de dos «Fantastic» en el verano de 1952: la de Ziff-Davis y «Fantastic Science Fiction». La última era una publicación de gran formato que constaba tan sólo de 48 páginas, por lo que se la distinguía al instante. Contenía obras juveniles de poca calidad y buenas ilustraciones realizadas por artistas procedentes de los cómics. El único nombre reconocible era el de Walter Gibson, que escribió la novela de fondo y dirigió la revista. Gibson era famoso como creador de las novelas del superdetective *The Shadow* (La sombra), cuyas aventuras habían aparecido en la revista del mismo nombre desde noviembre de 1931 hasta el verano de 1949. Anteriormente, Gibson había dirigido la publicación que por muy poco tiempo sería rival de «Weird Tales». «Tales of Magic and Mystery», de la que se editaron cinco números en los años 1927-1928. «Fantastic SF» fue menos afortunada: un primer número en agosto y un segundo en diciembre de 1952.

Para que la confusión de títulos fuera total, Standard Magazines publicó en octubre de 1952 «Space Stories», después de que *Del Rey* hubiera hecho lo propio con «Space SF». Pero «Space Stories» era una revista de tipo barato y por entonces daba la impresión de que el público no deseaba nuevas publicaciones de esta clase. La revista desapareció, por consiguiente, tras publicar cuatro números bimestrales.

Lo mismo sucedió con «Tops in SF». Malcolm Reiss decidió beneficiarse de la tendencia en favor de las reediciones extrayendo material de los archivos de «Planet Stories», y formando con el una nueva publicación barata, «Tops in SF». La primera

edición, en marzo de 1953, debió atraer con toda certeza a cierta parte del público, pero se perdió entre todas las demás revistas del mismo tipo. Así, Reiss cambió a formato reducido (*digest*) en el segundo número, que apareció en octubre. Pero lo hizo demasiado tarde y fracasó: «Tops» dejó de publicarse.

Más y más revistas pasaron fugazmente por el mercado. Muchas de ellas debieron de proyectarse antes de que el auge alcanzara su apogeo, esperando subir al tren de la fama y sin comprender que el tren iba a estar atestado. Cada revista era poco más que una gota en el océano y por ello no importaba si eran buenas o malas. El público no las vería, ni las compraría, a menos que se exhibieran en los quioscos de modo adecuado. Ésta fue la causa más corriente de su temprana defunción.

En 1952, por citar un ejemplo, Wollheim abandonó Avon Books y sus dos revistas, «Fantasy Reader» y «Science Fiction Reader», que desaparecieron del mercado tras haber publicado dieciocho y tres números, respectivamente. Pero en enero de 1953 se puso a la venta una revista híbrida, «Avon Science Fiction and Fantasy Reader», dirigida por el responsable de cómics de Avon, Sol Cohen. Esta publicación, cuidada y de formato reducido, contenía obras inéditas (a excepción de una), ofreciendo un contenido de gran calidad firmado por hombres importantes del género. Las ilustraciones interiores estaban soberbiamente realizadas, concentrándose sobre todo en lo erótico. Aun siendo una publicación por encima del nivel medio, la revista dejó de editarse tras el segundo número de abril.

Chester Whitehorne, que en 1945 había dirigido por algún tiempo «Planet Stories», reapareció en 1953 con una revista de formato reducido muy voluminosa, «Vortex SF». La nueva publicación planeaba ofrecer relatos ultracortos, e incluyó veinte de ellos en su primer número. La acogida fue alentadora, y al cabo de seis meses apareció un segundo número conteniendo veinticinco relatos. Pero esta idea no podía durar mucho..., y lo mismo sucedió con «Vortex». Nunca más volvió a verse. Whitehorne no se desanimó. En 1954 se presentó repentinamente con una revista de planteamientos muy racionales, «Science Fiction Digest», aportando nuevas pruebas en torno a la popularidad del formato reducido (*digest*). La idea consistía en seleccionar obras de diversas publicaciones no especializadas en el género y de otras revistas, convirtiéndose de hecho en una colección de «Lo mejor del año» en forma de revista.

Era un buen proyecto, y debía haber tenido éxito. Pero la selección de relatos de Whitehorne dejó mucho que desear, al igual que la presentación. Pese a ofrecer artículos notables como *My Experience with the Supernatural* (Mi experiencia con lo sobrenatural) de Eartha Kitt. «SF Digest» desapareció también al cabo de sólo dos números.

A mediados de 1953 todo el mundo editorial pareció haberse vuelto frenético, sobre todo desde que Ballantine Books iniciara en febrero una serie regular de antologías en rústica incluyendo únicamente relatos inéditos, «Star Science Fiction Stories», dirigida

por Frederik Pohl. Los escritores de ciencia ficción nunca habían tenido un panorama mejor: mientras aparecieran revistas todos los días, sus obras se venderían inevitablemente. Los escritores noveles disponían de amplias oportunidades para colocar sus creaciones y, también, para experimentar. Esto implicaba que se publicaba más literatura de poca calidad, pero ésta aparecía, por regla general, en publicaciones menores. Las revistas importantes, como «Galaxy», «Astounding» y «F & SF», con más prestigio y pagando mejor, seguían acaparando a los autores famosos.

En 1953, uno de los acontecimientos que atrajeron más la atención dentro de la ciencia ficción fue el regreso de Hugo Gernsback. Este había dejado el campo en 1936 al entregar «Wonder Stories» a la Standard, pero Gernsback Publications había proseguido con diversos periódicos científicos. El mismo Gernsback había dado charlas y publicado ocasionalmente jocosas publicaciones anuales como «Newspeak» y «Quip». En marzo de 1953 surgió el primer número de «Science Fiction Plus». No era una publicación de formato reducido ni tampoco de tipo barato, sino una esplendorosa revista «pulcra», de gran formato (21,6 × 28 cm), con 64 páginas. Costando solamente treinta y cinco centavos, la revista debía venderse.

Como es lógico, la curiosidad atrajo hacia ella a numerosas personas. Gernsback era el director-editor, en tanto que Harvey, su hijo, que contaba cuarenta años de edad, era el director. Pero el hombre que realizó todo el trabajo de leer y encontrar material, compilarlo y presentarlo fue Sam Moskowitz. Era un importante seguidor de la ciencia ficción, ya famoso como historiador del género merced a la obra *The Immortal Storm* (La tempestad inmortal) (1954), historia del *fandom* organizado. Moskowitz obtuvo relatos de numerosos hombres importantes de la ciencia ficción y recuperó famosos nombres del pasado: Eando Binder, Raymond Z. Gallun, Richard Tooker y Harry Bates. Gernsback escribió amplios artículos científicos, como «The World in 2046» (El mundo en 2046) o «World War III - In retrospect» (Visión retrospectiva de la tercera guerra mundial), además de sus acostumbrados editoriales. En uno de ellos ridiculizó la *pseudociencia ficción* que se estaba publicando, afirmando que los escritores debían ser más objetivos en la ciencia que empleaban. Por tal motivo, confeccionó un símbolo con las letras «SF» superpuestas en una esfera negra rematada por una estrella, y lo situó junto a todo relato que incluyera nuevas ideas científicas de evidente realización práctica en el futuro. El símbolo no acompañó a demasiadas obras... ¡aparte las del propio Gernsback!

Frank R. Paul retornó como director artístico, aunque su trabajo tan sólo ilustraba normalmente las extrapolaciones de Gernsback. Los relatos iban acompañados por camafeos fotográficos de los autores. Las antiguas secciones de Gernsback, «Science Questions and Answers» y «Science Quiz», aparecieron de nuevo e incluso hubo una novela traducida del francés. Era «Wonder Stories» más pulida y modernizada. ¿La aceptaría el público?

Los primeros informes fueron favorables. «SF Plus» se presentó con cuatro números mensuales. Luego las ventas empezaron a descender y la periodicidad se alargó. La revista desapareció en diciembre de 1953 tras publicar su séptimo número. ¿Por qué? Como producción «pulcra» que era no podía haberse confundido entre el tumulto de revistas baratas o de formato reducido. Las publicaciones periódicas de Gernsback en torno al tema de la radio disfrutaron de distribución saludable, por lo que no tuvieron tal problema. Esencialmente, la razón residía en la actitud del público de la época. En 1953, y desde los tiempos de la «Wonder» de Gernsback, había crecido toda una generación de revistas. Toda persona nacida en 1926, año en que apareció «Amazing», habría descubierto la ciencia ficción a una edad aproximada de quince años, es decir, en 1941, cuando la «Astounding» de Campbell estaba en su apogeo. El desarrollo de estas personas fue el subsiguiente de la ciencia ficción. «SF Plus» era un anacronismo. Ofrecía algunas obras excelentes, como *Spacebred Generations* (Generaciones espaciales) de Simak, *Nightmare Planet* (Planeta de pesadilla) de Leinster y *Strange Compulsion* (Extraña compulsión) de Philip José Farmer, pero para el público de 1953 el planteamiento de la revista resultaba torpe y los lectores temían hundirse en un concentrado de prognosis científica. Preferían seguir con «Galaxy» o «Astounding».

La misma reticencia era atribuida al resto de las nuevas publicaciones. «Orbit SF», dirigida por Jules Saltman, mostraba obvias indicaciones de ser una «Galaxy» de segunda mano. «Cosmos Science Fiction and Fantasy» se leía como un sucedáneo de «Imagination». Que la revista hiciera alarde de relatos obra de Poul Anderson, Arthur C. Clarke, Robert Sheckley... o cualquier otro, no servía de nada porque así lo hacían casi todas las demás. Sólo el *fan* entusiasta de la ciencia ficción adquiriría todas y cada una de las revistas, y esto no bastaba para sufragarlas todas. El factor vital era el momento: estar en los quioscos en la ocasión propicia para la venta. Si el vendedor recibía un nuevo lote de revistas mientras los estantes estaban todavía repletos, el lote se quedaría empaquetado hasta que hubiera espacio o alguien pidiera un ejemplar de aquella revista. Tratándose de una nueva publicación, el público raramente la solicitaría y, así, sin importar su calidad, la revista estaba condenada al fracaso. Incluso ahora, más de un cuarto de siglo después, los coleccionistas que buscan algunas publicaciones y encuentran en ellas una rica amalgama de nombres, a menudo con relatos de primera categoría, contienen sorprendidos la respiración y piensan: «¿Por qué fracasó esta revista?»

Louis Silberkleit, de la Columbia, decidió arriesgarse y publicó una «Science Fiction Stories» en formato reducido y sin fecha en la cubierta. Esto significaba que el vendedor tampoco tenía fecha de devolución para la revista, por lo que se quedaba con ella hasta que hubiera espacio en los estantes y, de modo invariable, acababa exhibiéndola. Tan sólo cuatro meses más tarde, «Science Fiction» se había vendido lo suficiente como para permitir un segundo número, y Lowndes reemprendió el trabajo sobre la misma base. Los números aparecieron en agosto de 1953 y julio de 1954 respectivamente, obteniendo muy

buenas ventas. Silberkleit estaba preparado, y en junio de 1954 «Future» cambió su formato de tipo barato *pulp*) a reducido *digest*). Pero no así «SF Quarterly». Dominaba la opinión de que el público seguía considerando a los «Quarterlies» como algo especial. No parecía correcto lanzar una «Quarterly» de bolsillo, y por ello la publicación continuó como de tipo barato.

Por qué «Fantastic Universe» sobrevivió mientras las demás revistas desaparecían, es algo poco claro. Se puso a la venta por primera vez en junio de 1953, en el mismo apogeo del *boom*, y por fuerza debía fracasar. Pero no lo hizo. La publicaba Leo Margulies de King-Size Publications, Park Avenue, Nueva York, y disfrutaba de buena distribución en tanto que publicación hermana de «The Saint Detective Magazine», revista que lograba elevadas ventas. Éste era un punto a su favor. Otro lo constituía el hecho de que Sam Merwin fuera su director. La combinación Margulies/Merwin había obtenido gran éxito en la década de 1940 con «Thrilling Wonder», y los entusiastas de la ciencia ficción debían por fuerza estar prendados de ella. Además, por los treinta y cinco centavos que indicaba la cubierta, se compraba una revista de formato reducido con 192 páginas, más páginas que cualquier otra. Aun cuando la cantidad de hojas se redujo tras el segundo número, y pese a que Merwin abandonó la revista para convertirse en director adjunto de «Galaxy», «Fantastic Universe» había captado ya suficientes lectores en su primera etapa como para asegurarse un público viable.

Ése no fue el caso de «Spaceway», la publicación del infatigable William Crawford. La «Fantasy Book» de Crawford había muerto por desnutrición, sobre todo por falta de una distribución adecuada, tras su octavo número, de enero de 1951. Poco después, Crawford recibió una oferta para dirigir una nueva revista cuyo título aprovecharía el nombre del rey cinematográfico de Hollywood en lo que a ciencia ficción se refería, George Pal, y que se llamaría «George Pal Tales of Space Conquest». Como sucede a menudo con estas ideas de altos vuelos, la revista nunca se convirtió en realidad. Mas Crawford, que había contactado con un nuevo distribuidor y preparado e impreso un número de «Pal», decidió correr un nuevo riesgo, esta vez con «Spaceway». El número 1, tamaño de bolsillo y fechado en diciembre de 1953, estaba mejor planeado que «Fantasy Book», pero ¡ay!, el distribuidor volvió a fallar. Crawford quedó una vez más sin un céntimo. Se esforzó todo lo que pudo, pero «Spaceway», con menos capital y recursos, fue deteriorándose rápidamente hasta quedar reducida a una producción más bien vulgar. Crawford intentó lograr una edición británica, pero esto no bastó. «Spaceway» llegó hasta el octavo número y desapareció en enero de 1955..., pero no para siempre.

Ray Palmer, ya vuelto al trabajo después de su accidente, pudo contemplar todo este carrusel como si fuera algo exterior a él. El auge de la ciencia ficción se centraba en Nueva York, y, si la distribución fallaba, era muy raro que el mercado se resintiese en esa ciudad. Palmer se encontraba en Chicago con su «Other Worlds», y tan sólo «Imagination» de William Hamling le hacía la competencia. Por supuesto, había otras revistas, pero Palmer

disfrutaba de mayores oportunidades en cuanto a exponer en los quioscos las suyas. Y por esa razón organizó su propio *mini-boom*. En junio de 1953 se puso a la venta una nueva revista de formato reducido, publicada por George Bell de Bell Publications, North Clark Street, Chicago. Se trataba de una producción cuidada, pretendiendo lograr niveles elevados y presentando algunas obras importantes de autores famosos. Ray Palmer entró en la editora, y «Universe», a partir del tercer número, fue dirigida por él y Mahaffey, ofreciendo excelentes ilustraciones de Virgil Finlay, Lawrence Stevens y Edd Cartier, tres de los mejores especialistas. Sus obras abarcaban un extenso campo, desde *The Hungry Hercynian* (El hambriento herciniano), cuento de espadas y brujería de L. Sprague de Camp, hasta *Everest* de Isaac Asimov, que supone la existencia de marcianos en dicho monte. Era una buena revista.

Palmer cambió el título «Other Worlds» por «Science Stories», convirtiéndola en publicación hermana de la anterior. Luego lanzó otra revista, «Mystic», en esta ocasión una compañera de «Fate» en el género de lo oculto. Estrictamente hablando, se halla fuera del alcance de esta obra, pero la menciono porque su número de enero de 1954, en el que Palmer vuelve a referirse al Misterio Shaver, ofrece sus puntos de vista y su relato completo basado en hechos, *The Devil's Empire* (El imperio del diablo), que explica cómo Lucifer conquistó la Atlántida. Es la narración mejor escrita de todas las que tratan este mito, sorprendentemente amena y digna de leer por su novedad.

En la Navidad de 1953, cuando la ola de la ciencia ficción se había encrespado, sobrevivían aún 27 títulos relacionados con el género, tan sólo en los Estados Unidos. Únicamente siete de ellos eran de tipo barato, porque hasta «Weird Tales» había cambiado a formato reducido (*digest*) en septiembre de 1953. Pero para esta última revista, pilar de la literatura fantástica desde 1923, el fin estaba próximo. El golpe definitivo llegó cuando la American News Corporation, la principal distribuidora de publicaciones baratas, se negó a manejar más revistas de este tipo, alegando que habían dejado de ser rentables. La industria del cómic estaba floreciendo, las revistas no especializadas en ciencia ficción eran mucho más ventajosas económicamente y se estaba iniciando una nueva línea: Hugh Hefner acababa de lanzar «Playboy», su revista para hombres, con sorprendentes resultados. Al distribuidor le interesaban únicamente los beneficios, y las publicaciones baratas no los proporcionaban. La misma lógica valía para los anunciantes, que pagaban más a las revistas «pulcras» para asegurarse una propaganda más amplia. Todo ello estaba acabando con las revistas de tipo barato, gozaban de un público adicto o no. Las publicaciones de este tipo se encontraban encalladas y era demasiado tarde para cambiar. Demasiado tarde para introducir correcciones.

«Weird Tales» murió en septiembre de 1954. «Thrilling Wonder», en enero de 1955. «Fantastic Story Magazine», en abril de 1955. «Planet Stories», en junio de 1955. «Startling Stories», en octubre de 1955...

Algunos de los títulos más famosos dentro del campo de la ciencia ficción, con muchos años de experiencia, desaparecieron al cabo de un año porque nadie quería seguir distribuyéndolos.

Pero se marcharon con las cabezas bien altas. «Thrilling Wonder» y «Startling» habían sido publicaciones descollantes en sus últimos años de vida. Sufrieron un gran contratiempo en 1952 cuando falleció Earle Bergey, principal artista encargado de sus cubiertas. Era un hombre insustituible. Bergey había simbolizado las revistas, y sus cubiertas, con los monstruos de ojos saltones y mujeres rubias de atrevidos escotes, representaban toda una época. Pero una nueva generación de artistas había entrado en la ciencia ficción, destacando Alex Schomburg, Ed Emshwiller y Jack Coggins, ocupando el lugar de Bergey con sus propias habilidades y estilos.

Samuel Merwin había dirigido las revistas hasta el verano de 1951, momento en el que se marchó con la idea de escribir más obras. Pero reapareció en «Amazing» como crítico de libros, luego dirigiendo los primeros números de «Fantastic Universe» y después ayudando a «Galaxy». Su puesto en la Standard lo ocupó Samuel Mines, que por aquel entonces era probablemente el más liberal de todos los directores. Pedía relatos de calidad literaria. No le importaban en absoluto los tabúes, y la prueba es que publicó el relato que pasaría a la historia como el primero que introducía el sexo en la ciencia ficción: *The Lovers* (Los amantes) de Philip José Farmer. Apareció en forma de novela completa en el número de «Startling» de agosto de 1952, y Mines lo utilizó como vía de prueba para sondear los límites de la ciencia ficción. Me gustaría disponer de espacio para publicar íntegramente aquel editorial, no sólo por su sensibilidad, sino, también, porque demuestra que Mines fue un personaje clave en el ensanchamiento de las fronteras del género. El editorial incluía los siguientes párrafos:

En forma editorial y por otros medios, hemos sostenido desde hace mucho tiempo que la ciencia ficción debe ser algo más que ciencia prometedora; debe ser también buena literatura. Debe contener las exigencias básicas del drama, estar bien narrada, representar personajes reales, ser tan sincera en sus valores emotivos como en el cálculo de la velocidad de una nave espacial maniobrando en una ruta ultragaláctica. Hasta que se logre tal cosa, los críticos del «Time» seguirán haciendo menospreciadoras comparaciones con los *westerns*.

Sostenemos que todo puede hacerse en ciencia ficción... y que debe ser hecho. En realidad, es el más amplio de todos los medios, porque su creatividad es ilimitada. Numerosos autores actuales del género son tan sobresalientes como pueden serlo dentro de su particular tipo de relato, pero este tipo se ha convertido en una rutina. Escriben básicamente la misma narración que escribían hace quince años...

Merwin retó a los escritores a experimentar con temas osados y puso en primer plano

The Lovers como el descubrimiento de la década. Confiaba en que esta obra haría recapacitar a los escritores y exclamar: «¡Demonios, no creía que pudiéramos hacer algo así en ciencia ficción!». Los mismos argumentos innovadores serían utilizados por Harlan Ellison en 1967 con su antología *Dangerous Visions*, arremetiendo contra los temas tabú. Pero estamos refiriéndonos aquí a una revista barata publicada quince años antes.

En *The Lovers*, los humanos aterrizan en un planeta en el que sus habitantes humanoides surgen de insectos mediante un proceso de metamorfosis. Las hembras, que se desarrollan hasta adquirir el aspecto de una mujer humana, sólo pueden procrear uniéndose con un auténtico varón humano. Después del embarazo, la madre muere y la cría abandona la carne. Los insectos, llamados *lalitha*, averiguan que una bebida especial evita el embarazo, pero cuando uno de los humanos se enamora de una *lalitha*, deduce que la humanoide es adicta a la bebida. Desconociendo el verdadero fin, diluye el líquido y la *lalitha* concibe y muere.

La obra está maravillosa e impresionantemente narrada, y evidenció con gran eficacia cómo el sexo podía ser parte integral de un relato sin convertirlo en obsceno. *The Lovers* fue sin duda un gran acontecimiento en la ciencia ficción, pero sólo un hombre lo comprendió así en aquel momento: Samuel Mines, director de una revista barata con el resonante nombre de «Startling Stories» (Narraciones sorprendentes). No podía haber narración más «sorprendente» que aquella. Y *The Lovers*, ¡oh sorpresa!, había sido rechazada anteriormente por Campbell y Gold. Estuvo en un tris de no ser publicada, puesto que Farmer no era entonces conocido en ciencia ficción. La obra significó su presentación, y a partir de ella y merced a su infatigable trabajo, Farmer se ha convertido en uno de los autores más fecundos, originales y admirados del género.

The Lovers no fue un éxito aislado de Mines. Adquirió también *What's It Like Out There?* (¿Qué se siente allí fuera?) de Edmond Hamilton, obra que se publicó en «Thrilling Wonder» en diciembre de 1952. Mines se refiere a ella en el mismo editorial citado antes, diciendo que «está tan alejada de sus relatos sobre el Capitán Futuro como para convencer a cualquiera de que es obra de un escritor distinto». ¡Hamilton había escrito una primera versión del relato ya en 1933! Pero su crudeza al describir una imagen torva y demasiado realista de la primera expedición a Marte motivó que fuera rechazada entonces por los directores. Hamilton había sido catalogado por sus calamidades cósmicas, ganándose el apodo de «World Wrecker» (demoledor del mundo). Una fama como la suya, y la fórmula de publicación barata, no podían tomarse en consideración.

Pero al acabar la guerra, la ciencia ficción necesitaba precisamente realismo y, por fin, los escritores descubrieron que podían romper con los viejos moldes. *The Lovers* había roto la barrera del sexo, y las tradiciones y tabúes del género estaban siendo aplastadas en todas partes. Hasta entonces, la religión había sido algo sacrosanto. Pero Ray Bradbury puso manos a la obra. Samuel Merwin consiguió para «Thrilling Wonder» (febrero de

1949) *The Man* (El hombre); una nave espacial aterriza en otro planeta y descubre que Cristo acababa de llegar el día anterior. *In This Sign* (En este signo), en la que Bradbury describe un Marte libre de pecado, fue comprada por Ray Palmer pero publicada en «Imagination» de Hamling (abril de 1951).

Ray Palmer adquirió varios de los relatos más polémicos de Bradbury, lo que demuestra que no era tan insensible como algunos afirmarían. Pese a la aceptación que disfrutaba Bradbury en las revistas «pulcras», *Way in the Middle of the Air* (Camino en medio del cielo) fue rechazado por «Harper's», apareciendo, por contra, en «Other Worlds» (julio de 1950). El relato describe un planeta Marte habitado por negros que están preparándose para el *apartheid* al saber que se acerca un cohete repleto de blancos. La secuela, *The Other Foot* (El otro pie), se publicó nada menos que en «New Story» (marzo de 1951). En este cuento, la vida sobre la Tierra está casi extinguida y los blancos aceptan hacer de limpiabotas o lo que sea con tal de que los negros los rescaten a todos.

La explosión sin precedentes en la publicación de ciencia ficción, ocurrida al iniciarse la década de 1950, trajo consigo una nueva liberación. Fue un resultado directo de la era nuclear, logrando para el género mayor aceptación por parte del público y, a su vez, incitando a los escritores a refinar su estilo y puntos de vista: la ciencia ficción emergió fulgurante. Vista desde nuestros días, la ciencia ficción de principios de aquella década parecerá muy poco liberada, pero hay que considerarla con la visión de los años cuarenta. Era realmente revolucionaria.

El auge estadounidense iba teniendo su propio eco en Gran Bretaña, y si bien es cierto que tal eco no se reflejaba en avance alguno de las corrientes literarias, estaba poniendo al descubierto todo un caudal de talentos ocultos.

10. Autonomía

Incluso durante las décadas de 1930 y 1940, en las que los mercados nacionales de ciencia ficción escaseaban en Gran Bretaña, el país había producido varios escritores notables que habían tomado por asalto los Estados Unidos. Primero fueron John Russell Fearn y John Beynon Harris, luego Eric Frank Russell, William F. Temple, Arthur C. Clarke y John Christopher, John Beynon Harris había sido recientemente rebautizado como John Wyndham, obteniendo grandes alabanzas tras el éxito de su libro *The Day of the Triffids* (El día de los trífidos). Era significativo que Gran Bretaña pudiera producir tales talentos con un mercado nacional insignificante. El hecho de que se editaran varias revistas británicas no era, pues, nada extraordinario.

A principios de 1954, Gran Bretaña disponía de cinco revistas importantes. Por fortuna, todas las publicaciones de ciencia ficción de la firma Spencer desaparecieron durante aquel mismo año, y tan sólo «Supernatural Stories», más legible y escrita casi en su totalidad por Robert Lionel Fanthorpe, seguía editándose. Otras revistas poco importantes hicieron esporádicas apariciones, como «Space Fact and Fiction» de Gerald Swan, que prácticamente sólo ofreció reediciones y con un aspecto más juvenil incluso que las producciones «naturalizadas» de Spencer; y también «Worlds of the Universe», de la que se publicó un solo número y en el que destacaba el relato de fondo de Mark Denholm (J. R. Fearn), *Waters of Eternity* (Aguas de eternidad), pero con sólo tres narraciones no pudo ofrecer suficientes pruebas de su valor. Así pues, quedaban «New Worlds», «Science Fantasy», «Authentic», «Nébula» y una nueva publicación, que presentó su primer número en enero de 1954, «Vargo Statten Science Fiction Magazine».

Entre la plétora de publicaciones británicas de ciencia ficción en rústica editadas a partir de 1950, unas buenas, otras malas, se mantuvo firme un nombre: Vargo Statten. Se trataba del seudónimo contractual de John Russell Fearn, que había encontrado en aquella época un mercado más próximo al hogar y muy remunerativo..., en el sentido de que podía vender todo lo que escribiera, con tanta rapidez como pudiera escribirlo, Fearn tenía fama de emplear infinidad de seudónimos, y la mayoría de libros británicos de ciencia ficción aparecían igualmente firmados con seudónimos. No es de extrañar, por lo tanto, que se atribuyeran a Fearn numerosas obras. Producciones atroces, con nombres tan espantosos como su contenido (Marco Garrón, Vector Magroon, Aston del Martia), sirvieron únicamente para denigrar a Fearn..., ipese a que él no había escrito ninguna de ellas!

No obstante, la popularidad de los libros de Statten, leídos por un público más juvenil, menos crítico, y por personas poco acostumbradas a los conceptos básicos de la ciencia ficción, produjo ventas extraordinarias. Las producciones de Statten superaron en ventas a todas las demás. En consecuencia, los editores, Scion Ltd., de Avonmore Road, Londres,

se animaron a lanzar la revista. En formato de tipo barato y vulgarmente impresa, fue dirigida por el director general de la Scion, Alistair Paterson (y no por Statten), siendo enfocada hacia un público joven. El primer número estuvo formado fundamentalmente por obras de Fearn firmadas con seudónimos, pero también estuvo presente E. C. Tubb, otro hijo de la Scion. Tubb no escribía para jóvenes: su trabajo se caracterizaba por una tendencia hacia la realidad más cruda. Contribuyó con una novela corta, *The Inevitable Conflict* (El conflicto inevitable), que fue publicada en folletín en los tres primeros números. ¡Se iniciaba con una sangrienta escena en la que un hombre saltaba de un tejado y caía cerca de un viandante accidental! La producción mejoró tremendamente y, con un cambio a tamaño de bolsillo, el título de la revista se convirtió en «Vargo Statten British Science Fiction Magazine» a partir del número 4. La subsiguiente historia de la revista la explicará detalladamente y por vez primera mi colega Phil Harbottle, extraordinario aficionado a Fearn:

Luego se produjo un cataclismo. Scion Ltd., como la mayoría de las editoriales británicas, publicó una avalancha de novelas del oeste y de *gangsters*. Las primeras eran inocuas, pero las segundas, siguiendo la moda popularizada por Hank Jansen, eran relatos erótico-sádicos, crudamente escritos, tal como había señalado anteriormente Gordon Landsborough. Muchas de ellas fueron demasiado lejos para la censura, más bien conservadora, del momento y las editoriales responsables debieron pagar las consecuencias. Se inició la campaña de limpieza, una reacción natural del estómago ante la lujuriosa basura ofrecida por cínicos editores. Scion había sido tan culpable como cualquier otra firma, pero evitó elegantemente el descalabro. Los directores discutieron a quién concernía la responsabilidad del fracaso, siendo así que los libros ofensivos databan en realidad de una época administrativa anterior. Scion había sido una empresa próspera y presentó una atractiva propuesta a un conglomerado denominado Henry Squire Co. Ltd., que estaba anexionándose diversas casas editoriales de menor importancia. Esta firma relanzó Scion Ltd. como Scion Distributors Ltd, y Alistair Paterson siguió encargándose de los títulos de ciencia ficción. Paterson trató de proseguir las actividades de las varias empresas que Squire había adquirido. Incluso se intentó lanzar una reedición británica de «Tops in SF», pero el asunto no resultó, puesto que la revista sólo publicó dos números en los Estados Unidos.

Pero los tiempos estaban cambiando. Con Penguin, Pan y Corgi Books a la cabeza, el nivel editorial se elevaba. Se acercaba el fin de la ciencia ficción vulgar, y de las novelas de *gangsters* y del oeste de baja calidad. La firma Squire se encontró con que había heredado un cáncer. La situación se agravó por el hecho de que la editorial adeudaba una importante suma monetaria a una empresa llamada Dragón Press, de Luton, que había impreso numerosos libros baratos, y que no había sido pagada por las anteriores compañías. Así fue desarrollándose la siguiente etapa, que conduciría al desgaste y muerte final del imperio de la «Vargo Statten».

Para compensar la deuda, la Squire Company entregó sus mejores valores, la revista y libros «Vargo Statten» a Dragón Press. El mismo Fearn, aún ligado a la Scion, formaba parte de la operación. Se hizo cargo de la edición de la revista a partir del sexto número, con el que pasó a denominarse simplemente «British Science Fiction Magazine».

La revista efectuó un viraje bajo la dirección de Fearn. Paterson había encolerizado al *fandom* haciendo que sus autores escribieran para lectores juveniles. Con Fearn, la revista se orientó abiertamente hacia *el fandom*, desarrollando la sección «Inquisitor» dirigida por el superaficionado A. Vincent Clarke. Harry Cohn (Dave Cohén, un seguidor de Manchester) se encargó de otra sección titulada «Personalices in Fandom». La literatura fue mejorando conforme se animaba más a los escritores noveles, tales como Barrington J. Bayley, que más tarde sería figura destacada en el desarrollo de la ciencia ficción en Gran Bretaña. La revista adquirió una personalidad definida, pero Fearn estaba afrontando una causa perdida, trabajando en las desventajosas condiciones impuestas por la editorial.

Dragón no eran, en realidad, editores, y malinterpretaron un descenso en la circulación de la revista (el «establecimiento» natural en un nivel fijo). Aterrorizados, rebajaron el presupuesto de Fearn en más de un cincuenta por ciento. Pagando doce chelines y seis peniques por cada mil palabras (¡y por todos los derechos!), Fearn no tenía posibilidad alguna frente a los editores de otras revistas, que ofrecían un mínimo de veinticinco chelines por millar de palabras y únicamente por los primeros derechos británicos.

Así, mientras contribuían numerosos autores noveles, eran pocos los escritores de fama que hacían lo propio, debido a la miserable retribución. El prolífico E. C. Tubb continuó apareciendo, pero insistió en utilizar un seudónimo. Hasta Fearn dejó de colaborar con relatos inéditos y muy astutamente recompuso sus narraciones estadounidenses de la época de la guerra, utilizando diversos seudónimos. Se adoptó una cubierta fija en favor de la economía, y con un nuevo cambio de título, «The British Space Fiction Magazine», la revista se las arregló para llegar hasta febrero de 1956 y alcanzar el decimonoveno número. Una huelga general de artes gráficas aceleró entonces su desaparición. Con la muerte de Vargo Statten, que inició y terminó el *boom*, el panorama británico de la revista de ciencia ficción se redujo a una lenta mejoría impuesta por la necesidad de igualar el nivel ascendente del conjunto de las publicaciones inglesas.

Y entretanto, ¿qué había sido de los autores importantes que habían publicado sus obras en las otras cuatro revistas?

Al iniciarse la década de 1950 los principales escritores británicos (Clarke, Wyndham, Russell Christopher) habían desertado virtualmente del mercado británico. Pronto se uniría a ellos Charles Eric Maine, cuyas novelas, como *The Mind of Mr. Soames* (La mente del señor Soames) y *The Tides Went Out* (Las mareas cesaron), le han convertido

en un autor de primera fila. Maine (que se llama en realidad David McIlwain) era técnico de radio y director de una revista técnica. Su tremendamente famosa obra radiofónica *Spaceways* (Rutas del espacio) fue llevada a la pantalla y publicada después en forma de libro. También aparecía en revistas de ciencia ficción en aquella época, siendo su primera obra el relato corto sobre los transmisores de materia, *Repulsión Factor* {Factor de repulsión) («Authentic», septiembre de 1953).

Con todo, muchos autores siguieron escribiendo para las revistas. El inteligente escritor escocés I. T. McIntosh se presentó en el número de «Astounding» de diciembre de 1950 con *The Curfew Tolls* (Las campanadas del toque de queda) y pronto sus obras iban a publicarse en ambos lados del Atlántico. En 1952 escribió el primer folletín de «New Worlds» *The Esp Worlds* (Los mundos esp)^[9], en el que un telépata es enviado a un mundo gobernado por mujeres expertas en telequinesia. En 1953, McIntosh se unió a la tendencia estadounidense antitabú con su relato *Made in USA* (Fabricado en los Estados Unidos) («Galaxy», abril de 1953), en el que un hombre pide el divorcio basándose en que su esposa no le reveló que era una androide hasta la noche de bodas.

Ian Wright hizo sus primeras ventas a las revistas de la Spencer, pero su presentación tuvo lugar en «New Worlds» (enero de 1952) con *Operation Exodus* (Operación Éxodo), que narra el traslado del exceso de población terrestre a otro sector del espacio, coincidiendo con que una nave espacial extraterrestre se interesa por la misma zona. Wright pronto se hizo famoso en las revistas de la Nova, sobre todo a mediados de aquella década, con su serie en torno al embajador Dawson y sus humorísticas aventuras diplomáticas, que fue precursora de la serie Retief de Keith Laumer en la década de 1960.

En la actualidad es muy frecuente que se asocie el nombre de J. F. Burke a sus libros *Hammer Horror Omnibus*, pero su primera obra publicada fue *Chessboard* (Tablero de ajedrez) («New Worlds» enero de 1952), en torno a ciudadanos condicionados en el futuro. Estuvo a punto de presentarse diez años antes al lograr que «Tales of Wonder» le comprara un relato, pero la revista desapareció antes de publicarlo, (Posteriormente, Burke se convirtió en figura principal de «Authentic»).

El número de enero de 1952 de «New Worlds» constituyó una auténtica plataforma de lanzamiento para escritores noveles. Aparte de presentar a Ian Wright y Jonathan Burke, significó también el bautismo literario para James White con *Assisted Passage* (Viaje sufragado). El centro de este cuento es el ejército y el primer cohete tripulado... ¡por un piloto equivocado! White, irlandés, estaba obsesionado por los detalles auténticamente científicos, y sus numerosos relatos subsiguientes le permitieron lograr una gran reputación entre los círculos británicos. En realidad, logró el éxito que se merecía en 1957, al iniciar su serie sobre un hospital espacial con *Sector General* (General del sector).

Otro irlandés, Bob Shaw, también está firmemente establecido en nuestros días, aunque no retornó a las publicaciones hasta mediados de la década de 1960. Su verdadera

presentación tuvo lugar con un relato muy logrado, *Aspect* (Aspecto), en el número de agosto de 1954 de «Nébula», describiendo la exploración de un planeta por un equipo terrestre que descubre que otra raza extraterrestre ha estado allí anteriormente.

En 1953 se produjo la aparición de John Brunner en una revista, siendo dicho autor uno de los escritores británicos actuales que más premios han ganado. Brunner había vendido un libro de bolsillo en 1951, cuando todavía era estudiante, pero su título es un secreto celosamente guardado. (¡Brunner tiene su propia sensibilidad!). En marzo de 1953, cuando aún no había cumplido los veinte años, apareció en «Astounding» como John Loxmith con *Thou Good and Faithful* (Tú, perfecto y justo), y también vendió una novela, *The Wanton of Argus* (El libertino de Argos) —cuya acción transcurre en otro planeta, en el marco de una sociedad feudal— a «2 Complete Science Adventures Books». Brunner se convirtió en pocos años en un nombre que había que tener en cuenta.

Kenneth Bulmer, que había publicado varias novelas de bolsillo, entró por fin en el mundo de la revista con el número de abril de 1954 de «Authentic»; su relato se titulaba *First Down* (Primer alunizaje). Resulta algo anticuado para nuestra época, pero esta obra de acción, en torno a dos hombres que ocupan un cohete individual, ambos resueltos a ser el primer humano que llega a la Luna, fue bien acogida. A partir de entonces, Bulmer mantuvo una producción constante de excelentes relatos, fundamentalmente novelas cortas, que vendió a las cuatro revistas de vanguardia. Junto al investigador químico John Newman formó el equipo literario Kenneth Johns. Los artículos científicos de ambos fueron secciones regulares de todas las revistas, sobre todo de «New Worlds» y «Nébula».

Pero en la actualidad, el nombre más asociado con la ciencia ficción británica es el de Brian Aldiss. Su primera venta fue *T*, una misteriosa entidad encerrada en un proyectil espacio-tiempo dirigido a nuestro sistema solar y programada para activarse cuando alcance la Tierra. Con todo, la obra no se publicó hasta noviembre de 1956 en la revista «Nébula». Su primer relato publicado fue *A Book in Time* (Un libro oportuno), ofrecido por el «Bookseller» el 13 de febrero de 1954. Entró en el campo de la revista de ciencia ficción en el número de julio de 1954 de «Science Fantasy» con *Criminal Record* (Grabación criminal), cuento diestramente narrado sobre las lecciones aprendidas de una grabación procedente del futuro. Aldiss se convirtió rápidamente en un desafiante autor novel.

En 1953 hubo un autor británico que logró un impacto especial: Bryan Berry, que vendió varias novelas a Hamilton, en las condiciones entonces prevalecientes, es decir, todos los derechos por, aproximadamente, cuarenta libras. Hamilton logró vender las obras a Fiction House, y aparecieron en la publicación barata «2 Complete Science Adventures Books». Berry no recibió ningún pago adicional por la reedición, en tanto que los editores se embolsaron cerca de trescientas libras. Protestó a Fiction House y obtuvo disculpas, pero ni un solo céntimo. Pese a ello, la editorial se interesó por algunos de sus

relatos cortos. Berry envió una selección y «Planet Stories» publicó en enero de 1953 tres de las narraciones, todas firmadas con su nombre real. No era anormal que los autores tuvieran más de un cuento por número, pero por lo general aparecían con seudónimos. Esto provocó cierta acritud entre los lectores, pero Berry quedó satisfecho al haber recibido una retribución adecuada, y mucho más cuando Clifford Simak le envió una carta elogiando su trabajo. Tal como señaló Simak, el enfado de los lectores no emanó de los relatos en sí mismos, isino más bien de su incapacidad para vender ni siquiera uno! Por desgracia, Berry murió poco después y su indudable talento nunca se manifestaría en su plenitud.

El escritor británico más fecundo durante la década de 1950 fue sin ninguna duda E. C. Tubb, que con su propio nombre e infinidad de seudónimos llenó muchas veces una revista entera. Basta con echar un vistazo a su bibliografía para comprobar cuan omnipresente era. ¡Y así siguió durante toda la década! Como ejemplo de su excelente trabajo, reflejando la grandeza de su contribución al género, incluimos en este libro su relato *The Wager* (La apuesta) («Science Fantasy», noviembre de 1955).

A finales de 1955 empezó a gestarse un cambio en «Authentic». H. J. Campbell no podía seguir dirigiendo la revista y continuar su trabajo de investigación al mismo tiempo. Por tal razón se entregó el timón a la experta mano de E. C. Tubb coincidiendo con el número 66 de la publicación (febrero de 1956).

Cerca ya de la tercera década de la historia británica de ciencia ficción, Gran Bretaña disponía por fin de cuatro revistas altamente interesantes y de estimable éxito: «New Worlds», «Science Fantasy», «Nébulas» y «Authentic». Y en consecuencia, se mantenía una saludable producción de autores británicos de excelente calidad. La primera mitad de la década fue testigo de su aprendizaje, practicando, experimentando estilos y perfeccionando sus ingenios. Y un nuevo talento estaba también madurando con el florecimiento de la ciencia ficción en el país, un talento que mostraría sus propias tendencias e intenciones. Saldría a la luz con el número de diciembre de 1956 de «Science Fantasy», que ofrecía *Prima Belladonna* de J. G. Ballard. El curso de la ciencia ficción británica, guiado por las revistas y sus escritores, estaba a punto de revolucionar la ciencia ficción en todo el mundo.

11. Tendencias

Philip José Farmer recibió en 1953 el Premio Hugo al mejor autor novel de ciencia ficción, por *The Lovers* y el resto de sus contribuciones al género en los principios de su carrera.

Fue el primer año de los premios, presentados en la Convención Anual Mundial de Ciencia Ficción que tuvo lugar en septiembre. La convención se celebra normalmente en los Estados Unidos, pero lo ha hecho dos veces en Gran Bretaña, una en Alemania y otra en Australia. A menudo, los seguidores (*fans*) y asistentes habían discutido y votado a sus escritores, artistas y relatos favoritos, pero hasta 1953 no se otorgó un premio tangible. Tomó la forma de una nave espacial moldeada en metal y recibió el nombre, cosa muy natural, de Hugo Gernsback. Resultó una ironía que, el mismo año de la aparición del Premio, Gernsback se viera obligado a reconocer su derrota con «Science Fiction Plus» y abandonara el campo editorial de la ciencia ficción. Gernsback murió el 19 de agosto de 1967 cuando contaba ochenta y tres años de edad. Dedicado a la ciencia hasta sus últimos momentos, había donado su cuerpo para investigación médica.

Las especialidades por las que se vota anualmente el Hugo varían, aunque existe un núcleo bien definido, y ofrecen una excelente guía de gustos dentro del campo. En 1953, el premio a la mejor revista fue otorgado a «Astounding» y «Galaxy», subrayando así la meteórica carrera de esta última hacia la fama. Esta revista todavía se apuntó otro tanto, puesto que el galardón a la mejor novela recayó en *The Demolished Man* (El hombre demolido), de Alfred Bester, que había sido publicada como folletín en la mencionada revista entre enero y marzo de 1952. Además, se entregó un Hugo especial a Willy Ley por su maestría en artículos sobre hechos científicos. Y Ley había escrito una sección regular de este tipo, «For Your Information», para «Galaxy» desde marzo de 1952. En cuanto al mejor artista de cubiertas, se produjo también empate, entre Hannes Bok y Ed Emsh. Bok nunca fue un artista fecundo y había realizado pocas cubiertas de revista durante 1951-1952. Su obra, caracterizada por sus extrañas técnicas de «ventana con vidrio de colores», ha sido muy solicitada desde entonces, y su muerte en 1964, poco antes de su quincuagésimo aniversario, contribuyó aún más a convertir su nombre en leyenda.

Ed Emshwiller, tal es su apellido completo, merece ser considerado entre los artistas de ciencia ficción más dotados y realistas. Su talento para crear escenas es insuperable, al igual que su habilidad para describir personas. Su primera cubierta fue para «Galaxy» (junio de 1951), y en un principio la mayor parte de sus obras fueron a parar a dicha revista... Otro honor más para «Galaxy».

El Hugo para las mejores ilustraciones interiores recayó en Virgil Finlay, probablemente el mejor artista del período en negro. Sus obras aparecieron por todas partes al iniciarse la década de 1950, ya que ninguna revista podía pagarle lo bastante

como para reclamarlo en exclusiva. Algunos de sus trabajos más soberbios se encontraban por entonces en «Startling», «Thrilling Wonder» y las revistas de Ray Palmer.

En 1954 no se concedieron premios, pero éstos pasaron a ser un acontecimiento de primera magnitud a partir de 1955. En dicho año, «Astounding» estuvo a punto de acapararlos todos, ganando claramente en la categoría de revistas, aparte de haber publicado la novela, novela corta y relato corto vencedores. La artista galardonada, Kelly Freas, estaba muy relacionada igualmente con la revista. «Astounding» trataba de no perder terreno pese a la formidable oposición.

Y esto me da un buen motivo para revisar aquí la literatura que había aparecido de 1950 a 1955.

Uno de los actuales y principales exponentes de la ciencia ficción es Philip K. Dick. Su primera obra publicada fue un cuento corto, *Beyond Lies The Wub* (Más allá yace el Wub) («Planet Stories», julio de 1952), concentrándose durante algún tiempo en obras breves y apareciendo en casi todas las revistas del género antes de que se dedicara a las novelas. Dick poseía una habilidad especial para hacer surgir lo inesperado en sus relatos, y en este período lo demostró en obras tales como *The Defenders* (Los defensores) («Galaxy», enero de 1953), en la que la humanidad se oculta en el subsuelo y deja los robots en la superficie para que se enfrenten a la guerra. Sin que lo sepan los humanos, los robots firman la paz casi inmediatamente y suministran falsas informaciones a la humanidad para quedarse solos en la superficie. En *Impostor* («Astounding», enero de 1953) el lector se ve inmerso en una búsqueda para descubrir la identidad de un impostor en nuestro medio que es en realidad una bomba ambulante.

Dick hizo su aparición casi en la misma época que Robert Sheckley, que durante los años 1953-1954 se mostró asombrosamente prolífico. La mayoría de sus relatos están tramados con una mezcla de humor y realismo. Un buen ejemplo de ello, *Hands Off* (¡No tocar!), está incluido en este libro. Sheckley fue uno de los primeros escritores en realizar la transición de las revistas de ciencia ficción a las publicaciones «pulcras», como «Playboy».

Y otro fue Charles Beaumont, que después adquiriría gran fama como guionista de Hollywood. Vendió su primer relato a Howard Browne, quien lo publicó en «Amazing» en enero de 1951. De forma que Beaumont, que llegó a ser un gran escritor de ciencia ficción y terror para las revistas no especializadas, había empezado trabajando para las publicaciones baratas. Murió trágicamente en febrero de 1967 cuando contaba tan sólo treinta y ocho años. A mitad de la década de 1950, la mayoría de escritores de nota pasaron de las revistas de ciencia ficción a las «pulcras», y ello en las primeras etapas de sus carreras. Pero el caso contrario fue el de Kurt Vonnegut, nombre muy apreciado en el género actualmente, aunque él niega escribir ciencia ficción. Nunca vendió directamente una obra a las revistas del género; siempre lo hizo a las no especializadas..., pero sólo

después de que los escritores de ciencia ficción barata abriera la puerta. Sus primeros relatos, como *Thanasphere*, que apareció en «Collier's» (2 de septiembre de 1950) y en el que un piloto de pruebas de un cohete encuentra espíritus orbitando la Tierra, tenían argumentos más bien flojos en torno a tópicos del género. ¿Podría Vonnegut haber alcanzado la fama si escritores como Lemster, Heinlein y Bradbury no hubieran abierto ya aquel mercado?

Gordon R. Dickson logró una ingeniosa producción con *The Monkey Wrench* (La llave inglesa) («Astounding», agosto de 1951), en el que un hombre desconcierta a una computadora empleando medios lógicos. El uso de la lógica en ciencia ficción era un buen trampolín para el humor, y el británico Eric Frank Russell lo demostró con *Diabologic* (Diabólica) («Astounding», marzo de 1955), en la que un hombre engaña a extraterrestres por tales medios. Russell estaba en su mejor momento en aquella década y obtuvo el Premio Hugo por *Allamagoosa* («Astounding», mayo de 1955), que narra la divertida búsqueda por parte de la tripulación de una astronave del «allamagoosa» que consta en su inventario. El soberbio *Dear Devil* (Querido demonio) («Other Worlds», mayo de 1950) de Russell tenía también categoría de Hugo. Explica cómo un poeta y artista marciano, horrible, azulado y dotado de tentáculos, desciende a la Tierra tras descubrir que apenas hay vida en ella. Con gran tacto, se hace amigo de un grupo de niños desamparados. En este relato, Russell puso en juego un argumento perfecto para la tolerancia racial. Y, una vez más, su aparición en la revista de Palmer demuestra que éste era perceptivo y no dependía únicamente del sensacionalismo.

Russell proseguiría sus paralelos raciales alienígenas en narraciones como *The Witness* (El testigo) («Other Worlds», septiembre de 1951), en la que una extraterrestre es enjuiciada por considerársela como una amenaza, aunque al final resulta haber venido a la Tierra buscando un refugio. En *Fast Falls the Eventide* (La tarde cae rápidamente) («Astounding», mayo de 1952), los humanos son enviados a otros planetas para predicar la hermandad universal; y *Postscript* (Postdata) («SF Plus», octubre de 1953), en la que un hombre mantiene correspondencia con una mujer extraterrestre sólo para descubrir que se trata de un hongo abominable, muestra de nuevo la habilidad de Russell.

¿Se habrían escrito relatos así si las revistas de ciencia ficción no hubieran existido?

Otro nombre importante durante la década de 1950 fue el de Walter M. Miller. Miller se había presentado, en realidad, en 1950 en el «American Mercury», y en enero de 1951 «Amazing Stories» incluyó su relato *Secret of the Death Dome* (El secreto de la cúpula mortal), retitulada así por la editorial. Miller poseía un gran talento para la descripción y narración de hechos verosímiles, *I Made You* (Yo te fabriqué) («Astounding», marzo de 1954) es un terrible relato sobre un robot resuelto a terminar con su operador. La «Astounding» de enero de 1955 incluía *The Darfstellar* (El actor), que se centra en torno a un hombre que se encuentra en una compañía de teatro interestelar compuesta por

robots. Con esta novela corta obtuvo Miller suprimir Hugo. Posteriormente obtendría un nuevo Hugo, en 1960, por su novela *A Canticle for Leibowitz* (Cántico por Leibowitz), cuya acción sucede en una Tierra posterior al holocausto atómico y en la que la orden religiosa de san Leibowitz —un científico canonizado— se esfuerza para que aquel mundo caótico recobre cierta normalidad. Se trataba de una obra maestra, y es indudable que seguirá reeditándose en el futuro. Aquella novela estaba constituida en un principio por tres novelas cortas relacionadas, habiendo aparecido la primera de ellas, *A Canticle for Leibowitz*, en el número de abril de 1955 de «F & SF».

El nombre de Frank Herbert, en la actualidad, está irremediablemente unido a su trilogía sobre *Dune*. Pero su presentación en el género de la ciencia ficción se remonta nada menos que a 1952, cuando «Startling» publicó su relato corto *Looking for Something* (Buscando algo). En 1955 había concluido su primera novela, *Under Pressure* (Bajo presión), que fue publicada como folletín en «Astounding» a partir de noviembre de 1955 y muy elogiada por su realismo. La acción se desarrolla en tiempo de guerra y en un submarino atómico del futuro que pretende capturar un suministro petrolero. La acción rebosa de intriga, puesto que uno de los miembros de la tripulación es un saboteador. Publicada en forma de libro en 1956 con el título *The Dragón in the Sea* (El dragón en el mar), ha visto numerosas reediciones desde entonces.

Me vienen a la cabeza muchos otros nombres, pero la falta de espacio me obliga a mencionarlos simplemente de pasada. El primer relato de Edgar Pangborn, *Angel's Egg* (El huevo del ángel) («Galaxy», junio de 1951), no necesita ser resumido aquí, puesto que es una de las narraciones que han figurado en más ocasiones en antologías. Ward Moore es un nombre despreciado en la actualidad pese a sus excelentes contribuciones al género, en especial *Bring the Jubilee* (Traed el jubileo) («F & SF», noviembre de 1952), la concluyente historia alternativa de la Tierra presumiendo que el sur ganó la guerra civil estadounidense. Moore prosiguió su obra con *Lot* («F & SF», mayo de 1953) y *Lot's Daughter* («F & SF», octubre de 1954), cuya acción se desarrolla tras la devastación atómica de la Tierra y en torno a los problemas de la adolescencia. De este período se recuerda cariñosamente al doctor Alan E. Nourse, sobre todo por *Counterfeit* (Falsificación) («Thrilling Wonder», agosto de 1952), una de las narraciones más fascinantes en torno al tema de un extraterrestre que asume la identidad de un miembro de la tripulación de una astronave. Nourse había escrito con anterioridad *Tiger by the Tail* (El tigre por la cola) («Galaxy», noviembre de 1951), inteligente contorsión en relación a las teorías dimensionales de Möbius, y sería muy recordado después por *Brightside Crossing* (La travesía de la cara brillante) («Galaxy», enero de 1956), uno de los relatos más fascinantes sobre Mercurio, tal como por entonces se imaginaba a dicho planeta.

Las escritoras también estaban ganando reputación. Margaret St. Clair ya se había hecho un nombre en 1950 con inteligentes relatos como *The Gardener* (El jardinero) («Thrilling Wonder», octubre de 1949), en el que un burócrata corta un árbol sagrado de

un planeta, siendo condenado a la última pena y empezando a convertirse en árbol. Clair utilizó un seudónimo, Idris Seabright, en fantasías especiales de «F & SF», aunque un relato auténticamente avanzado en torno al acto amoroso, *Short in the Chest* (Estrecho de pecho), apareció realmente en «Fantastic Universe» (junio de 1954), Zenna Henderson hizo de «F & SF» su casa, presentándose en octubre de 1951 con *Ararat*, la primera de sus múltiples historias sobre «The People» (La gente), refugiados extraterrestres de forma humana perdidos en la Tierra. El tema constante de la serie es el intento de varios de ellos por mezclarse entre los humanos. Henderson empleó una combinación perfecta de ternura y tragedia, y esta serie la ha convertido en una de las principales escritoras del género.

Un relato memorable fue *Pictures Don't Lie* (Las imágenes no reposan) («Galaxy», junio de 1951), en el que la televisión ofrece la llegada de extraterrestres a la Tierra. La sorpresa del epílogo está escrita con inigualable maestría.

Una importante escritora, Anne McCaffrey, hizo su presentación en aquella época con una brevísima viñeta, *Freedom of the Race* (Libertad de la raza), en el número de octubre de 1953 de «SF& Plus». Y 1954 anunció la primera obra de Marion Zimmer Bradley, aunque ya había vendido un poema a «Thrilling Wonder» tres años antes. Por fin, las mujeres hacían notar su presencia en la ciencia ficción. Tal vez ello fuera consecuencia de la maduración del género y de su nuevo énfasis en la humanidad por encima de la ciencia. O quizá la riqueza de emociones que contenían las obras de las escritoras era precisamente lo que Gold y Boucher buscaban.

Aunque arriesgándome a olvidar por completo a muchos autores, como Mack Reynolds, Randall Garrett, Milton Lesser, etc, no debo ignorar a los ya establecidos, porque ellos hacían mucho más que limitarse a contemplar cómo crecían los talentos más jóvenes.

Isaac Asimov estaba en su mejor momento. Su serie *Fundación* había concluido con la señalización de... *And Now You Don't* (parte de *Segunda Fundación*) en «Astounding» durante 1949. Luego surgió *Pebble in the Sky* (Un guijarro en el cielo) en «2 Complete Science Adventure Books», narrando cómo un hombre catapultado al futuro se convertiría en la clave de la salvación de éste. A continuación, «Galaxy» publicó como folletín *The Stars Like Dust* (Las estrellas que parecían polvo)^[10] a partir del cuarto número de la revista y con el título *Tyrann*. Fue su novela obligada, si no superficial, sobre la persecución por toda la Galaxia en busca de un documento secreto para salvar a la humanidad. «Astounding» inició en octubre de 1952 su folletín *The Currents of Space* (Las corrientes del espacio)^[11] que describe una intriga para salvar al planeta Florina de una inminente nova. En octubre de 1953, «Galaxy» ofreció el primer capítulo de *The Caves of Steel* (Bóvedas de acero),^[12] la más importante obra de misterio y ciencia ficción de Asimov.

Robert Heinlein no publicaba exclusivamente en las revistas «pulcras». Su famosa novela *The Puppet Masters* (Los titiriteros),^[13] en la que los extra terrestres ejercen control físico y mental sobre algunos hombres, fue publicada como folletín en «Galaxy» durante el año 1951, y en 1954 «F & SF» hizo lo propio con su novela juvenil *Star Beast* (Bestia estelar)^[14]—con el título *Star Lummox*—, en la que un animalito alienígena es llevado a la Tierra con desastrosas consecuencias.

Hal Clement es uno de los maestros de la denominada *hard science fiction*^[15] y logró una estimación todavía más amplia con la publicación como folletín de *Mission of Gravity* (Misión de gravedad) durante el año 1953 en «Astounding». Una valiosa sonda se estrella cerca de los polos de un planeta que, a causa de su rápida rotación combinada con un tamaño colosal, posee en los polos una gravedad de casi setecientas veces la de la Tierra, pero sólo tres veces mayor en el ecuador. La historia describe cómo se soluciona el problema y se recupera la sonda. Para los devotos de la *ciencia* ficción pura, esta novela se encuentra sin duda entre las más sagradas.

El fallecido James Blish se encumbró cada vez más a lo largo de la década con su fascinante serie *Okie* sobre las ciudades voladoras. La serie se inició con *Okie* («Astounding», abril de 1950); el desarrollo de un sistema antigravitacional permite que las ciudades abandonen la Tierra y el subsiguiente descubrimiento de una droga de la longevidad. Las posteriores narraciones conectadas incluían *Bridge* (Puente) («Astounding», febrero de 1952), su muy reeditado cuento en torno a los intentos de construir un puente en Júpiter.

Charles L. Harness era un principiante relativo. Su primera obra publicada, *Time Trap* (La trampa del tiempo), un inteligente relato de misterio tratando el viaje en el tiempo, lo fue en el número de agosto de 1948 de «Astounding». A continuación, Harness ofreció un verdadero tropel de ingeniosas narraciones. En 1953 provocó gran sensación su novela *The Rose* (La rosa), que explica cómo el hombre se convierte en superhombre. Esta obra no pudo encontrar mercado en los Estados Unidos y se publicó por primera vez en marzo de 1953 en la británica «Authentic». Una excelente novela y un gran escritor pudieron haberse malogrado de no haber sido por la existencia de la mencionada revista. Poco después, Harness dejó de escribir para dedicarse más a su familia, pero ha regresado recientemente al género con resultados más asombrosos si cabe.

El difunto Murray Leinster se mostró tan activo en esta década como lo había sido treinta años antes. Su soberbia novela corta *The Gadget Had a Ghost* (El artilugio tenía un fantasma) es una narración de primera categoría en torno a las paradojas del tiempo. Y *Nightmare Planet* (Planeta de pesadilla) («SF Plus», junio de 1953) culminó su serie sobre el extravagante futuro de la Tierra, iserie que había iniciado en 1920, en «Argosy», con *The Mad Planet* (El planeta loco)!

Además, Leinster ganó el Premio Hugo con su novela corta *Exploration Team* (Equipo

de exploración), publicada por «Astounding» en marzo de 1956. Su talento era innegable, y su muerte, acaecida en junio de 1975 cuando estaba a punto de cumplir los setenta y nueve años, significó el fin de un importante capítulo de la ciencia ficción.

Frederik Pohl y Cyril Kornbluth, ambos muy respetados en el género, habían iniciado su carrera colaborando entre ellos y con otros escritores afines al iniciarse la década de 1940, y utilizando un sinfín de seudónimos. No aparecieron regularmente con sus auténticos nombres hasta la siguiente década. Pohl creó joyas como *The Midas Plague* (La plaga de Midas) («Galaxy», abril de 1954), cuya acción se desarrolla en el momento en que la sobreproducción se ha convertido en una amenaza real Y Kornbluth había contribuido con sus visiones tradicionalmente agrias, como *The Altar at Midnight* (El altar de medianoche) («Galaxy», noviembre de 1952) con su torva consideración sobre la vida de los astronautas. Trabajando en colaboración elaboraron novelas tan clásicas como *Gravy Planet* (Planeta regalado) («Galaxy». Junio-agosto de 1952), en la que enormes empresas tratan de «vender» Venus, y *Gladiator-at-Law*; (Abogado gladiador) («Galaxy», junio-agosto de 1954), que describe una violenta Tierra del futuro. Kornbluth también había colaborado con Judith Merrill (que apareció como Cyril Judd) en varias obras, destacando *Gunner Cade* (Cadete artillero), publicada como folletín en «Astounding» durante el año 1952, que esboza el modelo de soldado del futuro, incapaz de pensar por sí mismo.

Al iniciarse la década de 1950 se produjo igualmente una avalancha de obras de Theodore Sturgeon, también fustigando las barreras del conformismo, cosa que resultó más fácil una vez que Mines aceptó la novela de Farmer. En *Galaxy* (Galaxia), Sturgeon subraya esencialmente temas humanos. *Baby is Three* (La niña es tres) (octubre de 1952) describe cómo una jovencita con extraordinarios poderes psi se une a otros talentos similares para formar un terrorífico cerebro *Gestalt*. Esta novela corta fue alargada hasta novela con el título *More Than Human* (Más que humano) y ganó en 1954 el Premio internacional Fantasy, en esencia un certamen británico organizado por Leslie Flood y cuyos galardones se otorgaron entre 1951 y 1957. Un vencedor anterior había sido Clifford Simak con la novela que recogía su serie *City* (Ciudad), publicada por «Astounding».

Si hay que denominar «época dorada» a los primeros años de la década de 1940 de «Astounding», entonces podría llamarse «época de platino» de la ciencia ficción al período 1946-1955. Ya he mencionado multitud de soberbias narraciones de tal década, pero, con todo, representan muy poco en comparación con los muchos centenares que se escribieron. Lo único que me queda es pedir a los lectores interesados que amplíen la investigación.

12. Conclusión

Al acabar el año 1955, la extinción de las publicaciones baratas había dado paso a cierta calma en el océano de la ciencia ficción. Varias revistas de formato reducido habían abandonado también el campo, pero eran numerosas las que sobrevivían. Parece lo más indicado hacer un breve resumen de las sobrevivientes y sus directores.

«Amazing Stories», la más antigua de todas, era ya una publicación de formato reducido, dirigida por Howard Browne junto con una compañera muy reciente, «Fantastic». Durante el año 1953, Browne dispuso de un presupuesto más amplio, lo que le permitió adquirir literatura de buena calidad, pero con el paso de los años fueron recortándose las disponibilidades económicas y el nivel de los relatos descendió. Pese a todo, en noviembre de 1955 «Amazing» pasó a ser mensual, en tanto que «Fantastic» proseguía siendo bimestral.

De forma casual, aquella primera «Amazing» mensual coincidió con el número 300 de la publicación. Noviembre de 1955 señaló también la aparición del número 300 de «Astounding». Y a excepción de 82 números, todos los demás estuvieron bajo el férreo control de John W. Campbell. En los diez años que seguirían, «Amazing» y «Astounding» mantendrían su codo a codo como las revistas de ciencia ficción más antiguas que sobrevivían.

Columbia Publications continuaba con «Science Fiction Stories», «Future SF» y «SF Quarterly». En 1955, «Science Fiction» se había convertido en la revista principal de la firma, yendo ahora precedida de la frase «The original...» (La original) para enlazarla con la «Science Fiction» iniciada en 1939 bajo la dirección de Charles Horning. «Future» había sido temporalmente relegada a un programa de publicación irregular. «SF Quarterly» mantenía su periodicidad y había permanecido como publicación barata; un caso verdaderamente raro. Era la única *superviviente* de entre ellas, pero no la única revista de este tipo.

Como ya he subrayado en anteriores ocasiones, Ray Palmer nunca fue un conformista. Durante la guerra, cuando la escasez de papel había forzado a numerosas revistas a limitar sus páginas, Palmer *duplicó* el número de sus publicaciones. A mitad de la década de 1950, cuando la mayoría de las revistas transformaron su formato en reducido (*digest*) o desaparecieron, ¡Palmer convirtió su «Other Worlds» en revista de tipo barato! Sí, «Other Worlds». Tras cambiar el nombre de la publicación por el de «Science Stories» y posesionarse de «Universe» durante el último año, Palmer decidió que las tendencias contemporáneas de la ciencia ficción iban produciendo una progresiva paralización del género. Pero admitió en sus editoriales que «Other Worlds» funcionaba con un presupuesto ridículo. Adoptó el formato de tipo barato para llamar la atención, aunque pronto descubriría que no estaba de acuerdo con los tiempos, ¿Le abandonaba su acierto

con el sensacionalismo?

«The Magazine of Fantasy and Science Fiction» mantenía aún su excepcionalmente elevada calidad. Anthony Boucher era ya su único director, puesto que Mick McComas se había retirado en 1954 por motivos de salud.

«Galaxy» aparecía regularmente junto a «Astounding», y su compañera, la serie «Novel», lo hacía esporádicamente. Durante el *boom*, «Galaxy» había tenido también una compañera en cuanto a fantasía «Beyond», que sobrevivió diez números, fue muy popular y se la compara a menudo con la sucesora natural de la «Unknown» de Campbell. De entre los numerosos relatos que publicó quizá los más recordados sean *Babel II* de Damon Knight en torno al caos del lenguaje; *The Wall around the World* (El muro alrededor del mundo), un clásico de Theodore Cogswell, y *Talent* (Talento), macabro cuento de Theodore Sturgeon sobre un niño con poder. Por desgracia se vio abocada a la asfixia a partir del *boom*

«Fantastic Universe» había establecido con firmeza como publicación mensual y mantenía una línea que ofrecía fantasía y ciencia ficción. Era lo bastante distinta de «F & SF» como para asegurarse la supervivencia, y, con todo, astutamente similar para igualarla en éxito. Leo Margulies continuaba al timón, aunque pronto iba a entrar en escena otra figura, Hans Stefan Santesson.

La «Imagination» de William Hamling había sido mensual durante todo el *boom*, pero en agosto de 1955 aparece bimestralmente. En tal fecha alternaba con la nueva revista de Hamling, «Imaginative Tales», que había nacido en septiembre de 1954, todo como vehículo para ofrecer extensas novelas de fondo, y dejando a «Imagination» las obras más breves. De esta forma captó gran número de lectores, pero nunca llegó a tener tanto éxito. Recordaba a la «Amazing» de los últimos años de la década anterior, que el propio Hamling había dirigido en la sombra, y contenía varias novelas de fondo de ópera espacial, obra de Edmond Hamilton, atrayendo así a los lectores desamparados tras la muerte de «Planet-Stories».

Y, por último. James Quinn seguía dirigiendo con valentía «If», revista que celebraba su treintena de números. Quinn recibía cierta ayuda de los redactores, uno de los cuales había sido Larry Shaw. Este se marchó en 1954, uniéndose después a Royal Publications. En dicha editorial, Irwin Shaw —no emparentado con Larry, pese al apellido común— estaba interesado en lanzar una revista de ciencia ficción, y Larry Shaw se convirtió en su director. «Infinity SF» apareció en noviembre de 1955, siendo la primera de las revistas posteriores al *boom*. Contenía una novela corta de William Tenn, e incluía un cuento corto de Arthur C. Clarke, *The Star* (La estrella), que obtuvo el Premio Hugo al mejor relato corto del año. Si «Infinity» empezaba así, ¿adónde sería capaz de llegar?

Una indicación la proporcionaba un autor al que Shaw había lanzado publicando su

primer relato de ciencia ficción. El segundo número de «Infinity» (febrero de 1956) ofreció obras de numerosos nombres importantes, entre ellas una de robots, brillante y divertida, titulada *Internal Combustión* (Combustión Interna) y escrita por L. Sprague de Camp. Pero también contenía *Glow Worm* (Luciérnaga) de Harlan Ellison, cuento en torno a un fenómeno humano, un hombre que resplandecía. Ellison ya era famoso entre el *fandom* por su importante fanzine «Dimensions». ¿Quién podía imaginar que diez años después Ellison cambiaría la mismísima faz de la ciencia ficción?

Con Ellison en los Estados Unidos y J. G. Ballard en Gran Bretaña, ambos emergiendo a mitad de la década de 1950, apoyados por no número creciente de escritores de talento, resultaba obvio que la ciencia ficción estaba preparándose para emprender nuevos rumbos y demoler nuevos tabúes.

Si hay que hablar de una literatura de cambio, por fuerza es la ciencia ficción. Y el laboratorio en el que estos cambios fueron ensayados y comprobados fue la revista de ciencia ficción. ¡Cuán muerto habría estado el mundo sin ellas!

MIKE ASHLEY

Octubre de 1975

Monumento conmemorativo

por Theodore Sturgeon
de «Astounding Science Fiction», abril de 1946

Puesto que el presente estudio se inicia en abril de 1946, parece adecuado seleccionar una narración del número de «Astounding», la revista principal que apareció en aquella fecha. *Memorial* (Monumento conmemorativo) no sólo refleja la reacción inmediata a la bomba nuclear, sino que, además, está escrita por uno de los mayores talentos de la ciencia ficción.

Theodore Sturgeon nació en Staten Island, Nueva York, el martes 26 de febrero de 1918, siendo su verdadero nombre el de Edward Hamilton Waldo. Su madre contrajo matrimonio por segunda vez y fue entonces cuando adoptó el apellido de su padrastro, convirtiéndose oficialmente en Theodore Sturgeon. En su juventud, Sturgeon era un devoto del ejercicio gimnástico y soñó con trabajar en el circo, pero en 1933 contrajo una fiebre reumática que dilató su corazón y acabó con sus aspiraciones. El desalentado Sturgeon empezó a leer. Dos años más tarde cambió su vida en tierra por la marítima, y fue entonces cuando empezó a escribir. Al principio vendió unos cuarenta relatos que, por mediación de las agencias especializadas, fueron publicados en multitud de periódicos estadounidenses, pero ninguno de ellos tenía nada que ver con la fantasía. En 1939, Sturgeon descubrió el primer número de «Unknown», y, a partir de él, al director de la revista, John W. Campbell. Sturgeon hizo su presentación en «Astounding» (septiembre de 1939) con *Ether Breater* (Respirador de éter), festiva visión sobre los seres etéreos que interfieren las emisiones televisivas. Su primer auténtico éxito se produjo con *It* (Ello) («Unknown» agosto de 1940) relato en que una criatura viscosa y repugnante, reactiva el esqueleto de un hombre muerto. Más tarde apareció *Killdozer!* (El bulldozer asesino) («Astounding», noviembre 1944), su famoso relato sobre la inteligencia extraterrestre que se apodera de un bulldozer. Adaptada por el propio Sturgeon, esta novela pudo verse en las pantallas de televisión en la década de 1970, constituyendo un episodio de la serie estadounidense *Sunday Mystery Movie*.

En la década de 1940, y sobre todo en la de 1950, la obra de Sturgeon le estableció firmemente en la jerarquía de la ciencia ficción, y su inclusión en la serie antes mencionada era forzosa. En la actualidad su producción literaria pasa por altibajos. Alterna su talento en la crítica de libros, tanto dentro como fuera del género de la ciencia ficción. Por fortuna, nunca ha desertado del género y es de esperar que la agudeza de su mente pueda ofrecernos todavía gran cantidad de sorpresas.

El Foso, en el año 5000, había cambiado muy poco con el transcurso de los siglos. Seguía siendo un monumento conmemorativo erigido por la irritación ante el uso irracional de la energía. Gracias a él, la guerra organizada era algo ya olvidado. Gracias a él, el mundo estaba libre de la polución industrial. Nadie escuchaba ya los silbidos y

estallidos de las bombas ni el ritmo machacón de los desfiles militares. La Tierra, tras una larguísima espera, estaba en paz.

Acercarse al foso significaba una muerte lenta, segura. Se lo temía y respetaba, y así sería por muchos siglos, más. Por la noche emanaba de él un centelleo rojizo y estaba circundado por una franja de tierra, desierta y desigual, que se extendía más allá del horizonte. Un resplandor azul, fantasmagórico, flotaba sobre aquella zona. Allí no había nada vivo, no podía haberlo.

Con un monumento que conmemoraba de tal modo la guerra, sólo podía existir paz. La Tierra nunca olvidaría el horror que la guerra puede desatar.

Así lo había soñado Grenfell

Grenfell devolvió a Jack la hoja de papel mecanografiada.

—Sí, eso es, Jack —dijo—. Ésa es mi idea, y... me gustaría saber expresaría así.

Se recostó en el desordenado banco de trabajo. Su rostro, extrañamente asimétrico, tenía un aspecto curioso.

—¿Por qué será que siempre hace falta una persona inútil para expresar adecuadamente una abstracción? —preguntó.

Jack Roway sonrió irónicamente mientras introducía la hoja de papel en el bolsillo de su camisa.

—Una pregunta interesante, Grenfell —dijo—, porque se trata de tu expresión, las palabras son tuyas. Casi al pie de la letra. Me he limitado a eliminar todas las palabras innecesarias, como *hum* y *eh*, que pronunciaste mientras me lo explicabas, y a reunir todos los efectos que citaste sin mencionar las causas tecnológicas. Resultado: crees que yo lo hice, pero fuiste tú. Piensas que está bien escrito, y yo no.

—¿Piensas que no?

Jack extendió su cuerpo en el pequeño y duro catre. Su relajación era un acto digno de verse, tanto como el de desabrochar el cuello de una camisa. Sus articulaciones parecieron separarse un poco. Jack rió.

—Claro que no —aseguró—. Es demasiado emotivo para mi gusto. Sólo soy un pobre esteta, un... ¿inútil, dijiste? Hum... Sí, supongo que sí. —Hizo una pausa para reflexionar—. Mira, vosotros, los hombres de sangre fría, los científicos, sois los verdaderos visionarios. Me parece que la diferencia esencial entre un científico y un artista consiste en que el científico mezcla sus esperanzas con la paciencia.

El científico visualiza su meta final, pero le presta poca atención. Se concentra en dar el siguiente paso hacia adelante. El artista mira tan lejos que muchas veces ni siquiera ve lo que tiene bajo sus pies. Por eso cae de bruces y por eso los científicos lo llaman inútil.

Pero si despojas el pensamiento del científico de todos los pasos intermedios y le muestras un concepto artístico, el hombre se extrañará y sorprenderá e, incluso, alabará al artista por haber sido tan perspicaz..., simplemente porque el artista repitió algo que el científico ya había dicho.

—Me has dejado atónito —dijo Grenfell sinceramente—. No serías lo que eres si no fueras tan indolente y superficial. Y, sin embargo, tienes salidas como ésta. No sé si he entendido lo que acabas de decir. Tendré que pensarlo..., pero no creo que muestres todos los signos del pensamiento lúcido. Con una mente como la tuya, no comprendo por qué no la aprovechas para hacer algo en lugar de desperdiciarla con tus interpretaciones ocasionales.

Jack Roway se desperezó ostentadamente.

—¿Y para qué? —preguntó—. Hay más derroche involucrado en la destrucción de algo ya hecho que en contribuir a hacer cualquier cosa. Es igual, el mundo está atestado de constructores... y de destructores. Me gusta estar sentado, contemplar y sentir las cosas. Me gusta mi ambiente, Grenfell. Quiero disfrutarlo tanto como pueda, mientras dure. Y ya no durará mucho. Quiero estar en contacto con él, probarlo, oírlo mientras hay tiempo. Lo que me importa es lo que me rodea, aquí y ahora. La aceleración del progreso humano, y el aumento de su masa, como tú dices, están conduciendo a la humanidad directamente hacia el Limbo. Tú, con tu trabajo, piensas que estás combatiendo la inercia de la humanidad. Sí, es cierto. Pero es el tipo de inercia al que se denomina momento. No dispones de una fuerza lo bastante grande como para detenerla, ni siquiera para modificar su curso en forma apreciable.

—Tengo la energía atómica.

—Eso no basta —afirmó Roway, al tiempo que sonreía y meneaba la cabeza—. Ninguna energía sirve. Es demasiado tarde.

—Ese pesimismo no me afecta. Puedes carcomer mis cimientos todo lo que gustes, Jack, y lo único que ganarás será quedarte sin dientes. Creo que ya lo sabes.

—Sí, lo sé. No pretendo hacer eso. Ni vendo ni cambio nada. Incluso soy más impotente que tú y tu energía atómica; y tú estás completamente desvalido. Pero... no me gusta tu uso del término *pesimista*. No lo soy, en absoluto. Puesto que he llegado a la conclusión de que la humanidad, tal como la conocemos, está acabada, me resigno. En estas circunstancias, pesimismo sería para mí el de un fotófobo previendo que el sol saldrá mañana.

Grenfell hizo una mueca.

—Tendré que pensar también en eso —dijo—. Eres un conjunto de paradojas que resultan ser razonamientos encadenados. Al parecer, vives en un mundo en el que los

científicos son poetas y la cigarra ha triunfado sobre la hormiga.

—Siempre creí que la hormiga era un animal pestilente.

—¿Por qué sigues viniendo aquí, Jack? ¿Qué sacas de todo esto? ¿No comprendes que soy un criminal?

Los ojos de Roway se entornaron maliciosamente.

—A veces pienso que desearías serlo —dijo—. La ley dice que lo eres, y hay muchas posibilidades de que te cojan y traten en consecuencia. Éticamente, sabes que no eres un criminal. Eso le quita interés a que seas uno de los perseguidos.

—Quizá estés en lo cierto —convino Grenfell pensativo. Suspiró—. ¡Es tan absurdo todo esto! Durante la guerra, el Gobierno se aprovechó de mí y me forzó a entrar en el Proyecto Manhattan, esperando, y obteniendo, milagros. Nunca dejé de trabajar dentro de los mismos límites. Y ahora el Gobierno ha cambiado las leyes, convirtiéndome en ilegal.

—Me sorprende muy poco. El Gobierno trata muy severamente a los soldados que siguen matando soldados cuando acaba la guerra. —Levantó la mano para acallar la protesta de Grenfell—. Ya sé que no estás matando a nadie, que trabajas para un fin opuesto a ése. Sólo pretendía decir que se trata del mismo cambio de conducta brusco. Nosotros, el pueblo —añadió con voz afectada—, hemos decidido, en el uso de nuestras facultades soberanas, que únicamente los laboratorios gubernamentales podrán desarrollar la investigación atómica. Y así, a diferencia de nuestros amigos de ultramar, hemos forzado a nuestros políticos a conceder muy poco en lo que respecta al mantenimiento de tales laboratorios, por lo que no puede desarrollarse en ellos ninguna investigación exhaustiva auténtica. Además, trabajar en un laboratorio clandestino como el tuyo constituye un delito grave. —Se encogió de hombros—. El fin de la humanidad se acerca. Seremos los primeros en recibir. Si dedicamos más dinero y esfuerzos a la investigación nuclear que cualquier otro país, será otra nación la que reciba primero. Si duramos cien años, cosa muy dudosa, algún pobre investigador oficial, enfermo y mal pagado, descubrirá el sistema de calefacción mediante isótopo de aluminio que tú has perfeccionado ya.

—Fue un contratiempo —señaló con amargura Grenfell—. Forzarme a la clandestinidad justo a tiempo para que no pudiera hacerlo público. ¡Qué derroche de tiempo y energía representa el sistema calefactor que usan ahora en casas y edificios! Calefacción espacial, el uso mejor y más sencillo de la energía calorífica... y tengo la respuesta aquí. —Señaló con la cabeza un rincón de la tienda donde había un cubo compacto de aleación plúmbica—, Ponlo en los cimientos, y el edificio tendrá calor regulable mientras dure, sin pagar un céntimo por combustible adicional y casi nada por mantenimiento. Bien, me alegro de que todo haya sido así.

—¿Por qué te hizo pensar en tu monumento a la guerra, el Foso? Sí. Bien, todo lo que

puedo decir es que confío en que tengas razón. Todavía no ha sido posible asustar a la humanidad. La invención de la pólvora iba a terminar con la guerra, pero no fue así. Al igual que el submarino, el torpedo, el avión y esa bomba insignificante que arrojaron en Hiroshima.

—El Foso no tiene nada que ver con todo lo que has mencionado —afirmó Grenfell—. Sí, es cierto, la guerra todavía no ha asustado a la humanidad. Pero la bomba de Hiroshima dejó atónito a todo el mundo. Mi pequeño monumento conmemorativo es la clave. No me baso en un efecto de fisión, ¿sabes?, liberando un cero coma uno por ciento de la energía del átomo. Voy a desintegrarlo por completo, y a obtener toda la energía que hay en su interior. Y su potencia será más de mil veces la de la bomba de Hiroshima, porque usaré un explosivo doce veces mayor. Y explotará en el suelo, no a cincuenta metros de altura.

Los ojos de Grenfell centelleaban y el sudor brillaba en su frente.

—Y luego —prosiguió en voz baja—, el Foso. El monumento conmemorativo de la guerra para acabar con la guerra, y con los demás monumentos a la guerra. Un foso inmenso, en el que hervirá la lava, irradiando muerte durante diez mil años. Un recuerdo viviente de la destrucción que la humanidad ha preparado para sí misma. El desierto, sin ciudades y con un suelo que siempre ha sido estéril, será el escenario de la acción más, beneficiosa en la historia de la especie: un sermón eterno, una advertencia, un ejemplo de la mortífera antítesis de la paz.

Su voz murmurante se apagó.

—Grenfell —dijo Roway—, hay veces que logras asustarme. Y eso que soy un sensualista metódico, una persona que saborea todo lo que puede. Pero me asusta sentir tanto una sola cosa. —Se agitó inquieto, o tal vez fue un estremecimiento—. Eres un fanático, Grenfell Hiperemocional. Un monomaniaco. Espero que lo consigas.

—Lo conseguiré.

Transcurrieron dos meses. La presión creciente de los acontecimientos había forzado a Grenfell a no concentrarse tanto en su trabajo. Una tarde, contemplando una patrulla que recorría el solar situado al sur de su pequeño grupo de edificios, Grenfell pensó preocupado en lo que Roway le había dicho: «A veces pienso que desearías ser un criminal». Roway, el sensualista, opinaba así.

Roway apreciaba la sensación de peligro, igual que cualquier otra emoción. Y mientras el peligro aumentaba, seguiría saboreándolo sin importarle las consecuencias.

En dos ocasiones, Grenfell desconectó la comprometedor pila de carbono y aluminio que había construido, al ver helicópteros del Gobierno revoloteando sobre la desigual silueta de los edificios.

Conocía los detectores de radiación porque durante la guerra él mismo había desarrollado dos tipos distintos, y no deseaba que le hicieran preguntas. ¡Qué indescriptible frustración había sentido al no poder anunciar el éxito de su dispositivo de calefacción espacial, forzado por el temor a ser considerado como un criminal ya que su invento fuera requisado y olvidado! Aquella frustración había fijado su mente, intensificando el enconado esfuerzo en pos de sus creencias durante la guerra. Había conocido casos de *shocks* nerviosos en hombres dañados por la guerra, hombres que la despreciaban. Y cada caso había sido un estímulo para proseguir con su monumento, el Foso. Porque si la guerra había asustado a los humanos, la humanidad podía ser amedrentada mediante el Foso.

También había conocido hombres dañados por la guerra que seguían odiando a sus antiguos enemigos, que serían felices si pudieran matar algunos más, aun sabiendo el riesgo que correrían sus propias vidas. A éstos los consideraba salvados y se olvidaba de ellos.

No soportaría otra frustración. Era el centro de su propio universo, lo sabía perfectamente, y debía justificar su posición allí. Era un hombre humanitario, un filántropo en el más auténtico sentido de la palabra. Probablemente era tan malvado como cualquier otro hombre que, merced a su propio esfuerzo, hubiera movido el mundo.

Por primera vez, Grenfell se alegró al ver llegar a Jack Roway en su viejo y estropeado convertible, pese al terror que le produjo el rugido del motor cuando lo escuchó desde la ventana de su laboratorio. Su reacción normal ante la llegada de Jack era una mezcla de fastidio y gratitud. Gratitud porque era muy difícil llegar hasta allí, y fastidio no porque le interrumpiera, puesto que Jack no era ningún problema, sino porque Grenfell sospechaba el motivo de la visita: Jack venía a verle, en parte, para olvidar un rato el ambiente de la ciudad y, por otra parte, para poder sentirse superior ante alguien al que consideraba de valía.

Pero el creciente temor a ser descubierto, y sus prisas por acabar el trabajo antes de que un público histérico se lo impidiera, había ejercido un efecto desacostumbrado en Grenfell: se sentía solo. El que un hombre como él experimenta soledad era algo extraordinario, porque su jornada normal estaba atestada de cosas por hacer. A Grenfell le parecía inadecuado el número de horas de un día o el de días de una semana, y lamentaba profundamente el abuso del sueño, al que consideraba como un derroche criminal.

—¡Roway! —gritó, al tiempo que abría la puerta, con una voz tan acogedora que Roway levantó las cejas sorprendido—. ¿Qué hay de nuevo por allí?

—Nada de particular —contestó el escritor, mientras se estrechaban las manos—. Lo normal, que ya es mucho. ¿Cómo va?

—Estoy terminando. —Entraron en la casa y, ya con la puerta cerrada, Grenfell se

volvió para encararse con Jack—. Estoy terminando desde hace tanto tiempo, que me avergüenzo de mí mismo —añadió sinceramente.

—¡Ja! ¡Una confesión muy ardiente para estar tan poco avanzado el día! ¿De qué estás hablando?

—Oh, he tenido que hacer algunas cosas —explicó Grenfell inquietamente—. Pero pude seguir adelante con..., con lo más grande casi de toda la historia.

—Te fastidia terminar. Nunca pensaste qué sentirías con el trabajo acabado. —Sus dientes asomaron por un momento—, ¿Sabes una cosa? Nunca has dicho una sola palabra respecto a tus planes después de la gran explosión, ¿Te ocultarás?

—Yo... no lo he pensado demasiado. Tenía una remota idea de radiar un aviso y una explicación antes de proseguir con la detonación. Pero la he desechado. En primer lugar, me detendrían en cuestión de minutos, por muchas precauciones que tomara con el transmisor. En segundo lugar..., bueno, será algo tan grandioso que no necesitará explicación.

—Nadie sabrá quién lo hizo, o por qué lo hizo.

—¿Hace falta que se sepa? —preguntó Grenfell tranquilamente.

El rostro siempre variable de Jack quedó fijo por un momento, mientras el escritor visualizaba el Foso vomitando su infierno de diez mil años.

—Quizá no —dijo—. Pero ¿no te hace falta a ti?

—¿A mí? —Grenfell estaba sorprendido—. ¿Te refieres a si me preocupa que el mundo sepa que yo fui el que hizo eso? No, claro que no. Una serie de circunstancias han encontrado expresión a través de mí. El final es el Foso, y el Foso hará todo lo necesario a partir de un momento dado. Y luego yo quedaré totalmente al margen.

Jack se acercó al fregadero que había en un rincón del laboratorio y buscó algo entre la confusión de cacharros.

—¿Dónde tienes él café? Ah, ya lo veo. Eh... He estado pensando qué parte de motivación personal había en tu trabajo. Creo que ésa es una buena respuesta. Creo, igualmente, que eres sincero. La gente que hace cosas por motivos impersonales es casi tan escasa como peces recubiertos de piel, ¿lo sabías?

—No había pensado en eso.

—También te creo. ¿Azúcar? Y leche, ya recuerdo. ¿Y has escuchado la radio?

—Sí, Jack, estoy... un poco trastornado —dijo Grenfell, cogiendo la taza—. No sé cuál es el momento apropiado para hacerlo. Soy un técnico, no Maquiavelo.

—Un visionario, tal como dije. No sabes si tu dispositivo entrará muy pronto o

demasiado tarde en la historia del mundo. ¿Me equivoco?

—No, Jack, todo el mundo parece estar enloqueciendo. Hasta las bombas de fisión son demasiado grandes para que la humanidad las controle.

—¿Y qué otra cosa puede esperarse? —Jack estaba ceñudo—. Nuestros queridos amigos esperan en el océano ante el botón de disparo, aguardando una excusa para apretarlo.

—Y nosotros también tenemos nuestro botón, claro.

—Tenemos que defendernos —dijo Jack Roway.

—¿Estás bromeando?

Roway le miró, con el ceño fruncido.

—No bromeo —contestó—. Raramente lo hago y todavía menos con un asunto así. —Y se estremeció.

Grenfell le observó fijamente, luego empezó a reír.

—Ahora ya lo he visto todo —dijo—. Jack Roway, mi iconoclasta amigo de todo el mundo, atrapado por... una moda. Por un pasatiempo nacional, alentado por la incertidumbre y alimentado por el periodismo sensacionalista: el temor al enemigo.

—Este país no está en guerra.

—¿Te refieres a que no tenemos ningún enemigo? ¿Estás diciendo que esos caballeros que aguardan en el océano, con sus ansiosos dedos revoloteando sobre los botones de disparo, no son nuestros enemigos?

—Bueno...

Grenfell cruzó la habitación y apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—Jack... ¿Qué ocurre? No puedes estar tan preocupado por las noticias. ¡No tú!

Roway contempló el resplandor del sol, y agitó lentamente la cabeza.

—El equilibrio internacional es muy delicado —dijo en voz baja, en un tono lastimero—. Las naciones del mundo son como masas que se balancean en torno a un punto matemático y el centro de gravedad de cada una de ellas está situado directamente por encima. Pero las masas son fluidas, oscilan violentamente, se apartan del centro. Las tendencias opuestas son desiguales, no pueden anularse entre ellas, el ritmo es muy lento... Una u otra caerá y arrastrará con ella toda la estructura.

—Pero todo eso lo sabías desde hace tiempo, desde lo de Hiroshima, o quizá antes. ¿Por qué te aterra ahora?

—No creía que sucediera tan pronto.

—¡Oh, no! ¡Por eso! Has comprendido de repente que la explosión se producirá durante tu vida... Y no puedes aceptarlo. ¡Sólo puedes satisfacerte con racionalizaciones estéticas mientras la realidad esté al alcance de tu mano!

—¡Pero, bueno! —estalló Roway, desatando su irresistible mal humor—. ¡Guárdate todo eso, Grenfell! Guardalodos tus..., tus polisílabos enrevesados para un informe científico.

—*Touché!* —Grenfell sonrió—. ¿Sabes, Jack? Me recuerdas poderosamente a algunos de mis antiguos amigos que escriben ciencia ficción. Durante mucho tiempo han vivido muy cerca de la energía atómica, años antes de que el hombre de la calle, o el político medio, supiera algo sobre el tema. La energía atómica fue algo adecuado para estos especializados mercaderes de palabras porque les proporcionaba una fuente inagotable como base para desarrollar infinidad de material literario. Cuando el Proyecto Manhattan estaba en el apogeo, muchos de ellos sospechaban lo que estaba tramándose, algunos lo sabían... y otros incluso trabajaban en ello. Todos conocían perfectamente los terribles poderes potenciales de la energía nuclear. A casi todos les aterriza todo aquel asunto. Temían por la humanidad, pero en realidad ellos no estaban asustados, como no fuera en una deliciosa forma intelectual, porque creían que esta aventura de Buck Rogers sólo podía afectar a la posteridad. Pero se produjo en el transcurso de sus propias y sacrosantas vidas.

Y que me parta un rayo si no estás haciendo lo mismo. Has conseguido toda una droga imaginándote la ruina que espera a la humanidad en una guerra atómica. Te has elevado por encima del problema, conscientemente, diciendo que es inevitable, y mientras tanto nos dejas recoger flores antes de que llueva. Pensabas que estarías a cubierto, muerto, cuando cayeran las primeras gotas. Ahora el progreso social ha formado un cumulonimbo y te encuentras a un kilómetro de tu casa con los pantalones arrugados y sin paraguas. ¡Y estás asustado!

Roway miraba al suelo.

—¡Es tan pronto! —dijo—. ¡Demasiado pronto!

Alzó la vista para mirar a Grenfell. Sus pómulos parecían demasiado abultados, inspiró profundamente.

—Tú... —dijo—. Nosotros podemos impedirlo, Grenfell.

—¿Impedirlo? ¿El qué?

—La guerra... la..., lo que nos sucede. La explosión que se producirá cuando las tensiones dentro de la situación internacional se hagan demasiado grandes. ¡Es preciso impedirlo!

—Ése es el objetivo del Foso.

—¡El Foso! —gritó Roway en tono desdeñoso—. Ya te he dicho que eres un visionario. ¡Grenfell, debes ser más práctico! La humanidad no aprenderá nada mediante el ejemplo, lo patearán, lo destrozarán... Cirugía, ésa es la solución.

—¿Cirugía? —Grenfell frunció el ceño—. Cuando hace poco hablabas de impedir la guerra..., ¿estabas pensando en lo que me imagino?

—¿No lo entiendes? —apremió Jack—. ¿Qué tienes aquí? Energía destructiva total, la cumbre de la energía atómica. Uno o dos golpes con ella y contendremos a todo el mundo.

—No es un arma. No hice todo esto para que fuera un arma.

—La primera piedra que lanzó un hombre prehistórico tampoco pretendía ser un arma. Pero era manejable y efectiva, y se utilizó porque así tenía que ser. —El escritor alzó repentinamente las manos en un gesto de desesperación—. ¿No lo comprendes? ¿No te das cuenta de que este país puede ser atacado en cualquier momento, que la diplomacia está desesperada e inutilizada y que el mundo entero está pendiente de que se inicie todo? Quizá sea demasiado tarde, incluso ahora, pero es lo último que podemos hacer.

—¿Qué, en concreto, es lo último que podemos hacer?

—Entregar tu trabajo al Departamento de Guerra. En pocas horas el Gobierno lo utilizará en la forma más adecuada. —Movi6 un dedo a lo largo de su cuello—. En cualquier parte que deseemos, en el océano.

Se produjo un silencio tenso. Roway miró su reloj y se humedeció los labios.

—Entregarlo al Gobierno. Utilizarlo como arma —dijo Grenfell finalmente—. ¿Y para qué? ¿Para impedir la guerra?

—¡Por supuesto! —estalló Roway—. Para mostrar al resto del mundo quiénes somos..., para asustarlo a la luz del día..., para...

—¡No sigas! —rugió Grenfell—. Nada de eso. Piensas, o esperas, que el uso de la destrucción total como arma frenará lo inevitable..., al menos mientras tú vivas. ¿Me equivoco?

—Sí, yo...

—¿Me equivoco?

—Bueno, yo...

—Tienes más estupideces que escribir —dijo maliciosamente—. Más rubias que perseguir. Quieres seguir escuchando fugas de Bach cuando seas viejo y uses muletas.

—Nadie sabe dónde caerá la primera bomba. Puede ser en cualquier parte. No hay ningún sitio en el que yo..., nosotros... podamos estar a salvo. —Estaba temblando.

—¿Está temblando así la gente de la ciudad?

—Alborotos —dijo Roway. Estaba sofocado y sus ojos brillaban de pánico—. La radio no anunciará nada sobre los alborotos.

—¿Por eso has venido a verme hoy? ¿Para convencerme de que entregue energía destructora a cualquier gobierno?

—Era lo único que podía hacer —reconoció Jack—. No sé si tu bomba resolverá el problema, pero hay que probarlo. Es lo único que queda. Debemos estar preparados para atacar primero, y con más dureza que nadie.

—No.

El monosílabo de Grenfell fue pronunciado con la mayor firmeza.

—Grenfell..., pensaba que podría discutirlo contigo. No debes hacerlo en contra de ti mismo. Es preciso que lo hagas. Por favor, hazlo por tu propia voluntad. Por favor, Grenfell. —Se puso en pie lentamente.

—O lo hago por mi propia voluntad... ¿o qué? ¡No quiero volver a verte!

—No... Yo... Rowan, repentinamente, se puso muy erguido, escuchando algo. A gran altura y hacia el norte se escuchaba el zumbido de hélices en movimiento. Los labios de Roway, entreabiertos por el miedo, se apretaron hasta formar una mueca. Con dos zancadas increíblemente ágiles, el escritor se plantó junto a Grenfell. Asió al científico, de menor estatura que él, por la camisa y lo inmovilizó.

—No intentes nada —dijo ásperamente.

El silencio fue total. Sólo se escuchaba la dificultosa respiración de los dos hombres.

—Hubo un hombre llamado Judas... —dijo Grenfell, finalmente, con una expresión de cansancio.

—No puedes insultarme —interrumpió Roway, con una sombra de su antiguo orgullo—. Te estás alabando a ti mismo.

En el exterior del edificio, un helicóptero rugiente se sumergió en su propia nube de polvo. Varios hombres saltaron a tierra y entraron sin llamar. Eran tres, sin uniforme.

—Doctor Grenfell —dijo Jack Roway, sin soltar a Grenfell—, quiero presentarle a...

—Eso no importa —intervino el más alto de los tres hombres, con una voz apremiante—. ¿Usted es Roway? Hum... Doctor Grenfell, tengo entendido que posee un dispositivo nuclear en este local.

—¿Por qué has venido tú? —preguntó Grenfell a Roway sin perder la calma—. Bastaba con que enviaras a estos secuaces.

—Te resultará muy extraño, pero confiaba en convencerte de que entregaras el

dispositivo libremente. ¿Sabes qué te ocurrirá si te niegas?

—Lo sé. —Grenfell frunció los labios un momento, luego se volvió al hombre más alto—. Sí, Tengo el dispositivo aquí. Destrucción atómica total ¿Eso es lo que buscan?

—¿Dónde está?

—Aquí, en el laboratorio. La pila está en el otro edificio. Encontrarán... —Dudaba—. Encontrarán dos muestras del concentrado. Una está allí... —Señaló una caja de plomo sobre un estante situado detrás de uno de los bancos—. Y hay otra igual, en una caja idéntica, en el cobertizo del otro edificio, en la parte trasera.

Roway suspiró y soltó a Grenfell.

—Buen chico. Sabía que lo harías.

—Sí —dijo Grenfell.

—Sí... Ve a buscarlo —dijo el hombre alto.

Uno de los otros hizo ademán de marcharse.

—Harán falta dos hombres para recoger la caja —indicó Grenfell temblorosamente. Sus labios estaban pálidos.

El hombre más alto sacó una pistola y la exhibió ociosamente. Hizo una seña con la cabeza al tercero de los hombres.

—Ve tú también. Traed la caja aquí; ataremos las dos juntas y las cargaremos en el helicóptero. Daos prisa.

Los dos hombres salieron hacia el cobertizo.

—¿Jack?

—Sí, doctor.

—¿Crees de verdad que puede asustarse a la humanidad?

—Sí..., y ahora. Esto se usará correctamente.

—Así lo espero. Así lo espero —murmuró Grenfell.

Los hombres volvieron.

—Ponedla sobre el banco —dijo el jefe, señalando la caja que cargaban ambos hombres.

Se subieron encima del banco y asieron la segunda caja para bajarla del estante. Jack Roway observó que la cara de Grenfell sudaba copiosamente. Un repentino horror se adueñó del escritor.

—¡Grenfell! —exclamó con una voz ronca—. Esto es...

—Claro —musitó Grenfell—. Masa crítica.

Luego se produjo la explosión.

Fue como la de Hiroshima, pero mucho mayor, Y con todo, no fue aquella explosión la que originó el Foso, sino la pila, la combinación de boro y aluminio que Grenfell había elaborado tan trabajosamente empleando componentes conseguidos clandestinamente a lo largo de los años. En el corazón de la explosión de fisión, en la pila, porque tal era su misión, se produjo la desintegración total, mucho más lenta. Pasó una hora antes de que su infernal actividad alcanzara el apogeo, y para entonces se había abierto en la tierra un cráter inmenso, una masa hirviente, vomitante, de elementos volatilizados, radiación pura y gases incandescentes. Era... El Foso. Su curva de actividad se fraguó abruptamente: un máximo en una hora y ocho minutos, y luego un debilitamiento gradual mientras el Foso intentaba ensancharse con menos y menos efecto de combustión, y mientras consumía sus propios y llameantes desechos en un esfuerzo para alcanzar la inactividad. La lluvia contribuiría a su apaciguamiento, puesto que perdería energía volatilizando las gotas. Cada uno de los numerosos elementos implicados emprendió su radiactividad secundaria y consumió su vida media sucesiva. La extinción del Foso se produciría al cabo de ocho o nueve mil años.

Y, al igual que la de Hiroshima, esta explosión tuvo consecuencias que afectaron a la historia y los corazones de los hombres en momentos muy separados en el tiempo del mismo cataclismo.

Esto fue lo que sucedió:

La explosión no pudo ser ocultada, y había demasiada histeria para que se confirmara ningún detalle. Resultó más fácil publicar titulares diciendo *Nos atacan*. La enloquecida exigencia de represalias fue instantánea y el Gobierno accedió, porque tales «represalias» se ajustaban a la política de ciertos miembros que podían ordenar medidas de emergencia. Estalló la primera guerra atómica.

Y la segunda.

Después de ella ya no hubo más guerras atómicas. La guerra de los mutantes fue un suceso monstruoso, y los mutantes derrotaron a los residuos de la humanidad, harapientos y netamente estériles, porque eran más fuertes. Luego murieron los mutantes por causa de su inadaptación. Durante un tiempo hubo un material muy interesante que habría podido estudiarse para determinar los efectos de la radiación sobre la herencia, pero no había nadie para estudiarlo.

Quedaron algunos humanos. Las ratas, tras crecer fantásticamente en número, acabaron con ellos. Se produjeron tres plagas.

Luego hubieron unas criaturas medio encorvadas, desnudas, cuya deformada herencia

parecía provenir de la humanidad, pero se asustaban con facilidad, como individuos y como raza, y lógicamente no progresaron. Con toda certeza, no eran humanos.

El Foso, en el año 5000, había cambiado muy poco con el transcurso de los siglos. Seguía siendo un monumento conmemorativo erigido por la irritación ante el uso irracional de la energía. Gracias a él, la guerra organizada era algo ya olvidado. Gracias a él, el mundo estaba libre de la polución industrial. Nadie escuchaba ya los silbidos y estallidos de las bombas, ni el ritmo machacón de los desfiles militares. La Tierra, tras una larguísima espera, estaba en paz.

Acercarse al Foso significaba una muerte lenta, segura. Se lo temía y respetaba, y así sería por muchos siglos más. Por la noche emanaba de él un centelleo rojizo y estaba circundado por una franja de tierra, desierta y desigual, que se extendía más allá del horizonte. Un resplandor azul, fantasmagórico, flotaba sobre aquella zona. Allí no había nada vivo, no podía haberlo.

Con un monumento que conmemoraba de tal modo la guerra, sólo podía existir paz. La Tierra nunca olvidaría el horror que la guerra puede desatar.

Así lo había soñado Grenfell.

Los fuegos internos

por Arthur C. Clarke
de «Fantasy», agosto de 1947

Clarke, junto con Bradbury, Asimov y Wyndham, es uno de los pocos autores de ciencia ficción al que se puede considerar una institución. Su reputación se acrecentó especialmente con el éxito de la espectacular producción cinematográfica *2001: Una odisea del espacio*, basada en parte en su cuento corto *Sentinel of Eternity* (El centinela de la eternidad) («Ten Story Fantasy», primavera de 1951).

Arthur Charles Clarke nació en la casa de huéspedes de su abuela en Minehead, Somerset, el domingo 16 de diciembre de 1917. Educado en una escuela elemental de Taunton, pasó a trabajar después en el Servicio Civil. Desde su infancia le fascinó la ciencia y la ciencia ficción, por lo que no tuvo nada de sorprendente que en 1934 se uniera a la recién formada Sociedad Interplanetaria Británica. Las oficinas de la Sociedad, instaladas al principio en Liverpool, fueron trasladadas a Londres en octubre de 1936, y, puesto que Clarke trabajaba en la capital, se convirtió en su tesorero y pasó a ser un miembro activo. Esto le permitió conocer a numerosas personas que eran, o serían, nombres importantes en la ciencia ficción, así como el *fandom* del género. Empezó a escribir para las diversas revistas de aficionados, y sus artículos científicos fueron publicados en «Tales of Wonder», la primera revista auténtica de Gran Bretaña, una vez que Walter Gillings aseguró su edición.

Las primeras etapas de la carrera de Clarke ya han sido explicadas en mi introducción. Al igual que Asimov, sus deseos de ser científico y escritor de ciencia ficción rivalizaban en importancia, si bien es cierto que Clarke ha triunfado admirablemente en ambas carreras. En 1954 se trasladó a Ceilán, donde participó activamente en numerosos proyectos submarinos. En 1962 obtuvo el premio Kalinga por la popularización de la ciencia lograda con sus escritos. Una lista de sus libros de ciencia ficción es casi una biblioteca básica para cualquier lector: *Prelude to Space* (Preludio al espacio), *The City and the Stars* (La ciudad y las estrellas), *Earthlight* (Claro de Tierra), *The Sands of Mars* (Las arenas de Marte), *Childhood's End* (El fin de la infancia), *A Fall of Moondust* (Una caída de polvo lunar), *Rendezvous With Rama* (Cita con Rama) y, más recientemente, *Imperial Earth* (Tierra imperial), novela en la que ha trabajado desde 1956.

Pero estamos hablando de 1947 y, por lo tanto, todas estas obras formarían parte de un futuro muy lejano. Clarke estaba en los principios de su brillante carrera, oculto en el tercero y último número de la «Fantasy» de Walter Gillings con el seudónimo de E. G. O'Brien. Su relato de aquel número, *Los fuegos internos*, representó un ejemplo temprano del talento en embrión de Clarke.

—Esto te interesará —dijo Karn, afectadamente—. ¡Échale un vistazo!

Me alargó el expediente que había estado leyendo y, por enésima vez, decidí solicitar su transferencia o la mía.

—¿De qué se trata? —pregunté con voz de aburrimiento.

—Es un largo informe de un tal doctor Matthews al ministro de la Ciencia. —Lo agitó delante de mí—. ¡Léelo!

Sin demasiado entusiasmo, empecé a ojear el expediente. Poco después alcé la vista y admití de mala gana:

—Quizá tengas razón... esta vez.

Y no volví a hablar hasta que terminé de leerlo.

Mi apreciado ministro [empezaba la carta]. Tal como solicitó, aquí está mi informe especial sobre los experimentos del profesor Hancock, que han tenido resultados tan insospechados y extraordinarios. No he tenido tiempo para presentarlo de forma más ortodoxa, por lo que le envío el dictado tal como está.

Puesto que usted debe prestar atención a muchos asuntos, quizá deba resumir brevemente nuestros contactos con el profesor Hancock. Hasta 1955, el profesor ocupaba la cátedra Kelvin de ingeniería eléctrica en la Universidad de Brendon, obteniendo luego un permiso indefinido que le permitió dedicarse a sus investigaciones. En éstas le acompañaba el fallecido doctor Clayton, otrora geólogo jefe del Ministerio de Combustible y Energía. Su investigación conjunta estaba financiada por donaciones del Fondo Paul y la Sociedad Real.

El profesor confiaba en desarrollar el sonar como medio para una inspección geológica precisa. El sonar, como usted sabrá, es el equivalente acústico del radar y, aunque menos conocido, es varios millones de años más antiguo, puesto que los murciélagos lo usan con gran efectividad para detectar insectos y obstáculos durante la noche. El profesor Hancock pretendía enviar dentro del subsuelo impulsos supersónicos de elevada energía y, con sus ecos, elaborar una imagen de lo que yacía allí. La imagen sería expuesta en un tubo de rayos catódicos y el sistema en su conjunto resultaría exactamente análogo al tipo de radar empleado en aviación para mostrar la tierra a través de las nubes.

En 1957 los dos científicos obtuvieron un éxito parcial, pero habían agotado sus fondos. A principios de 1958 recurrieron directamente al Gobierno en solicitud de una subvención en bloque. El doctor Clayton indicó el valor inmenso de un dispositivo que nos permitiría tomar una especie de radiografía de la corteza terrestre, y el ministro de Combustible dio su aprobación antes de pasarnos la solicitud. Por aquel entonces acababa de publicarse el informe del Comité Bernal y estábamos muy ansiosos de que los casos que lo merecían fueran tratados con rapidez para evitar críticas adicionales. Inmediatamente fui a ver al profesor y presenté un informe favorable; el primer pago de

nuestra subvención (S/543A/68) se efectuó pocos días después. Desde entonces he estado continuamente en contacto con la investigación y, hasta cierto punto, he colaborado con mis consejos técnicos.

El equipo usado en los experimentos es complejo, pero sus principios son simples. Impulsos de ondas supersónicas, cortos pero extremadamente potentes, se generan en un transmisor especial que gira continuamente en un depósito de líquido orgánico pesado. El rayo producido penetra en la tierra y «escudriña» como las señales del radar en busca de ecos. Mediante un circuito muy ingenioso de retardo, que resistiré la tentación de explicar, se seleccionan ecos procedentes de cualquier profundidad y así se pueden obtener imágenes de los estratos que se investigan en una pantalla normal de rayos catódicos.

Cuando conocí por primera vez al profesor Hancock, su aparato era más bien tosco, pero pudo mostrarme la distribución de la roca hasta una profundidad de varias decenas de metros y pudimos observar con gran claridad una parte de la línea Bakerloo que pasaba muy cerca del laboratorio. Buena parte del éxito del profesor se debía a la gran intensidad de sus impulsos supersónicos; casi desde el principio pudo generar potencias punta de varios cientos de kilovatios y radiarlas casi en su totalidad dentro del subsuelo. Era peligroso permanecer cerca del transmisor, y advertí que el suelo estaba muy caliente en sus proximidades. Me sorprendió bastante ver la gran cantidad de pájaros en la vecindad, pero pronto descubrí que acudían atraídos por los centenares de gusanos muertos que yacían en tierra.

En la época del fallecimiento del doctor Clayton, en 1960, el equipo trabajaba a un nivel de potencia aproximado al megavatio y podían obtenerse imágenes, francamente buenas, de estratos situados a profundidades de mil seiscientos metros. El doctor Clayton había comparado los resultados con investigaciones geográficas conocidas, y había probado sin lugar a duda el valor de la información obtenida.

La muerte del doctor Clayton, acaecida en un accidente automovilístico, fue una gran tragedia. Siempre había ejercido una influencia estabilizadora sobre el profesor, que nunca había estado muy interesado en la aplicación práctica de su trabajo. Poco después advertí un cambio definido en el aspecto del profesor, y al cabo de pocos meses me confió sus nuevos proyectos. Yo había tratado de persuadirle para que publicara sus hallazgos (ya había gastado unas cincuenta mil libras y el Comité de Cuentas Públicas volvía a crear problemas), pero él pidió un poco más de tiempo. Sus propias palabras, que recuerdo con gran nitidez, porque fueron pronunciadas con un énfasis peculiar, explicarán mejor su actitud.

—¿Nunca se ha preguntado —dijo— cómo es realmente la Tierra en su interior? Con nuestras minas y pozos no hemos hecho más que escarbar en su superficie. Lo que hay más allá es tan desconocido como el lado oculto de la Luna.

»Sabemos que la Tierra es ilógicamente densa, mucho más densa de lo que las rocas y el suelo de su corteza parecen indicar. El núcleo puede ser metal sólido, pero hasta ahora no ha habido forma de saberlo. Incluso a quince kilómetros de profundidad, la presión debe de ser de cinco toneladas, o más, por centímetro cuadrado, y la temperatura, de varios cientos de grados. Lo que ocurre en el centro desborda la imaginación: la presión debe de ser de varias decenas de toneladas por centímetro cuadrado. Resulta extraño pensar que dentro de un año o dos llegemos a la Luna, pero ni cuando alcancemos las estrellas estaremos mucho más cerca de ese infierno que hay a seis mil kilómetros bajo nuestros pies.

»Ahora puedo obtener ecos reconocibles que proceden de una profundidad de tres kilómetros, pero espero aumentar la potencia del transmisor a diez megavatios en unos pocos meses. Con tal potencia, creo que el alcance se alargará hasta quince kilómetros. Y no pienso pararme ahí.

Yo estaba impresionado, pero, al mismo tiempo, me sentí un poco escéptico.

—Todo eso está muy bien —dije—, pero, con toda seguridad, cuanto más profundo llegue menos cosas habrá para ver. La presión hará imposible la existencia de cavidades, y en cuestión de unos cuantos kilómetros todo se convertirá en una simple masa homogénea haciéndose más y más densa.

—Quizás —admitió el profesor—. Con todo, puedo aprender muchas cosas analizando las características de transmisión. Sea como fuere, ¡ya lo veremos!

Esto ocurrió hace cuatro meses. Y ayer vi el resultado de la investigación. Cuando acepté su invitación, el profesor estaba muy excitado, pero no me dio una simple pista de lo que había descubierto, o qué era lo que sucedía. Me mostró su equipo, ya mejorado, y sacó del líquido el nuevo receptor. La sensibilidad de los mecanismos receptores había sido perfeccionada en gran medida, y este detalle había doblado por sí solo el alcance. Además, la potencia del transmisor era superior. Resultaba extraño contemplar aquella estructura de acero girando lentamente y pensar que estaba explorando regiones que, pese a su cercanía, el hombre no podría alcanzar nunca.

Cuando entramos en la sala que contenía el equipo de observación, el profesor guardaba un extraño silencio. Conectó el transmisor, y, aun cuando únicamente alcanzaba unos cientos de metros, sentí una picazón desagradable. Luego se iluminó el tubo de rayos catódicos y la base de tiempo, que giraba lentamente, formó la imagen que yo había visto muy a menudo en otras ocasiones. Ayer, sin embargo, el aumento de potencia y sensibilidad del equipo producía una imagen más definida. Ajusté el control de profundidad y enfoqué el túnel subterráneo, claramente visible como una oscura senda que atravesaba la débilmente iluminada pantalla. Mientras observaba, una especie de neblina apareció repentinamente y supe que un tren estaba atravesando el túnel.

Continué descendiendo. Aunque había visto aquella imagen muchas veces, siempre resultaba misterioso contemplar grandes masas luminosas flotando hacia mí y saber que se trataba de rocas enterradas..., quizá los despojos de los glaciares de hace cincuenta mil años. El doctor Clayton había elaborado un mapa que nos permitía identificar los diversos estratos conforme iban pasando. Al poco rato vi que había pasado el subsuelo aluvial y que estaba entrando en la gran capa de arcilla que recoge y mantiene el agua artesiana de la ciudad. Traspasé también esta capa y me introduje en el lecho de roca, casi a kilómetro y medio bajo la superficie.

La imagen seguía siendo clara y brillante, pero había poco que mirar; los cambios en la estructura del terreno eran escasos. La presión ya había aumentado a mil atmósferas y pronto sería imposible encontrar cavidades abiertas, puesto que la misma roca empezaría a fluir. Me sumergí kilómetro tras kilómetro, pero tan sólo una pálida niebla flotaba en la pantalla, rota en ocasiones cuando los ecos volvían de depósitos o vetas de material más denso. Se hicieron cada vez más escasos conforme aumentaba la profundidad, o bien es que eran tan pequeños que resultaba imposible verlos.

Como es lógico, la escala de la imagen iba expandiéndose continuamente. Abarcaba muchos kilómetros y en aquel instante me sentí igual que un aviador, mirando hacia abajo desde una altura enorme y viendo una capa nubosa compacta. Al pensar en el abismo que estaba observando me atenazó una momentánea sensación de vértigo. Creo que el mundo no volverá a parecerme nunca tan sólido como antes.

A una profundidad de casi dieciséis kilómetros me detuve y miré al profesor. No se había producido ninguna alteración durante cierto tiempo, y yo sabía que la roca iba a comprimirse formando una masa homogénea, sin rasgos. Realicé un rápido cálculo mental y me estremecí al pensar que la presión debía de ser de cinco toneladas por centímetro cuadrado..., como mínimo. El registrador estaba girando muy lentamente, puesto que los debilitados ecos empleaban muchos segundos en el azaroso regreso de las profundidades.

—Bien, profesor —dije—, le felicito. Es un logro maravilloso. Pero parece que ya hemos alcanzado el núcleo. No creo que se produzca ningún cambio desde aquí hasta el centro.

Sonrió con el gesto algo torcido.

—Prosiga —dijo—. Aún no ha terminado.

Había algo en su voz que me confundió y alarmó. Le observé atentamente durante un instante. Sus facciones apenas eran visibles con el resplandor verde azulado del tubo de rayos catódicos.

—¿A qué profundidad puede llegar esto? —pregunté, mientras se reiniciaba el interminable descenso.

—A veinticuatro kilómetros —respondió al instante.

Me pregunté cómo podía saberlo, porque el último rasgo que yo había visto con claridad se encontraba a sólo trece kilómetros bajo tierra. Pero continué el largo descenso a través de la roca. El registrador giraba cada vez con más lentitud, hasta llegar un momento en que tardaba cinco minutos para describir una revolución completa. Detrás de mí, el profesor respiraba pesadamente, y el respaldo de mi silla crujió cuando los dedos del científico se aferraron a él.

Luego, de repente, reaparecieron señales muy débiles en la pantalla. Me incliné hacia adelante con ansiedad, preguntándome si aquélla sería la primera visión del núcleo de hierro del mundo. Con una lentitud agonizante, el registrador giró un ángulo recto, después otro. Y entonces...

Salté de la silla, grité «¡Dios mío!» y me volví para mirar al profesor. Durante toda mi vida, sólo en una ocasión recibí un *shock* intelectual como éste. Fue hace quince años, cuando puse la radio y por casualidad escuché las noticias acerca del lanzamiento de la primera bomba atómica. Aquello había sido algo inesperado, pero esto era inconcebible. En la pantalla habían aparecido tenues líneas entrelazadas, cruzándose y recruzándose hasta formar una rejilla perfectamente simétrica.

Sé que no dije nada durante mucho tiempo, porque el registrador dio una revolución completa mientras yo permanecía paralizado por la sorpresa. Luego el profesor habló en un tono blando, innatural, calmado.

—Quería que usted lo viera por sí mismo antes de decir nada. Esa imagen tiene un diámetro de cincuenta kilómetros, y esos cuadrados, tres o cuatro kilómetros de lado. Advertirá que las líneas verticales convergen y las horizontales se curvan formando arcos. Estamos contemplando parte de una enorme estructura de anillos concéntricos. El centro debe de estar muchos kilómetros hacia el norte, tal vez en la región de Cambridge. Lo que pueda extenderse en la otra dirección es algo que sólo podemos suponer.

—Pero ¿qué es, por amor de Dios?

—Bien, es algo claramente artificial.

—¡Eso es ridículo! ¡A cincuenta kilómetros de profundidad!

El profesor volvió a señalar la pantalla.

—Dios sabe que he hecho todo lo posible —dijo—, pero no puedo convencerme de que la naturaleza pueda formar algo parecido.

Yo no tenía nada que decir.

—Lo descubrí hace tres días —prosiguió—, cuando trataba de comprobar el alcance máximo del equipo. Puedo profundizar aún más, pero creo que la estructura que

contemplamos es muy densa y ya no transmitirá mis radiaciones.

»He analizado una docena de teorías, pero al final siempre tengo que volver a una en concreto. Sabemos que allí abajo la presión debe de ser de ocho o nueve mil atmósferas, y la temperatura, lo bastante alta como para fundir la roca. Pero la materia normal es aún espacio casi vacío. Supongamos que hay vida ahí abajo... No vida orgánica, claro está, sino, vida basada en materia parcialmente condensada, una materia en la que las cortezas electrónicas de los átomos son escasas o simplemente no existen. ¿Comprende lo que pretendo decir? Para tales criaturas, hasta la roca, a veinticuatro kilómetros de profundidad, no ofrecerá más resistencia que el agua... Y nosotros y el mundo entero será para ellas tan tenue como los fantasmas.

—Entonces, eso que vemos...

—Es una ciudad, o su equivalente. Usted ha visto su tamaño, por lo que puede juzgar la civilización que debe de haberla construido. Todo el mundo que conocemos, nuestros océanos, continentes y montañas, no es más que una película de niebla que rodea algo fuera de nuestra comprensión.

Durante un rato, ambos permanecemos en silencio. Recuerdo que sentí una tonta sorpresa por ser uno de los primeros hombres del mundo en conocer la aterradora verdad; porque, de alguna forma, nunca he dudado que fuera la verdad. Y me pregunté cómo reaccionaría el resto de la humanidad cuando se hiciera pública la revelación.

No tardé mucho en romper el silencio.

—Si usted está en lo cierto —argüí—, ¿por qué ellos, quienes quiera que sean, nunca han establecido contacto con nosotros?

El profesor me dedicó una mirada más bien compasiva.

—Creemos que somos buenos ingenieros —respondió—, pero ¿cómo podemos *nosotros* establecer contacto con *ellos*? Además, no estoy del todo convencido de que no se hayan producido contactos. Piense en todas esas criaturas subterráneas y la mitología... No, es completamente imposible, lo retiro. Con todo, la idea es muy sugestiva.

La imagen de la pantalla no había cambiado mientras hablábamos: la confusa estructura seguía resplandeciendo, desafiando nuestra cordura. Intenté imaginarme calles, edificios, y criaturas moviéndose en ellos, criaturas que podían desenvolverse en la roca incandescente como peces en el agua. Era fantástico... Y fue entonces cuando recordé la gama, increíblemente reducida, de temperaturas y presiones en las que existe la especie humana. *Nosotros*, y no ellos, éramos los monstruos, puesto que casi toda la materia del universo se encuentra a temperaturas de miles o incluso millones de grados.

—Bien —dije débilmente—, ¿y qué hacemos ahora?

El profesor se inclinó con ansiedad hacia adelante.

—En primer lugar —explicó—, debemos aprender muchas cosas más, y mantenerlo todo en absoluto secreto hasta que estemos seguros de los hechos. ¿Puede imaginarse el pánico que se produciría si esta información se hiciera pública? Por supuesto, la verdad se sabrá tarde o temprano, pero podemos divulgarla lentamente.

»Ya comprenderá que el aspecto geológico de mi trabajo carece ahora de importancia. Lo primero que debemos hacer es construir una cadena de estaciones para descubrir la extensión de la estructura. Las estaciones deberían estar situadas a intervalos de quince kilómetros y en dirección al norte, pero me gustaría construir la primera en alguna parte al sur de Londres para comprobar cuan extensa es esa estructura. Todo el proyecto será tan secreto como lo fue la construcción de la primera cadena de radares al acabar la década de los treinta.

»Al mismo tiempo, pienso elevar otra vez la potencia de mi transmisor. Confío en que el haz de salida sea mucho más estrecho, cosa que aumentará en gran medida la concentración energética. Pero esto nos llevará a grandes dificultades mecánicas, y precisaré más ayuda.

Prometí hacer todo lo posible para obtener ayuda adicional, y el profesor espera que usted pueda visitar el laboratorio a la mayor brevedad. Mientras tanto, le adjunto una fotografía de la mencionada imagen, que, aunque no es tan clara como en la realidad, confío en que demostrará sin lugar a dudas la veracidad de nuestras observaciones.

Sé perfectamente que nuestra subvención a la Sociedad interplanetaria nos ha llevado peligrosamente cerca del total estimado para el presente año, pero hasta los viajes espaciales son, con toda seguridad, menos importantes que la investigación inmediata de este descubrimiento. Un descubrimiento que puede producir profundos cambios en la filosofía y el futuro de toda la especie humana.

Me recosté y miré a Karn. Algunas partes del documento me resultaban incomprensibles, pero el contenido general estaba lo suficientemente claro.

—Sí —dije—, ¡ya lo tenemos! ¿Dónde está la fotografía?

Me la entregó. La calidad era deficiente, porque había sido copiada muchas veces antes de llegar a nuestras manos. Pero la imagen era inconfundible y la reconocí al momento.

—Eran buenos científicos —dije con admiración—. Esto es Callastheon, no hay duda. Así que hemos descubierto por fin la verdad, aunque nos haya costado trescientos años el hacerlo.

—¿Es tan sorprendente, teniendo en cuenta la montaña de material que hemos debido traducir y la dificultad de copiarlo antes de que se evaporara? —preguntó Karn.

Permanecí sentado durante un rato, pensando en aquella extraña raza cuyas reliquias estábamos examinando. Sólo en una ocasión —¡y nunca más— había subido hasta la gran abertura que nuestros ingenieros habían abierto en el Mundo de las Sombras. Resultó ser una experiencia aterradora e inolvidable. Las múltiples capas de mi traje presurizado habían dificultado mis movimientos, y pese a estar aislado pude sentir el frío increíble que me rodeaba.

—Fue una pena —musité— que nuestra aparición los destruyera tan completamente. Era una raza inteligente, y podíamos haber aprendido mucho de ellos.

—No creo que se nos pueda culpar de nada —intervino Karn—. En realidad, nunca creímos que pudiera existir nada en esas condiciones tan espantosas. Muy cerca del vacío, casi en el cero absoluto... No, no se podía evitar.

Pero yo no estaba de acuerdo.

—Pienso —dije— que esto es la demostración de que ellos eran la raza más inteligente. Al fin y al cabo, fueron *ellos* los que nos descubrieron a nosotros. Todo el mundo se rió de mi abuelo cuando afirmó que la radiación que había detectado procedente *del* Mundo de las Sombras debía de ser artificial.

Karn pasó uno de sus tentáculos por el manuscrito.

—Hemos descubierto la causa de aquella radiación —expuso—, no hay duda. Fíjate en la fecha: justo un año antes del descubrimiento de tu abuelo, ¡El profesor consiguió su subvención! —Se rió de forma desagradable—. Para él tuvo que ser terrible el vernos llegar a la superficie, justo por debajo de él.

Apenas le escuchaba, porque un sentimiento inquietante me había sobrevenido de repente. Pensé en los miles de kilómetros de roca que yacían bajo la gran ciudad de Callastheon, cada vez más ardientes y densos en el camino hasta el desconocido núcleo de la Tierra. Y por eso, volviéndome hacia Karn, dije:

—No tiene nada de divertido. La próxima vez nos puede suceder a nosotros.

No mire ahora

por Henry Kuttner
de «Startling Stories», marzo de 1948

Tratar de resumir en unos cientos de palabras la vida de uno de los escritores de ciencia ficción más prolíficos es como intentar escribir el padrenuestro en una cabeza de alfiler. Envidio a los que puedan lograrlo.

Kuttner nació en Los Ángeles en 1914 y pronto se aficionó a la ciencia ficción y la fantasía. Vendió su primer relato, *The Graveyard Rats* (Las ratas del cementerio), a «Weird Tales» (marzo de 1936), que sería un mercado regular en los cinco años siguientes. La inclinación de Kuttner hacia lo raro le permitió encontrar mercados apropiados entre la infinidad de revistas sádico-misteriosas que florecieron en la década de 1930, tales como «Mystery Tales» y «Thrilling Mystery». La segunda emanaba de Standard Magazines, que también editaba «Thrilling Wonder», siendo esta revista la que en noviembre de 1937 publicó *When the Earth Lived* (Cuando la Tierra cobró vida) de Kuttner. Se trataba de una historia intrigante en la que rayos extraterrestres enfocados sobre nuestro planeta daban vida a objetos inanimados. La producción de Kuttner en aquella época fue colosal. Escribía muchos relatos simplemente para ganar algún dinero, pero cuando disponía de tiempo su ficción adquiría brillantez y estilo admirables.

En junio de 1940 Kuttner se casó con C. L. Moore, y a partir de entonces ambos escribieron en colaboración. El resultado fue electrizante, y la combinación de sus talentos, bien como Lewis Padgett o como Lawrence O'Donnell, creó algunas de las mejores obras de ciencia ficción de todos los tiempos: *The Twonky* (Los Twonky), *Mimsy Were the Borogroves* (Los borogroves eran remilgados), *Fury* (Furia)..., todas ellas reconocidas como clásicas en la actualidad.

El período más fecundo de Kuttner finalizó al acabar la década de 1940, pero el matrimonio empezó a escribir para Hollywood y los pocos relatos que surgieron de la pluma de Kuttner constituyen gemas hábilmente pulidas. *No mire ahora* es una de ellas.

En 1950 los Kuttner emprendieron estudios y Henry obtuvo la licenciatura en 1954. Mientras preparaba la tesina sufrió una trombosis coronaria y falleció el lunes 3 de febrero de 1958, contando tan sólo cuarenta y tres años. Su fallecimiento ha dejado un agujero negro en el firmamento de la ciencia ficción, en el lugar donde una vez brillara uno de sus talentos más rutilantes.

El hombre del traje de color castaño se contemplaba en el espejo que había detrás de la barra. La reflexión parecía interesarle más que el vaso que tenía entre las manos. Sólo prestaba una atención superficial a los intentos de conversación de Lyman. Tal vez llevaban quince minutos así antes de que alzara su vaso y tomara un profundo trago.

—No mire ahora —dijo Lyman.

El hombre del traje castaño miró de reojo a Lyman, inclinó más el vaso y volvió a beber. Los cubitos de hielo se deslizaron hacia su boca. Dejó el vaso sobre la barra pardo oscura e hizo una seña para que volvieran a llenarlo. Por fin, inspiró profundamente y miró a Lyman.

—¿No mirar el qué? —preguntó.

—Había uno sentado detrás de usted —aclaró Lyman, guiñando uno de sus vidriosos ojos—. Acaba de irse. ¿No pudo verlo?

El otro hombre pagó su refresco antes de responder.

—¿Ver a quién? —inquirió con una admirable mezcla de fastidio, aburrimiento y desgano interés—. ¿Quién se ha ido?

—¿Qué le he estado explicando en los últimos diez minutos? ¿No me escuchaba?

—Claro que sí. Es decir..., sí. Usted hablaba de... bañeras. Radios. Orson...

—Nada de Orson. H. G., Herbert George. Lo de Orson fue un simple *gag*. H. G. sí que *sabía...* o lo sospechaba. Me pregunto si fue simplemente un caso de intuición. No pudo disponer de prueba alguna, pero dejó de escribir ciencia ficción de modo más bien repentino, ¿no le parece? Pero apostararía que debió saberlo.

—¿Saber qué?

—Lo de los marcianos. Todo esto no nos servirá de nada si usted no escucha. No puede ser de otra forma. El truco consiste en sacar la pistola..., con pruebas en la mano. Pruebas convincentes. Nadie ha podido disponer de ellas con anterioridad. Usted es un periodista, ¿no?

Asiendo el vaso, el hombre del traje castaño asintió de mala gana.

—Entonces debería tomar nota en un papel. Quiero que lo sepa todo el mundo. Todo el mundo. Es importante, terriblemente importante. Aclararía todas las cosas. Mi vida no estará a salvo a menos que pueda dar a conocer la información y hacer que la gente la crea.

—¿Por qué no estará a salvo su vida?

—¡Por culpa de los marcianos, bobo! ¡Poseen el mundo!

El hombre del traje castaño suspiró.

—Entonces, también poseen mi periódico —objetó—, y no podré publicar lo que no les guste.

—Nunca había pensado en eso —dijo Lyman, mirando el fondo del vaso, en el que dos

cubitos se habían fundido fría e inmutablemente—. Pero no son omnipotentes. Estoy seguro de que son vulnerables. Si no, ¿por qué se han ocultado siempre? Tienen miedo de que se les descubra. Si el mundo dispusiera de pruebas convincentes... Mire, la gente siempre cree lo que lee en los periódicos. ¿No podría usted...?

—¡Ja, ja! —interrumpió el del traje castaño, en tono muy significativo.

Lyman tamborileó tristemente sobre la barra y murmuró:

—Tiene que existir una manera. Quizá si pidiera otro trago...

El hombre del traje castaño probó su *Collins*, cosa que pareció estimularle.

—¿Qué es todo esto de los marcianos? —preguntó a Lyman.

¿Por qué no empieza por el principio y me lo vuelve a contar? ¿O no puede recordarlo?

—Claro que puedo. Recuerdo prácticamente todo. Es algo nuevo, muy nuevo. Antes no podía hacerlo. Hasta puedo recordar mi última conversación con los marcianos. —Lyman obsequió a su interlocutor con una mirada de triunfo.

—¿Cuándo fue eso?

—Esta mañana.

—Puedo acordarme de conversaciones que tuve la semana pasada —afirmó indulgentemente el del traje castaño—. ¿Y qué?

—No lo entiende. Ellos hacen que olvidemos, ¿sabe? Ellos nos dicen qué debemos hacer y luego nos olvidamos de la conversación. Es una sugestión posthipnótica, supongo, pero igualmente seguimos sus instrucciones. Hay coacción, por más que pensemos que tomamos decisiones propias. Oh, son los amos del mundo, sí, pero nadie lo sabe, sólo yo.

—¿Y cómo lo averiguó?

—Bien. En cierta forma mi cerebro estaba algo «revuelto». Yo había estado experimentando con detergentes ultrasónicos, intentando elaborar algo comercial, ¿comprende? Pero algo falló... en cierto aspecto. Ondas de alta frecuencia, de eso se trataba. Estaban allí, las oía. Debían haber sido inaudibles, pero yo podía oírlas... Bien, las podía *ver* en realidad. A eso me refería al decirle que mi cerebro estaba «revuelto». Y después de eso, pude ver y oír a los marcianos. Están adaptados, trabajan eficientemente con cerebros ordinarios, pero el mío ya no lo es. Tampoco pueden hipnotizarme. Me dan órdenes, pero no tengo obligación de obedecerlas... ahora. Confío en que no sospechen. Quizá lo hagan. Sí, supongo que sí.

—¿Cómo puede saberlo?

—Por su aspecto cuando los veo.

—¿Cómo son? —preguntó el periodista. Empezó a buscar un lápiz, pero cambió de

idea. Tomó otro trago—. ¿Y bien? ¿A qué se parecen?

—No estoy seguro. Puedo verlos, sí, pero sólo cuando están disfrazados.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Cómo son cuando van disfrazados?

—Como cualquier persona, casi igual. Van disfrazados con... apariencias humanas. Imitaciones, por supuesto. Como los Katzen-jammer Kids embutidos en pieles de cocodrilo. Sin disfraz, no sé cómo son, nunca he visto ninguno. Quizá sean invisibles, incluso para mí, o simplemente estén camuflados. Hormigas, lechuzas, ratas, murciélagos...

—O cualquier cosa —dijo rápidamente el hombre del traje castaño.

—Gracias. O cualquier cosa, claro. Pero cuando van como humanos, como aquel que estaba sentado cerca de usted hace un rato, cuando le dije que no mirara...

—Aquél era invisible, ¿no?

—La mayor parte del tiempo lo son, a los ojos de cualquiera. Pero de vez en cuando, por alguna razón, ellos.

—Espere —objetó el periodista—. Explíquese con claridad, por favor. ¿Se disfrazan de humanos y luego se hacen invisibles cuando van a todas partes?

—Sólo de vez en cuando. Sus aspectos humanos son imitaciones perfectas. Nadie puede advertir la diferencia. Sólo el tercer ojo los descubre. Cuando lo mantienen cerrado, es imposible adivinar que está allí. Cuando quieren abrirlo se hacen invisibles: ¡zás! Así de rápido. Al ver a alguien que tiene un tercer ojo, justo en medio de la frente, sé que es un marciano y que además es invisible, por lo que trato de no advertir su presencia.

—Uh... Entonces, según lo que usted sabe, yo soy uno de sus marcianos visibles.

—¡Oh, espero que no! —Lyman le observó ansiosamente—. No lo creo, aunque estoy bebido. Le he seguido durante todo el día, para asegurarme. Por supuesto, es un riesgo que debo aceptar. Harán todo lo posible, todo, para que un hombre se descubra. Lo sé perfectamente. No puedo confiar en todo el mundo, pero debía encontrar *alguien* con quien hablar, y... —Hizo una pausa. Se produjo un breve silencio y luego Lyman continuó diciendo—: Cuando el tercer ojo está cerrado, no sé si está o no allí. ¿Le importaría abrir su tercer ojo?

Lyman miró sombríamente la frente del periodista.

—Lo siento —dijo éste—. Otra vez será. Además, no le conozco. Así que desea colocar todo esto en la primera página, ¿no? ¿Por qué no fue a ver al director? Mis artículos pasan por sus manos y son corregidos.

—Quiero que el mundo sepa mi secreto —insistió Lyman—. El problema es: ¿Cuán

lejos llegaré? Podría pensarse que me habrían matado en el mismo momento en que empecé a hablar con usted, pero resulta que no he dicho nada mientras se encontraban aquí. No creo que nos tomen muy en serio, ¿sabe? Esto debe de haber sido así desde los albores de la historia, por lo que ya han tenido tiempo para descuidarse. Permitieron que Fort llegara bastante lejos antes de echarse encima de él. Pero, fíjese bien, nunca le dejaron que obtuviera una prueba auténtica, algo que convenciera a la gente.

El periodista murmuró algo en torno a una historia de interés humano que aguardaba en un cajón.

—¿Qué hacen los marcianos —preguntó—, aparte de ir disfrazados a las barras de los bares?

—Sigo pensando en eso —respondió Lyman—, No es fácil de entender. Gobiernan el mundo, no hay duda, pero ¿por qué? —Frunció las cejas y se quedó mirando suplicante al hombre del traje castaño—. ¿Porqué?

—Si gobiernan el mundo, tienen muchas cosas que explicar.

—A eso me refiero. Desde nuestro punto de vista, es absurdo. Hacemos las cosas ilógicamente, pero sólo porque ellos nos lo ordenan. Todo lo que hacemos, casi todo, es ilógica pura. El Duende de lo Perverso de Poe...; puede darle otro nombre que empiece con M. Marciano, quiero decir. Los psicólogos pueden explicar a la perfección por qué un asesino quiere confesar su crimen, pero sigue siendo una reacción ilógica. A menos que un marciano le ordene hacerlo.

—No puedo hipnotizarte para obligarte a hacer algo que viola tu sentido ético —afirmó triunfalmente el periodista.

Lyman volvió a fruncir las cejas.

—No puede hacerlo un humano, pero sí un marciano. Supongo que nos aventajaron cuando nosotros no teníamos más que cerebros de mono, y siempre han mantenido así las cosas. Evolucionaron igual que lo hicimos nosotros, y dieron un paso más. Como el gorrión sobre el dorso del águila: cuando ésta no pudo volar más alto, aquél remontó el vuelo y batió la marca de altitud. Ellos conquistaron el mundo, pero nunca lo supo nadie, Y han estado gobernando desde entonces.

—Pero...

—Pensemos en las casas, por ejemplo. Son incómodas. Horribles, inadecuadas, sucias..., nada va bien en ellas. Pero cuando hombres como Frank Lloyd Wright escapan al control marciano el tiempo suficiente para sugerir algo mejor..., fíjese cómo reacciona la gente. Odian la idea. Mejor dicho, no ellos, sino los marcianos que les dan órdenes.

—Mire, ¿por qué a los marcianos les preocupa el tipo de casas en que vivimos?

Explíquemelo.

—No me gusta el atisbo de escepticismo que se desliza en su forma de hablar —señaló Lyman, poniéndose muy serio—. Les preocupa, sí. No cabe la menor duda. Viven en nuestras casas. No las construimos a nuestro gusto, sino siguiendo las instrucciones de los marcianos, tal como ellos quieren. Les preocupa mucho todo lo que hacemos. Y cuanto mayor es el absurdo, mayor la preocupación.

»Piense en las guerras. Las guerras no tienen sentido desde ningún punto de vista humano. En realidad, nadie las desea. Pero estamos abocados a ellas. Son útiles, desde el punto de vista marciano. Nos ofrecen una explosión tecnológica y reducen el exceso de población. Y hay otras muchas consecuencias. La colonización, por ejemplo. Pero sobre todo tecnología. En tiempo de paz, si un individuo inventa la propulsión a chorro, resulta demasiado costosa para desarrollarla comercialmente. Pero en tiempo de guerra es preciso desarrollarla. Y los marcianos podrán emplearla siempre que lo deseen. Para ellos no somos más que herramientas... o miembros. Y además, nadie gana las guerras excepto los marcianos.

El hombre del traje color castaño ahogó la risa.

—Eso tiene sentido —dijo—. Debe de resultar agradable ser un marciano.

—¿Por qué no? Hasta ahora, ninguna raza logró conquistar y dominar satisfactoriamente a otra. La derrotada podía sublevarse, o incorporarse a la vencedora. Si uno sabe que le dominan, el dominador es vulnerable. Pero si el mundo no lo sabe...

—¿Y qué me dice de la radio? —prosiguió Lyman, cambiando repentinamente de tema —, No hay razón terrenal por la que un humano sensato deba escuchar la radio. Pero los marcianos nos obligan. Les gusta. Piense en las bañeras. Nadie argumenta que las bañeras sean cómodas... para nosotros. Pero son excelentes para los marcianos. Todas las cosas poco prácticas que insistimos en utilizar, aun sabiendo que no son prácticas...

—Cintas de máquina de escribir —interrumpió el periodista, impresionado por la idea —. Pero ni siquiera un marciano podría disfrutar cambiando una cinta de una máquina de escribir.

A Lyman le pareció algo impertinente aquella observación. Afirmó que lo sabía todo acerca de los marcianos, menos una cosa: su psicología.

—No sé *por qué* actúan tal como lo hacen, A veces parece ilógico, pero estoy totalmente convencido de que tienen motivos poderosos para todos y cada uno de sus movimientos. Mientras no consiga descifrar esto me hallaré en un callejón sin salida. Mientras no obtenga pruebas, evidencia y ayuda. Debo estar oculto hasta entonces. Y lo he estado haciendo. Hago todo lo que me dicen que haga, por lo que no sospechan de mí, y trato de olvidar lo que me ordenan olvidar.

—Entonces, no hay nada por lo que deba preocuparse.

Lyman no prestaba atención. Volvió a enumerar hechos que había protagonizado.

—Cuando oigo caer el agua en la bañera y un marciano chapoteando, hago ver que no oigo nada. Mi cama es demasiado corta, así que la última semana traté de conseguir otra de largura especial, pero el marciano que duerme allí me ordenó que no lo hiciera. Es un enano, como la mayoría de ellos. Mejor dicho, creo que son enanos. Sólo se trata de una suposición, porque es imposible verlos tal como son, Pero siempre pasa lo mismo. A propósito, ¿cómo es su marciano?

El periodista dejó el vaso en la barra casi al instante.

—¿Mi marciano?

—Oiga, por favor. Puedo estar un poco bebido, pero mi lógica permanece inalterable. Aún sé cuantas son dos y dos. Usted puede saber lo de los marcianos, o no saberlo. Si lo sabe, no hay motivo para que me haga esa rutinaria pregunta: «¿Mi marciano?» Sé que usted tiene un marciano. Su marciano sabe que usted tiene un marciano. Y mi marciano también lo sabe. El problema es: ¿lo sabe usted? Piénselo detenidamente.

—No, no tengo un marciano —contestó el periodista, dando un rápido trago. El borde del vaso chocó contra sus dientes.

—Está nervioso, por lo que veo —observó Lyman—. Claro que tiene un marciano. Creía que lo sabía.

—¿Y qué estaría haciendo yo con un marciano? —inquirió el hombre del traje castaño con un terco dogmatismo.

—¿Qué estaría haciendo sin un marciano? Supongo que es algo ilegal. Si le encuentran solo, sin marciano, lo más probable es que le pongan fuera de la circulación, o algo por el estilo, hasta que alguien le reclame. Oh, usted tiene un marciano, no hay duda. Igual que yo, igual que ése, aquél o el de más allá. Igual que el camarero. —Lyman fue señalando a todos los que estaban en el bar.

—Claro que sí —afirmó el periodista—. Pero todos se irán a Marte mañana y usted tendrá la oportunidad de ver a un buen médico. Ande, será mejor que tome otro trago...

Se volvió hacia el camarero. En aquel momento, Lyman, de forma accidental, se acercó más a él y murmuró apremiantemente:

—*iNo mire ahora!*

El periodista observó la pálida cara de Lyman reflejada en el espejo que había ante ellos.

—De acuerdo —dijo—. No hay ningún mar...

Lyman le propinó un puntapié, rápido y violento, al amparo de la barra.

—¡Cállese! ¡Acaba de entrar uno!

Lyman observó la mirada del periodista y, con fingida despreocupación, dijo:

—Como puede suponer, no me quedó otro remedio más que trepar al tejado en busca de él. Tardé diez minutos en poder bajarlo por la escalera y, justo cuando llegábamos abajo, pegó un brinco, subió a mi cabeza trepando por la cara y... allí estaba otra vez, en el tejado, maullando para que lo bajara de allí.

—¿Qué? —exclamó el hombre del traje castaño con una curiosidad muy comprensible.

—Hablo de mi gato, claro. ¿Qué se pensaba? Es igual, no hace falta que conteste.

Lyman miraba el rostro del periodista, pero de reojo observaba algo invisible que se movía a lo largo de la barra del bar en dirección a una mesa de la parte trasera.

—¿Por qué ha venido? —murmuró—. Esto no me gusta. ¿Lo conoce?

—¿A quién?

—Ese marciano. ¿Es el suyo, por casualidad? No, supongo que no. El suyo debía ser el que se marchó hace un rato. ¿Tal vez se fue para dar un informe, y envió a éste en su lugar? Quizá, podría ser. Ya puede hablar, pero en voz baja. Y deje de mirar a uno y otro lado, ¿Quiere que advierta que podemos, verlo?

—Yo no puedo verlo. No me meta en esto. Apáñenselas como puedan, usted y sus marcianos. Me está poniendo nervioso. Además, debo irme.

Pero no se movió del taburete. Miraba disimuladamente por encima del hombro de Lyman, hacia la parte trasera del bar, y de vez en cuando observaba el rostro del propio Lyman.

—Deje de mirarme —dijo Lyman—. Y deje de observar al marciano. Todo el mundo pensará que usted es un gato.

—¿Un gato? ¿Por qué todo el mundo ha de pensar? ¿Me parezco a un gato?

—Estábamos hablando de gatos, ¿no? Los gatos pueden verlos, muy claramente. Aun cuando estén sin sus disfraces, me parece. A ellos no les gustan.

—¿A quién no le gusta quién?

—A los marcianos no les gustan los gatos, y viceversa. Los gatos pueden ver a los marcianos..., ¡chis!, pero lo disimulan, y esto hace que los marcianos se enfurezcan. Tengo una teoría: los gatos dominaron el mundo antes que los marcianos. No importa. Olvídese de los gatos. Esto puede ser más serio de lo que piensa. Sé que mi marciano se ha ido esta noche, y estoy convencido de que el suyo es el que se marchó hace un rato. ¿Y se ha dado cuenta de que ninguna persona de las que se hallan aquí va acompañada de su

marciano? ¿No le parece... —su voz se convirtió en un susurro—, no le parece que tal vez estén *esperándonos fuera*?

—¡Esto es demasiado! —exclamó el periodista—. Y supongo que están en el callejón, con los gatos.

—¿Por qué no se olvida de los gatos y se comporta seriamente por un momento? —inquirió Lyman.

Guardó silencio, palideció y se tambaleó ligeramente sobre el taburete. Se apresuró a beber un trago para ocultar su confusión.

—¿Qué problema hay ahora? —preguntó el hombre del traje castaño.

—Ninguno. —Otro trago—. Ninguno. Tan sólo que... él me *miró*. Con... Ya puede imaginárselo.

—Veamos si lo entiendo. Deduzco que el marciano tiene el aspecto..., tiene apariencia humana.

—Naturalmente.

—¿Y es invisible a todas las miradas menos a las suyas?

—Sí. Precisamente ahora, no quiere que se le vea. Además...

Lyman se detuvo astutamente. Miró furtivamente al otro hombre y luego se quedó observando su vaso.

—Además —prosiguió—, me parece que usted puede verlo. Un poco, por lo menos.

El periodista guardó silencio durante medio minuto. Se quedó completamente inmóvil. Ni siquiera los cubitos del vaso temblaban. Incluso dio la impresión de no respirar. Y no parpadeaba.

—¿Qué le hace suponer eso? —preguntó en tono normal, al cabo de medio minuto.

—Yo... ¿Qué es lo que dije? No estaba escuchando. —Lyman dejó repentinamente el vaso sobre la barra—. Creo que debo irme.

—No, no se irá —dijo el periodista, cerrando sus dedos en torno a la muñeca de Lyman—. Aún no. Vuelva a sentarse. Y bien, ¿cuál era la idea? ¿Adónde quería ir a parar?

Lyman señaló con la cabeza la parte trasera del bar, en la que había una máquina tocadiscos y una puerta con el letrero «CABALLEROS».

—No me encuentro bien. Quizás he bebido demasiado. Me parece que...

—Si no me inspira confianza el que usted vuelva con ese..., ese hombre invisible. Se quedará aquí hasta que él se marche.

—Se marcha ahora —dijo Lyman muy excitado. Sus ojos vivaces siguieron algo que se dirigía invisible pero rápidamente hacia la puerta principal—. Mire, ya se ha ido. Ahora permita que me marche yo, por favor.

El periodista miró hacia la mesa de la parte trasera.

—No —dijo—. No se ha ido. No se mueva de donde está.

En esta ocasión fue Lyman el que permaneció completamente inmóvil, de forma chocante, durante un buen rato. Pero el hielo de su vaso resonaba de modo audible. Cuando siguió hablando, su voz era blanda, y algo más grave que antes.

—Sí, tiene razón. Sigue aquí Usted puede verlo, ¿me equivocó?

—¿Nos ha dado la espalda? —preguntó el hombre del traje castaño.

—Usted *puede* verlo. Quizá mejor que yo. Tal vez haya más de los que pensaba. Pueden estar en cualquier parte. Detrás de usted, vaya a donde vaya, y ni siquiera lo sospechará hasta que... —Sacudió un poco la cabeza—. Quieren estar *seguros* —prosiguió, como si hablara consigo mismo—. Pueden darte órdenes y hacer que las olvides, pero debe de haber límites para lo que pueden obligarte a hacer. Les es imposible lograr que un hombre se traicione a sí mismo. Han de guiarlo... hasta que estén seguros.

Alzó el vaso y se lo llevó a la boca, inclinándolo exageradamente. El hielo se deslizó y chocó contra sus labios, pero Lyman lo mantuvo allí hasta apurar la última gota de pálido y burbujeante ámbar. Puso el vaso sobre la barra y se encaró con su compañero.

El periodista miró a uno y otro lado.

—Se está haciendo tarde —expuso—. Ya queda poca gente. Esperaremos.

—¿Esperaremos a qué?

El hombre del traje castaño miró hacia la mesa de la parte trasera y apartó la vista rápidamente.

—Tengo algo que quiero mostrarle. No quiero que lo vea ninguna otra persona.

Lyman recorrió con la vista el cargado ambiente del angosto local. Y mientras miraba, el último cliente que se hallaba junto a ellos en la barra se metió la mano en el bolsillo, puso algunas monedas sobre la caoba y, muy despacio, se encaminó hacia la calle.

Estaban en silencio. El camarero los miró con un desinterés impasible. Al cabo de un momento, una pareja que estaba en una mesa se levantó y salió del bar, discutiendo en voz baja.

—¿Queda alguien? —preguntó el periodista, en un tono de voz que no llegó hasta el hombre vestido con un delantal.

—Sólo... —Lyman no terminó la frase, limitándose a señalar con un suave movimiento

de cabeza el fondo de la sala—. No está mirando. Prosigamos. ¿Qué quiere mostrarme?

El hombre del traje castaño se quitó el reloj de pulsera y buscó algo en la caja metálica. Aparecieron dos diminutas y satinadas fotografías, y las separó con un dedo.

—Quiero estar seguro de una cosa —dijo—. En primer lugar, ¿por qué me ha escogido a mí? Hace un rato, usted dijo que me había seguido durante todo el día, para estar seguro. No he olvidado eso. Y usted sabía que yo era periodista. ¿Por qué no me cuenta la verdad?

Lyman se removió en el taburete. Su semblante era ceñudo.

—Fue por su modo de mirarlo todo —murmuró—. Esta mañana, en el metro... No le había visto nunca, pero me llamó la atención su forma de mirar. Usted miraba cosas que no estaban allí, igual que un gato, y luego apartaba siempre la vista. Pensé que también podía ver a los marcianos.

—Prosiga —dijo tranquilamente el periodista.

—Le seguí. Todo el día. Tenía la esperanza de que usted fuera alguien... con quien poder hablar. Porque si averiguaba que yo no era el único capacitado para verlos, entonces aún habría esperanzas. Esto ha sido peor que estar encerrado en solitario. Ya hace tres años que puedo verlos. Tres años» Y he tratado de mantenerlo en secreto, incluso para ellos. Y también he intentado no suicidarme.

—¿Tres años? —El periodista se estremeció.

—Siempre tenía una pequeña esperanza. Sabía que nadie iba a creerme, al menos sin presentar pruebas. ¿Y cómo obtener pruebas? Sólo por eso yo... me dije una y otra vez que quizá usted pudiera verlos, y si era así, podría haber otras personas, muchas, las suficientes para reunimos y buscar algún modo de probar ante el mundo...

Los dedos del periodista se movieron. En silencio, deslizó una de las fotografías sobre la barra de caoba. Lyman la cogió nerviosamente.

—¿Una foto nocturna? —preguntó al cabo de un instante.

Se trataba de un paisaje bajo un cielo muy oscuro en el que había nubes blancas. Los árboles se erguían blanquecinos contra la negrura. La hierba era blanca, como si la bañara la luz de la luna, y las sombras, difusas.

—No, no es nocturna —contestó el periodista—. Infrarrojos. Soy un aficionado, estrictamente hablando, pero en los últimos tiempos he estado experimentando con película de infrarrojos. He obtenido resultados extraordinarios.

Lyman contemplaba fijamente la fotografía.

—Mire, yo vivo cerca de... —El hombre del traje castaño indicó algo, aparentemente normal, que aparecía en la foto—. Y hay algo raro que aparece de vez en cuando en la

película. Pero sólo si es de infrarrojos. Ahora sé que la clorofila refleja muchísimo la luz infrarroja, y por eso la hierba y las hojas quedan blancas. El cielo queda en negro, como puede ver. Hay trucos para emplear este tipo de película. Si se fotografía un árbol con una nube como fondo, es imposible distinguir las dos cosas en la fotografía. Pero fotografiando a través de la niebla se captan objetos distantes, inalcanzables con película ordinaria. Y a veces, cuando enfocas algo como esto... —Volvió a señalar el objeto aparentemente normal—, obtienes una imagen francamente extraordinaria en la película. Como ésa. Un hombre con tres ojos.

Lyman alzó la fotografía hacia la luz. Recogió la otra de la barra y la estudió en silencio. Cuando volvió a dejarlas, sonreía.

—¿Sabe una cosa? —murmuró—. Un profesor de astrofísica de una de las universidades más importantes publicó un artículo muy interesante en «The Times», el pasado domingo. Se llama Spitzer, creo. Opinaba que si había vida en Marte, y si los marcianos habían visitado la Tierra, no habría modo de probarlo. Nadie creería a los pocos hombres que los hubiesen visto. No, decía, a menos que los marcianos fueran fotografiados...

Lyman, pensativo, observó al otro hombre.

—Bien —prosiguió—, ya está hecho. Usted los ha fotografiado.

El periodista asintió. Recogió las fotografías y volvió a guardarlas en su reloj de pulsera.

—Así lo creía yo —explicó—, pero no estaba seguro. No, hasta esta noche. Nunca había visto uno, no del todo, como usted. No es cuestión de lo que usted denomina «tener el cerebro revuelto» con ultrasonidos, sino de saber dónde hay que mirar. Pero yo los he visto, en parte, durante toda mi vida, igual que todo el mundo. Es esa ligera insinuación de movimiento que nunca alcanzas a ver, como no sea por el rabillo del ojo. Algo que casi está allí..., y cuando miras directamente no hay nada. Estas fotografías me mostraron el camino. No es fácil de aprender, pero puede hacerse. Estamos condicionados a mirar directamente una cosa, aquello en particular que deseamos ver con claridad, sea lo que fuere. Quizá fueron los marcianos quienes nos condicionaron. Cuando observamos un movimiento en la frontera de nuestro ángulo de visión, resulta casi irresistible no mirarlo directamente. Por eso desaparece.

—Entonces, ¿cualquier persona puede verlos?

—He aprendido mucho en cuestión de pocos días —dijo el periodista—. Desde que tomé estas fotos. Es un problema de entrenamiento. Es como ver una imagen trucada, una composición, después de estudiarla. Camuflaje. Todo se reduce a saber hacerlo, porque, si no, podemos estar mirándolos toda nuestra vida y no verlos nunca.

—Pero la cámara sí.

—Sí, la cámara sí. Me pregunto por qué nadie ha podido sorprenderlos antes, empleando este medio. Una vez los ves en la película, son inconfundibles... por ese tercer ojo.

—La película de infrarrojos es relativamente nueva, ¿me equivoco? Además, apostaría a que hay que sorprenderlos en un fondo tal como ése, o de lo contrario no aparecerán en ella. Como árboles frente a nubes. Es muy delicado. Usted debió de tener la iluminación precisa el día que tomó las fotos. El enfoque ideal, el objetivo en su punto exacto. Una especie de milagro menor. Tal vez no vuelva a suceder de esta manera Pero... no mire ahora.

Guardaron silencio. Disimuladamente, contemplaron el espejo. Sus ojos se deslizaron por él hacia la abierta puerta del bar.

Y luego se produjo un silencio terrible.

—Nos ha mirado —dijo Lyman con mucha tranquilidad—. Nos ha mirado con... ¡ese tercer ojo!

El periodista volvió a quedar totalmente inmóvil. Cuando se movió, fue para acabar la bebida.

—No creo que sospechen nada todavía —dijo—. La cuestión es conservar oculto esto, hasta que podamos difundirlo ampliamente. Debe de haber algún modo de hacerlo, un modo que convenza a la gente.

—Hay pruebas. Las fotografías. Un fotógrafo competente comprenderá la forma precisa que a usted le permitió descubrir al marciano en la película, y podrá reproducir las condiciones. Se trata de pruebas.

—Las pruebas pueden cerrar ambos caminos. Confío en que a los marcianos no les guste matar..., a menos que deban hacerlo. Confío en que no matarán sin pruebas. Pero... —Golpeó ligeramente su reloj.

—Ahora somos dos —intervino Lyman—. Debemos atacar unidos. Ambos hemos roto la gran regla: *no mire ahora*.

El camarero estaba al fondo, desconectando el tocadiscos.

—Es mejor que no nos vean juntos, salvo que sea necesario —dijo el periodista—. Pero si volvemos mañana por la noche a este bar, a las nueve, para tomar algo, no será nada extraño, ni siquiera para ellos.

—Supongamos que... —Lyman dudaba—. ¿Puedo quedarme con una de las fotografías?

—¿Por qué?

—Si uno de los dos tuviera... un accidente, el otro conservaría aún una prueba. Suficiente, quizá, para convencer a las personas adecuadas.

El periodista dudó un momento, asintió y volvió a abrir su reloj de pulsera, entregando a Lyman una de las dos fotografías.

—Ocúltela —dijo—. Es evidencia. Le veré aquí mañana. Entre tanto, tenga cuidado. Recuerde que debemos actuar sobre seguro.

Se estrecharon la mano con firmeza, mirándose uno a otro en un instante de silencio decisivo. Luego el periodista se volvió bruscamente y salió del bar.

Lyman permaneció sentado. Entre dos arrugas de su frente hubo un movimiento de pestañas desplegándose. Poco a poco, fue abriéndose un tercer ojo que siguió los pasos del hombre del traje castaño.

Ray Bradbury es el poeta incuestionable de la ciencia ficción. Su habilidad para amoldar el lenguaje a la transmisión de ideas, algo que en tiempos fue considerado imposible, es única dentro del género de la ciencia ficción. Su talento inextinguible hizo comprender a los editores del género que se hallaban ante una persona para la que los límites, otrora rígidos, de la ciencia ficción no significaban nada. Más que cualquier otro escritor anterior, Bradbury ensanchó los confines del tema, penetró en las profundidades de lo desconocido, y, al hacerlo, difuminó la frontera que separa la ciencia ficción de la fantasía científica.

Pero el proceso no acaeció de la noche a la mañana: Bradbury tuvo que trabajar duramente. Raymond Douglas Bradbury nació en Waukegan, Illinois, el domingo 22 de agosto de 1920. Su familia se trasladó a Los Ángeles, pasando por Arizona. En 1937, Ray descubrió en Los Angeles la sucursal de la Science Fiction League y, por consiguiente, el *fandom* de la ciencia ficción. Tras conocer los *fanzines*, publicó en ellos la mayor parte de sus primeras obras. Creó su propio fanzine, «Futura Fantasía», que sobrevivió durante cuatro números. En el segundo de éstos (otoño de 1939) apareció un relato corto de Bradbury, *Pendulum* (Péndulo). Henry Hasse, escritor de ciencia ficción, volvió a redactarlo y el relato se convirtió en la primera venta profesional de Bradbury, apareciendo en noviembre de 1941 en «Super Science Stories». Un año antes, Bradbury había publicado otro relato en la «pulcra» «Script» californiana, pero no recibió dinero alguno.

Las ventas regulares eludieron a Bradbury durante mucho tiempo. Se dice que destruyó infinidad de escritos. Pero no se desanimó y, por fin, «Weird Tales» le ofreció un mercado apropiado al extraño sello de su fantasía. Los editores (sobre todo de novelas policíacas y ciencia ficción) exigieron a Bradbury que se ajustara a los temas, pero el de «Weird Tales», dirigida por Dorothy McIlwraith, le permitió escribir como quisiera. Esto desarrolló su talento y fama, por lo que otros editores empezaron a considerar sus relatos desde una nueva perspectiva. A mitad de la década de 1940, Ray vendía ciencia ficción libre a «Planet Stories», y en 1949 escribía una ciencia ficción de auténtica categoría, como por ejemplo *Kaleidoscope* (Calidoscopio). ¿Quién podría imaginar que una revista llamada «Thrilling Wonder», evocando visiones de monstruos con ojos saltones y batallas espaciales, diera cabida en sus pobres páginas de tipo barato a una joya de la prosa tan bellamente construida como es la siguiente narración?

El primer impacto rajó la nave cual si fuera un gigantesco abrelatas. Los hombres fueron arrojados al espacio, retorciéndose como una docena de peces fulgurantes. Se diseminaron en un mar oscuro mientras la nave, convertida en un millón de fragmentos,

proseguía su ruta semejando un enjambre de meteoritos en busca de un sol perdido.

—Barkley, Barkley, ¿dónde estás?

Voces aterrorizadas, niños perdidos en una noche fría.

—¡Woode, Woode!

—¡Capitán!

—Hollis, Hollis, aquí Stone.

—Stone, soy Hollis. ¿Dónde estás?

—¿Y cómo voy a saberlo? Arriba, abajo... Estoy cayendo. ¡Dios mío, estoy cayendo!

Caían. Caían, en la madurez de sus vidas, como guijarros diminutos y plateados. Se diseminaban como piedras lanzadas por una catapulta monstruosa. Y ahora en vez de hombres eran sólo voces. Voces de todos los tipos, incorpóreas y desapasionadas, con distintos tonos de terror y resignación.

—Nos alejamos unos de otros.

Era cierto. Hollis, rodando sobre sí mismo, sabía que lo era y, de alguna forma, lo aceptó. Se alejaban para recorrer distintos caminos y nada podría reunirles de nuevo. Vestían sus trajes espaciales, herméticamente cerrados, sus pálidos rostros ocultos tras las placas faciales. No habían tenido tiempo de acoplarse las unidades energéticas. Con ellas, habrían sido pequeños botes salvavidas flotando en el espacio. Se habrían salvado, habrían salvado a otros, habrían encontrado a todos hasta unirse para formar una isla de hombres y pensar en alguna salida. Pero ahora, sin las unidades energéticas acopladas a sus hombros, eran meteoritos alocados encaminándose hacia destinos diversos e inevitables.

Pasaron diez minutos. El terror inicial se apagó, dando paso a una calma metálica. Sus voces extrañas empezaron a entrelazarse en el espacio, un telar inmenso y oscuro, cruzándose y volviéndose a cruzar hasta formar el tejido final.

—Stone a Hollis. ¿Cuánto tiempo podremos hablar por radio?

—Depende de tu velocidad y la mía.

—Una hora, supongo.

—Algo así —dijo Hollis, pensativo y tranquilo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Hollis al cabo de un minuto.

—El cohete estalló, eso es todo. Los cohetes estallan, ¿sabes?

—¿Hacia dónde caes?

—Creo que me estrellaré en el Sol.

—Yo en la Tierra. De vuelta a la madre Tierra a quince mil kilómetros por hora. Arderé como una cerilla.

Hollis pensó en ello con una sorprendente serenidad. Le parecía estar separado de su cuerpo, viéndolo caer y caer en el espacio, con la misma tranquilidad con la que había visto caer los primeros copos de nieve de un invierno muy lejano.

Los otros guardaban silencio. Pensaban en el destino que les había llevado a esto, a caer y caer sin poder hacer nada para evitarlo. Hasta el capitán callaba, porque no había orden o plan que pudiera arreglarlo todo.

—¡Oh, esto es interminable! ¡Interminable, interminable! —exclamó una voz—, ¡No quiero morir, no quiero morir! ¡Esto es interminable!

—¿Quién habla?

—No lo sé.

—Creo que es Stimson. Stimson, ¿eres tu?

—Esto es interminable y no me gusta. ¡Dios mío, no me gusta nada!

—Stimson, aquí Hollis. Stimson, ¿me oyes?

Una pausa. Seguían separándose unos de otros.

—¿Stimson?

—Sí —replicó por fin.

—Stimson, tranquilízate. Todos tenemos el mismo problema.

—No quiero estar aquí. Me gustaría estar en cualquier otro sitio.

—Hay una posibilidad de que nos encuentren.

—Sí, sí, seguro —dijo Stimson—. No creo en esto, no creo que esté sucediendo realmente.

—Es una pesadilla —dijo alguien.

—¡Cállate! —ordenó Hollis.

—Ven y hazme callar —contestó la voz. Era Applegate. Se reía con toda tranquilidad, sin histeria—. Ven y hazme callar.

Por primera vez, Hollis sintió su impotencia. La cólera se adueñó de él porque en aquel momento deseaba, más que ninguna otra cosa, herir a Applegate. Había esperado muchos años para poder hacerlo..., y ahora era demasiado tarde. Applegate era únicamente una voz radiofónica.

¡Y seguían cayendo y cayendo!

Dos de los hombres se pusieron a gritar, de repente, como si acabaran de descubrir el horror de su situación. Hollis vio a uno de ellos, en una pesadilla, flotando muy cerca de él, chillando y chillando.

—¡Basta!

El hombre estaba casi al alcance de su mano. Gritaba enloquecido. Nunca se callaría. Seguiría chillando durante un millón de kilómetros, mientras se encontrara en el campo de acción de la radio. Fastidiaría a todos los demás e impediría que hablaran entre sí.

Hollis alargó la mano. Era mejor así. Hizo un último esfuerzo y tocó al hombre. Se agarró a su tobillo y fue desplazando la mano hasta llegar a la cabeza. El hombre chilló y se retorció como si estuviera ahogándose. Sus gritos llenaron el universo.

«Da lo mismo —pensó Hollis—. El Sol, la Tierra o los meteoros lo matarán igualmente. ¿Por qué no ahora?»

Hollis aplastó la placa facial del hombre con su puño metálico. Los gritos cesaron. Se apartó del cadáver y lo dejó alejarse siguiendo su propio curso, cayendo y cayendo.

Hollis y los demás seguían cayendo sin cesar en el espacio, en el interminable remolino de un terror silencioso.

—Hollis, ¿sigues ahí?

Hollis no contestó. Una oleada de calor inundó su rostro.

—Aquí Applegate otra vez.

—¿Qué hay, Applegate?

—Hablemos. No podemos hacer otra cosa.

El capitán intervino.

—Ya es suficiente. Tenemos que encontrar una solución.

—Capitán, ¿por qué no se calla?

—¿Qué?

—Ya me ha oído, capitán. No pretenda imponerme su rango, porque nos separan quince mil kilómetros y no tenemos que engañarnos. Tal como dijo Stimson, la caída es interminable.

—¡Compórtese, Applegate!

—No quiero. Esto es un motín de uno solo. No tengo una maldita cosa que perder. Su nave era mala, usted un mal capitán, y espero que se ase cuando llegue al Sol.

—¡Le ordeno que se calle!

—Adelante, vuelva a ordenarlo. —Applegate sonrió a quince mil kilómetros de distancia. El capitán no dijo nada más—. ¿Dónde estábamos, Hollis? Ah, sí, ya recuerdo. También te odio a ti Pero tú ya lo sabes. Hace mucho tiempo que lo sabes.

Hollis, desesperado, cerró los puños.

—Quiero confesarte algo —prosiguió Applegate—. Algo que te hará feliz. Fui uno de los que votaron contra ti en la Rocket Company, hace cinco años.

Un meteorito surcó el espacio. Hollis miró hacia abajo y vio que no tenía mano izquierda. La sangre brotaba a chorros. De repente, advirtió la falta de aire en su traje. El oxígeno que conservaba en los pulmones le permitió, sin embargo, hacer un nudo a la altura de su codo izquierdo, apretando la juntura y cerrando el escape. La rapidez del suceso no le dio tiempo a sorprenderse. Ninguna cosa podía sorprenderle en aquel momento. Ya cerrado el boquete, el aire volvió a llenar el traje en un instante. Y la sangre, que había brotado con tanta facilidad, quedó comprimida cuando Hollis apretó aún más el nudo, hasta convertirlo en un torniquete.

Todo esto había sucedido en medio de un terrible silencio por parte de Hollis. Los otros hombres conversaban. Uno de ellos, Lespere, hablaba sin cesar de su mujer de Marte, de su mujer venusiana, de su mujer de Júpiter, de su dinero, sus buenos tiempos, sus borracheras, su afición al juego, su felicidad... Hablaba y hablaba, mientras todos caían. Lespere, feliz, recordaba el pasado mientras se precipitaba hacia la muerte.

¡Todo era tan raro! Espacio, miles de kilómetros de espacio, y voces vibrando en su centro. Ningún hombre al alcance de la vista, sólo las ondas de radio se agitaban tratando de emocionar a otros hombres.

—¿Estás enfadado, Hollis?

—No.

Y no lo estaba. Había recuperado la serenidad. Era una masa insensible, cayendo para siempre hacia ninguna parte.

—Durante toda tu vida quisiste llegar a la cumbre, Hollis. Y yo lo impedí. Siempre quisiste saber lo que había ocurrido. Bien, voté contra ti antes de que me despidieran a mí también.

—No tiene importancia.

Y no la tenía. Todo había terminado. Cuando la vida llega a su fin es como un intenso resplandor. Un instante en el que los prejuicios y pasiones se condensan e iluminan en el espacio, antes de que se pueda decir una sola palabra. Hubo un día feliz y otro desdichado, hubo un rostro perverso y otro bondadoso... El resplandor se apaga y se hace la oscuridad.

Hollis pensó en su pasado. Al borde de la muerte, una sola cosa le atormentaba y por ella, únicamente por ella, deseaba seguir viviendo. ¿Sentirían lo mismo sus compañeros de agonía? ¿Tendrían aquella sensación de no haber vivido nunca? ¿Pensarían, como él, que la vida surge y muere antes de poder respirar una vez? ¿Les parecería a todos tan abrupta e imposible, o sólo a él, aquí, ahora, con escasas horas para meditar?

Uno de los otros hombres estaba hablando.

—Bueno, yo viví bien. Tuve una esposa en Marte, otra en Venus y otra en Júpiter. Todas tenían dinero y se portaron muy bien conmigo. Fue maravilloso. Me emborrachaba, y hasta una vez gané veinte mil dólares en el juego. Pero ahora estás aquí —pensó Hollis—. Yo no tuve nada de eso. Tenía celos de ti, Lespere. En pleno trabajo envidiaba tus mujeres y tus juergas. Las mujeres me asustaban y huía al espacio, siempre deseándolas, siempre celoso de ti por tenerlas, por tu dinero, por toda la felicidad que podías conseguir con aquella vida alocada. Pero ahora se acabó todo, caemos. Ya no tengo celos de ti. Es mi final y el tuyo, y todo parece no haber sucedido nunca.»

Hollis levantó el rostro y gritó por la radio:

—¡Todo ha terminado, Lespere!

Silencio.

—¡Cómo si nunca hubiese ocurrido, Lespere!

—¿Quién habla? —preguntó Lespere temblorosamente.

—Soy Hollis.

Se sintió miserable. Era la mezquindad, la absurda mezquindad de la muerte. Applegate le había herido y él, Hollis, quería herir a otro. Applegate y el espacio le habían herido.

—Ahora estás aquí, Lespere. Todo ha terminado, como si nunca hubiera sucedido, ¿no es cierto?

—No.

—Cuando llega el final, todo parece no haber ocurrido nunca. ¿Es mejor tu vida que la mía, ahora? Antes, sí, ¿y ahora? El presente es lo que cuenta. ¿Es mejor? ¿Lo es?

—¡Sí, es mejor!

—¿Por qué?

—Porque conservo mis pensamientos, ¡porque recuerdo! —gritó Lespere, muy lejos, indignado, apretando los recuerdos a su pecho con ambas manos.

Y estaba en lo cierto. Hollis lo comprendió mientras una sensación fría como el hielo fluía por todo su cuerpo. Existían diferencias entre los recuerdos y los sueños. A él sólo le

quedaban los sueños de las cosas que había deseado hacer, pero Lespere recordaba cosas hechas, consumadas. Este pensamiento empezó a desgarrar a Hollis con una precisión lenta, temblorosa.

—¿Y para qué te sirve eso? —gritó a Lespere—. ¿De qué te sirve ahora? Lo que llega a su fin ya no sirve para nada. No estás mejor que yo.

—Estoy tranquilo —contestó Lespere—. Tuve mi oportunidad. Y ahora no me vuelvo perverso, como tú.

—¿Perverso?

Hollis meditó. Nunca, en toda su vida, había sido perverso. Nunca se había atrevido a serlo. Durante muchos años debió de haber estado guardando su perversidad para una ocasión como la actual. «Perverso». La palabra martilleó en su mente. Se le saltaron las lágrimas y resbalaron por su cara.

—Cálmate, Hollis.

Alguien había escuchado su voz sofocada.

Era completamente ridículo. Tan sólo un momento antes, había estado aconsejando a otros, a Stimson... Había sentido coraje y creído que era auténtico. Pero, ahora lo comprendía, no se trataba más que de conmoción, y de la «serenidad» que puede acompañarla. Y ahora trataba de condensar toda una vida de emociones reprimidas en un intervalo de minutos.

—Sé lo que sientes, Hollis —dijo Lespere, ya a treinta mil kilómetros de distancia, con una voz cada vez más apagada—. No me has ofendido.

«Pero ¿no somos iguales? —se preguntó un aturdido Hollis—. ¿Lespere y yo? ¿Aquí, ahora? Si algo ha terminado, ya está hecho. ¿Qué tiene de bueno, entonces? Los dos moriremos, de una forma o de otra.»

Pero Hollis sabía que todo aquello era puro raciocinio. Era como intentar explicar la diferencia entre un hombre vivo y un cadáver: uno poseía una chispa, un aura, un elemento misterioso, y el otro no.

Y lo mismo ocurría con Lespere y él. Lespere había vivido enteramente, y ello le convertía ahora en un hombre diferente. Y él, Hollis, había estado muerto durante muchos años. Se acercaban a la muerte siguiendo distintos caminos y, con toda probabilidad, si existieran varios tipos de muertes, el de Lespere y el suyo serían tan diferentes como la noche y el día. La cualidad de la muerte, como la de la vida, debe ser de una variedad infinita. Y si uno ya ha muerto una vez, ¿por qué preocuparse de morir para siempre, tal como estaba muriendo él ahora?

Un momento después descubrió que su pie derecho había desaparecido. Estuvo a

punto de reír. El aire, por segunda vez, había escapado de su traje. Se inclinó rápidamente y vio salir la sangre.

El meteorito había cortado la carne y el traje hasta el tobillo. Oh, la muerte en el espacio era humorística: te despedaza poco a poco, cual tétrico e invisible carnicero; Hollis apretó la válvula de la rodilla. Sentía dolor y mareo. Luchó por no perder la conciencia, apretó más la válvula y contuvo la sangre, conservando el aire que le quedaba. Se enderezó y prosiguió su caída. No podía hacer más.

—¿Hollis?

Hollis respondió cansinamente, harto de aguardar la muerte.

—Aquí Applegate de nuevo —dijo la voz.

—Sí.

—He estado pensando, y escuchándote. Esto no va bien. Nos convierte en perversos. Es una forma de morir muy mala, nos saca toda la maldad que llevamos dentro. Hollis, ¿me escuchas?

—Sí.

—Te mentí. Hace un momento. Te mentí. No voté contra. No sé por qué lo dije. Creo que deseaba hacerte daño. Parecías el más indicado. Siempre nos hemos peleado, Hollis. Creo que me estoy haciendo viejo de repente, arrepintiéndome. Cuando oí que tú eras un perverso me avergoncé. Es igual, quiero que sepas que yo también fui un idiota. No hay ni pizca de verdad en todo lo que dije. Y vete al infierno.

Hollis sintió que su corazón volvía a latir. Había estado parado durante cinco minutos. Ahora, todos sus miembros recuperaron el calor. La conmoción había terminado, y los sucesivos ataques de cólera, terror y soledad iban disipándose. Era un hombre recién salido de una ducha fría matutina, listó para desayunar y enfrentarse a un nuevo día.

—Gracias, Applegate.

—No hay de qué. Y ánimate, bobo.

—¿Dónde está Stimson? ¿Cómo se encuentra?

—¿Stimson?

Todos escuchaban atentamente.

—Debe de haber muerto.

—No lo creo. ¡Stimson!

Volvieron a escuchar.

Y oyeron una respiración dificultosa, lejana, lenta...

—Es él. Escuchad.

—¡Stimson!

Nadie respondió.

Sólo podían oír una respiración lenta y bronca.

—No contestará.

—Ha perdido el conocimiento. Dios le ayude.

—Es él, escuchad.

Una respiración apenas audible, el silencio.

—Está encerrado como una almeja. Encerrado en sí mismo, haciendo una perla. Consideradlo así, todo tiene su poesía. Él es más feliz que nosotros.

Stimson flotaba en la lejanía. Todos lo escucharon.

—¡Eh! —dijo Stone.

—¿Qué?

Hollis había contestado con toda su fuerza. Stone, más que ningún otro, era un buen amigo.

—Estoy entre un enjambre de meteoritos, pequeños asteroides.

—¿Meteoritos?

—Creo que es el grupo de Mirmidón, que se desplaza entre Marte y la Tierra y tarda cinco años en recorrer su órbita. Me encuentro justo en el medio. Es como un calidoscopio gigante. Hay colores, formas y tamaños de todos los tipos, ¡Dios mío, que hermoso es todo esto!

Silencio.

—Me voy con ellos —prosiguió Stone—. Me llevan con ellos. Estoy condenado, —Y se rió de buena gana.

Hollis trató de ver algo, pero sin conseguirlo. Allí sólo había las grandes joyas del espacio, los diamantes, los zafiros, las nieblas de esmeraldas y las tintas de terciopelo del espacio, y la voz de Dios confundiéndose entre los resplandores cristalinos. Era algo increíble y maravilloso pensar en Stone acompañando al enjambre de meteoritos. Iría más allá de Marte y volvería a la Tierra cada cinco años. Entraría y saldría de las órbitas de los planetas durante los siguientes miles y miles de años. Stone y el enjambre de Mirmidón, eternos e infinitos, girarían y se modelarían como los colores del calidoscopio de un niño cuando éste levanta el tubo hacia el sol y lo va girando.

—Adiós, Hollis. —La voz de Stone, ya muy debilitada—. Adiós.

—Buena suerte —gritó Hollis, a cincuenta mil kilómetros de distancia.

—No te hagas el gracioso —dijo Stone.

Silencio. Las estrellas se unían más y más entre ellas.

Todas las voces iban apagándose. Todas y cada una seguían su propia ruta; unas hacia el Sol, otras hacia el espacio remoto. Como el mismo Hollis. Miró hacia abajo. Él, y sólo él, volvía solitario a la Tierra.

—Adiós.

—Tómalo con calma.

—Adiós, Hollis —dijo Applegate.

Adioses innumerables, despedidas breves. El gran cerebro, extraviado, se desintegraba. Los componentes de aquel cerebro, que habían trabajado con eficiencia y perfección dentro de la caja craneal de la nave espacial, cuando ésta aún surcaba el espacio, morían uno a uno. Todo el significado de sus vidas saltaba hecho añicos. Igual que el cuerpo muere cuando el cerebro deja de funcionar, el espíritu de la nave, todo el tiempo que habían pasado juntos, lo que los unos significaban para los otros, todo eso moría. Applegate ya no era más que un dedo arrancado del cuerpo paterno, ya nunca más sería motivo de desprecio o intrigas. El cerebro había estallado y sus fragmentos inútiles, faltos de misión que cumplir, se desperdigaban. Las voces desaparecieron y el espacio quedó en silencio. Hollis estaba solo, cayendo.

Todos estaban solos. Sus voces se habían desvanecido como los ecos de palabras divinas vibrando en el cielo estrellado. El capitán marchaba hacia el Sol. Stone se alejaba entre la nube de meteoritos, y Stimson, encerrado en sí mismo. Applegate iba hacia Plutón. Smith, Turner, Underwood... Los restos del calidoscopio, las piezas de lo que otrora fue algo coherente, se esparcían por el espacio.

«¿Y yo? —pensó Hollis—. ¿Qué puedo hacer? ¿Puedo hacer algo para compensar una vida terrible y vacía? Si pudiera hacer algo para reparar la mezquindad de todos estos años, el absurdo del que ni siquiera me daba cuenta... Pero no hay nadie aquí. Estoy solo. ¿Cómo hacer algo que valga la pena cuando se está solo? Es imposible. Mañana por la noche me estrellaré contra la atmósfera de la Tierra. Arderé, y mis cenizas se esparcirán por todos los continentes. Seré útil. Sólo un poco, pero las cenizas son cenizas y se mezclarán con la tierra.»

Caía rápidamente, como una bala, como un guijarro, como una pesa metálica. Sereno, ni triste ni feliz... Lo único que deseaba, cuando todos los demás se habían ido, era hacer algo válido, algo que sólo él sabría.

«Cuando entre en la atmósfera, arderé como un meteoro.» Me pregunto si alguien me verá —dijo en voz alta.

Desde un camino, un niño alzó la vista hacia el cielo.

—¡Mira, mamá! ¡Mira! —gritó—. ¡Una estrella fugaz! La estrella blanca, resplandeciente, caía en el polvoriento cielo de Illinois.

—Pide un deseo —dijo la madre del niño—. Pide un deseo.

El hombre: cómo servirlo

por Damon Knight

de «Galaxy Science Fiction», noviembre de 1950

En la actualidad, el nombre de Damon Knight se asocia en gran medida con la nueva ola, con la visión vanguardista de la ciencia ficción, tendencia que él mismo apoya directamente con su prestigiosa serie *Orbit* (Órbita), de antologías originales. Puede pensarse, pues, que Knight es un producto de la década de 1960. Pero no es así: se presentó en febrero de 1941 con un relato corto, *Resilience* (Rechazo), aparecido en «Stirring Science Stories».

Knight es uno de los autores que debutaron antes de cumplir los veinte años. Nació en Baker, Oregón, en la noche del 19 al 20 de septiembre de 1920, y descubrió la ciencia ficción en 1932 mediante un ejemplar de «Amazing Stories». Aunque no descubrió el *fandom* hasta 1940, a través de la sección de seguidores de «Astonishing Stories», en mayo de aquel año ya había terminado el primer número de su propio *fanzine*, «Snide». Knight poseía inclinaciones artísticas, y muy a menudo dibujaba historietas para su *fanzine* y otros. Sus actividades le llevaron a establecer contacto con el grupo «Futurians», que incluía a Wollheim, Lowndes, Wilson, Pohl y Kornbluth, y, de este modo, a realizar sus primeras apariciones profesionales. Knight empezó a florecer como escritor hasta 1950, puesto que su trabajo fundamental era el de subdirector en Popular Publications. Su breve paso por «Worlds Beyond» ya ha sido explicado en la introducción del presente volumen.

En el invierno de 1950, «F & SF» publicó *Not with a Bang* (No acabará con un estallido), que fue la primera muestra real del floreciente talento de Knight. Partiendo de aquellos versos de T. S. Elliot en *The Hollow Men* (Los hombres vacíos): «Y así termina el mundo / no con un estallido / sino con un gemido», Knight desarrolla con destreza un incidente fundamental en las vidas del último hombre y la última mujer de la Tierra. Su siguiente relato fue *To Serve Man*, el que les ofrecemos a continuación. Su carrera está firmemente establecida en el campo del relato corto, aunque en ocasiones ha escrito algunas novelas como *Hell's Pavement* (El pavimento del infierno) (1955) y *Mind Switch* (Conmutador mental) (1965). Es un antologista notable, habiendo editado libros como *A Century of Science Fiction* (Un siglo de ciencia ficción) (1962) y *First Flight* (Primer vuelo) (1963), colección de primeras ventas de autores importantes.

Knight está casado con Kate Wilhelm, escritora de ciencia ficción.

Sí, los kanamit no eran muy bellos. Parecían mitad cerdos y mitad personas, una combinación poco atractiva. Verlos por primera vez era horroroso, y ésta era su desventaja. Cuando algo con aspecto diabólico llega de las estrellas y ofrece un obsequio, no se tienen muchas ganas de aceptarlo.

No se que apariencia esperábamos que tuvieran los visitantes interestelares; mejor dicho, los que habíamos pensado en ello. Tal vez ángeles, o quizás algo demasiado extraño para provocar espanto. Es posible que esa sea la razón por la que nos horrorizaron y repugnaron tanto cuando aterrizaron en sus grandes naves y pudimos verlos tal como eran.

Los kanamit eran bajitos y muy peludos: un pelo espeso, hirsuto, de color gris pardo, que cubría sus cuerpos abominablemente rollizos. Sus narices parecían hocicos; los ojos eran pequeños, y poseían gruesas manos con tres dedos en cada una. Vestían tirantes verdes de cuero y pantalones cortos, también verdes, pero creo que los pantalones eran una concesión a nuestra idea sobre la decencia pública. La ropa era muy a la moda, con bolsillos de corte y cinturones en la espalda. De todos modos, los kanamit tenían sentido del humor.

Había tres de ellos en aquella sesión de la ONU y, ¡Señor!, no puedo explicarles lo estrafalario que era su aspecto allí, en medio de una solemne sesión planetaria: tres rollizas criaturas que parecían cerdos, con tirantes y pantalones cortos de color verde, sentados a la gran mesa bajo el podio, rodeados por las apretadas filas semicirculares en las que había delegados de todas las naciones. Estaban sentados con el cuerpo muy erguido, mirando educadamente a cada orador. Sus aplanadas orejas colgaban sobre los auriculares. Creo que posteriormente aprendieron todos los idiomas humanos, pero en aquella ocasión sólo conocían el francés y el inglés.

Daban la impresión de estar como en su casa, y eso, junto con su buen humor, hizo que me empezaran a caer simpáticos. Yo estaba en la minoría; no pensaba que trataran de hacer nada.

El delegado argentino se puso en pie y dijo que su Gobierno estaba interesado en la demostración de una nueva fuente de energía, muy barata, que los kanamit habían realizado en la sesión anterior, pero que la Argentina no podía comprometer su política futura sin un examen más completo.

Era lo que opinaban todos los delegados, pero yo debía prestar una atención especial al señor Valdés, porque era propenso a farfullar y su dicción era mala. Aparte de una o dos vacilaciones momentáneas, no tuve problemas con la traducción. Luego conecté la línea polaco-inglés para comprobar qué tal le iba a Gregori con Janciewicz. Este último era la cruz que Gregori debía soportar, igual que Valdés era la mía.

Janciewicz repitió las mismas observaciones con unas cuantas variaciones ideológicas, y luego el secretario general concedió la palabra al delegado francés, que presentó al doctor Denis Lévêque, el criminólogo, al tiempo que entraban en la sala un montón de complicados dispositivos.

El doctor Lévêque subrayó que el delegado de la URSS había expresado

adecuadamente la pregunta que se hacían muchas personas, cuando en la sesión anterior había inquirido: «¿Cuáles son los motivos de los kanamit? ¿Qué pretenden ofreciéndonos estos obsequios sorprendentes sin pedirnos nada a cambio?»

El doctor prosiguió diciendo:

—A petición de varios delegados y con el consentimiento total de nuestros huéspedes, los kanamit, mis socios y yo hemos efectuado una serie de pruebas con los kanamit, utilizando el equipo que pueden ver ante ustedes. Ahora volveremos a realizar las pruebas.

Un murmullo recorrió la sala. Los destellos de las cámaras fulguraron y uno de los operadores de televisión se movió para enfocar el panel de instrumentos del equipo. Al mismo tiempo, la inmensa pantalla de televisión situada detrás del podio se iluminó, y vimos las blancas superficies de dos esferas, ambas con el indicador a cero, y una cinta de registro contra la que se apoyaba un estilo.

Los ayudantes del doctor ajustaron los electrodos a las sienes de uno de los kanamit, enrollaron un tubo de goma cubierto de lona en el antebrazo, y pusieron algo en la palma de su mano derecha.

En la pantalla vimos que la cinta de registro empezaba a moverse, mientras el estilo iba trazando sobre ella, lentamente, una línea zigzagueante. Una de las agujas inició un movimiento rítmico y la otra describió un rápido giro y se detuvo, oscilando ligeramente.

—Estos son los instrumentos normales para comprobar la verdad de una declaración —dijo el doctor Lévêque—. Nuestro primer objetivo consistió en determinar si los kanamit reaccionan a estas pruebas igual que los seres humanos, puesto que su fisiología nos es desconocida. Ahora repetiremos uno de los numerosos experimentos realizados en nuestro esfuerzo por aclarar este punto.

Señaló la primera esfera.

—Este instrumento registra el latido del corazón del sujeto —prosiguió—. Este otro, la conductividad eléctrica en la piel de la palma de la mano, una medida de la transpiración, que aumenta con la tensión. Y éste —señaló el dispositivo de la cinta y el estilo— muestra el modelo e intensidad de las ondas eléctricas que emanan de su cerebro. Se ha demostrado que en los seres humanos todas estas lecturas varían notablemente según que el sujeto diga o no la verdad.

Cogió dos grandes trozos de cartón, uno rojo y otro negro. El rojo era un cuadrado de unos noventa centímetros de lado; el negro, un rectángulo de un metro de largo.

—¿Cuál es el más largo? —preguntó al kanama.

—El rojo —dijo el kanama.

Las dos agujas saltaron alocadamente, igual que la línea que iba trazándose en la cinta.

—Repetiré la pregunta —prosiguió el doctor—. ¿Cuál de los dos es más largo que el otro?

—El negro —contestó la criatura.

Los instrumentos prosiguieron su ritmo normal.

—¿Cómo llegaron hasta este planeta? —inquirió el doctor.

—Andando.

Por segunda vez, los instrumentos saltaron. En la sala se oyeron muestras de risa contenida.

—Repito —dijo el doctor—. ¿Cómo llegaron hasta este planeta?

—En una nave espacial.

Los instrumentos no variaron su posición. El doctor volvió a dirigirse a los delegados.

—Hemos realizado numerosos experimentos de este tipo —explicó—, y mis colegas y yo estamos convencidos de que los mecanismos son efectivos. Y ahora —se volvió al kanama— pediré a nuestro distinguido huésped que responda la pregunta expuesta en la última sesión por el delegado de la URSS, es decir, ¿por que el pueblo kanamit ofrece estos fabulosos regalos al pueblo de la Tierra?

El kanama se puso en pie.

—En mi planeta —dijo, esta vez en inglés tenemos este dicho: Hay más misterios en una piedra que en la cabeza de un filósofo. Los motivos de seres inteligentes son muy simples, aunque a veces puedan parecer muy oscuros, comparados con el complejo desarrollo del universo natural. Confío, pues, en que el pueblo de la Tierra me entienda, y me crea, cuando afirmo que nuestra misión aquí es tan simple como ofrecer la paz y la riqueza que nosotros disfrutamos, y que en el pasado hemos ofrecido a otras razas de la Galaxia. Cuando en vuestro mundo no haya hambre, guerras y sufrimientos innecesarios, habremos logrado nuestra recompensa.

Las agujas no habían saltado ni por un instante.

El delegado de Ucrania se levantó de un salto, pidiendo la palabra, pero ya no había tiempo y el secretario general cerró la sesión.

Me reuní con Gregori al abandonar la sala. La excitación sonrojaba su rostro.

—¿Quién ha organizado este circo? —preguntó.

—Las pruebas me parecieron genuinas —contesté.

—¡Un circo! —dijo con vehemencia—. ¡Una burda farsa! Peter, si eran genuinas, ¿por

qué impidieron la discusión?

—Mañana habrá, tiempo para discutir, seguro.

—Mañana el doctor y sus instrumentos, estarán de vuelta en París. Pueden suceder muchas cosas antes de mañana. En nombre de la cordura, hombre, ¿cómo puede confiarse en algo que parece haber acabado de tragarse a un niño?

Yo estaba un poco fastidiado. Dije:

—¿No será que te preocupa más su política que su aspecto?

—Bah.

Y se fue sin más.

Al día siguiente empezaron a llegar los informes de los laboratorios gubernamentales de todo el mundo que ensayaban la fuente de energía de los kanamit. Todos rebotaban entusiasmo. No entiendo ese tema, pero, al parecer, aquellas cajitas de metal suministrarían más energía eléctrica que una pila atómica, casi gratuita y eternamente. Se comentaba que cualquier persona podría tener una de las cajitas, puesto que la fabricación era poco costosa. A primeras horas de la tarde se supo que diecisiete países habían iniciado la construcción de fábricas para elaborarlas.

Pasó otro día y los kanamit presentaron planos y especímenes de un artilugio que aumentaría la fertilidad de cualquier tierra de cultivo de un sesenta a un ciento por ciento. Se basaba en la aceleración de la formación de nitratos en la tierra, o algo por el estilo. Los noticiarios no hablaban de otra cosa que no fueran los kanamit. Un día después, dejaron caer la bomba.

—Ahora disponéis de energía potencialmente ilimitada y habéis aumentado vuestras reservas alimenticias —explicó uno de ellos.

Con su mano de tres dedos señaló un instrumento que había sobre la mesa, delante de él. Se trataba de una caja montada sobre un trípode, con un reflector parabólico delante.

—Hoy os ofrecemos un tercer obsequio —continuó—. Es tan importante, al menos, como los dos primeros.

El kanama hizo señales a los cámaras de televisión para que tomaran un primer plano. Luego cogió una gran hoja de cartón en la que había dibujos y caracteres ingleses. La vimos a través de la gran pantalla situada sobre el podio. Era perfectamente legible.

—Se nos ha informado de que este programa está siendo retransmitido a todo vuestro mundo —dijo el kanama—. Deseo que todas las personas que dispongan de equipo fotográfico y puedan fotografiar las pantallas de televisión lo hagan ahora mismo.

El secretario general se inclinó hacia adelante y formuló vivamente una pregunta pero

el kanama no le hizo caso.

—Este dispositivo —continuó el kanama— genera un campo en el que no puede detonar ningún explosivo, cualquiera que sea su naturaleza.

Hubo un silencio de incompreensión.

—Ya no puede ser eliminado —explicó el kanama—. Si una nación lo posee, todas las demás deben poseerlo. —Nadie parecía comprender nada—. No habrá más guerras.

Se trataba de la noticia más importante del milenio, y totalmente cierta. Resultó, que las explosiones, a que el kanama había aludido incluían las de la gasolina y motores diesel. En una palabra, nadie podía montar o equipar un ejército moderno.

Podríamos haber vuelto a los arcos y las flechas, claro, pero eso no habría satisfecho a los militares. Además, no habría motivo alguno para guerrear. Muy pronto, todas las naciones tendrían cualquier cosa que precisaran.

Nadie volvió; a pensar nunca en aquellos experimentos con el detector de mentiras, ni se preguntó a los kanamit cuál era su política. Gregori fue despedido; no disponía de nada para probar sus sospechas.

Pocos meses después abandoné mi empleo en la ONU, puesto que preví que la organización desaparecería tarde o temprano. En aquel momento había mucho trabajo en la ONU, pero al cabo de un año, más o menos, no habría nada que hacer. Todas las naciones de la Tierra habían emprendido ya el camino de la autosuficiencia, y el arbitrio no iba a ser necesario.

Acepté un empleo como traductor en la embajada kanamit, y aquí fue donde volví a ver a Gregori. Me alegré mucho de saludarle, pero no sabía qué hacía él allí.

—Creía que estabas en la oposición —dije—. No me digas que ya crees en la buena fe de los kanamit.

Gregori parecía estar algo avergonzado.

—De todas formas, no son lo que parecen —dijo.

Era lo máximo que él podía conceder honradamente, y le invité a tomar algo en la salita de la embajada. Era un lugar íntimo, y Gregori se mostró más comunicativo con el segundo daiquiri.

—Me fascinan —explicó—. Sigo odiándolos por instinto, eso no ha cambiado, pero hay algo extraño. Sí, tú estabas en lo cierto, sus intenciones para con nosotros son buenas. Pero ¿sabes una cosa? —Se inclinó sobre la mesa—. Nunca se respondió la pregunta del delegado ruso.

Creo que resoplé.

—No, es cierto —prosiguió—. Dijeron lo que pretendían: «Ofreceros la paz y la riqueza que nosotros disfrutamos». Pero no explicaron el *porqué*.

—¿Y porqué los misioneros...?

—¡Malditos misioneros! —dijo colérico—. Los misioneros tienen un motivo religioso. Si estas criaturas tienen una religión, no lo han mencionado ni una sola vez. Lo que es más, no enviaron un grupo de misioneros, sino una delegación diplomática, un grupo que representa la voluntad y la política de todo su pueblo. Entonces, ¿qué van a obtener los kanamit, como pueblo o nación, con nuestro bienestar?

—Culturalmente... —empecé a decir.

—¡Narices, culturalmente! No, es menos obvio qué eso, algo extraño relacionado con su psicología y no con la nuestra. Pero créeme, Peter, no existe altruismo completamente desinteresado. Lo que sea, pero tienen que sacar algo de esto.

—Y por eso estás aquí. Para intentar averiguar de qué se trata.

—Exacto. Quise entrar en uno de los grupos de intercambió que van a vivir diez años en su planeta natal, pero no pude. Las plazas estaban agotadas una semana después de que lo anunciaran. Pero hay otra cosa que puedo hacer estando aquí. Estoy estudiando su idioma y, como ya sabes, el idioma refleja los aspectos básicos del pueblo que lo emplea. Ya domino bastante bien la jerga oral de los kanamit. En realidad, no es muy difícil, y hay ciertas sugerencias en él. Algunos de los modismos son muy similares al inglés. Estoy convencido de que al final encontraré la respuesta.

—Ánimo, pues —le deseé. Y volví a mi trabajo.

A partir de entonces vi a Gregori muy a menudo, y él me mantuvo informado de sus progresos. Al cabo de un mes estaba muy excitado porque, según me dijo, había cogido un libro de los kanamit y estaba tratando de descifrarlo. Utilizaban representaciones gráficas, peor que los chinos, pero Gregori estaba resuelto a seguir adelante aunque tardara varios años en hallar la respuesta. Quería que yo le ayudase, iba a ser un trabajo largo, pero a pesar de ello me interesaba.

Pasamos algunas tardes juntos, trabajando con material que surgía en el tablón de anuncios de los kanamit y cosas por el estilo, así como con el extremadamente limitado diccionario inglés-kanamit, editado únicamente para los miembros de la embajada. Me preocupaba tener un libro robado, pero poco a poco el problema me fue absorbiendo. Al fin y al cabo, soy un experto en idiomas y aquel asunto me fascinaba, no podía evitarlo.

Tradujimos el título del libro en cuestión de semanas. Era *El hombre: cómo servirlo*, y, obviamente, se trataba de un manual que entregaban a los nuevos miembros kanamit del personal de la embajada. Por aquel entonces llegaban nuevos kanamit constantemente, al ritmo de una nave mensual. Estaban creando infinidad de laboratorios

de investigación, clínicas, etcétera. Cualquier terrestre, aparte de Gregori, que aún desconfiara de aquella gente debía vivir en algún lugar desconocido del Tíbet.

Resultaba sorprendente contemplar los cambios que se habían producido en menos de un año. No había más ejércitos permanentes, ni déficits comerciales, ni desempleo... Cuando leías un periódico ya no veías títulos como BOMBA H o satélite hiriéndote los ojos; las noticias eran buenas, siempre lo eran. Resultaba difícil acostumbrarse. Los kanamit estaban estudiando la bioquímica humana y, según decían en la embajada, estaban ya casi preparados para hacer públicos métodos que nos convertirían en una especie más fuerte, alta y saludable. Como aquel que dice, en una especie de superhombres. Y disponían de una cura potencial para las enfermedades cardíacas y el cáncer.

Después de traducir el título del libro no vi a Gregori durante quince días. Yo me fui a Canadá, aprovechando unas vacaciones largo tiempo retrasadas. Cuando volví, quedé sorprendido por el cambio que había sufrido Gregori en su aspecto.

—¿Qué diablos ocurre, Gregori? —le pregunté—. Parece que seas el mismo diablo.

—Vamos a la salita.

Fui con él, y Gregori se bebió un whisky de un trago, como si le fuera la vida en ello.

—Vamos, hombre, ¿de qué se trata? —le urgí.

—Los kanamit me han puesto en la lista de pasajeros para la próxima nave de intercambio —dijo—. A ti también, de otra forma no estaría hablando contigo.

—Bien, pero...

—No son altruistas, intenté discutir razonablemente con Gregori. Le dije que la Tierra era un paraíso, si la comparábamos con lo que había sido antes. Se limitó a menear la cabeza.

—Y bien —dije—. ¿Qué me dices de aquellas pruebas con el detector de mentiras?

—Una farsa —replicó muy tranquilo—. Ya os lo dije entonces, todos estabais locos. Y ellos no mintieron, ni una sola vez.

—¿Y el libro? —pregunté algo molesto—. ¿Qué me dices de *El hombre: cómo servirlo*? No era algo especialmente dedicado a ti. *Ese* es su propósito. ¿Cómo lo explicas?

—He leído el primer párrafo de ese libro. ¿Por qué piensas que no he dormido desde hace una semana?

—¿Y bien?

Gregori sonrió. Una sonrisa extraña, amarga.

—Es un libro de cocina —dijo.

¡Cuidado, terrestre!

por Poul Anderson

de «Super Science Stories», junio de 1951

Tan sólo en el último par de años han reconocido los editores británicos a Poul Anderson como notable escritor de ciencia ficción. Un retraso calamitoso. Poul William Anderson nació en Bristol, Pennsylvania, el jueves 25 de noviembre de 1926, por lo que es el primer autor representado en esta serie que nació después de surgir las revistas de ciencia ficción. Sus padres eran daneses, y en toda la obra de Anderson hay una fuerte influencia de sus orígenes escandinavos.

Sus primeras ventas, cuando aún se encontraba en la Universidad de Minnesota, ya fueron mencionadas en mi introducción. En realidad, la presentación de Anderson tuvo lugar en el número de septiembre de 1944 de «Astounding». Campbell tenía una sección denominada «Probability Zero», una breve aventura, dedicada a parodias científicas escritas por autores aspirantes. La viñeta de Anderson se titulaba «A Matter of Relativity» (Una cuestión de relatividad).

Anderson abandonó la universidad y se dedicó exclusivamente a escribir. Ha mantenido un saludable volumen de trabajo, sobre todo dentro de la ciencia ficción, pero también en los campos de la fantasía, la historia y el misterio, así como en el de los libros infantiles. Sólo en ciencia ficción, ha obtenido varios premios, entre ellos cinco Hugo y dos Nébula. Se inclina por la precisión científica y la caracterización verosímil, lo que proporciona a su obra esa vida de la que carecen tantos y tantos relatos. Ha escrito desde ciencia ficción humorística, como *The High Crusade* (La gran cruzada) (1960), en la que un caballero se apodera de una astronave extraterrestre que desciende a la Tierra en la Edad Media, hasta obras tan serias como *The People of the Wind* (El pueblo del aire) (1973), su novela más reciente, en la que examina en profundidad la interacción entre colonos de un planeta extraño y la cultura nativa de hombres alados.

Refiriéndose a Anderson, el fallecido James Blish dijo en 1971: «En mi opinión, que sospecho está ampliamente compartida. Anderson es el único escritor superviviente de la época dorada de «Astounding» que sigue escribiendo ciencia ficción, y cuyo trabajo no ha ido constante (o esporádicamente) cuesta abajo. [...] Poul Anderson, el científico, el técnico, el estilista, el poeta, el humanista y el humorista —y la lista no está completa—, es totalmente inmune a los cambios de la moda. Es, en pocas palabras, un artista». ¿Es preciso que agregue algo más?

Al acercarse a la cabaña, supo que alguien le aguardaba. Se detuvo un instante, frunció el ceño, y se concentró en el análisis de aquel destello de conocimiento. Una parte de su cerebro se estremeció ante la presencia de metal, y detectó sugerencias más sutiles de materia orgánica: aceite, caucho, plástico... Lo descartó todo como proveniente de un

pequeño y vulgar helicóptero y se concentró en los tenues y enloquecedoramente fugaces fragmentos de pensamiento, energía nerviosa, flujos vitales entre células y moléculas. Sólo había una persona, y el bosquejo de sus datos admitía una posibilidad única.

Margaret.

Permaneció inmóvil otro instante más. Su emoción primaria fue de tristeza. Se sentía fastidiado, ligeramente desanimado, pensando que tal vez habían localizado por fin su escondite, pero sobre todo apenado. Pobre Peggy, pobre muchacha.

Bien, debía enfrentarse a la situación. Enderezó sus débiles hombros y continuó caminando.

El bosque de Alaska estaba tranquilo a su alrededor. La suave brisa del atardecer susurraba entre los oscuros pinos y rozaba las mejillas de aquel hombre, una fría y solitaria presencia en el sosiego. Los pájaros gorjeaban en alguna parte mientras buscaban abrigo, y los mosquitos producían un zumbido agudo, ligero, dando vueltas en torno al círculo encantado del repelente inodoro que él había elaborado. Y no había más ruidos, sólo el débil crujido de sus pasos sobre el viejo suelo de agujas de pino. Después de dos años de silencio, las vibraciones de la presencia humana parecían un gran alarido que recorría sus nervios.

Cuando llegó a la pequeña pradera, el sol se ocultaba tras las colinas del norte. Alargados rayos áureos se inclinaban bañando la hierba, cubriendo la disimulada cabaña con un resplandor mágico y proyectando enormes sombras ante ellos. El helicóptero era una deslumbrante masa metálica destacando de entre el oscurecido bosque. El hombre se encontraba ya muy cerca cuando sus cegados ojos distinguieron a la muchacha.

Estaba de pie frente a la puerta, esperando, y la puesta de sol daba, a su cabello una tonalidad oro resplandeciente. Vestía el suéter rojo y la falda azul marino, la misma ropa que cuando se vieron por última vez. Sus delicadas manos estaban cruzadas ante ella. Silenciosa como una niña buena, le había esperado así muchas veces cuando él estaba en el laboratorio. Nunca había expuesto su alegre jovialidad ante él, después de advertir cómo esa vivacidad recorría su mente incomprensiva y caía como la lluvia cae de un gran pino.

—Hola, Peggy —saludó, sonriendo forzadamente al sentir la estupidez de sus palabras. Pero ¿qué otra cosa podía decir?

—Joel, —susurró ella.

Advirtió sorpresa en la mujer y sintió una conmoción que recorría, los nervios de ella. La sonrisa de Joel se desfiguró aún más.

—Si —dijo—. Toda mi vida he sido más calvo que un huevo. Pero estando aquí, solo, no tenía motivo alguno para usar peluca.

Los ojos de Margaret, grandes y castaños, escrutaron a Joel. Iba vestido como correspondía a un hombre apartado de la civilización, con camisa a cuadros, téjanos descoloridos y calzado resistente, y portaba una caña de pescar, una cesta con aparejos y una sarta de percas. Pero no había cambiado en lo más mínimo. Aquel cuerpo pequeño, esbelto; sus facciones delicadas, inalteradas por el transcurso del tiempo, sus luminosos ojos oscuros, la amplia frente...; todo seguía igual. El paso de los años no había dejado huellas en él.

Hasta la misma calvicie parecía complementarle, resaltando la curvatura acusadamente clásica de su cráneo, arrebatándole otro rasgo de vulgaridad con el que se había recubierto.

Joel advirtió que Margaret había adelgazado, y de repente le costó un tremendo esfuerzo esbozar una sonrisa.

—¿Cómo has podido encontrarme, Peggy? —preguntó con toda tranquilidad.

Su mente supo la respuesta en cuanto Margaret pronunció la primera palabra, pero dejó que la mujer hablara.

—Pasaron seis meses desde que te fuiste y eso nos preocupó a todos tus amigos, si es que tenías alguno. Pensamos que podía haberte pasado algo allí, en China. Iniciamos una investigación con la colaboración del Gobierno chino, y no tardamos mucho en saber que tú no habías estado nunca en ese país. Todo aquello de investigar lugares arqueológicos fue únicamente una excusa tuya, una forma de ganar tiempo mientras... desaparecías. Pero yo seguí buscándote, aun cuando todos los demás dejaron de hacerlo, y finalmente pensé en Alaska. En Nome oí rumores sobre un hombre extraño, huraño y extravagante que vivía en los bosques. Y por eso vine aquí.

—¿Por qué no me diste por desaparecido? —preguntó Joel cansinamente.

—No podía. —La voz de Margaret temblaba igual que sus labios—. No hasta que estuviera convencida, Joel. No hasta saber que estabas bien y..., y...

Joel la besó, percibiendo el gusto salado de los labios y la sutil fragancia del cabello. Las oleadas intermitentes de los pensamientos y emociones de Peggy penetraron en él, arremolinándose en su cerebro en una corriente de soledad y desolación.

De repente supo con exactitud lo que sucedería, lo que debería explicar a Margaret, las respuestas de ella... Lo previo todo, casi palabra por palabra, y aquel absurdo le pareció como una losa que oprimía su mente. Pero debía seguir adelante, pronunciar todas y cada una de las palabras por más fútiles que fueran. Así eran los humanos. Andaban a tientas en la oscuridad de la soledad, llamándose unos a otros pese al abismo que los separaba y sin comprenderse nunca. Nunca.

—Un grand detalle el tuyo, Peggy —dijo Joel torpemente—. No debías haberlo hecho,

pero lo hiciste.

No pudo seguir hablando y su previsión falló. Todo lo que se le ocurría era vulgar, absurdo...

—No pude evitarlo —susurró la mujer—. Sabes que te quiero.

—Mira, Peggy. Esto no *puede* seguir así. Tenemos que solucionarlo ahora. Si te dijera quién soy y por qué huí... —Trató de mostrarse alegre—. Pero nada de escenas emotivas con el estómago vacío. Entra en la cabaña y me ocuparé de freír este pescado.

—Lo haré yo —se ofreció Peggy, recuperando parte de su antigua vivacidad—. Soy mejor cocinera que tú.

—Temo que no sabrías usar mi equipo, Peggy —respondió Joel, aun a sabiendas de que la respuesta podría ofender a su compañera.

Señaló la puerta y la abrió. Margaret fue la primera en entrar en la cabaña, y mientras lo hacía, Joel advirtió las picaduras de mosquito que había en el rostro y manos de la mujer. Dedujo que ella debía de haber estado esperándole mucho tiempo.

—Mala suerte que hayas venido precisamente hoy —dijo muy serio—. Lo normal es que esté trabajando aquí.

Ella no respondió. Sus ojos recorrían la cabaña, tratando de encontrar el impresionante orden que por fuerza debía regir aquella confusión material.

Joel había colocado troncos y tablas en la parte exterior para dar un aspecto vulgar a su cabaña. Pero el interior podría haber sido su laboratorio de Cambridge, y Margaret reconoció parte *del* equipo. Joel había llenado todo un avión antes de marcharse. Vio otras cosas que no identificaba, todo lo que aquel hombre había hecho con sus propias manos durante dos años de soledad: un caos de hilos, tuberías, aparatos de medida y otros objetos de utilidad más incomprensible. Sólo una pequeña parte de todo aquello tenía el aspecto, crudo e inacabado, de una disposición experimental. Había trabajado en algún gran proyecto de su invención que, al parecer, estaba muy cerca del final.

Pero... ¿y qué más?

El gato gris que había, sido su único y auténtico compañero, incluso cuando estuvo en Cambridge, se restregó contra las piernas femeninas con un maullido que tal vez indicaba reconocimiento. «*Una bienvenida más amistosa que la que él me dio*», pensó amargamente Margaret. Y al momento, viendo los graves ojos de Joel posados sobre ella, se ruborizó. No era justo pensar aquello. Ella le había arrancado de una soledad que él mismo había elegido, y él había sido totalmente razonable al respecto.

Razonable, pero no humano. Cualquier varón falto de relaciones con el sexo opuesto y perseguido a través del mundo por una mujer atractiva habría sentido algo más que el

pesar y la piedad que él mostraba.

¿O acaso sentía algo más? Ella nunca lo sabría. Nadie sabría jamás lo que sucedía dentro de aquel maravilloso cráneo. El resto de la humanidad tenía poco en común con Joel Weatherfield.

—¿El resto de la humanidad? —preguntó él suavemente.

Margaret se sobresaltó. Aquel viejo truco de leer el pensamiento había bastado para alejar a mucha gente. Nunca se sabía cuándo Joel iba a emplear esa treta, si se trataba de suposiciones basadas en una lógica trascendente o bien era..., era...

Él asintió.

—Soy en parte telepático —dijo—, y puedo llenar los huecos por mí mismo..., como el Dupin de Poe, pero mejor y con más facilidad. Hay otros detalles, pero los dejaremos por el momento. Más tarde.

Introdujo el pescado en un aparato y ajustó varios mandos que había en la parte exterior.

—La cena está en marcha —anunció.

—Así que has inventado un robot cocinero.

—Me ahorra trabajo.

—Podrías ganar otro millón de dólares si lo comercializaras.

—¿Para qué? Tengo más dinero del que cualquier persona razonable necesita.

—Ahorrarías mucho tiempo a la gente.

Joel se encogió de hombros.

Margaret observó una habitación más pequeña en la que debía de vivir él. Había poco mobiliario, un catre, un escritorio y algunas estanterías con la gran biblioteca microimpresa. En un rincón estaba el instrumento multítono con el que Joel compuso la música que nadie alabó ni entendió nunca. Pero él encontraba la música humana trivial e insustancial. Y no sólo la música, sino también el arte, la literatura y todas las obras y vidas del hombre.

—¿Cómo le va a Langtree con su nuevo encefalógrafo? —preguntó, aunque suponía la respuesta—. Recuerdo que ibas a colaborar con él.

—No lo sé. —Se preguntó si la voz reflejaría su cansancio—. He pasado todo el tiempo buscando, Joel.

Él hizo una mueca de dolor y se volvió hacia la cocina automática. Se abrió una puerta y salió una bandeja con dos platos. Los puso en una mesa y señaló las sillas.

—Podemos empezar, Peggy.

Aún a disgusto, la máquina fascinaba a Margaret.

—Debes tener una unidad de inducción para cocinar tan rápidamente —murmuró—. Y supongo que las patatas y verduras están almacenadas en el interior. Pero las partes mecánicas...

Meneó la cabeza en señal de asombro, sabiendo que un plano revelaría una disposición extremadamente sencilla, producto exclusivo del ingenio.

Latas de cerveza fresca surgieron de otro aparato. Joel hizo una mueca burlona y alzó su bebida.

—El mayor logro del hombre —dijo—. A tu salud.

Margaret no se había dado cuenta *del* hambre que tenía. Él comió con más lentitud, observando a la muchacha, pensando en la incongruencia de la doctora Margaret Logan, miembro del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), comiendo vorazmente pescado y bebiendo cerveza en una cabaña de la agreste Alaska.

Tal vez debía haberse ido a Marte, o a algún satélite de los planetas exteriores. Aunque bien pensado, eso habría dejado más pistas: resulta imposible despegar en un cohete de modo tan fortuito como emprender un viaje a China. Ya que le habían encontrado, se alegraba de que hubiera sido ella. Cuando se marchara, mantendría el secreto con la lealtad inquebrantable que la caracterizaba.

Siempre le había gustado su compañía, ya desde que la conociera cuando él colaboró con el MIT en sus últimos trabajos sobre cibernética. Doctoras en filosofía de veinticuatro años y con brillantes antecedentes eran casos raros, y extraordinarios si además se trataba de mujeres atractivas. Por supuesto, Langtree había estado desesperadamente enamorado de ella. Pero Margaret emprendió un programa de trabajo doble, ayudando a Weatherfield en su laboratorio privado y cumpliendo con sus obligaciones normales..., y planeaba abandonar las últimas cuando expirara su contrato. Ella le había resultado más que útil, y él no había sido ciego ante sus encantos, pero se trataba de la misma admiración que sentía, hacia los paisajes, los gatos de puraraza y el aire libre.

Y por último, Margaret había sido, una de las pocas personas con las que pudo conversar.

Había sido. Joel agotó las posibilidades de la muchacha en el transcurso de un año, igual que agotaba las de la mayoría de la gente en un mes. Aprendió a conocer sus reacciones ante cualquier situación, lo que diría frente a una observación que él hiciera... Conocía sus sentimientos con una percepción superior a la del propio conocimiento de ella. Y volvió a la soledad.

Pero no había previsto que Margaret le encontrara, pensó gravemente. Planeó su huida, pero no se preocupó —o no le importó hacerlo— por prever todas las consecuencias lógicas. Bien, ahora lo estaba pagando, igual que ella.

Joel recogió la mesa y puso en ella café y cigarrillos antes de que empezaran a hablar. La oscuridad cubría las ventanas, pero los tubos fluorescentes se encendieron automáticamente. Margaret escuchó el lejano aullido de un lobo en la noche, y pensó que el bosque era menos extraño para ella que aquella habitación llena de máquinas y el hombre que se hallaba sentado contemplándola con una mirada demasiado brillante.

Joel estaba en un cómodo sillón, y el gato gris había saltado a su regazo, ronroneando mientras los delgados dedos de su amo acariciaban su piel. Margaret se acercó y tomó asiento en una pequeña banqueta, poniendo una mano sobre la rodilla del hombre. No tenía sentido controlar los impulsos cuando él los conocía antes de que ella los ejecutara. Joel suspiró.

—Peggy —dijo pausadamente—, estás cometiendo un grave error.

Por un instante, la mujer pensó cuan banales resultaban aquellas palabras. Luego recordó que Joel siempre había sido torpe hablando. Era como si no comprendiera los matices humanos ordinarios y se viera obligado a recurrir a un robot mecánico para encontrar su camino a través de la sociedad. Joel asintió.

—Sí, es cierto —dijo.

—Pero ¿cuál es tu problema? —preguntó Margaret con desesperación—. Sé que todos solían llamarte «insensible», «cabezota» y «tubo de vacío viviente», pero no es así. Sé que tienes más sensibilidad que cualquiera de nosotros, sólo que..., sólo que...

—Sólo que en otra forma —concluyó amablemente.

—Oh, siempre fuiste un tipo extraño —dijo ella aparentando indiferencia—. El niño prodigio, ¿me equivoco? Un triste muchacho campesino que ingresó en Harvard a los trece años y que se graduó a los quince, recibiendo todos los honores habidos y por haber, inventor del motor espacial de propulsión iónica, el proceso controlado de desintegración iónica, la cura del resfriado común, la determinación de la edad geológica a través de la estructura cristalina, y sólo el cielo y la oficina de patentes saben cuántas cosas más. Galardonado con el Premio Nobel de Física por tu mecánica de ondas relativas. Pionero de una rama totalmente nueva en la teoría matemática de las series. Brillante autor de libros sobre arqueología, economía, ecología y semántica. Fundador de escuelas completamente nuevas en la pintura y la poesía. ¿Cuál es tu coeficiente intelectual, Joel?

—¿Cómo puedo saberlo? En torno a 200 o algo así. El coeficiente intelectual es un absurdo en el sentido ordinario. Fui un necio, Peggy. La mayor parte de mi obra publicada era producto de mi inmadurez, de un ansia infantil por la alabanza y el reconocimiento. Y

después de eso, no podía detenerme, las condiciones no lo permitían. Y, por supuesto, tenía que aprovechar mi tiempo.

—Y luego, a los treinta años, hiciste las maletas y desapareciste. *¿Porqué?*

—Esperaba que me diesen por muerto —murmuró— inventé un fingido accidente sobre el desierto de Gobi, pero supongo que nadie encontró lo que quedaba del avión. Los pobres y fieles locos como tú no creyeron en mi muerte. Nunca se te ocurrió buscar mis restos. —Su mano acarició el cabello de Margaret. La mujer suspiró y apoyó su cabeza en las rodillas de Joel—. Debía haberlo previsto.

—¿Por qué demonios tuve que enamorarme de un hombre tan extraño como tú? Nunca lo sabré. La mayoría de las mujeres se asustaban de ti. Ni siquiera tu dinero las atraía. —Margaret respondió su propia pregunta con la exactitud que sólo permite una prolongada meditación—. Supongo que era un problema de calidad total. Todos los demás hombres parecían tan vulgares e insulsos... —Alzó la vista para mirarle y sus ojos reflejaron una súbita y aterrorizada comprensión—. ¿Eso es por lo que no te casaste nunca?

Joel asintió compasivamente.

—Además —añadió suavemente—, el sexo no me interesa todavía. ¿Sabes? Me encuentro aún en la primera fase de la adolescencia.

—No, no lo sé.

Margaret no se movió, pero Joel sintió su rigidez.

—No soy humano —dijo Joel Weatherfield con toda tranquilidad.

—¿Un mutante? No, es imposible.

Joel sintió la inquietud de la muchacha, la súbita oleada de pensamientos incontrolados y la muda corriente nerviosa, la tensión sanguínea tratando de encontrar un equilibrio para compensar aquella situación de peligro extremo. Se trataba del sempiterno e instintivo temor a la confusión, a lo desconocido, a las voraces presencias más allá del indistinto círculo luminoso de un hogar. Margaret estaba inmóvil, como un animal sobrecogido por el pánico.

Joel siguió sentado, acariciando el cabello de Margaret, hasta que se produjo la calma. Ella alzó la vista de nuevo, forzándose a encontrar los ojos del hombre.

—No, no, Peggy —dijo Joel, esbozando la mejor de sus sonrisas—. Todo esto nunca pudo ocurrir en una mutación. Me encontraron en un trigal, en una mañana de verano de hace treinta años. Una... mujer..., que debe de haber sido mi madre, yacía junto a mí. Posteriormente me dijeron que era de mi tipo físico, y esto, junto a la curiosa ropa multicolor que vestía, les hizo pensar que aquella mujer era una rareza circense. Pero

estaba muerta, abrasada y destrozada por fuerzas de las que me había protegido con su cuerpo. A nuestro alrededor sólo quedaban algunos fragmentos cristalinos. Los recogieron, y enterraron a la muerta.

»Los Weatherfield eran un matrimonio de la localidad, ya mayores, sin hijos y muy solícitos. Naturalmente, yo sólo era un bebé, y ellos me adoptaron. Mi crecimiento físico fue muy lento, pero no así el mental. Pese a mi extraño aspecto, el matrimonio se sintió muy orgulloso de mí. Pronto diseñé una peluca perfecta para ocultar mi calvicie, y con ella y ropas normales siempre he podido pasar por humano. Pero recordarás que nunca he permitido a ningún humano contemplarme sin camisa y pantalones encima.

»No tardé mucho tiempo, claro, en suponer cuál debía ser la verdad. En alguna parte debía existir una raza, humanoide pero mucho más evolucionada que el hombre, que podía viajar entre las estrellas. Por alguna razón, mi madre y yo fuimos arrojados a este planeta desierto, y ningún supuesto buscador pudo encontrarnos nunca.

Dejó de hablar. Margaret se apresuró a susurrar.

—¿Cuán... humano... eres, Joel?

—No mucho —contestó con un atisbo de la ingenua sonrisa que ella recordaba. ¡Cuán a menudo le había sorprendido alzando la vista de un trabajo que iba especialmente bien y mirándola así!—. Mira, te lo mostraré.

Joel silbó, y el gato saltó de su regazo. Otro silbido, y el animal cruzó la sala y tocó un interruptor. Aparecieron varias placas y el gato las recogió con la boca.

Margaret respiraba entrecortadamente.

—No sé de nadie que lograra amaestrar un gato para hacer recados.

—Es un gato muy especial —replicó Joel, abstraído, y se inclinó hacia adelante para mostrar las placas a Margaret—. ¿Conoces mi técnica para fotografiar diferentes capas de tejido? La inventé precisamente para estudiar mi propio cuerpo. También para exhumar los huesos de mi madre, te lo confieso, pero se trataba tan sólo de una versión femenina de mí mismo. Sin embargo, una variación, del método de la estructura cristalina demostró que ella tenía quinientos años de edad como mínimo.

—¡Quinientos años!

—Sí. Ésa es una de las razones por las que estoy convencido de que soy un miembro muy joven de mi especie. Resultó que los huesos de mi madre no mostraban signos de envejecimiento, correspondiéndose con los de una humana de veinticinco años de edad. No sé si la vida media de la especie es tan elevada o bien poseen medios artificiales para retrasar la senectud, pero sí sé que viviré, al menos, quinientos años en la Tierra. Y la Tierra, al parecer, tiene una gravedad más poderosa que la de nuestro planeta nativo. No

es un mundo excesivamente saludable para mí.

Margaret estaba demasiado aturdida y no pudo hacer otra cosa más que asentir. Joel fue señalando detalles en las radiografías.

—Las constituciones óseas no presentan grandes diferencias, pero mira esto: el pie, la espina dorsal, los huesos del cráneo... ofrecen una peculiaridad especial. Y los órganos internos. Tú misma puedes advertir que ningún ser humano ha tenido jamás...

—¿Un corazón doble? —preguntó débilmente.

—Algo así. Es un órgano simple, pero con más funciones que el corazón humano. Pero eso no importa; lo más importante es la estructura nerviosa. Aquí tienes varias radiografías del cerebro. Varias capas vistas desde diversos ángulos.

La mujer contuvo una exclamación. Su trabajo en encefalografía le había exigido conocer a fondo la anatomía del cerebro. «*Ningún ser humano lleva esto en la cabeza.*»

No era un cerebro mucho mayor que el humano. Más organizado, pensó Margaret; la especie de Joel nunca perdería la cordura. Existían analogías: una corteza altamente circunvolucionada, una médula... y todo lo demás. Pero había otras secciones y desarrollos que no tenían correspondencia en ningún humano.

—¿Qué son? —preguntó Margaret, indicando algo.

—No estoy muy seguro —contestó él lentamente, con cierto desagrado—. Esto es lo que podría denominarse centro telepático. Es sensible a las corrientes nerviosas de otros organismos. Comparando las reacciones y palabras humanas con las emanaciones que puedo detectar, he observado cierto grado de telepatía, muy limitado. Yo puedo emitir, también, pero de poco me sirve hacerlo, puesto que ningún humano recibe mi mensaje. Y eso otro parece ser el control voluntario de las funciones normalmente involuntarias: dolor, secreciones internas, regulación, etc. Pero nunca he sabido emplearlo con efectividad y no me atrevo a experimentar demasiado conmigo mismo. Existen otros centros, pero en la mayoría de los casos ni siquiera conozco su utilidad.

Su sonrisa reflejaba cansancio.

—Peggy —prosiguió—, ¿has oído hablar de niños salvajes, niños que han crecido entre animales? Nunca aprenden a hablar, o a ejercitar cualquiera de sus capacidades específicamente humanas, hasta que son rescatados y enseñados por hombres. En realidad, son muy poco humanos.

—Soy un niño salvaje, Peggy.

Ella empezó a sollozar de forma desgarradora, temblando como si la zarandeara una mano gigantesca. Joel la sostuvo hasta que los sollozos terminaron y ella volvió a sentarse frente a él, mientras las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

—¡Oh, querido, querido! —Su voz era un susurro tembloroso—. ¡Cuán solitario debes de haber estado!

¿Solitario? Ningún ser humano podría comprenderlo nunca.

Al principio, no había resultado demasiado malo. Era un niño y la extensión de sus horizontes intelectuales le preocupó y recreó lo bastante como para no molestarse con los otros niños. Y éstos, a su vez despreciaban sinceramente a Joel por su rareza y frialdad, aunque ellos lo consideraban «altanería». Sus padres adoptivos advirtieron pronto que no encajaba en los modelos normales, por lo que le sacaron de la escuela y le compraron los libros y material que deseaba. Pudieron hacerlo porque cuando Joel tenía seis años patentó, a nombre de su padre, mejoras en la maquinaria agrícola y la familia disfrutó de una posición más que acomodada. Él siempre había sido un «buen chico», tanto como podía serlo. No tuvieron motivo alguno para arrepentirse de haberle adoptado, pero aquella situación había sido tan dramática como la de la gallina que ha criado patitos y los ve un día nadar alejándose de ella.

Los años en Harvard habían representado pura felicidad, una orgía de aprendizaje, de conversaciones y amistad con los mayores, quienes veían en aquel niño solemne un ser igual que ellos. Tampoco entonces había gozado de vida social, pero no le había importado: los estudiantes eran torpes y le producían cierto espanto. Pronto aprendió a escaparse de la publicidad. Al fin y al cabo, los genios precoces no eran del todo desconocidos. Su único problema grave se produjo con un psiquiatra que deseaba que Joel fuera más «normal». Se rió burlescamente al recordar las formas algo diabólicas que empleó para lograr asustar al hombre y conseguir que le dejara totalmente solo.

Pero al final encontró limitaciones en la vida. Le resultó de un absurdo extremo el asistir a conferencias sobre temas obvios y encargarse de problemas que ya habían sido resueltos miles de veces con anterioridad. Los profesores empezaron a parecerle aburridos, tanto más cuando podía anticipar las respuestas a preguntas y observaciones que les formulaba. Además, tales respuestas se repetían una y otra vez.

Ya hacia mucho tiempo que era consciente de su verdadera naturaleza, aunque había tenido el buen sentido de no revelarlo. Y empezó a forjarse un sueño: ¡encontrar a los suyos!

¿Qué utilidad tenía todo lo que hacía, si los niños de su especie debían emplear todas aquellas fuerzas como juguetes y hasta sus descubrimientos más importantes serían tan conocidos para su civilización como el fuego para la del hombre? ¿Cómo podía enorgullecerse de sus logros, si ni uno sólo de los bobos animales que los contemplaban podía exclamar «¡Bien hecho!», tal como correspondía? ¿Qué compañerismo podría disfrutar con criaturas ciegas y estúpidas que enseguida eran tan predecibles como sus máquinas? *¿Con quién podría pensar?*

Se sumió salvajemente en el trabajo con el único objetivo de obtener dinero. No le resultó difícil. En cinco años se convirtió en multimillonario, disponiendo de agentes que le descargaban de preocupaciones y responsabilidades, teniendo libertad para hacer lo que quería: preparar su huida.

¡Cuán tediosas, insulsas, anticuadas e inútiles me parecen todas las costumbres de este mundo!

¡Pero no de todos los mundos! En alguna parte, en algún lugar entre la multitud de estrellas...

La interminable noche se iba consumiendo.

—¿Por qué viniste aquí? —preguntó Margaret.

Su voz, enmudecida por la desesperación, había recobrado la calma.

—Buscaba soledad. Y la sociedad humana iba resultándome cada vez más insoportable.

Margaret dio un respingo.

—¿Has descubierto un modo de construir una astronave más rápida que la luz?

—No. Nada de lo que he descubierto indica que haya forma de vencer la limitación de Einstein. Debe de haber una manera, pero no puedo encontrarla. No es muy sorprendente, en realidad. Nuestro niño salvaje no podría diseñar una nave oceánica, es lo más probable.

—Entonces, ¿cómo esperas salir del sistema solar?

—Pensé en una astronave, tripulada automáticamente, que fuera de estrella en estrella mientras yo aguardaba en animación suspendida. —Hablaba del asunto con toda tranquilidad, como si se tratara de reparar un grifo averiado—. Pero era totalmente impracticable. Es imposible que mi gente viva cerca de aquí, o de lo contrario habríamos tenido más señales de ellos y no un simple siniestro. Quizá no vivan en esta Galaxia, pero dejaré esta idea como último recurso.

—Pero tú y tu madre debisteis utilizar algún tipo de nave, ¿No se encontró nada de ella?

—Sólo los fragmentos cristalinos que te mencioné. Y esto me hace pensar en que mi especie no use naves espaciales. Quizá disponen de algún sistema de transmisión de materia. No, mi esperanza fundamental es que una señal de socorro pueda hacerlos venir en mi ayuda.

—Pero si viven a tantos años luz de distancia...

—He descubierto un extraño tipo de...; bueno, digamos radiación, aunque no tiene

ninguna relación con el espectro electromagnético. Campos de energía vibrando de cierta manera producen efectos detectables en un sistema similar muy apartado del primero. Podría compararse, salvando las distancias, con un antiguo radiotransmisor funcionando a base de descargas eléctricas. Lo que importa es que dichos efectos sean transmitidos sin un retraso temporal apreciable y sin menguar con la distancia.

En otro momento, Margaret se habría mostrado entusiasmada, pero ahora.

—Sí, ya comprendo —dijo—. Una especie de ultraonda. Pero si no hay efectos de tiempo o distancia, ¿cómo puede seguirse la señal? Carecerá de dirección, a menos que puedas dirigirla.

—No puedo hacerlo... todavía. Pero he grabado un sistema de pulsaciones que se corresponden con la disposición estelar en esta parte del universo. Cada pulsación corresponde a una estrella; su intensidad, a la magnitud absoluta, y la separación, medida en tiempo, de las otras pulsaciones, a la distancia de las otras estrellas.

—Pero esa representación es unidimensional, y el espacio es tridimensional.

—Lo sé, no es tan sencillo como lo he dicho. El problema de esta representación fue un interesante caso de topología aplicada. Tardé una semana larga en resolverlo. Si te interesan los cálculos, tengo mis notas por ahí... En cualquier caso, si mi especie detecta las pulsaciones les resultará muy fácil deducir lo que pretendo decir. He situado al Sol al principio de cada serie de pulsaciones, por lo que sabrán, incluso, en qué estrella particular me encuentro. El universo no puede contener muchas configuraciones exactamente iguales a ésta, y yo les he proporcionado un punto de referencia. Tengo un aparato que emite automáticamente mi llamada. Ahora sólo me resta esperar.

—¿Cuánto tiempo has esperado ya?

Joel arrugó la frente.

—Todo un año..., y sin respuesta alguna. Estoy preocupado. Quizá deba ensayar otra solución.

—Tal vez ellos no empleen tu ultrasonda. Podría estar en desuso en su civilización.

—Sí, tal vez. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Margaret guardó silencio. Joel se removió en el sillón y suspiró.

—Ésa es toda la historia, Peggy —dijo.

Ella asintió en silencio.

—No te preocupes por mí —prosiguió Joel—. Estoy perfectamente. Mi investigación es interesante, me gusta este sitio y soy más feliz de lo que fui durante muchísimo tiempo.

—Me temo que no es mucha felicidad.

—No, pero... Mira, Peggy, ya sabes quién soy. Un monstruo, más extraño para ti que un mono. No te será difícil olvidarme.

—Más de lo que tú crees, Joel. Te quiero. Siempre te querré.

—Pero, Peggy, eso es absurdo. Supón que viviéramos juntos. Nunca tendríamos hijos..., aunque supongo que eso no importa demasiado. Pero no tendríamos nada en común, nada. No podríamos hablar, compartir cualquiera de los mil detalles que dan forma a un matrimonio... A duras penas podríamos trabajar juntos. Ya no puedo vivir en la sociedad humana y tú perderías pronto a todas tus amistades, te quedarías tan sola como yo. Y al final envejecerías, tus energías decaerían y morirían, mientras yo me aproximaba a la madurez. Peggy, ninguno de los dos lo soportaría.

—Lo sé.

—Langtree es un hombre excelente. Te será fácil amarle. Y además, no tienes derecho a negar a tu especie una herencia tan magnífica como la tuya.

—Tal vez tengas razón.

Joel puso su mano bajo la barbilla de Margaret y obligó a la muchacha a que le mirara.

—Tengo ciertos poderes sobre la mente —dijo con lentitud—. Si colaboras, podría orientar tus sentimientos hacia lo que te he dicho.

Margaret se apartó de él. Sus ojos, muy abiertos, reflejaban temor.

—No...

—No seas tonta. Tan sólo se trataría de hacer ahora lo que el paso del tiempo hará de todas formas. —La sonrisa de Joel era cansina, forzada—. En realidad, soy una persona muy fácil de olvidar, Peggy.

Su voluntad era demasiado poderosa. Irradiaba de él, de sus brillantes ojos y de sus facciones delicadamente esculpidas, casi humanas. Emanaba en inmensas oleadas de somnolencia de su cerebro telepático, incluso parecía fluir por sus diminutas manos. Era inútil resistir, ¿para qué? Ceder, ceder y dormir. ¡Se sentía tan cansada!

Por fin, Margaret accedió. Joel sonrió con aquella sonrisa que ella conocía tan bien. Joel empezó a hablar.

Ella nunca recordaría lo que pasó después. Todo se limitó a un confuso estado de semiconsciencia, una voz dulce que susurraba en su cabeza, un rostro vislumbrado a través de la niebla fluctuante, una máquina que producía chasquidos y zumbidos, lucecitas que fulguraban y se retorcían en la oscuridad... Sus recuerdos estaban agitados, turbios. Cosas que había olvidado durante la mayor parte de su vida emergieron en la superficie del enturbiado estanque que era su memoria. Hasta le dio la impresión de que su madre estaba junto a ella.

Al amanecer, vago y brumoso Joel la dejó partir. Margaret estaba muy tranquila, inhumanamente sosegada. Contempló a Joel con la mirada fija y vacía de una sonámbula y su voz no reflejó matiz alguno. Todo pasaría, pronto recuperaría la normalidad, aunque Joel Weatherfield sería un mero recuerdo sin tintes emotivos, un fantasma alojado en alguna parte de su mente.

Un fantasma. Joel estaba tremendamente cansado; su fuerza y su voluntad se habían agotado. Él no era de este mundo; era una sombra que debía haber estado revoloteando entre las estrellas. Pero la luz del sol terrestre eliminaba esa sombra.

—Adiós, Peggy —dijo—. Guarda mi secreto. Que nadie sepa dónde estoy. Y que la suerte te acompañe siempre.

—Joel... —Margaret se detuvo en la puerta de la cabaña, con un gesto de preocupación en sus facciones—. Joel, si puedes pensar en mí de ese modo, ¿no podrá tu especie hacer lo mismo?

—Claro que sí. ¿Por qué lo dices? —Por primera vez no conocía la respuesta. Había cambiado mucho la mente de Margaret, no podía predecir sus reacciones.

—Es que... ¿Por qué van a preocuparse de dispositivos como tu ultraonda para hablar entre ellos? Deberían ser capaces de recorrer las estrellas con sus pensamientos.

Joel parpadeó. Había tenido esa idea, pero no la había desarrollado demasiado. La preocupación por su trabajo se lo había impedido.

—Adiós, Joel.

Margaret se alejó entre la húmeda y grisácea bruma. Un temprano rayo de sol se coló por alguna hendidura y fulguró un instante en el cabello de la mujer.

Joel permaneció en la puerta de la cabaña hasta que la perdió de vista. Luego estuvo durmiendo la mayor parte del día. Cuando despertó, empezó a meditar.

¡Por lo más sagrado, Peggy tenía razón! Se había sumergido con demasiada profundidad en los problemas puramente técnicos de la ultraonda, y luego en una investigación matemática que ayudara a soportar la espera. Y así, no había podido considerar la lógica fundamental de la situación. Pero esto..., sí, tenía sentido.

Sólo tenía una vaguísima noción de los poderes potenciales de su mente. La ciencia física le había ofrecido una salida muy fácil. No podía esperar, sin ayuda, ir muy lejos en tales estudios. Un niño salvaje humano podría haber heredado el genio de un matemático, pero a menos que su propia especie lo encontrara e instruyera, nunca comprendería las reglas fundamentales de la aritmética, ni las de la sociedad, ni sabría hablar o realizar cualquiera de las actividades que diferenciaban al hombre de los animales. La herencia del desarrollo prehumano y de la primera época del hombre como tal era una carga

impresionante. Un hombre, solo, no podía resumir toda una vida cuando su medio ambiente no contenía indicación alguna del camino particular que sus antepasados habían seguido.

Pero aquellos centros nerviosos y cerebrales, ahora inútiles, debían tener su utilidad, Joel sospechaba que se trataba de medios de control directo sobre la mayor parte de fuerzas elementales existentes en el universo. Telepatía, telequinesia, precognición..., ¿qué herencia divina le había sido negada?

Sea como fuere, parecía que su especie había superado la necesidad de mecanismos físicos. Con una comprensión total de la estructura del continuo espacio-tiempo-energía, controlando a través de la voluntad sus procesos básicos, se proyectarían ellos mismos, o sus pensamientos, de estrella en estrella, crearían lo que necesitaran mediante el simple pensamiento... y no prestarían atención a los absurdos de las especies inferiores.

¡Una perspectiva fantástica, aturdidora! Joel contuvo la respiración ante la deslumbrante visión que se abría a sus ojos.

Volvió a la realidad. El problema inmediato consistía en ponerse en contacto con su especie. Debía estudiar las fuerzas telepáticas que casi había ignorado hasta entonces.

Emprendió un trabajo febril. El tiempo se convirtió en un absurdo para él, en una sucesión de días y noches, luz menguante, nieve amontonándose, el lento retorno de la primavera... El trabajo había sido siempre su única preocupación; ahora devoraba hasta el último de sus pensamientos, incluso en los períodos de descanso y ejercicio forzó su mente a que no abandonara el problema, mordisqueándolo como un perro haría con un hueso. Y poco a poco, muy lentamente, su comprensión fue engrandeciéndose.

La telepatía no se correspondía directamente con las pulsaciones cerebrales mediante un encefalograma. Tales pulsaciones eran subproductos, débiles y de corto alcance, de la actividad de las células nerviosas. La telepatía, controlada adecuadamente, recorría un espacio intermedio ignorando con insolencia el tiempo. Decidió que se trataba de otra parte de lo que él había denominado espectro de la ultraonda, relacionado con la gravitación como un efecto de la geometría tetradimensional. Pero mientras los efectos gravitacionales eran un producto de la presencia de materia, los efectos de ultraondas cobraban vida cuando vibraban determinados campos de energía. Sin embargo, no aparecían a menos que en alguna parte existiera un receptor convenientemente sintonizado. Los efectos de ultraonda parecían ser «conscientes», en cierto modo, de la existencia de un oyente, incluso antes de que se produjeran. El hallazgo le sugirió fascinantes especulaciones en torno a la naturaleza del tiempo, pero no las tomó en consideración. Su especie sabía más del asunto de lo que él pudiera averiguar trabajando solo.

Pero el concepto de ondas era difícilmente aplicable a algo que viajaba con una

«velocidad infinita» (un término semánticamente pobre, pero conveniente). Podía asignar una frecuencia, la de los campos generadores de energía, a una ultraonda, pero entonces la longitud de onda sería infinita. Era mejor pensarlo en términos vectoriales, y dejar de lado todas las analogías a base de imágenes.

Su sistema nervioso no contenía las ultraenergías, siempre omnipresentes, inherentes a la misma estructura del cosmos. Pero sus centros telepáticos, sometidos a un entrenamiento adecuado, estaban en cierta forma acoplados a ese gran flujo fundamental, podían imponer sobre él las vibraciones deseadas. Supuso que sus otros centros podrían controlar, de modo similar, tales fuerzas y crear, destruir o transformar la materia, atravesar el espacio, escudriñar los posibles mundos pasados y futuros...

Era incapaz de hacerlo. Joel no iba a averiguar lo que precisaba, ni siquiera dedicando toda su vida a ello. Aunque fuera literalmente inmortal, existía la posibilidad de que nunca descubriera lo que precisaba saber. Su mente había sido educada según los modelos de pensamiento humanos, y su problema estaba más allá de la capacidad intelectual humana.

«Todo cuanto necesito es enviar una llamada clara...»

Joel pugnó por lograrlo. Durante las eternas noches invernales estuvo en la cabaña luchando para gobernar su cerebro. ¿Cómo enviar un alarido a las estrellas?

«Dime, niño salvaje, ¿cómo resolver una ecuación diferencial parcial?»

Tal vez parte de la respuesta yacía en su propia mente. El cerebro posee dos tipos de memoria, la «permanente» y la «circulante». En apariencia, la primera no se pierde nunca. Se retira al subconsciente, pero sigue allí y puede recuperarse. Siendo un niño, un bebé, habría observado detalles, memorizado imágenes de aparatos y sentimientos de vibración. Su mente madura podía analizarlo todo ahora.

Joel practicó la autohipnosis, empleando una máquina que construyó a tal fin, y volvieron los recuerdos: calor, luz, grandes fuerzas vibrantes... Sí, sí, un motor extraño, podía verlo resonando y fluctuando ante él. Tardó algunos minutos en traducir las extrañas impresiones infantiles a su actual visión sensitiva, pero cuando lo consiguió tuvo una clara imagen de... algo.

Era una ayuda, una pequeña ayuda. Le sugirió ciertos tipos de montajes, modelos empíricos en los que no había pensado nunca. Y poco a poco, muy lentamente, empezó a progresar.

Una ultraonda no puede existir sin receptor. Y por lo mismo, Joel no podía enviar un pensamiento a su especie a menos que un individuo de ella estuviera escuchando esa «onda» especial: el tipo de frecuencia, modulación y otras características físicas. Y su mente, carente de entrenamiento, no emitía en esa «onda». No podía hacerlo, no podía

adivinar la forma de onda del pensamiento normal de su especie. Su problema era similar al de un hombre que; hallándose en un país extranjero, debiera inventar el idioma de aquel país antes de poder comunicarse, estando incapacitado de escucharlo y sabiendo tan sólo que sus formas fonéticas, gramaticales y semánticas eran totalmente distintas de las de su lenguaje nativo.

¿Un problema insoluble? No, tal vez no. Su mente carecía de capacidad para enviar un mensaje a las estrellas, no podía hacerse entender. Pero una máquina no tenía tales limitaciones.

Podía modificar su ultraonda, que ya tenía la potencia. Se trataba únicamente de suministrarle coherencia. Podía introducir en ella un factor variable, un mecanismo que transformara la forma de onda básica en todas y cada una de las combinaciones de características concebibles, emitiendo millones y millones de formas por segundo. Y además, la onda variable podría ser modulada para contener sus propios pensamientos. Cuando la máquina entrara en resonancia con cualquier posible receptor —aunque se encontrara a millones de años luz— generaría una ultraonda y cesaría la emisión del elemento variable. Y entonces, Joel podría permanecer en aquella banda y examinarla a su gusto.

Tarde o temprano, una de las bandas que detectara sería la de la de su especie. Y ello le permitiría conocerla.

Una vez terminado, el aparato ofreció un aspecto tosco y deforme, una confusa mezcla de conductores enmarañados, válvulas resplandecientes y energías cósmicas turbulentas. Una de las salidas conectaba con una cinta metálica que, una vez fijada en la cabeza, permitía a Joel imponer su modelo de ultraonda básico sobre el factor variable, y realimentar su cerebro con todo lo que se recibiera. Joel se acomodó en su camastro, junto al tablero de mandos, y conectó la máquina.

Vagos susurros, sombras deslizándose, extrañeza emergiendo de las turbias profundidades de su mente... Esbozó una tenue sonrisa, conteniendo la fría aprensión que brotaba de sus nervios agotados, y empezó a practicar con el aparato. Ni él mismo estaba seguro de todas sus características, y tardaría algún tiempo antes de dominar enteramente su modelo mental.

Silencio, oscuridad, un instante de ofuscamiento cuando el factor variable entra en resonancia: una onda cobra vida y resuena en el cerebro de Joel. A través de los ojos de Margaret ve una mesa y el rostro de Langtree. Velas, una pequeña orquesta de cuerda actuando en segundo término... Y luego los desiguales contornos de una ciudad que los hombres no habían construido jamás, alzándose hacia un cielo nuboso en tanto que un mar extrañamente apaciguado y denso se arroja contra los muros...

Capta también un pensamiento que recorre velozmente las estrellas. Pero no

pertenece a su especie; es una gran llamarada blanca, un sol que explota en su cabeza, y frío, mucho frío...

Joel dio un alarido. Transcurrió una semana antes de que se atreviera a reanudar sus experimentos.

La respuesta se presentó al atardecer de un día de primavera.

La primera vez su emoción fue tan inmensa que perdió el contacto. Temblando, luchando por calmarse, trató de reproducir el modelo exacto que su propio cerebro, al igual que la máquina, había estado enviando. ¡Calma, calma! La mente infantil había estado navegando entre sueños nebulosos. *Así, pues...*

Un niño. Porque su cerebro, inseguro e incontrolable, no podía resonar con ninguna de las mentes adultas, soberbiamente entrenadas, de su especie.

Pero un bebé no se expresa en ningún idioma. Su mente, amorfa, se desliza de un modelo a otro, carece de hábitos, es inconstante; un idioma determinado es tan bueno como cualquier otro, no hay diferencias. Las leyes que rigen el azar habían llevado a Joel a toparse con el modelo mental que emitía en aquel momento un infante de su especie.

Joel restableció el contacto. Sintió aquel calor hormigueante, delicioso, maravilloso, fluyendo por todo su ser. Era como un río en un desierto polvoriento, un sol atenuando el frío de la soledad absoluta en la que los humanos erran desde que nacen hasta que llegan al fin de sus cortas y absurdas vidas, Joel ajustó su mente a la del bebé, dejando que las dos corrientes de conciencia fluyeran a la par cual un río dirigiéndose al poderoso océano de la raza.

El niño salvaje se arrastró hasta salir de la selva. Los lobos, los peludos cuadrúpedos que habían sido sus hermanos de cueva, caza y oscuridad, aullaron a su espalda, pero él no los escuchaba. Se inclinó sobre la cuna del bebé y el desordenado, cabello cayó sobre su flaco y estúpido rostro. Observó al niño con una excitación producto de temor y el asombro. El bebé alargó su mano, pequeña y delicada estrella de mar, y el niño salvaje extendió hacia ella sus retorcidos dedos, temblando al comprobar que aquella garra era igual que la suya.

Ahora sólo tenía que aguardar a que algún adulto examinara la mente del niño. No transcurriría mucho tiempo, y, mientras tanto, Joel descansó en la paz eterna y adormeciente de la primera infancia.

En alguna parte del espacio exterior, tal vez en un planeta de un sol que ningún terrestre podría contemplar jamás, el bebé reposaba en una cuna de cálidas, vibrantes energías. No estaba encerrado en una habitación, sino en una oscuridad incomprensible para cualquier humano, iluminada por destellos de la energía que producían las estrellas.

El niño sintió la proximidad de algo que significaba calor y suavidad, dulzura en los

labios y susurro en la mente. Prorrumpió en balbuceos de gozo y alzó las manos hacia las sombras temblorosas de la habitación. La mente de su madre se apresuró a envolverlo.

¡Un grito!

Frenéticamente, Joel trató de llegar hasta la mente de la madre, emitiendo una y otra vez el modelo de vibraciones posicionales que debían llegar hasta el cerebro de ella a través del bebé. La perdió, su mente fue debilitándose por momentos, y... No, no, alguien más estaba intentando llegar hasta él, alguien que analizaba las características de la máquina y las salvajes vibraciones de Joel, y que se adaptaba suavemente a estas últimas.

Una voz profunda, potente, inconfundiblemente masculina, aunque no sabía el porqué, resonó en su cerebro Joel se calmó y permitió que la otra mente gobernara la suya, limitándose a emitir sus señales.

Ellos tardarían algún tiempo en analizar el significado de su llamada. Joel permaneció en un estado de semiconsciencia, sabedor de que una sección de la mente extraña mantenía un contacto íntimo con él y que todas las demás secciones buscaban y convocaban otras mentes a través del universo, solicitando ayuda e información.

Había triunfado. Joel pensó en la Tierra como en sueños, con cierta nostalgia. Le resultó extraño que, precisamente entonces, su mente se solazara en las pequeñas cosas que había dejado tras de sí: una puesta de sol en Arizona, un ruiseñor a la luz de la luna, el ruboroso rostro de Peggy inclinándose sobre un instrumento a su lado, cerveza, música, pinos al viento...

¡Oh, pero mi especie...!Se acabó la soledad...»

Decisión. Una sensación de caída, de precipitarse hacia el Sol atravesando un torbellino de estrellas. ¡Aproximación!

Aquel ser debía localizarle en la Tierra. Joel trató de representar un mapa, aunque el modelo mental que su cerebro emitiera para visualizar algo en particular carecería de sentido para la mente del otro. Pero tal vez fuera una ayuda, por más difusa que pareciera.

Y quizá ayudó. De repente desapareció la banda telepática, pero se produjo un aluvión de otros impulsos, fuerzas vitales como una llamarada, la proximidad de un dios. Joel, a trompicones y jadeando abrió de un golpe la puerta.

La Luna se elevaba sobre las oscuras colinas, iluminando vagamente los árboles, los montículos de nieve y el humedecido suelo. El aire era helado, húmedo, cortante.

El ser que se encontraba allí, perfilado en la brillantez de sus ropas, era más alto que Joel, un adulto. Sus ojos circunspectos fulguraban tanto que era imposible mirarlos y daba la sensación de que su constitución interna fuera pura incandescencia. Toda la fuerza de su mente se expandió, rodeando a Joel, penetrando en su interior, recorriendo

cada una de sus células y nervios...

Joel chilló de dolor y cayó de rodillas. La irresistible fuerza se suavizó y quedó reducida a un zumbido en su cerebro que hacía vibrar cada molécula. Joel estaba siendo estudiado, analizado; ni la más ínfima parte podía ocultarse de aquellos terribles ojos y de la lógica que escrutaba en él mucho más de lo que el mismo Joel pudiera conocer. Su deformado lenguaje telepático era de pronto inteligible para el observador, Joel gruñó su petición.

La respuesta contenía piedad, pero tan remota e inexorable como los truenos sobre el Olimpo.

Muchacho, es demasiado tarde. Tu madre debió de caer en un remolino de energía... y obligada a... sobre la Tierra. Tú has sido educado por animales.

Piensa, muchacho. Piensa en los niños salvajes de esta especie. Cuando fueron rescatados por su propia gente, ¿acaso se convirtieron en humanos? No, fue demasiado tarde. Los rasgos básicos de la personalidad quedan determinados en los primeros años de la infancia, y sus atributos específicamente humanos se han atrofiado por el desuso.

Es muy tarde, demasiado tarde. Tu mente ha quedado apresada en un modelo rígido y limitado. Tu organismo se ha adaptado de modo distinto al preciso para comprender y gobernar las fuerzas que nosotros utilizamos, incluso necesitas una máquina para hablar.

Ya no perteneces a nuestra especie.

Joel continuó acurrucado en el suelo, tembloroso, sin querer pensar, sin atreverse a intentarlo.

Los truenos retumbaban en su cabeza.

No podemos permitir que interfieras en la educación mental apropiada de nuestros hijos. Y puesto que tampoco puedes reunirte con tu especie, sino que debes adaptarte lo mejor que puedas a la de este mundo, la decisión más favorable e inteligente que podemos tomar es la de efectuar determinados cambios. Tus recuerdos y los de otros humanos, tu organismo, el trabajo que estás haciendo y el que has hecho....

Otros seres extraños poblaron la noche. Los dioses, seres terribles y fulgurantes, llegaban a la Tierra para examinar todos y cada uno de los fragmentos de experiencia de Joel y emitir sus dictámenes sobre ellos. La oscuridad se abatió sobre él y cayó para siempre en el olvido.

Estaba en el lecho cuando despertó. Le extrañó sentirse tan cansado.

Bien, la investigación del rayo cósmico había constituido un trabajo duro y solitario. ¡Gracias al cielo y a su buena estrella había concluido! Se tomaría unas bien ganadas

vacaciones y volvería al hogar. ¡Qué alegría, ver otra vez a sus amigos!... Y a Peggy.

El doctor Joel Weatherfield, joven y eminente físico, se levantó eufórico y empezó a prepararse para el retorno al hogar.

Vuelan muy alto

por Ross Rocklynne
de «Amazing Stories», junio de 1952

En abril de 1968, «Galaxy» ofreció *Touch of the Moon* (Contacto con la Luna) de Ross Rocklynne. El relato trataba de las relaciones entre hombres que vivían en la Luna y hombres que vivían en la Tierra, y tal vez muchos lectores pensaron que su autor era un neófito. Nada más lejos de la realidad. Rocklynne había, sido un eminente escritor de ciencia ficción desde mediada la década de 1930, pero abandonó el género en la de 1950 para emprender otros derroteros.

Ross L. Rocklynne nació el 21 de febrero de 1913. F. Orlin Tremaine compró su primer relato, *Man of iron* (El hombre de hierro) sobre un hombre que podía atravesar el metal sólido. Apareció en «Astounding» en agosto de 1935. Poco después inició su memorable serie sobre el teniente Colbie y el maestro de criminales Edward Deverel. Estos relatos entran en la categoría de problemas científicos, en los que una dificultad aparentemente insoluble es superada mediante la estricta aplicación de una o más reglas científicas. En tres de tales narraciones, los protagonistas se ven atrapados convenientemente en el centro hueco del hipotético planeta Vulcano, en un profundo pozo de Júpiter y, por último, resbalando de un lado a otro de una superficie reflectante, cóncava, casi sin rozamiento y de varios kilómetros de longitud.

Esta serie permitió a Rocklynne hacerse un nombre, reforzando su posición con otra posterior que se inició con *Into the Darkness* (Hacia la oscuridad) («Astonishing», junio de 1940), en la que el héroe era una nebulosa en espiral (!). Sucumbió (¡ay!) por un tiempo a la tentación de escribir obras apresuradas y productivas para las revistas de Ray Palmer, pero en los primeros años de la década de 1950 recuperó su antigua forma. *They Fly So High*, el cuento que pueden leer a continuación, representó de hecho la resurrección de la serie Colbie-Deverel, pero con nuevos personajes. Rocklynne interrumpió esta sucesión de relatos al abandonar el campo de la ciencia ficción.

En la actualidad sigue escribiendo regularmente.

Sentado en la cocina de la galopante astronave, Dornley tuvo una extraña impresión. En realidad, el doctor Waldo Skutch, su prisionero, no parecía preocupado por el hecho de que le hubiera detenido en Calisto a punta de pistola.

—Iba a ofrecerle otra taza de café, señor —la Academia Espacial había enseñado a Dornley a ser educado, aunque estuviera delante de criminales peligrosos—, pero usted no parece estar nervioso o preocupado, ¿verdad?

Era la mejor manera de plantear la cuestión. Además, August Dornley intuía que su prisionero estaba dotado de una mente inquisitiva. Skutch, según las autoridades, estaba

planeando acabar con toda la especie humana. ¿Por qué? ¿Dónde estaba ubicada su base criminal? ¿Cuál era la naturaleza del arsenal secreto de nuevas armas que él estaba almacenando? Buenas preguntas. Había que descubrir las respuestas ganando la confianza de Skutch.

—¿Nervioso? —replicó Skutch, traspasando a Dornley con la palidez y rareza de sus ojos, sobre los que pendían mechones de pelo gris—. ¿Preocupado? Mi apreciado y jovencísimo teniente Dornley, la preocupación es un sentimiento especial de la especie humana, un innecesario demonio mental al que profesan un gran cariño. La preocupación pertenece al futuro. Yo, Skutch, vivo en el presente. —Tocó su voluminoso pecho con un largo y curvado pulgar.

—¿No se considera miembro de la especie humana, señor? —Era una pregunta que sin lugar a duda formularía algún fiscal inteligente cuando Skutch compareciera a juicio.

—Pertenezco a la especie humana. Mi constitución física lo demuestra, por desgracia. Pero mientras funcione mi mente, las posibilidades de que me haga inhumano son excelentes, ¡muy excelentes! —Skutch dejó la taza de café para tocar su amplia frente, sobre la que colgaba el desgredado y burdo cabello gris—. Cerebros, joven, cerebros. Ustedes pertenecen a la especie humana y se sienten orgullosos, no hay duda. Pero... ¿qué han hecho con sus cerebros?

Dornley no estaba dispuesto a que aquel viejo de ojos extravagantes le irritara. Sonrió.

—Pasé por la Academia Espacial en un tiempo récord y obtuve grandes honores —dijo—. De no haber demostrado algún tipo de mérito especial, me habrían enviado al frente en una de las naves de guerra. En lugar de eso, me clasificaron apto para Servicio Especial.

—¡Y ese uso de sus cerebros es el que les enorgullece.

—Bien, veamos —insistió Dornley, algo mosqueado—. Le seguí hasta Caliste. Le engañé, haciendo que abandonara la nave. Luego dispuse una trampa, un cañón disparando al azar, y le sorprendí por la espalda. Si nos ponemos a discutir sobre cerebros...

Skutch echó hacia atrás la desigual mole que era su cabeza y prorrumpió en carcajadas, o más bien apagados alaridos de júbilo. Por fin, se contuvo.

—¿Piensa que yo ignoraba la imposibilidad de evitar mi captura? —preguntó—. Ahora, permítame preguntarle qué sucedió con su nave.

El rostro de Dornley, saludablemente curtido, mostró un rubor.

—Usted la destrozó —admitió—. ¿Y qué? Estamos utilizando la suya.

Bruscamente, Skutch se inclinó sobre la mesa, apoyándose en los codos, sin apartar la mirada de Dornley.

—Ustedes tienen cerebros —dijo con el mismo tono suave que había empleado hasta el momento—. Pero no les han enseñado a pensar. *Piense, joven, piense*. Yo, Skutch, no me preocupo por el futuro. Pero eso no significa que no evalúe las posibilidades y probabilidades del futuro. Y bien, ¿es usted capaz *de pensar*?

Al principio, Dornley se había sentido provocado. Pero ahora estaba claramente alarmado. Su educación le obligó a sentarse con toda tranquilidad..., mientras su mano asía la culata de la termopistola Biow.

—Debo suponer —expuso con prudencia— que la nave es una trampa.

De pronto se levantó, inclinando su enjuto cuerpo sobre la silla para poder contemplar las ventanillas circulares de la galera. Júpiter mostraba una vasta sección de su triste perímetro. Agrandó la abertura. Júpiter brincó hacia atrás, ofreciéndose a la vista como una naranja moteada de gran tamaño. Las estrellas se condensaban a su alrededor. Dornley varió las coordenadas de la visión en ciento ochenta grados. Jápeto se hallaba detrás, a veinte minutos. Los otros satélites brillaban difusamente.

Las ventanillas de visión no mostraban señales luminosas. No había otras naves en la zona. El ataque estaba excluido, tanto como la posibilidad de rescate.

Desconectó el mecanismo y se encaró tranquilamente con Skutch.

—Entonces —dijo—, la trampa está en la misma nave. Tal vez un explosivo que usted mezcló con el combustible de antemano, programado para explotar al cabo de cierto tiempo..., a menos que usted estuviera libre y pudiera evitarlo. —El sudor goteaba de sus axilas—. Deduzco también que es demasiado tarde para hacer nada, o de lo contrario no me habría dado ninguna pista.

—Ahora está usted pensando —afirmó Skutch, sonriendo abiertamente—. Pero no lo bastante. Usted piensa que soy incapaz de preparar mi propia muerte. Pues bien, se equivoca. Mi trabajo se desarrolla a la perfección tal como van las cosas. Está en manos expertas. No me echarán de menos por mucho tiempo. De modo que estoy resuelto a dejar que la nave explote, con todos nosotros dentro, a menos que usted actúe rápidamente.

Dornley contó hasta diez para no excitarse.

—Admite usted, por fin, que está conspirando contra la humanidad. Esto no concuerda mucho con la imagen idealizada de ser superior que usted mismo se ha forjado, doctor Skutch. La Tierra usa la ciencia para la guerra, una guerra inevitable y que es preciso ganar. Lo que usted planea es utilizar la ciencia, una ciencia superior, para superar al vencedor y al vencido. ¿Me equivoco? ¿Estoy *pensando*?

Dornley pronunció las últimas palabras con un sarcasmo consumado. Sus largas piernas dieron media vuelta, y el teniente se dirigió rápidamente hacia la popa de la nave.

Regresó portando en sus manos dos trajes presurizados y empaquetados de un tipo extremadamente resistente, capaz de soportar quince mil atmósferas.

—Sí, está pensando —dijo Skutch. Su mirada ceñuda observó a Dornley mientras éste rasgaba los envoltorios—. Pero lo hace con la mitad inferior de su cuerpo.

Dornley apretó los labios, esforzándose en ignorar al prisionero.

—¡Ciencia! ¡Bah! —Skutch estuvo a punto de escupir—. La ciencia es un juguete, una niñería. Y yo soy un criminal porque abandoné mi forzada tarea de fabricar juguetes. Me persiguen porque se teme que estoy conspirando contra la autoridad. Me juzgarán, condenarán y obligarán a concebir juguetes más ingeniosos. Seré juzgado por hombres que no son sino autómatas inconscientes, hombres que ejecutan las ideas de otros hombres.

Guardó silencio. De los envoltorios surgieron trajes presurizados, gruesos, pesados, semeando cadáveres hinchados. Skutch los observó con gran interés.

—Tal vez nos falte tiempo —indicó gravemente—. ¿Bastarán cinco minutos?

Dornley trabajó con el doble de rapidez. Sudoroso, comprobó las válvulas y controles del oxígeno, examinó las clavijas de las unidades de gravedad, se aseguró de que las unidades de alimentación y agua funcionaran y estuvieran llenas... Skutch observaba y aprobaba toda aquella actividad.

—Puede pensar —afirmó con un movimiento de su enorme cabeza—. Pero aquí, sin que me estimule un espíritu de revancha, es posible que usted disponga de un excelente ejemplo sobre cómo un individuo libre puede manipular el universo. Yo Skutch, estoy manipulando al teniente, esta nave, los hechos..., pese a encontrarme encadenado a esta mesa. ¿Qué no daría usted por lograr algo parecido?

—Lo daría todo si usted se callara —dijo Dornley con firmeza. Skutch contrajo sus débiles hombros—. Póngase este traje.

Dornley liberó a su prisionero, le ayudó a calarse el traje, y abrió el visor, hecho de un material sólido, transparente y de extremada luminosidad. Skutch sintió un momentáneo ahogo, por lo que Dornley reajustó la entrada de oxígeno. Treinta y nueve segundos más tarde, ambos hombres salieron despedidos de la cámara presurizada y Skutch, esposado a Dornley, felicitaba a éste por su rápido trabajo. Otros diez segundos más, y el tenue casco negro de la nave empezó a llenarse de agujeros. Los dos hombres vieron brotar espantosas llamaradas a través de los boquetes y las destrozadas troneras. Gases amarillentos fluyeron con violencia y se expandieron velozmente hasta hacerse invisibles. Las numerosas brechas del casco aumentaron un poco más su tamaño y eso fue todo. Empezaron a alejarse y alejarse, movidos por su propia velocidad, hasta que la nave abandonada desapareció.

Dornley estaba deprimido y silencioso. El, por su experiencia insuficiente, era el culpable de haber caído en una trampa. Skutch era un viejo diablo y, al parecer, entendía la naturaleza humana. Observando aquel Júpiter gigantesco situado debajo de ellos —el inmenso planeta determinaba lo que era «abajo»—. Dornley estaba casi convencido de que habría sido mejor tener una muerte rápida dentro de la nave.

—Júpiter —murmuró Skutch. Dornley escuchó aquella voz rimbombante deformada por el radioreceptor—. Júpiter, el gigante del sistema, criatura poderosa, un ser anciano. Júpiter, amigo mío, yo te saludo. Pronto nos encontraremos.

Dornley no dijo nada.

—Usted no debe saber que Júpiter vive, ¿verdad? —prosiguió Skutch.

Dornley volvió la cabeza hasta encararse con Skutch. Estaba seguro de contemplar a un viejo chiflado. Pero Skutch sonreía burlona, ampliamente, y el bigote grisáceo sobresalía de su boca semejando el de un tigre.

—Le he atrapado, joven. Al parecer, es usted mucho peor de lo que esperaba. Usted afirmará, llanamente, que Júpiter no vive. Su mente está trabada, atada al dogma. Otras mentes le dicen qué debe pensar. Tal vez debería descartarle. —Suspiró profunda, calculadoramente.

—Júpiter no vive —dijo llanamente Dornley.

—¿Lo veis? —El brazo libre de Skutch se alzó hacia las frías estrellas—. Si al menos hubiera dicho: «Me faltan datos para emitir una opinión. Júpiter *puede* estar vivo...»

—Aterrizaron hombres en Júpiter —explicó Dornley con una tenue sonrisa en sus labios—. Levantaron Ciudad Júpiter cerca de la Mancha Roja. No han detectado un simple latido de corazón o respiración. Pero debo admitirlo: podría estar vivo en otros aspectos.

—Bien, bien —celebró Skutch—. Está mostrando signos de mejoría. Entiéndame, joven. A veces hago afirmaciones tajantes que desconozco si son ciertas o no. Lo único que pretendo con ellas es poner a prueba a las personas.

—¿Qué personas?

—*Todas* —respondió Skutch con solemnidad—. Usted no conoce todavía mi trabajo fundamental. Estoy creando, tal como usted diría con su actual nivel de comprensión, un arma definitiva, un arma tan poderosa que nadie podrá resistirla. Por ella me condenarían y sentenciarían a muerte si el Tribunal Terrestre me atrapara, cosa que no sucederá. Estamos cayendo.

Sí, caían. La poderosa atracción del planeta había vencido por fin el momento centrífugo de los dos hombres. El contador ajustado a la muñeca del traje presurizado de Dornley, midiendo con precisión las variaciones en la gravedad planetaria y de los

satélites, les indicaba una aceleración con la que alcanzarían la atmósfera del planeta en ocho horas. Nada bueno. Cada hora, como mínimo, deberían ajustar las unidades gravitatorias de los trajes para menguar la velocidad.

Dornley, atado a su extraño compañero, miró hacia abajo para contemplar la inmensa naranja, amarilla y roja, que era aquel monstruo del firmamento. Errantes pensamientos de temor emergieron en la superficie de su mente. Debería estar chillando de terror. Estaban solos allí, separados de todo, viviendo con una finalidad igual a muerte. Su corazón latió más deprisa, su respiración se agitó. Se vio a sí mismo como un joven inexperto, con una vida larga y satisfactoria por delante, una vida que no debía truncarse aún. Sudaba.

—Doctor Skutch —dijo roncamente—, ¿cómo se las arregla para no tener miedo?

—¿Miedo? —La voz de Skutch fue de sorpresa, pero luego se volvió suave y amable—. Le comprendo, joven. Está preocupado. Piensa que no viviremos. ¿Y por qué?

La pregunta era un cuidadoso sondeo. Dornley humedeció sus labios.

—Es obvio —contestó—. Júpiter ha atrapado a otras personas antes. Naves incapaces de superar la gravedad. Enviaron señales de socorro que fueron recogidas. Ninguna nave de rescate pudo llegar a tiempo. Y nosotros ni siquiera hemos enviado equipo.

—¡Aja! —Los dientes de Skutch resonaron triunfalmente—. Llegamos al centro de las calamidades humanas. El hombre mira el pasado, y planea el futuro de acuerdo con ello. Es decir, el futuro es una copia en papel carbón del pasado. Definitivamente, esto no es así, joven. Su cerebro, sin duda excelente, emplea identificaciones. ¡Qué cosa tan peligrosa! Entiéndalo: *ningún* hecho es idéntico a otro. Lo que nos ocurre ahora no tiene relación alguna con todo lo que pudiera haber sucedido a cualquier otra persona. Es una situación nueva. Podemos hacer con ella lo que deseemos, sin permitir que hechos pasados nos den órdenes. ¿Comprende?

—Tiene sentido —dijo Dornley cansinamente—. Pero esta situación continúa ahuyentando mis días de vida.

—Mi apreciado teniente Dornley —intervino Skutch con aspereza— eso se debe a que usted no está, si me permite decirlo, vivo. No *existe*. ¡Mire a su alrededor! —Su brazo libre describió un arco amplio, entusiasta, comprensivo—. ¿Le gustaría estar muerto como la mayor parte de la humanidad? ¡Aquí tiene belleza! ¡Aquí tiene majestad! ¡Aquí tiene profundas, misteriosas, pavorosas ideas con las que porfiar! Aquí hay alegría, no terror. Joven, ¡le ordeno que *viva*!

De haber estado sentado, Dornley se habría levantado de golpe ante la severidad de la voz de Skutch. Sintió una especie de campanas sonando en su cabeza, y miró alrededor. Era maravilloso, tuvo que admitirlo, si olvidaba sus preocupaciones. Skutch le observaba

a través del visor. Sonrió generosamente.

—Así está mejor —dijo—. Joven, le haré una sugerencia. Duerma. Me aseguraré de ajustar nuestra velocidad de caída de forma que no atravesemos la atmósfera con la suficiente rapidez como para producir calor.

Dornley se dispuso a dormir, como si Skutch hubiera hecho uso de una sugestión positiva. Durmió largo tiempo, firme, pesadamente. Al despertar, lo hizo forzado por la atmósfera cada vez más densa que él y Skutch atravesaban girando sobre sí mismos. Skutch murmuró algo, no sabía dónde estaban los controles de estabilización. Dornley los encontró por él, y muy pronto el rotar de los giroscopios hizo que siguieran cayendo con los pies por delante.

La luz era escasa. La luminosidad de las estrellas no podía penetrar aquella corteza de gases, increíblemente gruesa, que cubría Júpiter. Un resplandor rojizo, procedente de la Gran Mancha Roja, en el centro del planeta, suministraba toda la iluminación. Dornley conectó la unidad detectora, situada en la parte delantera del traje, y leyó la medición. Mil novecientos kilómetros por recorrer antes de alcanzar la superficie. Dijo algo a Skutch, que murmuró con poca firmeza, y se calló para permitir que durmiera.

La vela pudo haber sido terrorífica, pero algo de la extraña filosofía de Skutch había penetrado en Dornley, y sin duda mantendría su ánimo durante algún tiempo. Frunció la frente. Una experiencia rara, un hombre raro, que *trabajaba* en un arma definitiva, y que *disponía* de conspiradores colaborando con él, admitidos por él mismo.

Algo no encajaba. ¿El qué? Ninguna respuesta.

Caían. ¿Así que se trataba de una situación nueva?, pensó Dornley. Hum. El planeta mortal seguía siendo el mismo. O quizá no. El viejo Júpiter era un individuo multifacético, repleto de misterios, desconocido en un noventa y nueve por ciento.

Dos veces y media la gravedad terrestre. ¡Quince mil veces la presión atmosférica de la Tierra!

Dornley hizo una mueca en la densa oscuridad.

—Júpiter, anciano —dijo a manera de oración—, permítenos caer sin problemas. Y si salimos de ésta, y puedo llevar a Skutch donde le corresponde, te prometo...

Podría ir a misa todos los domingos, pero a Júpiter le daría igual.

Ochocientos kilómetros. Dornley no se arriesgaba a quitar sus ojos de los medidores. Ciento sesenta kilómetros. Tenía los ojos fijos en ellos. Quince kilómetros. Trató de despertar a Skutch. Tres kilómetros. Skutch no despertaba. Trescientos metros.

—¡Skutch! —chilló Dornley.

Cien metros. Las lecturas fraccionales no funcionaban. Ocho metros por debajo, su

rayo detector localizó una superficie líquida, reluciente. Dornley, sin tiempo para actuar correctamente, no pudo conmutar el reactor de gravedad de Skutch y sólo consiguió manipular el suyo. La disminución gravitatoria fue insuficiente. Chocaron violentamente y se sumergieron.

Se sumergieron.

«Gracias, viejo Júpiter.»

Skutch murmuraba mientras ambos flotaban boca arriba. Pero ésta no era la mejor descripción del proceso. En realidad, estaban siendo elevados. No llegaron a la superficie. La superficie estaba bajo ellos.

En cualquier caso, el movimiento cesó. El rayo detector de Dornley seguía conectado, iluminando lo que al principio pareció ser una caverna circular, uniforme, emanando una brillante radiación verdosa. Por supuesto, la radiación provenía de la dispersada luz del rayo.

Skutch volvió a gruñir. Dornley intentó moverse. Se hallaba tendido de espaldas, apretado contra Skutch. Igual que un tornillo de banco. Su casco le oprimía, apenas podía mover la cabeza. Un brazo reposaba en su pecho y se cuidó de mantenerlo en esa posición. Sus piernas estaban pegadas una a otra, comprimidas contra las de Skutch. El otro brazo estaba apretujado al de Skutch. Extraño.

Silencio.

—¿Y bien, joven? —sonó la voz de Skutch—. ¿Está pensando?

Dornley *estaba* pensando, con cierta impersonalidad. Pensaba en dos hombres solitarios en un planeta inhabitado. Inhabitado si se exceptuaba una inaccesible ciudad cubierta por una cúpula y situada en el centro del planeta. Dos hombres pensando imposibles, en términos de esperanza, evasión y rescate.

Así que debía pensar. Lo que debería hacer sería extender su brazo libre y ajustar a cero la entrada de oxígeno del gran doctor Waldo Skutch.

—Me defrauda usted, teniente —sonó el lamento de Skutch—. Una mente libre ya habría diagnosticado la situación y estaría ideando soluciones. El hombre libre manipula el mundo, el mundo manipula al esclavo. ¿Es usted esclavo de su propio pesimismo? Ése es el problema fundamental, y no si usted vivirá o no. No obstante, haré que su mente esclavizada empiece a funcionar. La «caverna», como usted ya la ha denominado impropriamente, no es una caverna. Escuche el viento de Júpiter.

Fuera, en alguna parte, sonaba el viento, un trueno plañidero y borrascoso que subía, bajaba, aumentaba, disminuía. La llamativamente verdosa «caverna» se expandió y contrajo al unísono, a veces incluso un metro.

—¿Lo ve? —dijo Skutch riendo entre dientes—. Júpiter respira. ¡Hemos caído en su boca y estamos envueltos en una burbuja de saliva! La imaginación podría sacar mucho partido a esto. Pero aferrémonos a los hechos, al menos a lo que la mente humana entiende por hechos.

»Quince mil atmósferas de presión sobre un lago de extraño metal líquido. Una sola distorsión ocurre en la superficie del lago. Podría afirmarse que una tensión superficial, miles de veces superior a la que podría pensarse posible, va a producirse casi de fiijo. ¿Está pensando *ahora*?

La voz de Skutch era esperanzadora. El doctor era igual que un hombre que habiendo dispuesto una bomba está convencido de que saldrá agua.

—¡Infiernos! —murmuró Dornley con rebeldía.

El teniente pensaba en dos agujas atadas sobre una película superficial de agua. ¿Cómo hace uno para liberar las dos agujas de forma que puedan flotar tranquilamente durante un rato con cierto grado de libertad? Tal vez removiendo el agua a su alrededor. No así, con exactitud...

—No se preocupe —dijo a Skutch—, no estoy exactamente muerto. Tengo un brazo libre. Y, también, una idea.

Con algunos esfuerzos, alcanzó el reóstato de la unidad gravitatoria de Skutch; con el suyo no tuvo problema alguno. Giró por completo ambos reóstatos. Al instante, sus pesos aumentaron y los dos hombres se hundieron bajo la superficie de la materia líquida, quedando en una especie de hueco de gran profundidad.

—Esté preparado —advirtió a Skutch.

Giró ambos reóstatos hasta el cero, lo que equivalía a media gravedad. La respiración de Dornley cesó mientras la curvatura de la superficie del lago recuperó su posición, lanzando a los dos hombres casi dos metros por los aires.

Hubo un sonido de algo rompiéndose. Cuando Dornley pudo darse cuenta, se hallaba sentado con las piernas cruzadas a dos metros de Skutch. Este había caído de espaldas, de nuevo desvalido, brazos y piernas unidos a la fuerza. Pero se reía satisfecho, y dijo a Dornley que cuando recorriera aquel trecho podría ayudarle a quedar igualmente sentado.

Dornley estuvo a punto de aclarar que pretendía seguir en el mismo sitio, pero advirtió que la superficie entre ambos, reforzada, estaba atrayéndoles sin remedio. Bien, de todos modos las esposas se habían roto al hacerse quebradizas bajo aquel frío glacial, y Dornley tenía libre el brazo, con lo que se había ganado mucho.

Un momento más tarde, los dos hombres estaban sentados uno frente al otro.

Dornley miró alrededor, ahora con mayor interés.

—Sí, es una burbuja —admitió—. Grandes redondeces. Yo diría que hay una gran filtración en el lecho del lago. El viento provoca cambios en la presión exterior. Se trata de un excelente principio aerodinámico válido para cualquier planeta. La burbuja se hace mayor o menor en consecuencia.

Una sección de la burbuja se convirtió en un muro liso.

—Interesante —comentó Dornley, tan fascinado que olvidó momentáneamente su preocupación por el futuro—. Otra burbuja de mayor tamaño se topó con ella.

Skutch le observaba con una sonrisa muy amistosa, pero Dornley no dijo nada, quedándose mudo por primera vez.

Dornley sacó la Biow térmica de su pistolera y, tras un instante de vacilación, disparó a la unión de las dos burbujas. El color verde se hizo más brillante en un punto, pero la burbuja no se rompió, por lo que Dornley aumentó un poco la temperatura. El segundo disparo provocó un estallido atronador... y algo más. Dornley y Skutch fueron sacudidos de un lado a otro. Cuando volvió la calma, se encontraron de nuevo en estrecho contacto, y una burbuja cuatro veces mayor se arqueaba sobre ellos. Al parecer, las dos burbujas se habían fundido en una sola.

Dornley hizo una mueca; Skutch volvió a mostrar su sonrisa característica.

—¿Lo ve? —Skutch extendió las manos como si el mismo principio de la vida acabase de ser explicado—. Jugamos con los juguetes, pero no permitimos que los juguetes jueguen con nosotros..., a menos que lo queramos así. De este modo, los hombres libres gobiernan todo lo que está dentro y fuera de ellos. Y ahora, mi querido teniente, estoy seguro de que habrá determinado nuestro siguiente paso, el medio para huir de este lago. Alzó sus pobladas cejas.

Dornley le observó pensativamente. Se le estaban ocurriendo ciertas ideas, ideas muy consistentes e intuitivas.

—No lo he determinado —expuso.

El peludo rostro sonrió generosamente detrás del visor. Skutch extendió la mano.

—Déjeme su arma, joven —exigió.

En lugar de hacer tal cosa, Dornley alzó el arma y apuntó al pecho del traje presurizado del doctor.

—Doctor Skutch —dijo en tono casual—, si aumentara la intensidad calorífica de esta pistola térmica, si la dispusiera al máximo, tardaría cinco minutos en abrir un agujero en su traje, abriendo camino a quince mil atmósferas de presión.

Una amarga sorpresa desencajó las facciones de Skutch.

—¿Por qué? —preguntó en un gruñido.

—He sido un buen chico, doctor Skutch. No perdí los nervios cuando usted empezó a..., uh..., manipularme. Le traté como a un prisionero de guerra, con cortesía, con gran cortesía. Créame, seguiré siendo cortés. Pero todavía soy miembro del Servicio, y tengo un deber que cumplir. *No somos amigos*.

Skutch se tranquilizó visiblemente, desapareciendo su mirada de tigre.

—¡Oh, se trata de eso! —replicó, contrayendo los hombros en un gesto despreciativo—. El deber. La cortesía. Tópicos. Vuelven los pensamientos de otros hombres. No significan nada.

—Eso no es todo —dijo Dornley con resolución—. Tengo determinados pensamientos respecto a usted. Uno de ellos es que *está* conspirando no sólo para derribar al Gobierno terrestre, sino también, en un momento dado, para acabar con los gobiernos de todos los demás planetas. Los planetas del enemigo.

—¡El enemigo! —Skutch alzó sus manos hacia dioses invisibles—. ¡Vuelve a las andadas! ¿El enemigo de quién? No su enemigo. El enemigo de los grandes cerebros que piensan por él. Joven, ¿es que no ha aprendido nada de mí, *nada*?

Dornley advirtió que su capacidad para pensar se descomponía por momentos.

—Además —comentó con fingida tranquilidad—, usted *tiene* una base, un cuartel general, y multitud de hombres a sus órdenes. Esto ya se sospechaba, pero hasta ahora nadie había determinado con certeza su localización. Esa base, estoy convencido, se halla en este planeta. ¡Y no muy lejos de aquí! De lo contrario, ¿porqué estaba usted tan optimista?

»Tal como usted mismo ha admitido en mi presencia, usted, un genio científico, está trabajando con sus hombres en un arma tan poderosa que ninguna potencia podrá oponerse a ella. Le creo capaz de esto.

»Doctor Skutch, yo también puedo ser optimista, en ciertas condiciones, pero sé que no podemos llegar hasta Ciudad Júpiter. Y no puedo consentirle que huya a su cuartel general, aunque yo muera.

»Estoy convencido de que debería matarle ahora.

—¿Y por qué no lo hace? —gruñó Skutch.

Dornley estaba sudando.

—No cree ni en la mitad de lo que está diciendo —prosiguió Skutch, mostrando cierto hastío en su voz—. Por eso no dispara, teniente. Espera que yo le ofrezca pruebas. Y se las daré. Mi base está cerca de aquí..., tan sólo a cinco mil kilómetros. Piense. Y dispongo de muchos hombres, y mujeres, y niños, a mis órdenes. ¡Y estoy creando una superarma

destruktiva! Dígame, teniente, ¿le gustaría ver funcionando mi superarma?

Dornley apretó los dientes.

—Me gustaría, pero...

—¡Excelente! —Skutch recuperó parte de su vivacidad. Luego su mirada se hizo brillante y penetrante—. Teniente, ¿tiene muchas pertenencias?

La conversación seguía un derrotero incontrolable. Dornley se sintió atrapado.

—Nada —dijo cansadamente—. Estoy en el Servicio. Unos cuantos papeles, viejas cartas, ropa de civil, algunos libros... Eso es todo. ¿Porqué?

—¿No está casado? ¿No tiene hijos? ¿No tiene obligaciones familiares de ningún tipo? —Ante las respuestas negativas de Dornley, Skutch exclama—: ¡Excelente, excelente! Teniente, ¿le gustaría hacer un viaje hasta mi base, mi supuesto cuartel general, y contemplar los rayos de mi arma mortal mientras actúan?

Dornley estaba desmoronándose. Temía que alguna equivocación le llevara a una posición aún peor, pero ¿peor desde el punto de vista de quién? Estaba harto de pensar. Bien, debía responder la pregunta. Desde el punto de vista del deber, los juramentos, los hombres que controlaban hombres que controlaban hombres que controlaban hombres, que a su vez extraían sus ideas y convicciones de documentos oficiales escritos por la última generación, o de hombres muertos hacía diez generaciones, que habían escrito libros y creado tradiciones, reglas... Un enredo de formalismo, protocolo y falsedades axiomáticas que tuvo un mal principio. Guerra, pobreza, dolor, violencia, ciencia, más ciencia, una ciencia mejor, superciencia, guerra, pobreza... Ciencia superalucinante...

La vida era un error. Sí, un error evidente en cierta forma. Se hallaba en una posición en la que estaba obligado a matar a Skutch. Pero no podía hacerlo. ¿Cuál era la alternativa? Debía ir con Skutch. También esto era una obligación. ¡Ve con Skutch! Averiguar, por fin, lo que pretendía. Examinar aquella supuesta superarma, en su base, junto a la gente que trabajaba para él. Y luego... Meneó la cabeza en señal de arrepentimiento.

—No puedo matarle, doctor —dijo—. Iré con usted, si es que podemos. Si no me gusta lo que veo, le prometo que me iré y no diré nada. Esto traiciona mi juramento, pero así lo haré.

—Pero... ¿y si le gusta lo que ve? —inquirió tentativamente Skutch.

—¿Le gustaría que me quedara? ¿Qué renunciara a la Tierra?

—¡Bah! —Skutch se echó hacia atrás—. Usted jamás tuvo una «Tierra», fue la Tierra la que le tuvo a usted. No, no, joven. Volverá. Todos nosotros volveremos algún día..., si lo deseamos. Pero no por mucho tiempo.

Dornley esbozó una sonrisa fugaz, cansina. Pero no dijo nada. Skutch emitió un prolongado suspiro.

—En cuanto a ir a tierra «firme» —dijo Dornley mirando su pistola..., resultará fácil. Un punto calorífico reducirá la tensión y nos empujará en dirección opuesta.

Dornley destruyó la burbuja y su tenue vibración de un solo disparo. El glóbulo desapareció en medio de un estruendo, deshaciéndose en gruesas gotas de lluvia. Dornley aguardó hasta que él y Skutch volvieron a oscilar uno junto al otro y se tomó el tiempo suficiente para acostumbrarse al viento, tan poderoso como una corriente submarina. Luego abrió al máximo la abertura de la pistola, obteniendo una gran superficie de acción para el rayo calorífico. Lo desplazó a lo largo de la película superficial que se encontraba a su izquierda, reduciendo la tensión en la cuantía adecuada.

Sometidas a una tensión superficial más elevada, las membranas situadas a la derecha de Dornley se contrajeron sin cesar, alejando suavemente a los dos hombres de la superficie expuesta al calor. Dornley conectó los estabilizadores para asegurarse de que no emprendían un movimiento en círculo.

Al cabo de una hora apareció lo que podía describirse, muy aproximadamente, como una «playa». Pero las potentes fuerzas de cohesión curvaban la orilla del lago, alzándola a casi cuatro metros de altura. Dornley, desconfiado, examinó el obstáculo. En apariencia, la fuerza de la membrana, siempre contrayéndose, bastaba para superar la atracción gravitatoria. Los dos hombres se precipitaron hacia arriba y se detuvieron. Skutch se aferró al borde rocoso de la playa y se liberó. Dornley quedó en el mismo borde, por lo que el doctor tuvo que agarrarle por las axilas y alzarle.

Habían logrado salir de allí. Vientos cargados de amoníaco y metano se movían perezosamente alrededor de los dos hombres.

Dornley miró inquisitivamente a Skutch y éste le hizo una seña, indicándole que se sentara.

—Vendrán a buscarnos —dijo el doctor con satisfacción.

—¿Saben que estamos aquí? —Dornley no podía creerlo.

—¿Por qué no? —Una vez más, Skutch le obsequió con su impresionante sonrisa—. La ciencia no es un fin, sino una herramienta. —Cogió dos rocas apizarradas y las golpeó una contra otra—. Los sonidos viajan, no son estáticos. Los instrumentos detectan las vibraciones. Vendrán a por nosotros. Poseemos medios para trasladarnos por el planeta.

Silencio. Luego Dornley vio que Skutch le miraba fijamente, tramando algo.

—Vivirás con nosotros —dijo lentamente Skutch—. Aprenderás. Habrá mujeres allí, chicas que se enamorarán de ti..., si lo desean. No te faltará nada. Pero debes aprender.

»Cuando yo diga que Júpiter vive, tu contestarás que tal vez, y tratarás de averiguar el porqué de mi afirmación. Cuando yo diga que los manzanos crecerán en un vaso de agua, tú investigarás el concepto. Volverás a examinar toda tradición, todo formalismo, toda idea que haya sido introducida en tu mente y que te hayan forzado a aceptar. Siempre preguntarás por qué *debes* hacer esto o lo otro. ¿Quién lo ha dicho? Te liberarás de cientos de ideas falsas; tú las utilizarás a *ellas*, y no al revés. Examinarás tus temores, tus faltas, tus celos, tus envidias... Y al final, tales sentimientos no te dominarán, serás tú el que los domine. Ninguna idea, nada, nadie volverá a utilizarte. A menos que tú lo quieras.

Skutch se meció sobre sus caderas, con las manos apoyadas en las rodillas, mostrando su sonrisa feroz.

—¿Te asusta la perspectiva? —prosiguió—. No lo consientas, joven. Ya he utilizado mi arma secreta contigo. Sus rayos han penetrado profundamente en tu cuerpo. Puedes comprobar lo fácil que resulta hacer estallar las burbujas personales. Nunca volverás a ser el mismo.

»Pero ni nosotros, ni los que vengan detrás en los próximos mil años, estaremos dispuestos para la misma humanidad.

El viento soplaba lentamente. Pasaban las horas. Dornley permaneció sentado, preguntándose qué podía rechazar y qué podía aceptar.

El último día

por Richard Matheson
de «Amazing Stories», abril-mayo de 1953

Durante el reinado de Palmer, «Amazing» fue etiquetada como una publicación mediocre que únicamente pretendía hacer dinero. Howard Browne se enfrentó a un gran trabajo de restauración cuando asumió el control, y, pese a la calidad literaria, evidenciada por el relato anterior, su primera etapa en la revista resultó lastimosamente fútil. La posibilidad de un cambio importante se presentó cuando Ziff-Davis decidió adoptar el formato reducido (*digest*). Disponiendo de un presupuesto mayor, Browne adquirió relatos de primera clase y produjo una revista de calidad soberbia que pasó a ser una de las mejores en el género de la ciencia ficción. El cuento más sobrecogedor y absorbente de aquel primer número de formato reducido fue, sin lugar a duda, el que les ofrezco ahora: *The Last Day*, escrito por Richard Matheson.

Matheson es más conocido en la actualidad como autor de historias de horror y guionista de Hollywood, sobre todo, en esta última faceta, por las películas basadas en temas de Poe y dirigidas por Roger Gorman. Pero Matheson es en realidad un producto del mundo de la ciencia ficción, habiendo logrado un impacto terrorífico con su relato corto *Born of Man and Woman* (Nacido de hombre y mujer), aparecido en el verano de 1950 en «F & SF», cuento narrado por un mutante. Matheson nació en 1926 y creció en Brooklyn pensando convertirse en ingeniero. Tras la venta y gran aceptación de su primer relato, se concentró en la literatura, campo que ya no abandonaría nunca. En el género de la ciencia ficción logró adquirir una sólida reputación con narraciones como *Brother to the Machine* (Hermano de la máquina) («íF», noviembre de 1952), en torno a la psicología de los robots, y *The Foodlegger* («Thrilling Wonder», abril de 1952), desarrollada en un futuro en el que la palabra *comida* es considerada como una indecencia. Posee un talento especial para dar a sus obras de horror un toque de suspense, notable en la famosa *I am Legend* (Yo soy leyenda) y en la más reciente *Hell-House* (La casa infernal). Con la triunfal adaptación a la pantalla de su novela *The Incredible Shrinking Man* (El hombre que se encogía increíblemente). Matheson se concentró más en escribir guiones, pero sin olvidar jamás el campo de la prosa. En 1958, una narración, *The Distributor* (El distribuidor), le permitió ganar el premio literario anual de «Playboy», dotado con mil dólares, y su novela *The Beardless Warriors* (Soldados imberbes), basada en sus propias experiencias y protagonizada por jóvenes durante la segunda guerra mundial, recibió grandes elogios de la crítica.

Actualmente, sus apariciones en el campo de la ciencia ficción son, por desgracia, muy raras, pero a principios de la década de 1950 resultaba difícil no toparse con sus obras. Era un placer leerle en relatos como *The Last Day*.

Despertó, y su primer pensamiento fue: «*Ha terminado la última noche*».

Había dormido muy poco.

Estaba tendido en el suelo, mirando hacia el techo. Las paredes seguían reflejando la luz rojiza que provenía del exterior. En la salita no se oía otra cosa que no fueran ronquidos.

Miró a su alrededor. Cuerpos esparcidos por todas partes. En el sofá, acurrucados en los sillones, retorcidos en el suelo...

Se irguió apoyándose en un codo, deteniéndose ante el agudo dolor de su cabeza. Cerró los ojos y permaneció así durante un momento. Luego volvió a abrirlos. Pasó la lengua por sus resecos labios. Su boca conservaba un regusto de licor y comida.

Apoyado en el codo, volvió a examinar la habitación. Su mente trató de formarse una idea de lo que veía.

Nancy y Bill yacían abrazados, ambos desnudos. Norman dormía sobre el brazo de un sillón con el rostro tenso. Mort y Mel estaban en el suelo, tapados con alfombras sucias y roncando. Y había otros que también dormían en el suelo.

Fuera, el resplandor rojizo.

Miró por la ventana y tragó saliva. Parpadeó. Contempló su alargado cuerpo. Volvió a tragar saliva.

«Estoy vivo —pensó—, todo es real.»

Se restregó los ojos. Aspiró profundamente el putrefacto ambiente del apartamento.

Pugnó por levantarse y tiró su vaso. La bebida se desparramó por la alfombra y empapó el tejido azul marino.

Pudo ver vasos rotos, pateados, aplastados contra la pared. Todas las botellas estaban vacías.

Siguió examinando la sala. El tocadiscos estaba en el suelo, boca abajo; los discos esparcidos, rotos, daban un extraño aspecto a la alfombra.

Los recuerdos empezaron a brotar en su mente.

Mort había sido el causante de todo aquello, la noche anterior. Estaba borracho y, de repente, se había echado encima del tocadiscos, gritando:

—¡Ya no necesitamos más música! ¡Es sólo un montón de ruido!

Y Mort había pateado el tocadiscos, estrellándolo contra la pared, agachándose, recogiendo con sus robustos brazos, levantándolo y arrojándolo de nuevo con todas sus fuerzas.

¡Al diablo la música! —había gritado—. ¡Odio esta mierda! Luego había empezado a

sacar discos de las fundas, rompiéndolos contra sus rodillas.

—¡Vamos! —había chillado—. ¡Venid todos!

Y todos le habían imitado. En aquellos últimos días, todas las ideas alocadas eran bien recibidas.

Mel, en pleno acto amoroso con una de las chicas, se había puesto en pie, abalanzándose sobre los discos y arrojándolos por las ventanas, desparramándolos por la calle. Y Charlie se había olvidado de su pistola por un momento, para tratar de alcanzar a los transeúntes con los discos.

Richard había contemplado aquellos platillos oscuros que volaban y se destrozaban contra la acera. Incluso llegó a tirar uno. Luego se había apartado del grupo, de la locura colectiva, yendo al dormitorio con la chica de Mel. Por algunos momentos los dos habían olvidado lo que pasaba en su mundo.

Aún pensando en todo aquello, Richard se puso en pie y trató de no perder el equilibrio.

¡Maldita luz rojiza! Cerró los ojos por un instante.

Luego miró a Nancy. Recordó haberse acostado con ella en algún momento, en el desenfreno del día y la noche pasadas.

¡Qué mujer más repugnante! Siempre ha sido un animal, pero antes estaba forzada a disimular. Ahora, cuando todo se acaba, sólo se preocupa por la única cosa que realmente tiene interés para ella.

Richard se preguntó si todavía quedarían personas verdaderamente dignas en el mundo, gente que conservara su honradez aun cuando esa virtud no sirviera ya para impresionar a nadie.

Pasó por encima del cuerpo de una mujer dormida. Sólo llevaba puesta la combinación. Richard observó el pelo revuelto de la muchacha, la pintura de labios corrida, el gesto de tensión e infelicidad que configuraba su rostro.

Al pasar junto al dormitorio vio tres mujeres y dos hombres acostados en la cama.

Encontró el cadáver en el cuarto de baño.

Yacía en la bañera, en una posición anormal, cubierto con la cortina de la ducha. Sólo eran visibles las piernas, suspendidas absurdamente del borde de la bañera.

Apartó la cortina y contempló la camisa manchada de sangre, el rostro pálido e inmóvil.

Charlie.

Meneó la cabeza y se volvió hacia el lavabo para lavarse manos y cara. No importaba.

Nada importaba. En realidad, Charlie había pasado a ser un hombre afortunado, uno de los muchos que habían metido la cabeza en un horno, cortado sus muñecas, tomado pildoras o elegido cualquier otra forma habitual de suicidio.

Richard pensó en cortarse las venas mientras contemplaba en el espejo su rostro cansado. Pero sabía que era incapaz de hacerlo. La desesperación no bastaba para optar por el suicidio.

Bebió un poco de agua. Por fortuna, pensó, el agua seguía corriendo. Era increíble que aún hubiera gente controlando el abastecimiento del agua, la electricidad, el gas, los teléfonos o cualquier cosa por el estilo.

Sólo un loco podía trabajar en el último día del mundo.

Richard entró en la cocina y se encontró con Spencer.

Estaba sentado a la mesa, en calzoncillos, mirándose las manos. Unos huevos estaban friéndose en la cocina. Richard dedujo que el gas también funcionaba.

—Hola —saludó a Spencer.

Spencer gruñó sin alzar la vista. Observaba sus manos. Richard, sin inmutarse, bajó un poco el gas. Luego sacó pan del armario y lo puso en la tostadora eléctrica. Pero el aparato no funcionaba. Se encogió de hombros y no dio más importancia al asunto.

—¿Qué hora es? —Spencer le miró al formular la pregunta.

—Se ha parado —dijo Richard, observando su reloj. Los dos hombres se miraron.

—Ah —dijo Spencer. ¿A qué día estamos?

—Creo que es domingo —replicó Richard tras pensarlo por un instante.

—Me pregunto si habrá gente en las iglesias.

—¿Y eso qué importa?

Richard abrió el frigorífico.

—No quedan huevos —anunció Spencer.

—Ni huevos, ni pollo, ni nada —dijo Richard muy despacio mientras cerraba la puerta.

Se recostó contra la pared, respirando trémulamente, y observó el cielo rojizo a través de la ventana.

«*Mary* —pensó—. Debía haberme casado con ella, pero no lo hice.» Se preguntó dónde estaría *Mary*, si pensaría en él.

Norman entró en la cocina tambaleándose. Tenía la boca abierta y mostraba los efectos de la borrachera y un sueño escaso. Estaba aturdido.

—Buenos días —dijo en un murmullo.

—Buenos días, felices días —contestó Richard, sin demostrar alegría alguna.

Norman le miró desconcertado. Luego abrió el grifo del fregadero se lavó la boca, escupiendo el agua sobre el desagüe.

—Charlie ha muerto —expuso.

—Lo sé —dijo Richard.

—¡Oh! ¿Cuándo sucedió?

—Anoche —explicó Richard—. Tú estabas inconsciente. ¿Recuerdas cómo repitió una y otra vez que iba a matarnos a todos, que nos iba a liberar de nuestras penas?

—Sí —admitió Norman—. Apoyó su pistola contra mi cabeza y me dijo: «¿Está fría, verdad?»

—Se peleó con Mort —aclaró Richard—. La pistola se disparó. —Se encogió de hombros—. Eso fue todo.

Se miraron unos a otros inexpresivamente. Luego Norman se volvió y miró por la ventana.

—Sigue estando ahí —musitó.

Los tres hombres observaron la gran bola incandescente que ocultaba el sol, la luna y las estrellas.

Norman apartó la vista y tragó saliva. Sus labios temblaban y los apretó fuertemente.

—Jesús —dijo—. *Hoy* es el día. —Volvió a mirar el sol—. Hoy. *Todo*.

—Todo —repitió Richard.

Spencer se levantó y apagó el gas. Contempló los huevos por un momento.

—¿Por qué diablos los he frito? —dijo.

Los vertió en el fregadero. Los huevos se deslizaron por la blanca superficie, llenándola de grasa. Las yemas reventaron, esparciendo un fluido humeante y amarillento sobre el esmalte.

Spencer se mordió los labios. Su rostro estaba congestionado.

—Me acostaré con ella otra vez —dijo de repente.

Tropezó con Richard al pasar junto a éste, se dirigió al pasillo y dejó caer sus calzoncillos.

—Allá va Spencer —dijo Richard.

Norman se sentó a la mesa. Richard se quedó de pie junto a la pared. De repente, sonó la voz de Nancy, más estridente que nunca.

—¡Eh, despertaos todos! ¡Mirad cómo lo hago! ¡Miradme todos! *¡Miradme!*

Norman se quedó mirando la puerta de la cocina por un momento. Pero algo se rebeló en su interior y escondió la cabeza entre las manos. Sus delgados hombros empezaron a temblar convulsivamente.

—Yo también lo hice —tartamudeó—. Yo también lo hice. ¡Maldita sea! ¿Para qué vine aquí?

—Para fornicar —dijo Richard—, igual que todos. Pensaste que podrías concluir tu vida en medio de un turbulento goce sexual.

—¡No puedo morir así! —sollozó Norman—. ¡No puedo!

—Millones de personas lo están haciendo —afirmó Richard—. Un segundo antes de que choquemos con el Sol, seguirán haciéndolo. ¡Vaya espectáculo!

Richard se estremeció. Todo el mundo entregado a una salvaje orgía final... Entornó los ojos, apretó la cabeza contra la pared y trató de olvidar aquella visión.

Pero la pared estaba caliente. Norman levantó la cabeza de la mesa.

—Vamonos a casa —dijo.

—¿A casa? —preguntó Richard mirándole.

—Con nuestros padres. Con mi madre y mi padre. Con tu madre.

—No deseo hacer eso —dijo Richard, negando con un movimiento de cabeza.

—Pero no puedo ir yo solo...

—¿Porqué?

—Porque... no puedo. Las calles están repletas de tipos que matan a todo bicho viviente. Lo sabes perfectamente.

Richard se encogió de hombros.

—¿Por qué no quieres hacerlo? —preguntó Norman.

—No quiero verla.

—¿No quieres ver *a tu madre*?

—No.

—Estás loco —dijo Norman—. Sólo un loco no querría.

—No.

Pensó en su hogar, en su madre aguardándole. Esperando verle el último día. No pudo soportar el pensamiento de retrasarse, de no volver a verla nunca.

«Pero si voy a casa querrá que rece con ella. Tratará de hacerme leer la Biblia, desperdiciar las últimas horas en un embrollo de confusión religiosa.»

—No —repitió para sí mismo.

Norman parecía estar desesperado. Su pecho se estremeció con un sollozo contenido.

—Quiero ver a mi madre —dijo.

—Pues hazlo —le animó Richard, fingiendo indiferencia.

Pero sentía un nudo en el estómago. No verla nunca. Ni a su hermana, ni al marido y la hija de ambos.

No verlos nunca.

Suspiró. Era inútil resistirse. Pese a todo, Norman tenía razón. ¿A qué otra persona podía recurrir en aquellos momentos? ¿Qué otra persona le amaría más en el mundo a punto de arder por completo?

—Bien..., de acuerdo —dijo—. Vamonos. Lo que sea, con tal de salir de aquí.

La portería del edificio olía a vómitos. Encontraron al portero, borracho, tirado en las escaleras. En la garita había un perro con la cabeza destrozada a patadas.

Se detuvieron nada más salir del edificio e, instintivamente, miraron al cielo.

Un cielo rojizo, como lava fundida. Rayos ardientes caían a través de la atmósfera, semejando lluvia caliente. La gigantesca bola de fuego estaba muy cerca; tanto, que ocultaba ya el resto del universo.

Los dos hombres bajaron sus humedecidos ojos. Era doloroso mirar. Empezaron a caminar por la calle. Hacía mucho calor.

—Diciembre —dijo Richard—. Igual que en los trópicos.

Mientras andaban en silencio, pensó en los trópicos, en los polos, en todos los países del mundo que no vería jamás. Y en todas las cosas que nunca haría.

Como estrechar a Mary en sus brazos y decirle, mientras el mundo terminaba, que la amaba con locura, que no tenía miedo.

—*Nunca* —dijo, sintiendo la rigidez que la frustración provocaba en su cuerpo.

—¿Qué? —dijo Norman.

—Nada, nada.

Continuaron andando. Richard advirtió algo pesado en el bolsillo de su chaqueta, algo

que le golpeaba el costado. Metió la mano y sacó el objeto.

—¿Qué es eso? —preguntó Norman.

—La pistola de Charlie. La cogí anoche para que nadie más resultara herido. —Se rió bronca, amargamente—. Para que nadie más resultara herido. ¡Jesús, lo mío era el teatro!

Estuvo a punto de arrojar el arma, pero lo pensó mejor y volvió a guardarla en el bolsillo.

—Puedo necesitarla —explicó.

Norman no prestaba atención.

—Por fortuna, no me han robado el coche. ¡Oh, no!

Alguien había apedreado el parabrisas.

—¿Y qué importa? —preguntó Richard.

—Supongo..., supongo que nada.

Entraron por las puertas delanteras del coche y limpiaron de vidrios los asientos. El calor se hizo sofocante dentro del vehículo, por lo que Richard se quitó la chaqueta y la arrojó fuera, colocando la pistola en un bolsillo del pantalón.

Norman condujo el coche hacia el centro de la ciudad. Había gente por las calles. Algunas personas se movían alocadamente, como si buscaran algo. Otras peleaban. Todas las aceras estaban repletas de cadáveres, individuos que se habían arrojado por las ventanas para ser aplastados por coches que circulaban a toda velocidad. Muchos edificios estaban ardiendo, con las ventanas destrozadas por explosiones de gas.

Había gente saqueando las tiendas.

—¿Qué *problema* tienen éstos? —preguntó Norman con tristeza—. ¿Es que quieren pasar así su último día de vida?

—Es posible que hayan pasado así toda su vida —replicó Richard.

Se asomó a la ventanilla y contempló la gente con que se cruzaban. Algunos agitaron las manos saludándole. Otros maldijeron y escupieron. Y unos cuantos arrojaron objetos contra el coche.

—La gente muere como ha vivido —comentó—. Algunos bien, otros mal.

—¡Mira! —gritó Norman.

Un coche se aproximaba dando tumbos en dirección prohibida. Hombres y mujeres se asomaban por las ventanillas chillando, cantando y agitando botellas.

Norman giró el volante violentamente y evitó el choque por cuestión de centímetros.

—¡Están locos! —dijo.

Richard observó el otro vehículo por la ventanilla trasera. El coche patinó, descontrolado, dio una vuelta de campana y quedó boca abajo, con las ruedas girando vertiginosamente.

Volvió la cabeza sin decir nada. Norman se aferró al volante, con la mirada fija, pálido, tenso. Otro cruce.

Otro coche se echaba encima. Norman pisó los frenos conteniendo la respiración. La brusca parada los arrojó contra el tablero.

Antes de que Norman pudiera volver a poner en marcha el vehículo, un grupo de jóvenes, armados con navajas y porras, se precipitaron hacia el lugar. Habían estado persiguiendo al otro coche, pero cambiaron de idea y se lanzaron contra el de Norman y Richard.

Norman puso la primera y salió disparado.

Uno de los chicos saltó sobre la parte trasera del automóvil. Otro trató de subirse al estribo, pero falló y cayó rodando por la calle. Un tercero logró su propósito y se aferró a la manija de la puerta, intentando alcanzar a Richard con una navaja.

—¡Vais a morir, bastardos! —gritó—. ¡Hijos de puta!

Insistió en su ataque y rasgó el respaldo de Richard, mientras éste se echaba a un lado.

—¡Lárgate! —Chilló Norman, esforzándose en ver la calle y al agresor al mismo tiempo.

El muchacho pugnó por abrir la puerta cuando el coche enfiló Broadway a toda velocidad. Ensayó otra puñalada, pero el movimiento del coche le hizo fallar.

—¡Estáis perdidos! —gritó enloquecido por un odio absurdo.

Richard trató de abrir la puerta y golpear al individuo, pero no lo consiguió. La cara del muchacho, pálida y desencajada, asomó por la ventanilla. Alzó la navaja.

Richard, pistola, en mano, le disparó a la cara.

El muchacho salió despedido con un aullido de agonía, cayendo pesadamente sobre el pavimento. Rebotó una vez, pateó con la pierna izquierda, y quedó inmóvil.

Richard miró hacia atrás.

El otro muchacho seguía agarrado de la maleta, apretando su desencajado rostro contra el vidrio. No cesaba de maldecir.

—¡Lánzalo fuera del coche! —ordenó.

Norman enfiló la acera. En el último instante giró bruscamente hacia el centro de la

calle. El individuo seguía detrás. Volvió a intentarlo, con idéntico resultado.

Hizo falta una tercera vez. El muchacho cayó de pie, pugnando por evitar la calzada. Pero la fuerza de la inercia se lo impidió. Se estrelló contra la luna de un escaparate; tratando de protegerse con los brazos.

Richard y Norman jadeaban. Estuvieron silenciosos durante un largo rato. Richard arrojó la pistola por la ventana y contempló como rebotaba en el pavimento hasta topar con una boca de agua. Norman abrió la boca para decir algo, pero se contuvo.

El coche enfiló la Quinta Avenida, y atravesó el centro a cien kilómetros por hora. Había muy pocos coches.

Cruzaron junto a varias iglesias. La gente se apiñaba en el interior y en las escaleras de acceso.

—Pobres necios —murmuró Richard, temblándole aún las manos.

Norman respiró profundamente y comentó:

—¡Ojalá yo fuera un pobre necio! Un pobre necio que creyera en algo.

—Quizá tengas razón —dijo Richard. Y añadió—: Estaría pasando el último día creyendo que mis ideas son verdaderas.

—El último día —dijo Norman—. Yo... —Meneó la cabeza—. No puedo creerlo. Leo los periódicos y veo que... que esa cosa sigue allá arriba. ¡Dios mío! Pero ¿es *el fin*?

Contempló un instante a Richard.

—¿No habrá nada después?

—No lo sé.

En la calle 14, Norman se dirigió hacia el este y cruzó el puente de Manhattan. No se detuvo para nada, conduciendo en torno a cadáveres y coches accidentados. Incluso pasó sobre un cadáver. Fue entonces cuando Richard vio asomar la crispación en el rostro de su amigo, en tanto la rueda aplastaba la pierna del hombre muerto.

—Son felices —comentó Richard—. Más que nosotros.

Llegaron a Brooklyn y se detuvieron frente a la casa de Norman. Algunos niños jugaban a la pelota en la calle, sin comprender lo que se avecinaba. Sus gritos resonaban en medio del silencio reinante. Richard, se preguntó si los padres de aquellos niños sabían dónde estaban sus hijos, o si les importaría saberlo.

—Y bien... —empezó a decir Norman mirando a su amigo.

Richard sintió como se contraía su estómago. No podía hablar.

—¿Te gustaría entrar un momento? —preguntó Norman.

—No. Es mejor que vuelva a mi casa. Tengo..., tengo que verla. A mi madre.

—Claro —Norman se irguió sobre el asiento, luchando por aparentar calma—. Si es que sirve de algo, Dick, te considero mi mejor amigo y...

La voz le falló. Estrechó la mano de Richard. Luego salió del coche, dejando las llaves puestas.

—Adiós —dijo precipitadamente.

Richard contempló a su amigo mientras éste rodeaba el vehículo para dirigirse hacia el edificio.

—¡Norm! —gritó cuando el otro llegaba a la puerta.

Norman se detuvo y dio media vuelta. Los dos se miraron. Entre ellos flotaban todos los años de amistad.

Richard trató de sonreír y se tocó la frente en un saludo definitivo.

—Adiós, Norman —dijo.

Norman no sonrió. Atravesó la entrada y desapareció de la vista.

Richard estuvo mirando aquella puerta durante un largo rato. Puso en marcha el motor, pero volvió a pararlo al pensar que tal vez los padres de Norman no estuvieran allí.

Esperó un poco más, y luego emprendió el viaje hacia su casa.

Siguió pensando mientras conducía.

Cuanto más cerca estaba el fin, menos deseaba afrontarlo. Quería terminar ahora, antes de que se disparara la histeria.

Somníferos, pensó. Era la mejor manera. Tenía algunas pildoras en casa y confiaba en que fueran suficientes. Quizá se habrían agotado ya en la farmacia de la esquina. En los últimos días se había producido una avalancha, de gente comprando somníferos. Familias enteras los tomaban.

Llegó al hogar sin ningún problema. El cielo mostraba un color carmesí incandescente y las oleadas de calor hacían pensar en un distante e invisible horno. Aspiró aquel aire ardiente; sus pulmones lo aceptaban todo.

Abrió la puerta principal y entró sin apresurarse.

«La encontraré en la habitación delantera —pensó—, con sus libros, rezando, pidiendo socorro a poderes invisibles mientras el mundo se prepara para achicharrarse.»

Pero no estaba en aquella habitación.

Recorrió la vivienda, sintiendo que su corazón latía cada vez más deprisa. Su madre no

estaba allí. Le pareció que se abría un gran vacío en su estómago. Sus habladurías respecto a no querer verla habían sido simplemente esto, habladurías, y lo sabía perfectamente. Amaba a su madre. Y era la única persona que le quedaba en aquellos momentos.

Desesperado, buscó alguna nota en el dormitorio de su madre, en el suyo, en el cuarto de estar...

—Mamá —dijo—. Mamá, ¿dónde estás?

La nota estaba en la cocina, sobre la mesa:

Querido Richard:

Estoy en casa de tu hermana. Ven, por favor. No me obligues a pasar el último día sin tí. No quiero abandonar este mundo sin volver a ver tu rostro amado. Por favor.

El último día.

Allí estaba, en blanco y negro. Había sido precisamente su madre quien escribiera aquellas palabras. Ella, siempre tan escéptica respecto a la ciencia materialista que agradaba a Richard, admitía finalmente la última predicción científica.

Ya no podía dudar más: la flameante evidencia llenaba el cielo y nadie podía seguir ignorándola.

Todo el mundo se acababa. El irregular tránsito de evoluciones y revoluciones, contiendas y conflictos, la eterna continuidad de los siglos desde un remoto pasado, las rocas, árboles, animales, hombres... El fin de todo. En un instante, en un rubor mortal. El orgullo y la vanidad del mundo de los hombres incinerados por un extravagante desorden astronómico.

¿Qué significado tenía, pues, todo eso? Ninguno, absolutamente ninguno. Porque todo estaba muriendo.

Cogió los somníferos del botiquín y volvió al coche. De camino hacia la casa de su hermana, atravesando calles repletas de todo lo imaginable, desde botellas vacías, hasta cadáveres, pensó en su madre.

Le atemorizaba la idea de discutir con su madre en aquel último día. No, quería poner en tela de juicio el Dios y las creencias de su progenitora.

Tomó la decisión de no discutir. Haría todos los esfuerzos posibles para que el último día transcurriera pacíficamente. Aceptaría la sencilla devoción de su madre, no atacaría su fe.

Llegó a casa de Grace. La puerta estaba cerrada. Pulsó el timbre y escuchó el sonido de

pasos apresurados.

—¡No abras, mamá! —Era la voz de Ray—. ¡Esa pandilla puede haber vuelto!

—¡Es Richard, lo sé! —contestó su madre.

Se abrió la puerta. La mujer lo abrazó entre lágrimas de alegría. Richard se quedó momentáneamente callado.

—Hola, mamá —saludó por fin casi en un susurro.

Doris, la sobrina de Richard, estuvo jugando toda la tarde en la habitación que daba a la calle, mientras Grace y Ray la contemplaban inmóviles, sentados en el cuarto de estar.

«Si estuviera con Mary —siguió pensando Richard—, si tan sólo hoy hubiéramos estado juntos...» Tal vez habrían tenido hijos, y él estaría sentado ahora igual que Grace, sabiendo que la corta vida de sus descendientes llegaba a su término.

El cielo fue haciéndose más brillante conforme avanzaba la tarde. Violentas corrientes color carmesí fluían por él. Doris lo miraba por la ventana, aparentemente tranquila. No había reído ni llorado en todo el día. «Pero lo sabe», pensó Richard.

Y también pensó que su madre iba a pedirles, de un momento a otro, que rezaran todos juntos; que se sentaran, leyeran la Biblia y confiaran en la caridad divina.

Pero no dijo nada. Sonreía continuamente. Richard la acompañó a la cocina para preparar la cena.

—No puedo esperar —confesó—. Creo que... tomaré pildoras para dormir.

—¿Tienes miedo, hijo? —preguntó su madre.

—Todo el mundo tiene miedo.

—No todo el mundo.

Richard pensó que había llegado el momento. El aspecto altivo de su madre, una frase introductoria...

Le pasó un plato con verdura y todos se sentaron a la mesa.

Durante la cena, no hablaron como no fuera para pedir algo de la mesa. Doris, ni siquiera para eso. Richard la contemplaba al otro lado de la mesa.

Pensó en la noche anterior. Bebida sin límite, peleas, abusos carnales... Pensó en Charlie, muerto en la bañera; el apartamento de Manhattan, Spencer sumiéndose en un frenesí de lujuria como remate final de su vida... El cadáver del muchacho con una bala alojada en su cerebro...

Todo parecía muy lejano. Casi podía creer que era irreal, que estaba simplemente cenando con su familia como cualquier otra vez.

Pero aquel resplandor rojizo seguía ocultando el cielo, fluyendo por las ventanas cual reflejo de una hoguera fantástica.

Casi al final de la cena, Grace se levantó y cogió algo. Volvió a sentarse y abrió una cajita, sacando varias pastillas de color blanco. Doris la miró, con una interrogación en sus grandes ojos.

—Es el postre —dijo Grace—. Todos vamos a tomar caramelos blancos como postre.

—¿Son de menta? —preguntó tranquilamente Doris.

—Sí —dijo Grace—. Son de menta.

Richard se estremeció cuando vio a Grace poner varias píldoras delante de Doris y Ray.

—Hay para todos —le dijo su hermana.

—Yo ya tengo —contestó.

—¿Y para mamá?

—No me hacen falta —contestó la aludida.

Richard, llevado por el nerviosismo, estuvo a punto de gritar: «¡Maldita nobleza!». Pero se contuvo, contemplando horrorizado la mano de Doris en la que su sobrina tenía los somníferos.

—No es menta —dijo la niña—. Mamá, esto no es...

—*Lo es* —dijo Grace, inspiró profundamente—. Cómetelos, cariño.

Doris puso una pastilla en su boca. Hizo una mueca de asco y la escupió sobre la mano.

—No es menta —insistió contrariada.

Grace levantó una mano y se mordió los nudillos, mirando rabiosamente a Ray.

—Cómetelo, Doris —intervino Ray—. Es bueno.

—No, no me gusta —Doris empezó a llorar.

—*¡Cómetelo!*

Ray se volvió bruscamente, temblando de pies a cabeza. Richard pensó en algún modo de que la niña tragara las píldoras, pero fue en vano.

—Se me ocurre un juego, Doris —dijo la madre de Richard—. Debes tragar todos los caramelos antes de que cuente hasta diez. Si lo haces, te daré un dólar.

—¿Un dólar? —Doris dejó de llorar.

Sí.

Doris no se movió.

—Uno, dos —dijo su abuela—. Un dólar...

Doris se enjugó las lágrimas.

—¿Un dólar entero? —preguntó.

—Sí, cariño. Tres, cuatro, ¡date prisa!

Doris cogió las pastillas.

—Cinco... seis..., siete...

Grace entornó los ojos. Sus mejillas estaban pálidas.

—Nueve... y diez.

La madre de Richard sonrió, pero le temblaban los labios y le brillaban los ojos.

—Aquí tienes —dijo alegremente—. Has ganado.

Grace se llevó rápidamente las pastillas a la boca y las tragó una tras otra. Luego miró a Ray y éste la imitó con manos temblorosas, Richard metió la mano en el bolsillo, buscando sus somníferos, pero volvió a sacarla. No quería que su madre le viera.

Doris se durmió casi al instante. Bostezó y fue incapaz de mantener los ojos abiertos. Ray la cogió y la niña le rodeó el cuello con sus bracitos, descansando la cabeza en su hombro. Grace se levantó y los tres se dirigieron al dormitorio.

La madre de Richard fue a despedirse de ellos, y él se quedó sentado, contemplando el mantel blanco y las sobras de la cena. Su madre volvió sonriente.

—Ayúdame con los platos —le dijo.

—¿Los...? —empezó a decir extrañado.

Pero no terminó la frase. ¿Qué importaba hacer una cosa u otra? Ya en la cocina, siempre iluminada por el resplandor rojizo, le pareció de una tremenda irrealidad el estar vaciando platos que no volverían a usar jamás y poniéndolos en un fregadero que desaparecería en cuestión de pocas horas.

Siguió pensando en Ray y Grace, juntos en el dormitorio. Al cabo de un rato salió de la cocina sin decir palabra. Se dirigió hacia la habitación del matrimonio. Abrió la puerta y observó a las tres personas durante un largo rato. Luego volvió a cerrar y regresó a la cocina. Miró fijamente a su madre.

—Están...

—Perfectamente —dijo su madre.

—¿Por qué no les dijiste nada? ¿Por qué dejaste que lo hicieran sin pronunciar una

sola palabra?

—Richard, todo el mundo debe elegir su propio camino en este día. Nadie puede decir a los demás lo que deben hacer. Doris era su hija.

—Y yo tu hijo...

—Ya no eres un niño.

Richard terminó de secar los platos con manos torpes y temblorosas.

—Mamá, anoche...

—No me importa —interrumpió su madre.

—Pero...

—No tiene importancia. Esta parte se está acabando.

Ahora..., —pensó, casi deleitosamente—. Esta parte. Ahora me hablará sobre la otra vida, el cielo, la recompensa para los justos y la penitencia eterna para los pecadores.

—Vamos a sentarnos en el porche —fue todo lo que dijo su madre.

No lo entendía. Recorrió la silenciosa casa junto a ella. Se sentaron juntos en las escaleras del porche.

«Grace, Doris, Norman, Spencer, Mary... Nunca volveré a verlos.»

Era imposible, no podía aceptarlo. Debía estar sentado allí, mirando estúpidamente el cielo rojo y el gigantesco sol que se aprestaba a tragarlos. Ya no estaba nervioso. Y sus temores, tan reiterados, habían terminado por no impresionarle en absoluto.

—Mamá —dijo al cabo de unos minutos—, ¿por qué..., por qué no me has hablado de religión? Sé que lo estás deseando.

Ella le miró, un rostro apacible teñido de rojo.

—No tengo que hacerlo, querido —fue su respuesta—. Sé que estaremos juntos cuando esto termine. No es necesario que lo creas. Yo creeré por los dos.

Y eso fue todo. Richard la contempló, enmudecido por lo que había escuchado.

—Si quieres tomar esas pastillas —prosiguió la mujer—, hazlo. Puedes dormirte en mi regazo.

—¿No te importaría? —Estaba temblando.

—Quiero que hagas lo que mejor te parezca.

Pero Richard no tomó su decisión hasta que pensó en su madre, sentada allí sola cuando el mundo terminara.

—Me quedaré contigo —dijo.

—Si cambias de opinión —contestó ella sonriente—, me lo dices.

Guardaron silencio durante algún tiempo.

—Es bonito —dijo ella por fin.

—¿Bonito?

—Sí. Dios pone fin a nuestra obra con un telón resplandeciente.

Richard, no lo entendió. Pero rodeó los hombros de su madre con un brazo y ella se recostó contra su pecho. Y fue entonces cuando comprendió *una* cosa.

Madre e hijo siguieron sentados. Era el atardecer del último día. Aunque no tuviera objeto alguno, se amaban uno al otro.

Uno de los colaboradores fundamentales de «Galaxy» durante la primera época de la revista fue el sorprendentemente prolífico Robert Sheckley, autor que aportó considerable vigor y brillantez a la ciencia ficción. Numerosos críticos afirman que el género está falto de humor, pero escritores como Eric Frank Russell, Harry Harrison y Robert Sheckley han demostrado la ridícula falsedad de tal afirmación.

Robert Sheckley nació en Brooklyn el 16 de julio de 1928 y creció en New Jersey. Se especializó en lengua inglesa en la Universidad de Nueva York, y adquirió sólidos conocimientos en todos los aspectos de la literatura inglesa. Ha confesado que Henry Kuttner es su autor favorito en cuanto a ciencia ficción se refiere, por lo que resulta doblemente apropiado que ambos escritores aparezcan en esta selección.

Para ganarse la vida, Sheckley comenzó escribiendo de todo un poco; dos de sus cuentos fueron publicados por la revista del centro donde cursaba sus estudios. Luego *vendió* una fantasía breve, *Final Examination* (Examen final), a «Imagination» (mayo de 1952) y otra obra suya, *Fear in the Night* (Miedo en la noche), apareció casi al mismo tiempo en una revista *ajena* al género: «Today's Woman».

Esta última fantasía narra cómo un marido utiliza el miedo de su esposa hacia las serpientes atormentándola mientras duerme. Ya pueden imaginarse mi sorpresa al leer muchos años después *The Web* (La tela de araña), por Dick Harrington, en el número de septiembre de 1969 de «London Mystery Magazine»: ¡es una copia exacta del cuento de Sheckley! (Con la única diferencia de que las serpientes han sido sustituidas por arañas.) La influencia de Sheckley llega a todas partes...

Fin 1953, el año del auge de la ciencia ficción, Sheckley aparecía prácticamente en todas las publicaciones, renunciando pronto a otros empleos para dedicarse por completo a escribir. No obstante, la pasión de Sheckley por los viajes fue motivo de que los directores perdieran su rastro con mucha frecuencia. A lo largo de los años cincuenta escribió regularmente una ciencia ficción sólida, bien argumentada, incorporándose después al campo del suspense y terror. Fue uno de los primeros escritores en colaborar regularmente con «Playboy», revista que contribuyó a cimentar su carrera.

En la actualidad, Sheckley es una de las firmas más respetadas dentro de la ciencia ficción, aunque aparece muy de vez en cuando. Nada mejor, por consiguiente, que reeditar una de sus primeras obras clásicas para subrayar la contribución de Sheckley al género.

El detector de masas de la nave brilló rosa, y luego rojo. Agee, medio dormido ante los controles mientras Víctor preparaba la comida, alzó rápidamente la vista.

—Planeta detectado —anunció, en medio del siseo de aire escapándose.

El capitán Barnett asintió. Terminó de preparar un parche caliente, y lo apretó contra el viejo casco del «Endeavour». El silbido del aire se redujo a un tenue gemido, pero no desapareció por completo. Siempre pasaba igual.

Cuando Barnett se aproximó, el planeta empezaba a asomarse tras el borde de un pequeño sol rojizo. Su colorido verde destacaba en la negra noche espacial y ambos hombres tuvieron el mismo pensamiento. Pero fue Barnett, ceñudo, el que lo expresó en palabras:

—Me pregunto si contendrá algo que valga la pena.

Agee alzó esperanzado sus descoloridas cejas. Los dos hombres contemplaron los registros de los aparatos de medida.

Jamás habrían localizado el planeta si hubieran conducido la «Endeavour» a través de las rutas meridionales de la Galaxia. Pero la policía de la Confederación poblaba cada vez en mayor número tales rutas y Barnett prefirió evitar un posible encuentro.

La «Endeavour» estaba registrada como nave comercial..., pero la única carga que transportaba estaba formada por varias botellas de un ácido extremadamente potente, empleado para abrir cajas fuertes, y tres bombas atómicas de tamaño mediano. Las autoridades no miraban con buenos ojos tales productos y siempre intentaban detener a los tripulantes con la excusa de algún antiguo delito: un asesinato en la Luna, latrocinio en Omega, allanamiento de morada en Samia II... Crímenes antiguos, casi olvidados, que la policía se empeñaba tercamente en sacar a la luz.

Para mayor complicación, la «Endeavour» se veía superada en armamento por los más modernos cruceros de la policía. En resumen, se habían visto obligados a tomar una ruta poco normal para llegar hasta Nueva Atenas, donde se había descubierto un gran filón de uranio.

—Nada de importancia —comentó Agee, examinando las lecturas.

—Podríamos pasar de largo —dijo Barnett.

Las lecturas carecían de interés. Describían un planeta más pequeño que la Tierra, no existente en los mapas, y cuyo único valor comercial residía en su atmósfera oxigenada.

Sobrevolando el planeta, el detector de metales pesados empezó a funcionar.

—Hay algún material ahí abajo —dijo Agee, interpretando rápidamente las lecturas—. Puro. ¡Muy puro! ¡Y está en la misma superficie!

Miró a Barnett y éste asintió. La nave viró hacia el planeta. Víctor llegó de la parte trasera; un pequeño gorro de lana pretendía cubrir la calvicie de su cabezota. Miró por encima del hombro de Barnett mientras Agee maniobraba para que la nave descendiera

describiendo una apretada espiral. A ochocientos metros de la superficie, los tres tripulantes distinguieron un depósito de metal pesado.

Se trataba de una nave espacial, descansando sobre su cola en un claro natural.

—Esto es interesante —dijo Barnett. Hizo una seña para que Agee se acercara más.

Y Agee lo hizo con gran habilidad. Su edad sobrepasaba la de retiro obligado para los pilotos, pero esto no le afectaba en absoluto. Barnett, que le había encontrado desamparado y sin un céntimo, no dudó en contratarle. Al capitán le agradaba ayudar al prójimo, siempre que le pareciera conveniente y provechoso el hacerlo. Los dos hombres sostenían el mismo criterio respecto a la propiedad privada, pero diferían de vez en cuando sobre las formas de hacerse con ella. Agee prefería los asuntos seguros. Barnett, por otra parte, poseía más atrevimiento del apropiado para un miembro de una especie relativamente tan frágil como el *Homo sapiens*.

Cerca de la superficie del planeta, constataron que la extraña nave era más grande que la «Endeavour». El casco resplandecía como si fuera nuevo y todos sus rasgos les eran desconocidos.

—¿Habíais visto algo parecido? —preguntó Barnett.

Agee buscó un símil entre sus numerosos recuerdos.

—Se parece a las naves que hacen en Cefeo, aunque no son tan aplanadas. Estamos muy apartados; tal vez esa nave ni siquiera pertenezca a la Confederación.

Víctor examinó atentamente la nave, con la boca abierta de asombro. Respiró ruidosamente.

—Podríamos usar una nave como ésta, ¿eh, capitán?

La repentina sonrisa de Barnett fue como una grieta abriéndose en un bloque de granito.

—Víctor —dijo—, en tu sencillez has llegado al meollo del asunto. *Claro que sí*, podemos usarla. Aterricemos y hablemos con su patrón.

Antes de abrocharse el cinturón de seguridad, Víctor se aseguró de que las armas congelantes estuvieran a plena carga.

Ya en tierra firme, lanzaron una bengala naranja y verde de parlamento, pero no hubo respuesta de la nave extraña. La atmósfera planetaria demostró ser respirable y la temperatura ambiente alcanzaba los veintidós grados centígrados. Aguardaron algunos minutos y salieron de la nave con las armas bajo el brazo.

Los tres hombres lucían fingidas sonrisas mientras recorrieron los cincuenta metros que separaban las dos naves.

La nave era espléndida. Su resplandeciente casco plateado apenas mostraba impactos de meteoritos. La compuerta se hallaba abierta y se escuchaba un tenue zumbido, indicando que los generadores estaban recargándose.

—¿Hay alguien aquí? —gritó Víctor a través de la compuerta.

Su voz resonó huecamente por la nave. No hubo respuesta. Seguía oyéndose el suave zumbido de los generadores mezclado con el susurro de la hierba en la pradera.

—¿Adónde creéis que habrán ido? —preguntó Agee.

—A tomar el fresco, seguramente —repuso Barnett—. Supongo que no esperaban visitas.

Víctor se sentó cómodamente en la hierba, en tanto Barnett y Agee recorrían el contorno de la nave, admirando sus grandes toberas.

—¿Crees que podrías pilotarla? —preguntó Barnett.

—No veo por qué no —dijo Agee—. En primer lugar, el sistema motriz es convencional. Los servomecanismos no importan; todo ser que respira oxígeno utiliza controles similares. Podría manejarlos, sólo es cuestión de tiempo.

—Viene alguien —dijo Víctor.

Volvieron corriendo a la parte delantera de la nave. A trescientos metros de distancia había un bosque desigual del que acababa de salir una figura dirigiéndose a los tres hombres.

Agee y Víctor sacaron las pistolas simultáneamente.

Los binoculares de Barnett resolvieron la diminuta figura en una forma rectangular, medio metro de altura y unos treinta centímetros de anchura. El extraño tenía un grueso inferior a cinco centímetros y no poseía cabeza.

Barnett arrugó la frente. Jamás había visto un rectángulo flotando sobre la hierba.

Ajustó los binoculares, observando que el extra terrestre tenía algo de humano: cuatro extremidades. Dos de ellas, casi ocultas entre la alta hierba de la pradera, tenían funciones motoras, y las otras dos, rígidas, se proyectaban en el aire, Barnett advirtió, justo en el centro, una boca y un minúsculo par de ojos. La criatura no portaba traje o casco de ningún tipo.

—Un aspecto estrafalario —murmuró Agee, ajustando la apertura de su arma—. ¿Suponéis que será el único que hay?

—Así lo espero —contestó Barnett, extrayendo su propia pistola.

—Alcance aproximado, doscientos metros. —Agee niveló su arma, y luego alzó la vista—. ¿Deseas hablar con él primero, capitán?

—¿Hay algo que decir? —respondió Barnett, sonriendo forzosamente—. Pero aguarda a que esté más cerca, no quiero que fallemos.

Agee asintió y mantuvo al extraño en su punto de mira.

Kalen se había detenido en aquel pequeño y desierto mundo confiando en obtener unas cuantas toneladas de eroi, un mineral altamente apreciado por el pueblo mabogiano. Pero no había tenido suerte. La bomba de tetnita seguía en su bolsa corporal, al lado de una olvidada nuez kerla. Debería volver a Mabog con lastre en vez de carga.

«Bien —pensó al salir del bosque—, ya tendré más suerte la próxima...»

Se sorprendió al ver una nave espacial, delgada y extrañamente puntiaguda, muy cerca de la suya. No había esperado encontrar a nadie en aquel planeta diminuto y fatal.

¡Y los nativos le aguardaban delante de su propia compuerta! Kalen advirtió al instante que los extraños tenían un aspecto, mabogianoide. Existía una especie muy parecida a ellos en la Unión Mabogiapa, pero sus naves eran totalmente distintas. Podía tratarse perfectamente, intuyó, de representantes de la gran civilización que, según los rumores, habitaba la periferia de la Galaxia.

Siguió avanzando, ansioso por llegar hasta ellos.

Pero los extraños no se movían. ¿Por qué no venían a su encuentro? Le habían visto, los tres estaban señalándole.

Apresuró el paso, comprendiendo que desconocía sus costumbres. Al menos, esperaba que no lo fastidiaran con prolongadas ceremonias. Sólo una hora en aquel mundo hostil y ya estaba agotado, hambriento y deseoso por bañarse.

Algo intensamente frío lo empujó hacia atrás. Miró a su alrededor con recelo.

¿Se trataba de alguna propiedad desconocida del planeta?

Prosiguió su avance. Sintió una segunda punzada que congeló la capa externa de su piel.

La situación era grave. Los mabogianos estaban entre las formas vitales más rudas de la Galaxia, pero tenían sus límites. Kalen pensó en la fuente del problema.

¡Los alienígenas estaban disparando contra él!

Sus centros cerebrales se negaron en principio a admitir la evidencia sensorial. Kalen, sabía que era un asesinato porque había observado esta perversión, paralizado por el horror, entre ciertas formas animales degradadas. Y también, claro está, en los libros de psicología anómala, que documentaban todos los casos de asesinato premeditado ocurridos en la historia de Mabog.

¡Pero que una cosa así tuviera que sucederle a él! Kalen no podía creerlo.

Otra punzada. Kalen se detuvo, tratando de convencerse de que se trataba de un suceso real. No podía comprender que criaturas con el suficiente sentido de cooperación como para pilotar una nave espacial fueran capaces de *asesinar*.

¡Y ni siquiera lo conocían!

Casi demasiado tarde, Kalen dio media vuelta y corrió hacia el bosque. Los tres extraños dispararon entonces al unísono, cubriendo de escarcha la hierba que se hallaba a su alrededor. La superficie de su piel estaba completamente helada. La constitución mabogiana no soportaba el frío, aquel frío que Kalen sentía deslizarse hacia sus órganos internos.

Pero aún no podía creerlo.

Kalen llegó al bosque. Recibió dos nuevos impactos antes de lograr ocultarse tras un árbol. Su sistema interno actuaba desesperadamente para devolver el calor al organismo. Apesadumbrado en extremo, dejó que la oscuridad lo cubriera.

—Era un estúpido —observó Agee, enfundando la pistola.

—Estúpido y fuerte —dijo Barnett—. Ningún ser que respira oxígeno puede resistir tanto. —Sonrió satisfecho y dio un golpecito al casco plateado de la nave—. La llamaremos «Endeavour II».

—¡Tres hurras por el capitán! —gritó Víctor entusiásticamente.

—Ahorrad vuestras energías —dijo Barnett—. Os harán falta. —Observó el cielo—. Nos quedan cuatro horas de luz. Víctor, traslada la comida, el oxígeno y las herramientas a la «Endeavour II» y desarma las pilas de nuestra nave. Algún día volveremos para rescatar a nuestra vieja compañera. Pero quiero despegar antes de que se ponga el sol.

Víctor salió disparado. Barnett y Agee penetraron en la nave.

La mitad trasera de la «Endeavour II» estaba llena de generadores, motores, convertidores, servomecanismos y depósitos de combustible y oxígeno. Luego había un enorme contenedor que ocupaba casi la otra mitad de espacio. En su interior había nueces de todas las formas y colores, con tamaños que iban desde cinco centímetros de diámetro hasta dos veces el volumen de una cabeza humana. Sólo quedaban dos compartimientos en la proa de la nave.

El primero parecía haber sido el cuarto de la tripulación, puesto que era el único espacio habitable que existía, pero estaba vacío. No había literas de desaceleración, ni sillas o mesas... Sólo un suelo de metal pulimentado. En las paredes y techo se veían pequeñas aberturas, aunque su utilidad era difícil de imaginar.

Este compartimiento se correspondía con el segundo, la cabina del piloto. Era muy reducida, apenas suficiente para un hombre, y el panel de mandos, situado bajo la ventana

de observación, formaba una masa compacta con los instrumentos.

—Todo tuyo —dijo Barnett—. Veamos lo que eres capaz de hacer.

Agee asintió, buscó una silla y finalmente se puso en cuclillas delante del panel para empezar a estudiar el conjunto.

Víctor tardó varias horas en mudar todos los pertrechos a la «Endeavour II». Por su parte, Agee seguía sin tocar nada, tratando de averiguar el funcionamiento a partir del tamaño, color, forma y localización de los instrumentos. No resultaba fácil, ni siquiera suponiendo sistemas nerviosos y modelos mentales similares. ¿Iba el sistema auxiliar de aceleración de izquierda a derecha? Si no era así, debería olvidarse de su anterior coordinación de vuelo. ¿Significaba peligro la luz roja para los diseñadores de la nave? En ese caso, aquel interruptor grande serviría tal vez para vaciar los depósitos de combustible. Pero el color rojo podía significar también combustible muy caliente, y en tal caso el interruptor quizá controlara el flujo normal de energía.

Por todo lo que sabía, su objetivo podría consistir en sobrecargar las pilas en caso de ataque enemigo.

Agee retuvo todo esto en mente mientras estudiaba los controles. No estaba demasiado preocupado. En primer lugar, las naves espaciales eran bestias macizas, prácticamente indestructibles desde el interior. Y en segundo lugar, creía haber averiguado el funcionamiento general.

Barnett asomó la cabeza por la puerta, con Víctor a su espalda.

—¿Estás listo? —preguntó el capitán.

Agee repasó el panel de mandos.

—Supongo que sí —dijo. Tocó suavemente una palanca—. Esto *debería* controlar las compuertas.

Se volvió. Víctor y Barnett esperando, sudando, en la desapacible habitación. Escucharon el suave deslizamiento de metal lubricado: las compuertas se estaban cerrando.

Agee sonrió por un instante y sopló sobre las yemas de sus dedos en espera de suerte.

—Este es el mando para regular el oxígeno.

Apretó un interruptor. Un humo amarillento empezó a brotar del techo.

—Impurezas en el sistema —murmuró Agee, ajustando uno de los mandos. Víctor tosió.

—¡Apágalo! —gritó Barnett.

El humo se vertía en espesas oleadas, tardando muy poco en llenar las dos salas.

—¡Apágalo!

—¡No puedo verlo!

Agee se precipitó hacia el interruptor, falló y apretó un botón situado más abajo. Los generadores iniciaron una violenta vibración. Chispas azuladas danzaron a lo largo del tablero de mandos, saltando hasta la pared.

Agee se apartó dando tumbos del panel y se derrumbó. Víctor se encontraba ya en la puerta que daba al contenedor, tratando de abatirla a puñetazos. Barnett se tapó la boca con la mano y se lanzó hacia el tablero de mandos. Buscó el interruptor, totalmente a ciegas, sintiendo que la nave giraba vertiginosamente a su alrededor.

Víctor cayó sobre la cubierta, sin dejar de dar golpes, aunque ahora más débiles.

Barnett apretó un botón, el primero que encontró. Los generadores se detuvieron al instante y el capitán advirtió que una fría brisa acariciaba su rostro. Enjugándose las lágrimas, alzó la vista.

La casualidad había hecho que el capitán cerrara las aberturas del techo, cortando así la salida de gas. Además, se habían abierto las compuertas, también por puro azar, y el gas amarillento iba siendo sustituido por el frío aire nocturno del planeta. La atmósfera de la nave no tardó mucho en hacerse respirable.

Víctor se puso en pie, tambaleándose, pero Agee permaneció inmóvil. Barnett se apresuró a hacerle la respiración artificial, maldiciendo en voz baja. Por fin, los párpados de Agee se agitaron y su pecho recuperó el movimiento. Pocos minutos después, se sentó y meneó la cabeza.

—¿Qué era todo eso? —preguntó Víctor.

—Me temo —comentó Barnett— que nuestro amigo extraterrestre lo consideraba como una atmósfera respirable.

—No puede ser, capitán —dijo Agee, negando con la cabeza—. Estaba allí afuera, en un mundo de oxígeno, caminando sin casco alguno...

—Las exigencias de oxígeno varían tremendamente —apuntó Barnett—. Aceptémoslo: la apariencia física de nuestro amigo era muy distinta de la nuestra.

—Eso no es nada bueno —dijo Agee.

Los tres hombres se miraron unos a otros. En el silencio que siguió oyeron un sonido débil, siniestro.

—¿Qué ha sido eso? —chilló Víctor, sacando rápidamente la pistola.

—¡Silencio! —gritó Barnett.

Escucharon. Barnett tenía erizado el vello de su cuello mientras trataba de identificar el sonido.

Venía de lejos y parecía ser originado por algo metálico que golpeaba otro objeto duro y no metálico.

Los tres hombres se asomaron a la puerta. Los últimos destellos de la puesta de sol les permitieron ver que la puerta principal de la «Endeavour I» estaba abierta. El sonido provenía de la nave.

—Es imposible —dijo Agee—. Las pistolas congelantes...

—No lo mataron —terminó Barnett.

—Eso no me gusta nada —gruñó Agee—. Malo, muy malo.

Victor continuaba aferrando su pistola.

—Capitán —dijo—, ¿y si yo llegara hasta allí...?

—Él no te permitiría llegar ni a tres metros de la compuerta. No, dejadme pensar. ¿Quedó algo a bordo que pudiera servirle? ¿Las pilas?

—Tengo las conexiones, capitán —dijo Victor.

—Bien, entonces no hay nada que...

—Él ácido —interrumpió Agee—. Es un material poderoso, pero no creo que pueda hacer mucho con eso.

—Nada —dijo Barnett—. Estamos aquí y aquí seguiremos. Pero hemos de despegar ahora mismo.

Agee observó el tablero de mandos. Media hora, más tarde, ya entendía la mayoría de mecanismos. Era una trampa astutamente tendida, una trampa explosiva cuyos hilos invisibles conducían a la destrucción.

No era una trampa intencionada, por supuesto. Una astronave era, por fuerza, una máquina que permitía viajar y vivir en ella. Los controles reproducían, pues, las condiciones vitales del extraño y cubrían sus necesidades.

Cosa que podría serles fatal.

—Me gustaría saber de qué tipo de planeta vino —dijo Agee, no muy satisfecho.

Si conocieran el medio ambiente del alienígena podrían anticipar las funciones de su nave. Pero sólo sabían que respiraba un gas amarillo y venenoso.

—Todo va bien —dijo Barnett, aunque sin demasiada seguridad—. Haz funcionar el mecanismo propulsor y dejaremos tranquilo lo demás.

Agee se volvió hacia los controles.

Barnett habría deseado saber lo que el extraterrestre estaba fraguando. Contempló la mole de su antigua nave a la luz del crepúsculo y escuchó el sonido incomprensible de metal golpeando algo que no era metálico.

Kalen se sorprendió al verse con vida. Pero, tal como afirmaba un dicho de su especie, a un mabogiano se le mata en el acto o no se le mata nunca. Y no le habían matado..., por el momento.

Medio aturdido, Kalen se sentó, recostándose contra un árbol. El solitario sol rojizo del planeta estaba ya muy bajo sobre el horizonte y la brisa de oxígeno venenoso se arremolinaba a su alrededor. Una rápida comprobación le aseguró que sus pulmones seguían herméticos. El gas amarillo, vital para él, seguía sustentándolo pese a que el prolongado uso lo había viciado.

Aun así, le resultaba imposible comprender la situación. Su nave reposaba tranquilamente a unos cientos de metros de distancia. La menguante luz rojiza destellaba en el casco y, por un momento, Kalen estuvo convencido de que no había alienígenas. Lo había imaginado todo. Volvería a su nave y...

Uno de los extraños, cargado de cosas diversas, entró en la nave de Kalen. Las compuertas se cerraron al cabo de un instante.

Todo era real Kalen hizo un esfuerzo mental para volver a la cruda realidad.

Su necesidad de comida y aire era apremiante. La capa exterior de su piel estaba seca y agrietada, exigiendo una limpieza nutritiva. Pero la comida, el aire y los purificadores se encontraban en la nave que había perdido. No tenía más que una solitaria nuez kerla roja y la bomba de tetnita en su bolsa corporal.

Si pudiera abrir la nuez y comérsela, recuperaría un poco de fuerza. Pero ¿cómo abrirla?

¡De qué modo tan absoluto había dependido de la maquinaria! ¡Era sorprendente! Se veía forzado a encontrar alguna manera de hacer las operaciones más sencillas, vulgares y rutinarias; el tipo de cosas que su nave efectuaba automáticamente, sin que el operador tuviera que preocuparse por ellas.

Kalen advirtió que los extraños habían abandonado su nave, al menos así lo parecía. ¿Por qué? No importaba. Allí, en la pradera, moriría antes del amanecer. Su única posibilidad de supervivencia residía en el interior de la nave extraña.

Se deslizó poco a poco por entre la hierba, deteniéndose sólo cuando una punzada de vértigo le sobrecogía. No apartó la vista de su nave. Si los alienígenas lo descubrían ahora, estaría perdido. Pero no sucedió nada. Después de una eternidad arrastrándose, llegó

hasta la nave de los otros y penetró en ella.

A la difusa luz del crepúsculo, vio que el vehículo espacial era muy viejo. Las paredes, demasiado delgadas, habían sido reparadas una y otra vez con parches. Todo sugería una utilización prolongada y rigurosa.

Comprendió perfectamente por qué se habían apoderado de su propia nave.

Una segunda oleada de vértigo le hizo estremecerse. De tal modo exigía su organismo una atención inmediata.

El primer problema parecía constituirlo el alimento. Extrajo la nuez kerla de su bolsa. Era redonda, de casi diez centímetros de diámetro, y con una cascara de cinco centímetros de grosor. Las nueces de esta clase formaban el principal ingrediente en la dieta de un astronauta mabogiano. Eran energía empaquetada y, sin abrirlas, duraban una eternidad.

Apoyó la nuez contra la pared y la golpeó con una barra de acero que había encontrado. El metal rebotó, emitiendo un sonido hueco, como el de un tambor. La nuez seguía intacta.

Kalen se preguntó si los extraños podrían escuchar el ruido.

Pero debía arriesgarse. Asegurándose firmemente en el suelo, dio un nuevo golpe. Al cabo de quince minutos estaba agotado y la barra se había curvado casi en ángulo recto.

La nuez no tenía ni una grieta.

Era incapaz de abrirla sin un cascanueces, un dispositivo indispensable en toda nave mabogiana. A nadie se le ocurriría siquiera abrir una nuez de otra forma.

Constituía una prueba aterradora de su impotencia.

Alzó la barra para probar una vez más y advirtió que sus miembros se endurecían. Soltó la barra y examinó su situación.

La capa externa de su piel, congelada, dificultaba sus movimientos. La piel estaba endureciéndose, convirtiéndose lentamente en una masa impenetrable. Cuando el proceso terminara, Kalen quedaría inmóvil, congelado, derecho o sentado hasta que muriera de asfixia.

Apartó de su mente una oleada de desesperación y trató de pensar. Su piel necesitaba cuidados urgentes, eso era más importante que la comida. Cuando estuviera a bordo de su nave, se lavaría y bañaría, ablandando la piel y curándola. Le parecía poco probable que los extraños tuvieran limpiadores adecuados.

La única alternativa consistía en arrancar la capa exterior de su piel. La segunda capa estaría muy tierna durante algunos días, pero al menos podría moverse.

Apoyándose en sus ateridos miembros, Kalen buscó un mudador... hasta comprender

que los extraños no tendrían siquiera aquel aparato tan básico. Seguía dependiendo de sí mismo.

Cogió la barra de acero, la dobló hasta formar un gancho e insertó la punta bajo un pliegue de la piel. Tiró hacia arriba con todas sus fuerzas.

Su piel no cedió.

Luego se colocó entre un generador y la pared, haciendo cuña, e insertó el gancho de otra manera. Pero sus brazos no eran lo bastante largos para permitirle hacer palanca, y el duro pellejo permaneció intacto.

Una tras otra, fue ensayando una docena de posiciones. Todas en vano. Falto de ayuda mecánica, era incapaz de situarse con la necesaria rigidez.

Pesaroso, Kalen volvió a dejar la barra. No podía hacer nada, nada en absoluto. Fue entonces cuando se acordó de la bomba de tetrina que llevaba en la bolsa.

Una parte primitiva de su mente, cuya existencia había desconocido hasta entonces, decía que existía una solución muy fácil. Colocaría la bomba bajo el casco de su nave sin que lo vieran los extraños. La pequeña explosión lanzaría la nave a diez metros de altura, como mucho, sin dañarla en demasía. Pero los extraños morirían inevitablemente.

Kalen estaba horrorizado. ¿Cómo podía pensar en algo así? La ética mabogiana que impregnaba todas y cada una de las fibras de su ser prohibía atentar contra la vida inteligente, fuera cual fuese el motivo. En *cualquier* circunstancia.

«¿Pero no lo justifica esta circunstancia? —musitó la porción primitiva de su mente—. Los extraños están enfermos. Harías, un favor al universo si te encargaras de ellos, y, sólo incidentalmente, te ayudarías a ti mismo. No lo veas como un asesinato. Considéralo como una extirpación.»

Extrajo la bomba de su bolsa corporal y la observó. Luego la apartó de su vista, asqueado. «¡No!», gritó en sus adentros, con menos convicción.

Se negó a seguir pensando. Cansado, con las extremidades casi rígidas, empezó a examinar la nave de los extraños, en busca de algo que salvara su vida.

Agee se hallaba en la cabina del piloto, acuclillado, harto de hacer anotaciones con un rotulador en torno a los interruptores. Le dolían, los pulmones y había estado trabajando toda la noche. En el exterior de la nave, el alba ofrecía una triste tonalidad grisácea y el viento helado se arremolinaba en torno a la «Endeavour II». La nave estaba iluminada, y fría, porque Agee no quería tocar los controles térmicos.

Víctor entró en el compartimiento de la tripulación, tambaleándose bajo el peso de una caja.

—¿Barnett? —llamó Agee.

—Ahora viene —dijo Víctor.

El capitán deseaba tener todos los pertrechos a mano, pero la sala de tripulantes era muy pequeña y ya había ocupado la mayor parte del espacio disponible.

Buscando un lugar donde colocar la caja, Víctor advirtió una puerta en la pared. Apretó el pulsador. La puerta se deslizó suavemente hacia el techo, descubriendo otro compartimiento del tamaño de una alacena. A Víctor le pareció un lugar ideal como almacén.

Ignorando las cascaras rojas que había en el suelo, metió su carga en el hueco.

Al instante, el techo de la pequeña habitación empezó a descender. Víctor lanzó un aullido que se escuchó por toda la nave. Intentó ponerse erguido, y aplastó su cabeza contra el techo. Cayó de bruces, aturdido.

Agee salió corriendo de la cabina de mandos y Barnett entró a toda velocidad en la habitación. El capitán agarró por las piernas a Víctor, intentando sacarle de allí, pero el accidentado pesaba demasiado. Además, Barnett resbalaba sobre el liso suelo metálico.

Con extraña serenidad, Agee levantó la caja. El techo se detuvo momentáneamente.

Capitán y piloto tiraron de las piernas de Víctor, sacándole de aquel hueco en el momento preciso. La pesada caja se astilló y poco después fue aplastada como si fuera un trozo de madera de balsa.

El techo de la pequeña habitación, descendiendo por una guía metálica lubricada, comprimió la caja hasta reducir su grosor a quince centímetros. Luego se oyó un clic en el mecanismo y el techo volvió a su lugar silenciosamente.

Víctor se sentó y se frotó la cabeza.

—Capitán —dijo quejumbroso—, ¿no podemos recuperar nuestra nave?

Agee también dudaba de aquella aventura. Miró aquella trampa casi mortal, que volvía a parecerse a un armario empotrado con cascaras rojas aplastadas en el suelo.

—Parece una nave gafe —dijo preocupado—. Quizá Víctor tenga razón.

—¿Queréis renunciar a ella? —preguntó Barnett.

Agee se removió incómodo y asintió.

—El problema es que no sabemos lo que hará dentro de un momento —dijo, sin mirar a Barnett—. Es muy arriesgado, capitán.

—¿Te das cuenta de lo que dejarías aquí? —insistió Barnett—. Sólo su casco ya vale una fortuna. ¿Has visto los motores? Nada puede pararla en este lado de la Tierra. Puede atravesar un planeta y salir por el otro lado sin un rasguño en la pintura. ¡Y queréis renunciar a ella!

—No tendrá ningún valor sí nos mata —objetó Agee.

Víctor asintió en silencio. Barnett miró a los dos tripulantes.

—Ahora escuchadme bien —exigió el capitán—. *No vamos* a renunciar a esta nave. *No es gafe*. Es una nave extraña, repleta de extraños aparatos. Todo lo que debemos hacer es *no tocar* nada hasta llegar a puerto. ¿Habéis entendido?

Agee deseaba comentar algo sobre armarios que se convertían en prensas hidráulicas. Le parecía una señal poco prometedora para el futuro. Pero el rostro de Barnett le obligó a resignarse.

—¿Has marcado todos los mandos operacionales? —preguntó Barnett.

—Me faltan unos pocos —contestó Agee.

—Bien. Acaba y éstos serán los únicos que tocaremos. Si no nos metemos con el resto de la nave, ella no se meterá con nosotros. No hay ningún peligro, basta con *no tocar* nada.

Barnett enjugó el sudor de su rostro, se recostó contra la pared y desabrochó la chaqueta.

En el mismo momento, surgieron dos bandas metálicas por aberturas situadas a ambos lados del capitán, rodeando su cintura y estómago.

Barnett miró a los dos hombres por un instante, y se lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas. Las bandas no cedieron. Se escuchó un extraño sonido en las paredes y apareció un filamento de alambre muy fino. Tocó estimativamente la chaqueta de Barnett y volvió a esconderse en la pared.

Agee y Victor observaban la escena sin saber qué hacer.

—Desconéctalo —apremió Barnett.

Agee se precipitó hacia la cabina de mandos, mientras Victor seguía mirando fijamente a su capitán. De la pared brotó un brazo metálico rematado por una reluciente hoja de casi diez centímetros de longitud.

—*iPáralo!* —chilló Barnett.

Victor entró repentinamente en acción y tiró del brazo metálico, tratando de arrancarlo del muro. El metal se retorció y Victor salió despedido pugnando por no caer al suelo.

La hoja, con la precisión de un cirujano, rasgó la chaqueta de Barnett de arriba abajo, sin rozar la camisa que había debajo. A continuación, el brazo desapareció de la vista.

Agee movía todos los mandos; los generadores zumbaban, las puertas se abrían y cerraban, los estabilizadores funcionaban intermitentemente, las luces fluctuaban... El

mecanismo que controlaba a Barnett seguía su proceso.

El delgado filamento volvió a salir. Tocó la camisa de Barnett y se detuvo un instante. El mecanismo interno emitió alarmantes sonidos. El filamento volvió a tocar la camisa de Barnett, como si dudara de su función en este caso.

—¡No puedo desconectarlo! —gritó Agee desde la cabina—. ¡Debe de ser totalmente automático!

El filamento se deslizó en la pared. Desapareció, dejando paso por segunda vez a la cuchilla.

Víctor acababa de encontrar una gruesa llave inglesa. Corrió hacia el capitán, levantó la herramienta por encima de su cabeza y la descargó contra el brazo metálico, pasando a un centímetro escaso del rostro de Barnett.

El brazo ni siquiera sufrió una mella. Muy despacio, cortó la camisa de Barnett, dejándole desnudo hasta la cintura.

Barnett no había sufrido daño alguno, pero sus ojos giraron desesperadamente de un lado a otro mientras aparecía el filamento. Víctor se mordió los nudillos y se apartó. Agee cerró los ojos.

El filamento tocó la cálida carne de Barnett, emitió un ruidito de aprobación y se introdujo en la pared. Las bandas se abrieron y Barnett cayó de rodillas sobre el suelo.

Nadie habló durante bastantes minutos. No había nada que decir. Barnett tenía la mirada fija, perdida. Víctor empezó a hacer crujir sus nudillos hasta que Agee le dio un codazo.

El viejo piloto pensaba en una razón lógica por la que el mecanismo hubiera roto las ropas de Barnett y se hubiera detenido al llegar a la carne. ¿Sería la forma habitual de desnudarse del extraterrestre? Era absurdo. Tan absurdo como aquel armario-prensa.

En cierta forma, Agee se alegraba de lo sucedido. Había sido una lección para Barnett. Ahora abandonarían aquella monstruosidad gafe y pensarían una forma de recuperar su propia nave.

—Dame una camisa —dijo Barnett. Víctor obedeció a toda prisa. Barnett se puso la prenda, cuidando de no tocar las paredes—. ¿Cuánto tardarás en poder despegar? —preguntó en tono inseguro.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿No has tenido suficiente?

—No. ¿Cuándo podemos despegar?

—Necesito otra, hora más —refunfuñó Agee.

¿Y qué otra cosa podía decir? El capitán era demasiado para él.

De mala gana, Agee volvió a la cabina de mandos.

Barnett se puso un suéter sobre la camisa y una chaqueta sobre el suéter. La habitación estaba helada y Barnett no podía evitar los temblores.

Kalen estaba inmóvil en la cubierta de la nave extraña. ¡Qué locura! Había gastado las pocas fuerzas que le quedaban en tratar de arrancar su congelada piel externa, cada vez más endurecida. Y él debilitándose por momentos. ¿Valía la pena moverse? Mejor descansar y sentir cómo sus fuegos internos iban achicándose.

No tardó mucho en soñar con las montañas de Mabog y el gran puerto de Canthanope, donde se detenían los comerciantes interestelares con sus extraños cargamentos. Kalen estaba allí, en el crepúsculo, mirando cómo los dos inmensos soles se escondían tras los techos planos... Pero ¿por qué se estaban poniendo juntos, en el sur, el sol azul y el amarillo? ¿Cómo podían ponerse los dos al sur? Una imposibilidad física... Tal vez su padre pudiera explicarlo, porque todo estaba oscureciendo rápidamente.

Se apartó de aquella fantasía y contempló fijamente la desagradable luz del amanecer. Un astronauta mabogiano no podía morir así. Volvería a intentarlo.

Después de media hora de lenta y penosa búsqueda, Kalen encontró una caja metálica, cerrada, en la parte trasera de la nave. Era evidente que los extraños se habían olvidado de ella. Forzó la tapa. Dentro había varias botellas, cuidadosamente colocadas y protegidas contra los golpes, Kalen cogió una y la examinó.

Tenía etiqueta con un gran símbolo de color blanco. No existía motivo alguno para que él pudiera conocer el símbolo, pero le resultaba ligeramente familiar. Estrujó su memoria, tratando de recordar dónde lo había visto.

Y lo recordó, aunque de forma muy vaga. Era una representación de un cráneo humanoide. Existía una raza humanoide en la Unión Mabogiana y había visto réplicas de sus cráneos en un museo.

Pero ¿para qué habían puesto una cosa así en una botella?

Un cráneo comunicaba una emoción de reverencia, así lo sentía Kalen. Eso debía de ser lo que habían pretendido los fabricantes. Abrió la botella y olió el contenido.

El olor era interesante. Le recordaba...

¡Una solución para limpiar la piel!

Sin pensarlo más, Kalen vertió todo el contenido de la botella sobre su cuerpo y esperó los resultados, casi sin atreverse a pensar en ilusiones. Si lograra, que su piel volviera a la

normalidad...

¡Sí, el líquido de la botella marcada con un cráneo *era* un suave limpiador! Y también tenía un aroma agradable.

Vertió otra botella sobre su endurecida piel y notó cómo el fluido nutritivo se filtraba. Su cuerpo, totalmente desnutrido, exigía ansiosamente más alimentación. Vacío otra botella.

Durante un largo rato Kalen permaneció relajado, limitándose a sentir cómo aquel fluido restaurador iba empapándose en su cuerpo. La piel se suavizó, adquirió flexibilidad. La energía volvió a nacer en su interior, dándole una nueva voluntad de vivir.

¡Viviría!

Después del baño, Kalen examinó los mandos de la nave, esperando poder pilotar aquella vieja jaula y volver a Mabog. Existían problemas inmediatos. Por alguna razón desconocida, los controles de pilotaje no estaban aislados en otro compartimiento. ¿Por qué? Aquellas extrañas criaturas no podían haber convertido toda su nave en una cámara de desaceleración. ¡Era imposible! No había suficiente espacio de almacenaje para contener el fluido.

Era sorprendente; aunque, en realidad, todo lo que había allí lo era. Podía superar esa dificultad. Pero al inspeccionar los motores, Kalen vio que faltaba una conexión vital en las pilas. No servían para nada.

Sólo tenía una alternativa. Debía volver a su propia nave.

Pero ¿cómo?

Paseó por la cubierta, muy inquieto. La ética mabogiana prohibía matar vida inteligente y no había objeciones posibles. Bajo ninguna circunstancia, ni siquiera para salvar la propia vida, se podía matar. Se trataba de una forma inteligente y había rendido un gran servicio a Mabog. Respetándola estrictamente, los mabogianos habían evitado la guerra durante tres mil años y habían llevado a la especie a un estadio superior de civilización, cosa que habría sido imposible si hubieran permitido que se produjeran excepciones. Las objeciones podían minar el más sólido de los principios.

Kalen no podía ser un apóstata.

Pero ¿iba a resignarse a morir aquí, sin hacer nada?

Bajó la vista y, sorprendido, observó que el charco de solución limpiadora había abierto un agujero en la cubierta. ¡Vaya nave tan frágil! ¡Hasta una simple solución limpiadora podía dañarla! Y los mismos tripulantes debían de ser muy débiles...

Una bomba de tetnita sería suficiente.

Se asomó a la compuerta. No vio a nadie vigilando y supuso que todos estarían muy ocupados preparando el despegue. Resultaría fácil deslizarse entre la hierba, hasta llegar a la nave.

Y ningún mabogiano se enteraría nunca de lo sucedido.

Cuando Kalen se dio cuenta, se encontraba ya a medio camino de su nave. ¡Qué extraño! Su cuerpo actuaba sin que su mente fuera consciente de ello.

Extrajo la bomba y se arrastró para recorrer unos metros más.

Después de todo, ¿qué consecuencias podía tener aquel asesinato?

—¿Aún no estás listo? —preguntó Barnett. Eran las doce de la mañana.

—Creo que sí —respondió Agee. Observó el tablero de mandos, lleno de anotaciones—. No puedo estarlo más.

—Victor y yo nos ataremos en el compartimiento de la tripulación. Despega bajo aceleración mínima.

Barnett se dirigió a la sala de la tripulación. Agee se apretó las correas que había preparado con anterioridad y se frotó las manos nerviosamente. Creía haber señalado todos los controles esenciales. Todo iría bien. Por lo menos, así lo esperaba.

Pensaba en el armario-prensa y la hoja que había salido de la pared. Nadie sabía cuál sería la próxima locura de la nave.

—¡Estamos preparados! —avisó Barnett.

—Bien. Quedan diez segundos —replicó Agee.

Cerró herméticamente las compuertas. La puerta de la cabina se cerró automáticamente, aislándole de la otra sala. Con una ligera sensación de claustrofobia, Agee activó las pilas. Todo iba bien hasta el momento.

Había una mancha de aceite en la cubierta. Agee supuso que procedía de alguna conexión aflojada y no le prestó más atención. Las superficies de control funcionaban a la perfección. Perforó una ruta en el computador de la nave y activó los controles de vuelo.

Algo lamía sus botas. Miró el suelo y se sorprendió: el aceite, espeso y pestilente, alcanzaba una altura de casi diez centímetros sobre la cubierta. ¡Vaya escape! Agee no comprendía por qué una nave tan bien construida como aquélla podía tener un fallo así. Se desató y buscó a tientas el escape.

Lo encontró. Había cuatro pequeñas aberturas en la cubierta y cada una de ellas expulsaba un flujo suave y constante de aceite.

Agee apretó el botón que abría la puerta de la cabina, pero la puerta siguió cerrada. Dominando el pánico, examinó atentamente la puerta.

Debía abrirse:

Pero no se abría.

El aceite alcanzó casi sus rodillas. Agee sonrió. ¡Qué estúpido había sido! La cabina se cerraba herméticamente desde el tablero de mandos. Apretó el mando correspondiente y regresó a la puerta.

Pero no sucedió nada. Agee tiró de la puerta con toda su fuerza, pero no logró moverla. Volvió al tablero de mandos atravesando aquella bañera de aceite. Aquel fluido no estaba cuando encontraron la nave. Por lo tanto, en alguna parte tenía que haber un desagüe.

El aceite le llegaba a la cintura cuando lo encontró. El aceite desapareció rápidamente y la puerta se abrió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barnett.

Agee se lo explicó.

—Así es como lo hace —dijo Barnett tranquilamente—. Me alegra saberlo.

—¿Así es como hace el qué? —preguntó Agee, notando que Barnett se lo tomaba todo muy a la ligera.

—Así es como soporta la aceleración de despegue. Es algo que me intrigaba. Él no disponía a bordo de cualquier cosa que pareciera una litera o cama. Ni sillas, ni nada donde poder atarse. Él flota en un baño de aceite, que empieza a brotar automáticamente cuando la nave está lista para el despegue.

—¿Y por qué no se abría la puerta? —inquirió Agee.

—¿No es evidente? —Barnett sonrió pacientemente—. Él no quería que el aceite llenara toda la nave. Y tampoco deseaba que se le escapara por accidente.

—No podemos despegar —insistió Agee.

—¿Por qué no?

—Porque no respiro bien en aceite. Brota en cuanto conecto las pilas y no hay forma de impedirlo.

—Usa tu cabeza. Mantén siempre abierto el interruptor del desagüe. El aceite saldrá tan deprisa como vaya apareciendo.

—Sí, no lo había pensado —admitió de mala gana Agee.

—Adelante, pues.

—Antes quiero cambiarme de ropa.

—No. Aparta esta maldita nave del suelo.

—Pero, capitán...

—Despega —ordenó Barnett—. Ese extraño puede estar tramando algo.

Agee se encogió de hombros, volvió a la cabina y se ciñó el cinturón de seguridad.

—¿Preparados? —preguntó a los otros.

—Sí, despega.

Fijó el circuito del desagüe. El aceite fue brotando y desapareciendo al mismo tiempo, sin pasar nunca de las suelas de sus zapatos. Agee activó los controles sin más problemas.

—Nos vamos.

Dispuso aceleración mínima y sopló las yemas de sus dedos para darse suerte. Apretó el botón de despegue.

Muy apenado, Kalen observó la partida de su nave. Aún sostenía en sus manos la bomba de tetnita.

Había llegado a la nave e incluso había permanecido algunos segundos bajo ella. Y luego había vuelto a la otra nave, incapaz de hacer estallar la bomba. Era imposible vencer en unas cuantas horas siglos de condicionamiento.

De condicionamiento... y algo más.

Pocos individuos asesinan por placer, sea cual lucre la especie a la que pertenezcan. Hay razones muy adecuadas para matar, pero no satisfarían a ningún filósofo.

Porque, una vez se aceptan, surgen más razones, muchas más. Y el asesinato, una vez aceptado, resulta difícil de contener. Lleva irremediabilmente a la guerra y, de ésta, a la aniquilación.

Kalen pensó que aquel asesinato afectaría de algún modo el destino de su especie. Su negativa final a cometerlo había sido casi un problema de supervivencia de ésta.

Pero no por eso se sentía mejor.

Contempló su nave, reducida a un punto en el cielo. Los extraños se alejaban a una velocidad ridícula por su lentitud. No se le ocurrió ningún motivo que lo justificara, a menos que ellos lo hicieran expresamente pensando en él.

Eran lo bastante sádicos como para eso, no había duda.

Kalen volvió a la nave. Su voluntad de vivir era tan fuerte como siempre. No pensaba resignarse. Se aferraría a la vida tanto como pudiera, confiando en que otra nave llegara al planeta aunque sólo hubiera una posibilidad entre un millón.

Mirando a su alrededor, pensó que podría preparar un sustituto de su aire con el limpiador marcado con un cráneo. Esto le permitiría vivir uno o dos días. Entonces, si

pudiera abrir la nuez kerla...

Creyó oír un ruido fuera y se precipitó a la compuerta. El cielo estaba vacío, su nave se había esfumado y él estaba solo.

Volvió a la nave extraña y emprendió la tarea esencial de permanecer con vida.

Al recobrar la conciencia, Agee advirtió que había podido reducir a la mitad la aceleración, justo antes de perder el conocimiento. Este simple detalle le había salvado la vida.

Y la aceleración que indicaba el cuadrante estaba justo por encima del cero, ipero seguía siendo insoportable! Agee abrió la puerta y se arrastró hacia la otra sala.

Barnett y Víctor habían perdido sus ligaduras en el despegue. El segundo estaba recuperando el conocimiento en aquel momento y el capitán se levantó de entre una pila de cajas rotas.

—¿Piensas que estás volando en un circo? —se lamentó—. Te ordené *aceleración mínima*.

—Despegué *bajo* aceleración mínima —repuso Agee—. Entra y compruébalo por ti mismo.

Barnett se metió en la cabina y volvió a salir enseguida.

—Malo —dijo—. Nuestro amigo extraterrestre opera esta nave con una aceleración triple de la nuestra.

—A sí parece.

—No había pensado en eso —dijo Barnett, muy pensativo—. Debe de provenir de un planeta muy denso. Un lugar del que debes despegar a gran velocidad o de lo contrario no puedes hacerlo en absoluto.

—¿Qué es lo que me ha golpeado? —gruñó Víctor, restregándose la cabeza.

Había ruidos metálicos en las paredes. La nave estaba a pleno funcionamiento y los servomecanismos se conectaban automáticamente.

—Hace más calor, ¿verdad? —preguntó Víctor.

—Sí, y el ambiente es más denso —contestó Agee—. Está aumentando la presión.

Agee volvió a la sala de mandos. Barnett y Víctor le aguardaron con ansiedad en la puerta.

—No puedo hacer nada —dijo Agee, secándose el sudor que se deslizaba por su rostro—. La temperatura y la presión son automáticas. Deben recuperar la «normalidad» en cuanto la nave despegue.

—Maldita sea, será mejor que hagas algo —dijo Barnett—, o vamos a freímos aquí dentro.

—No puedo hacer nada.

—Debe haber algún tipo de regulador térmico...

—¡Claro! —dijo Agee, señalando—. El regulador está al mínimo.

—¿Cuál crees que será su temperatura normal? —preguntó Barnett.

—No me gustaría saberlo. Esta nave está construida con aleaciones de elevadas temperaturas de fusión. Está hecha para resistir diez veces la presión de una nave terrestre. Considera las dos cosas...

—¡Debes hacer algo! —gritó Barnett. Se quitó la chaqueta y el jersey. La temperatura aumentaba rápidamente y el suelo estaba demasiado caliente como para permanecer sobre él.

—*¡Desconéctalo!* —chilló Víctor.

—Un momento —dijo Agee—. Yo no he construido la nave, lo sabéis perfectamente. ¿Cómo puedo...?

—*¡Hazlo!* —aulló Víctor, sacudiendo a Agee como si fuera un muñeco de trapo—. *¡Hazlo!*

—¡Suéltame! —Agee estuvo a punto de sacar la pistola. Luego, en un arranque de inspiración, desconectó los motores de la nave.

El ruido interior de las paredes cesó. La sala empezó a enfriarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Víctor.

—La temperatura y la presión se reducen cuando corto la energía —contestó Agee—. Estamos a salvo, mientras no pongamos en marcha los motores.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a un puerto? —preguntó Barnett.

—Unos tres años —calculó Agee—. Nos encontramos muy alejados.

—¿No hay forma alguna de desconectar esos servomecanismos?

—Están montados en las entrañas de la nave. Necesitaríamos todo un taller y expertos. Y aun así, no sería fácil hacerlo.

Barnett guardó silencio durante un largo rato.

—Bien —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Estamos vencidos. Debemos, regresar al planeta y coger nuestra nave.

Agee dejó escapar un suspiro de alivio y preparó un nuevo programa para el computador de la nave.

—¿Creéis que el alienígena nos la devolverá? —inquirió Víctor.

—Seguro que sí —dijo Barnett—, si es que no está muerto. Estará ansioso de recuperar su propia nave. Y tendrá que abandonar la nuestra para hacerlo.

—Claro. Pero en cuanto vuelva a esta nave...

—Sabotaremos los controles. Esto lo retrasará.

—Sólo un rato —intervino Agee—. Pero despegará tarde o temprano, y enfurecido. Nunca podremos correr más que él.

—No hará falta —dijo Barnett—. Todo lo que tenemos que hacer es despegar primero. Tiene un casco muy potente, pero no creo que soporte tres bombas atómicas.

—No había pensado en eso —admitió Agee, esbozando una suave sonrisa.

—Es lo único lógico —dijo Barnett, satisfecho—. Las aleaciones del casco seguirán, teniendo algún valor. Ahora, volvamos allí, pero sin freírnos, si es posible.

Agee conectó los motores. Hizo que la nave describiera una curva cerrada, con el máximo de gravedad que podían soportar. Los servomecanismos entraron en funcionamiento y la temperatura subió con rapidez. Una vez completada la curva, Agee dirigió a la «Endeavour II» en la dirección adecuada y paró los motores.

Recorrieron así la mayor parte del trayecto. Pero al llegar al planeta, Agee tuvo que activar los motores para poder seguir una espiral de desaceleración y lograr aterrizar.

Apenas pudieron salir de la nave. La piel de los tres hombres estaba ampollada y sus botas chamuscadas. No tuvieron tiempo de sabotear los controles. Se ocultaron entre los árboles y esperaron.

—Quizás haya muerto —dijo Agee, esperanzado.

Vieron una pequeña figura que salía de la «Endeavour I». El alienígena se movía muy despacio, pero se movía.

—Supongamos que se ha construido algún arma —dijo Víctor—. Supongamos que nos persiga.

—Supongamos que cierras el pico —dijo Barnett.

El extraño fue directamente a su propia nave. Entró y cerró las compuertas.

—Bien —dijo Barnett, poniéndose en pie—. Será mejor que despeguemos al instante. Agee, hazte cargo de los mandos. Yo conectaré las pilas. Víctor, tú asegurarás las compuertas. ¡Vamos!

Corrieron por la llanura y, en cuestión de segundos, llegaron hasta la abierta compuerta de la «Endeavour I».

Aunque hubiera querido darse prisa habría sido imposible. Kalen no tenía fuerza suficiente para pilotar su nave. Pero sabía que estaba a salvo, allí dentro. Ninguno de los extraños podría atravesar las compuertas herméticamente cerradas.

Encontró un tanque de aire de repuesto en la parte trasera y lo abrió. La nave se llenó con un rico y restaurador gas amarillento. Kalen estuvo respirándolo durante mucho rato.

Luego cogió tres nueces kerla, las mayores que pudo encontrar, se dirigió a la cocina y dejó que el cascanueces las abriera.

Se sintió mucho mejor después de comer. El mudador le cortó la capa exterior de piel. La segunda capa también estaba muerta, y el mudador prosiguió su trabajo. Después se detuvo ante la tercera, que estaba perfectamente.

Se sentía casi como nuevo cuando entró en la cabina de mandos. Los extraños habían padecido una locura temporal, era evidente. No había otro modo de explicar por qué habían regresado y le habían devuelto la nave.

Por consiguiente, iría ante las autoridades e informaría de la situación del planeta. Luego encontrarían y curarían a los extraños, de una vez por todas.

Kalen estaba muy contento. No se había apartado de la ética mabogiana y eso era lo más importante. Le habría resultado muy fácil dejar la bomba de tetrina en la nave de ellos, preparada y programada. Podía haber destrozado sus motores. Y había estado tentado de hacerlo.

Pero no lo había hecho. No había hecho nada de nada.

A excepción de algunas cosas esenciales para preservar su vida.

Kalen activó los controles y descubrió *que* todo funcionaba perfectamente. El fluido de aceleración empezó a verterse al conectar las pilas.

Victor fue el primero en llegar a la compuerta y se precipitó en ella. Al momento, fue lanzado hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Barnett.

—Algo me ha golpeado —respondió Víctor.

Observaron el interior con grandes precauciones.

Era una trampa mortal perfecta. Cables de las baterías acumuladoras habían sido empalmados hasta la compuerta. Si Víctor hubiera tocado el costado de la nave, habría muerto al instante, electrocutado.

Cortocircuitaron el sistema y entraron en la nave.

Todo era una confusión. Todo objeto movable había sido arrancado y esparcido. En un ángulo había una barra de acero doblada. El ácido de gran potencia había sido vertido por la cubierta, corroyéndola en varios puntos. El casco de la vieja «Endeavour I» estaba perforado.

—¡Nunca pensé que él nos saboteara a *nosotros*! —dijo Agee.

Prosiguieron su examen. En la parte trasera había otra trampa mortal. La puerta del compartimiento de carga había sido astutamente conectada al pequeño, motor de arranque. Sí alguien la tocaba, la puerta se cerraría de golpe contra la pared, aplastando al hombre que estuviera allí.

Y había otros montajes con objetivos nada aparentes.

—¿Podernos arreglarlo todo? —preguntó Barnett.

Agee se encogió de hombros.

—La mayoría de nuestras herramientas se encuentran en la «Endeavour II» —dijo—. Supongo que nos llevará un año tapar los agujeros. Pero, aun así, no sé si el casco lo soportará.

Salieron a la llanura. La nave alienígena despegó.

—¡Vaya monstruo! —exclamó Barnett, mirando el casco de su nave, carcomido por el ácido.

—Es imposible saber lo que hará un extraterrestre —dijo Agee.

—El único extraterrestre bueno es el que está muerto —opinó Víctor.

La «Endeavour I» era ahora tan incomprensible y peligrosa como la «Endeavour II».

Y la «Endeavour II» se había ido.

Es fácil olvidar que, mediada la década de 1950, en pleno *boom* en los Estados Unidos, también Gran Bretaña dispuso de su buen puñado de revistas competentes. Y, sin lugar a duda, E. C. Tubb fue su más prolífico colaborador.

Edwin Charles Tubb nació en Londres el 15 de octubre de 1919, y vendió su primer cuento, *No Short Cuts* (Ningún atajo), a John Carnell en 1950; fue publicado en «New Worlds» en el verano de 1951. Por entonces Tubb había iniciado una venta regular de novelas al mercado de las publicaciones en rústica el volumen de su producción fue impresionante y, además, no de baja calidad, como era normal en escritores que trabajaban a destajo. Tubb fue en realidad uno de los pocos autores que producían obras por encima de la calidad media para las publicaciones en rústica. Y su trabajo para las revistas de ciencia ficción, con un público más sensible, fue de calidad superior, tal como demuestra la novela corta que podrán leer a continuación.

En 1956 Tubb se hizo cargo de la dirección de «Authentic», luchando para aumentar aún más la popularidad de la revista. Pero, por desgracia, la editorial decidió abandonar la publicación para dedicarse por completo al campo de la edición en rústica, con Panther Books. Tubb invirtió meses de trabajo en la revista con un beneficio económico mínimo, y tardó algún tiempo en volver a escribir con regularidad. Pero en 1959 ya había recuperado su antigua forma y, lo que es más, escribiendo novelas. Un ejemplo notable es su libro *Window on the Moon* (Ventana a la Luna), escrito en 1963. En 1966, Ropert Hart-Davis publicó una antología de sus relatos cortos, *Ten From Tomorrow* (Diez del mañana), pero se trataba tan sólo de una pequeña parte de su obra. Más recientemente, Tubb se ha concentrado en una serie sobre el personaje Earl Dumarest y su búsqueda de la Tierra, que ha logrado una gran popularidad. Ha escrito varios libros para *Space 1999*, una serie televisiva, y en la actualidad trabaja en una serie histórica que se desarrolla en tiempos del Imperio romano.

Tubb es una inspirada máquina literaria. Actualmente, muchas de sus obras son desconocidas para el público en general. Con la inclusión de esta novela corta, *The Wager*, confío en que otras personas se animen a descubrir sus escritos más tempranos.

1

Había estado lloviendo y las calles aún seguían mojadas. El enorme automóvil patinaba ligeramente al tomar las curvas. El chirrido de los neumáticos se mezclaba con el lamento de su sirena. Delante del vehículo brillaba intermitentemente una luz rojiza mientras los dos grandes faros señalaban su llegada a más de un kilómetro de distancia.

El coche dobló una esquina, atravesó a toda velocidad una carretera flanqueada de árboles y se detuvo junto a un tropel de hombres. El capitán Tom Masón, de homicidios, abrió rápidamente la puerta delantera y se precipitó al exterior. El aire nocturno, purificado por la lluvia, olía tenuemente a caucho y gasolina quemada.

—No se mueva de aquí —dijo al conductor—. Si dicen algo por la radio, dígamelo. —Se volvió al advertir que otro hombre se acercaba—. ¿Clancy?

—Sí, señor. —El uniformado policía tocó la orilla de su gorra—. Ha venido muy deprisa, capitán.

—En nueve minutos. —Masón no miró su reloj—. ¿Está aquí el resto de los muchachos?

—Sí, señor. Llegaron hace unos tres minutos.

—Yo me encontraba al otro lado de la ciudad. —Masón se subió el cuello de su raído impermeable—. ¿Han encontrado el cadáver?

—Sí, señor. ¿Quiere verlo?

—Más tarde. ¿Cuál es su informe?

—El asesino se me debió de escapar por cuestión de segundos. —Clancy parecía disgustado—. Estaba haciendo el recorrido normal, subiendo por Third and Vine y doblando por Pine Avenue. Oí un grito y vi que alguien corría. Lo agarré y me dijo que acababa de presenciar un asesinato, investigué y telefoneé inmediatamente.

—¿Pine Avenue? Es esta calle, ¿no?

—Exacto.

—¿Dónde estaba usted cuando oyó el grito?

—Saliendo de Third and Vine, a unos cien metros de aquí. Vine corriendo.

—¿Y el testigo?

—Está aquí. ¿Quiere verlo?

—Más tarde. ¿Vio alguna cosa más? ¿Escuchó algo?

—No, señor. La noche estaba silenciosa, no hay muchos ruidos en esta zona, y sólo oí el grito. —Clancy se volvió—. Todo esto está muy oscuro, sólo hay edificios a un lado de la avenida, pero no vi nada.

—No me sorprende.

Masón miró hacia la multitud de hombres. Las luces de los coches policiales destellaban como relámpagos veraniegos y, en la distancia, se oía el motor de un coche que se acercaba a toda velocidad. Masón miró al oficial.

—Cuando lleguen los periodistas —dijo—, manténgalos fuera de mi vista. Dígalos que haré una declaración más tarde. Podrán obtenerla en la estación central. —Sonrió con malicia al ver la expresión del oficial—. No se preocupe, Clancy, su fotografía saldrá en los periódicos.

—Eso no me preocupa, señor.

—¿No? Pues es el primer agente al que no le preocupa tal cosa. —Se volvió al advertir que el conductor de su coche venía a buscarle.

—Informes de las patrullas que controlan las carreteras, señor. Tienen cuatro sospechosos.

—Excelente. Que los traigan aquí. Diga a las patrullas que recorran esta zona. Que detengan e interroguen a toda persona que vean. Que apunten nombres y direcciones, identifiquen...; en fin, lo normal. Que detengan a todo el que no pueda o no quiera identificarse.

Esperó a que el agente volviera a su coche y entonces avanzó hacia el grupo de curiosos. Prentice, su ayudante, se acercó.

—A punto de acabar, Tom. ¿Quieres los detalles?

—Sí.

—El muerto es un tal Roger Gorman. Unos cuarenta y cinco años, bien vestido y llevando encima una gabardina de color claro, guantes, bastón, sombrero flexible, un anillo en el dedo meñique de su mano izquierda, reloj de oro y una cartera repleta. ¿Te haces una idea?

—Sí.

—Los documentos encontrados en la cartera dicen que era miembro de la Cámara de Comercio de Prestonville. Un par de fotografías que podrían ser de su esposa e hijo. Permiso de conducir, carnet de identidad y profesional..., una llave de hotel, el Grand Union, y otras cosas que no parecen importantes. Podrás examinarlo todo en la oficina.

—Prosigue —dijo Masón, impaciente—. ¿Qué más?

—Poca cosa más, de momento. No hay duda de que el asesino era un maníaco, y he dado orden para comprobar todas las fugas de los manicomios. Yo...

—¿Qué te hace pensar que el asesino es un maníaco?

—Lo comprenderás. No se trata de un robo, porque la cartera está intacta. El muerto no era de la ciudad, era difícil que tuviera enemigos locales. Parece ser un tipo honrado, en viaje de negocios, que dio un paseo antes de volver a su hotel. El hotel, está cerca de aquí, a pocas manzanas. He enviado un hombre a recoger su equipaje.

—Y todo esto lo has supuesto en... ¿cuánto tiempo?

—Cinco minutos. —Prentice parecía satisfecho de sí mismo—. No está mal, ¿eh?

—Ni tampoco bien. Has leído demasiado. Sherlock Holmes se vino abajo con lámparas de gas. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está ese testigo del que me habló Clancy?

—Aguardando en el coche. ¿Quieres verlo?

—Aún no —Suspiró—. Supongo que será mejor ver el cadáver.

Empezó a caminar, con Prentice a su lado, y se detuvo junto a algo cubierto con una estera de goma. Un agente estaba de pie junto al cadáver y, al ver a Masón, se agachó y lo descubrió. Masón lo contempló atentamente, sin inmutarse, mientras Prentice lo iluminaba con la linterna que tenía en las manos.

—¿Lo ves? —dijo Prentice—. Ya te dije que era obra de un maníaco.

—O de alguien que quiere causar esa impresión.

Mason no miraba a su ayudante. Estaba acostumbrado al crimen y la inhumanidad, pero nunca había soportado la visión de la muerte. Lo consideraba como la parte más desagradable de su trabajo y, contemplando lo que iluminaba la linterna, pensó que nada podía cambiar su opinión. No le impresionaba el que aquel hombre estuviera muerto, sino lo que habían hecho con el cadáver.

El cuerpo no tenía cabeza.

El testigo resultó ser una piltrafa humana que apestaba a vino barato y suciedad. Parpadeó al ver a Masón y se pasó la lengua por lo que quedaba de su dentadura. Su ropa estaba mojada y parecía medio aturdido, como si todo estuviera sucediendo con demasiada rapidez para él. Su mirada se apartaba deliberadamente del cadáver.

—¿Vio el asesinato? —preguntó Masón.

El capitán temblaba ligeramente bajo su delgado impermeable. Sabía que aquel interrogatorio podía desarrollarse en la comodidad de su oficina, pero mantenía la teoría de que las primeras impresiones eran muy valiosas. Y, además, deseaba conocer todos los detalles antes de que los testigos y sospechosos dispusieran de tiempo para olvidar o variar todo lo que sabían y habían visto.

—Bueno... —El testigo parecía dudar—. En realidad, no lo vi. Yo estaba sentado, oí algo y cuando miré había un hombre tendido en el suelo y otro que corría alejándose.

—¿En qué dirección?

—Por allí. —El testigo señaló la parte oscura de la avenida—. Era alto y corría como si estuviera asustado. Aún estaba mirándolo cuando llegó el policía.

—¿Gritó usted?

—No.

—¿No hizo ningún ruido o sonido? ¿No le dijo nada al hombre que corría, por ejemplo?

—Ese sonido que usted escuchó..., ¿qué era? ¿Un grito de socorro? ¿Un chillido?

—No lo sé —dijo el individuo. Eructó—. Estaba dormido, eso debió despertarme. Pero vi al tipo.

—¿Qué tipo?

—El que corría, ya se lo he dicho.

—¿Podría reconocerlo si lo viera?

—No lo sé. —Su mirada era de astucia—. Supongo que sí. Pagan a los testigos, ¿no?

—No por mentir —dijo simplemente Masón—. ¿Lo reconocería si volviera a verle?

—Creo que sí. Pero con esta luz. En una habitación, no lo sé.

—No será en una habitación. —Masón dirigió la mirada al lugar donde Prentice conducía cuatro personas hacia él—. Quédese aquí. Observe a esa gente. Dígame si reconoce a alguno. No hable y no se mueva. ¿Entendido?

El testigo asintió y Masón se encaminó hacia las cuatro personas.

El primer sospechoso fue rápidamente desechado. Era un hombrecillo nervioso, casi calvo. Se agarró al brazo de Masón y susurró algo. El capitán le miró ceñudamente.

—Hablen —dijo—. Todos ustedes saben por qué se encuentran aquí. Se ha cometido un crimen y todo lo que deseo saber es quiénes son ustedes, adonde iban y quién puede confirmar lo que digan. Una vez demuestren su inocencia podrán volver a sus hogares. —Miró al hombrecillo—. ¿Bien?

—Es por mi esposa, capitán. No quería que supiera dónde estaba yo. Me llamo Blake, Edward Blake, y puedo probar dónde estuve desde las nueve en punto hasta que el agente me detuvo.

—¿Dónde estuvo?

—En Madame Cormay's, —El hombrecillo se sonrojó—. Ya sabe lo que es eso, capitán.

—Lo sé —admitió el capitán. Había oído hablar de Madame Cormay. Un día los del viceescuadrón cumplirían con su trabajo, que para eso les pagaban, y acabarían con el negocio de aquella mujer. Hizo un gesto a un agente—. Llévase a este hombre y compruebe lo que ha dicho. Llévelo a su casa y confirme la dirección. Ya sabe lo que ha de hacer.

Masón observó a los otros tres sospechosos, dos hombres y una mujer. Esta iba cogida de la mano de uno de los hombres y el capitán supuso que iban juntos.

Así era, en efecto, y su declaración fue muy sencilla. Vivían juntos, pero no eran marido y mujer, y por razones obvias no deseaban que se investigara en sus hogares respectivos. Masón los despidió acompañados de dos agentes y dejó que fueran éstos los que completaran las coartadas. Se quedó con el último sospechoso.

—¿Cómo se llama?

—Holden. Gort Holden.

—¿Dirección?

—Central Plaza.

—Bien, señor Holden. Ya escuchó lo que dije a los otros. Usted vive en un hotel y me temo que no puedo hacerle ir allí acompañado de un agente. Eso no probaría nada. Dígame simplemente quién puede proporcionarle una coartada y no le molestaré más. — Hizo una pausa, aguardando. El hombre no se movió, por lo que Masón extendió una mano—. Démelos.

—¿El qué?

—Sus documentos. Cartera, carnet de conducir, carnet de la seguridad social, todo lo que pueda probar quién y qué es usted.

—Me temo que no puedo hacerlo.

—¿No puede, o no quiere?

—No puedo, lo siento.

Gort sonrió e hizo ademán de marcharse. Masón le detuvo, agarrándole fuertemente el brazo.

—No tan de prisa. Quizá si comprueba el porqué de mi interés cambie usted de opinión. —Masón hizo un gesto a un agente—. Llévase a este hombre y enséñeselo. Luego vuelva a traerle aquí.

Masón esperó a que los dos hombres se alejaran y miró al testigo. Éste sonrió y asintió con un movimiento de cabeza.

Gort volvió pálido, casi enfermo. Tragó saliva, respiró el húmedo aire de la noche y, a la luz de las farolas, pareció estar ojeroso.

—¿Por qué no me advirtió? —dijo—; ¡Ese hombre...! ¡Es horrible!

—Lo siento —mintió Masón—. Ese hombre fue asesinado hace muy poco. El asesino fue visto cuando huía. Hemos bloqueado toda la zona y estamos investigando a todos los

vecinos y personas que no pueden identificarse, ¿Tendrá algún reparo en ser identificado?

—¿Por la persona que vio al asesino? Por supuesto que no.

—No me refiero exactamente a eso —dijo amablemente Masón—. Debe haber alguien que pueda hablar en su favor. ¿Su jefe? ¿Su familia? ¿Sus compañeros?

—Naturalmente —Gort dudó un instante—. Pero ¿es preciso? Si usted dispone de un testigo del crimen, él podrá decir que no fui yo.

—Quizás, —El rostro del capitán resultaba enigmático bajo aquella pobre iluminación—. ¿No le importa que lo probemos?

—Por supuesto que no.

—Bien. —Masón se volvió hacia, el testigo. Éste se había acercado mientras hablaban —, ¿Y bien? ¿Es éste el hombre al que vio?

—Puede ser. —El hombre se acercó más y Gort retrocedió ante el avinagrado olor de su aliento—. Sí, éste es el hombre.

—¿Está seguro?

—Bueno... —La vacilación era evidente—. No había mucha luz y mi vista no es muy buena, pero diría que es él. La cabeza tiene la misma forma, es de la misma estatura y el color de la ropa es igual. Sí, éste es su hombre.

—¡Imposible! —Gort se acercó al testigo—. Jamás me había visto antes, en toda su vida. Usted se equivoca. —Recurrió a Masón—. No puede creerle. Dirá lo que sea con tal de complacerle a usted.

—Quizá sí. —Masón llamó a un agente—. Pero se trata del testimonio de un testigo ocular contra una negación infundamentada. Me temo que deberé retenerle para proseguir la investigación»

Masón se volvió hacia el cadáver mientras el agente se llevaba a Gort.

2

Para Gort, todo aquello era una fantasía disparatada. Estaba sentado en una litera dura y estrecha en una pequeña habitación de cemento, contemplando inmóvil un pequeño fragmento de cielo a través de la elevada abertura de la pared. La celda era angosta, anticuada, tremendamente hostil para un hombre acostumbrado a las comodidades de una civilización de dimensiones galácticas. Y lo peor era que no podía hacer nada para salir de allí. La inteligencia, por muy elevada que fuera, era incapaz de enfrentarse a barras de hierro y muros de piedra.

Y Gort empezaba a dudar de su propia inteligencia.

La detención había significado un baño. No el baño que le preocupaba, puesto que su disfraz resistiría todo lo que no fueran disolventes especiales. Pero, al mismo tiempo, aquel camuflaje no era permanente y debía retocarlo de vez en cuando. Había conservado las ropas que vestía en el momento del arresto y, pensando en ellas, se agitó encolerizado por su estupidez. Haber vestido así había sido absurdo. Jamás debió rechazar su propia vestimenta especial, porque sin ella estaba perdido.

Volvió a retorcerse en la litera al pensar cuan extrema era su impotencia.

Se giró al abrirse la puerta de la celda. Era Masón. El capitán esperó a que cerraran la puerta detrás de sí y luego tomó asiento en la única silla que había, mirando a Gort.

—¿Qué me dice? —preguntó—. ¿Aún no ha cambiado de opinión?

Gort no respondió. Sabía lo que el capitán deseaba, pruebas de su identidad, y eso era precisamente lo que no podía facilitar. No existía hombre o mujer en todo el planeta que pudiera declarar en su favor. Ni existía un solo documento que probara su nacimiento, educación, empleo, historial médico... No disponía de ninguno de aquellos mil y un papeles tan normales para cualquier persona que viviera en aquel particular hemisferio.

—Hemos investigado en el Central Plaza y sólo han podido decirnos que usted se registró la semana pasada, dos días antes de su arresto. Hemos examinado sus pertenencias sin resultado. Eso no es nada bueno. —Hizo una pausa, esperando que Gort dijera algo.

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó Gort. Pero ya sabía la respuesta. Él no podía colaborar.

—Ya se lo he dicho en más de una ocasión —dijo Masón de mala gana—. ¿Quién es usted? ¿Dónde reside normalmente? ¿Dónde trabaja? ¿Tiene amistades de buena posición que puedan identificarle? —Hizo un expresivo gesto de impaciencia—. No piense que deseo retenerle aquí. No quiero hacerlo, pero no puedo soltarle hasta que me diga quién y qué es usted. ¿No va a decírmelo?

—Yo... —Gort tragó saliva y meneó la cabeza. La situación era imposible. No creerían la verdad y, aunque no fuera así, sería la última cosa que osaría decir. Por vez primera, empezó a comprender por completo la advertencia que le habían hecho.

«—Nunca los subestime —había dicho Rhubens—. Son ignorantes, estúpidos e ilógicos, pero tienen su propia astucia nativa. En cuanto se aferran a una idea, no se detienen hasta encontrar una respuesta. No necesariamente la respuesta correcta, pero quieren una. —El comandante se había reído, haciendo gala de un excelente humor—. No es preciso que le advierta de las hembras, pero tenga cuidado en la observancia de la ley. Son conscientes de la seguridad hasta el fanatismo y despreciarán la ética y cualquier otra cosa si tienen la más ligera sospecha.»

Aquello había sido hacía ocho días, pero hasta entonces no había comprendido lo que Rhubens pretendía decirle.

—La situación es ésta —dijo seriamente Masón—. Un hombre ha sido asesinado de modo especialmente horrible. Los demás sospechosos encontrados en la zona han demostrado sus coartadas. Usted es el único que queda y, todavía más importante, ha sido identificado por un testigo presencial. Me disgusta decirlo, pero a menos que decida colaborar, irá derecho a la silla eléctrica. Le corresponde a usted decidir si desea evitarlo o no.

—Espere un momento. —Gort frunció la frente mientras se esforzaba en recordar todo lo que había aprendido—. ¿No es cierto que un hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario?

—Sí —admitió secamente el capitán—. Pero, en su lugar, yo no contaría demasiado con eso.

—¿Y qué me dice de las pruebas? No tenía arma alguna. Mi ropa estaba limpia y, sobre todo, no tenía la... —Gort volvió a sentir náuseas mientras trataba de pronunciar la palabra.

—¿La cabeza? —Masón parecía meditar—; Es cierto, usted no la tenía.

—Entonces bastará para probar mi inocencia. No tiene motivo real para detenerme.

—¿No? —Masón se encogió de hombros—. No estoy de acuerdo. —Observó con curiosidad al hombre de la litera—. ¿Tiene sangre india?

—¿Cómo? —Gort no comprendió la intención del capitán—. No, creo que no. ¿Por qué lo pregunta?

—Ha estado aquí cinco días y el carcelero me ha dicho que usted no se ha afeitado nunca. Los indios puros no necesitan hacerlo, puesto que no les crece la barba. —Masón se rascó la barbilla.

Tipos afortunados. Usted también es vegetariano, ¿no?

—No como carne —contestó, precavido, Gort—. ¿Se refiere a eso?

—Exacto. —Masón se puso en pie y miró a su prisionero—. Pero es el primer vegetariano que conozco que se niega a comer carne, pescado, huevos y cualquier producto animal. Eso debe explicar el modo como usted reaccionó al ver el cadáver. Debía haberme dicho que su estómago es muy delicado.

Gort aprovechó la oportunidad.

—No puedo soportar la visión de la sangre —dijo—. ¿No prueba eso mi inocencia?

—Lo siento, pero no. —Masón llamó a la puerta para que el carcelero abriera y le

dejara salir—. Si quiere probar su inocencia es mejor que hable y que lo haga deprisa. La opinión pública está muy excitada y si usted tarda mucho en hablar, tal vez se encuentre en situación de no ser creído. Piénselo.

La puerta se cerró tras él. Una vez más a solas, Gort se estiró en la litera. La advertencia había sido muy clara: Demuestre su inocencia..., o será utilizado como cabeza de turco. Desesperado, se devanó los sesos buscando alguna salida a su situación casi ridícula. No podía pensar que estuviera confinado en una cárcel primitiva, bajo una acusación falsa. Él, un individuo que podía reparar un motor de torsión instantánea, dotado con una inteligencia como mínimo cinco veces mayor que el más brillante de los habitantes de aquel mundo y que además era miembro de los Guardianes.

Supuso que podría contratar un abogado, que le permitirían utilizar su dinero para ello, pero un letrado lo querría saber todo sobre su persona y con eso no ganaría nada. Pero tendría una oportunidad si tuviera sus ropas. Masón había dicho que habían sido registradas, pero los circuitos y fuente energética dispuestos dentro del tejido de las prendas estaban diseñados para evitar la detección. El único problema era que para recuperar su ropa debía demostrar su inocencia y...

Muy inquieto, se levantó y contempló la elevada ventana. Coordinó fácilmente sus músculos, saltó y se agarró a las rejas, de modo que su cara quedara entre ellas. Desde su posición ventajosa pudo ver el tejado de un edificio cercano, unas cuantas nubes blanquecinas y una extensión de cielo azul claro. Contempló el firmamento durante mucho tiempo y, sin saber por qué, la visión empezó a irritarle. Allí arriba se encontraba la ayuda que necesitaba o que podía utilizar.

Pero Gort no estaba allí arriba.

3

Heltin no estaba satisfecho de la nave, pero fue la mejor que Jelkson podía proporcionar. Tampoco estaba satisfecho de su cliente aunque había sido un caso de tomarlo o dejarlo, y Heltin, de gustos costosos y amante de los inciertos placeres de los mundos del Confín, no había tenido otra alternativa. Se sentó en la silla de control y observó la imagen de las pantallas.

—¿Es eso? —preguntó San Luchin. Había inclinado la cabeza hasta el hombro *del* piloto y sus ojos gatunos brillaban de expectación. Heltin asintió.

—Ahí lo tienes. El planeta de caza. ¿Está preparada tu gente?

—Claro. Hemos hecho una ingeniosísima apuesta. Nos dejarás en el mismo punto donde yo obtuve el último trofeo. Nos darás tres revoluciones de margen y nos volverás a recoger. El que consiga mayor número de trofeos ganará veinte mil muarés, —inspiró con

un silbido peculiar—. Será un excelente deporte.

—No supongas tanto —advirtió Heltin, intranquilo—. Ya has estado aquí antes y sabes que estos seres poseen una civilización. Os podríais ver metidos en un problema grave. No se trata sólo de aterrizar y recoger la cosecha. Todo consiste en medir tus sentidos y tu destreza con los nativos... y marcharte. —Dudó un instante—. ¿Estás seguro de no preferir una zona más aislada?

—No. —San Luchin fue muy tajante—. Todo el atractivo del plan consiste en que nos encontraremos en algún peligro personal. Sólo nos llevamos el equipo de protección esencial y debemos usar toda nuestra habilidad para obtener los trofeos y no ser detectados. ¿Tienes un instructor hipnótico para el idioma?

—Sí, los carretes están listos en su lugar. No pude conseguir mucha moneda local os habréis de apañar como podáis. —Heltin ajustó los controles y, de repente, la imagen de las pantallas mostró el objetivo muy cerca—. Acaba los preparativos. No quiero estar aquí más tiempo del necesario.

—¿Por qué no? Los Guardianes no pueden localizarte. ¿Cierto?

—Espero que no puedan. Esa base lunar me parece terriblemente eficiente.

Mientras los demás se familiarizaban con el idioma, Heltin acercó la nave al planeta. Cuando creyó que era el momento oportuno, con el sol al otro lado del planeta, aterrizó. Con grandes precauciones, abrió la compuerta y observó la oscuridad externa.

Un hombre, paseando por la desierta calle, se quedó mirando la masa de la nave y luego prosiguió su camino. Heltin rió entre dientes. Las pantallas de invisibilidad funcionaban, era obvio, y por un momento estuvo tentado de dejar la nave donde estaba, en lugar de seguir su plan original de aguardar bajo la superficie de uno de los océanos. Rechazó la idea. Aunque los habitantes locales no pudieran verle, los Guardianes podían detectar su radiación. Pese a las pantallas de invisibilidad, sería más prudente ocultarse bajo dos kilómetros de agua. Se volvió. Los pasajeros estaban amontonándose en la compuerta.

San Luchin se puso en cabeza, Él, como todos los demás, iba vestido con atuendo similar al de los nativos para pasar inadvertido. Todos habían camuflado sus características personales y portaban una sola arma ofensiva, no muy eficiente pero ideal para lo que planeaban hacer. Heltin observó a los cinco individuos bajando a tierra.

—¡Un momento! —dijo vivamente—. Habéis olvidado algo. ¿Dónde vais a meterlos?

—Eso es cosa nuestra. —San Luchin expresó su irritación con un ademán peculiar: extendiendo y cerrando la mano derecha—. Pretendemos disfrutar al máximo del deporte y será mejor cuanto más duro sea. Despega y vuelve por nosotros dentro de tres revoluciones.

—Es vuestra cacería —dijo Heltin con un tono de indiferencia—. Buena, caza.

Los otros asintieron y se alejaron mientras se cerraba la puerta. Antes de que pudiera examinar la zona inmediata, la nave fluctuó y un golpe de aire indicó que había despegado. San Luchin celebró una rápida reunión.

—Sugiero que nos dividamos en zonas divergentes —dijo en un idioma que acababa de aprender—. Estaremos desprotegidos, aparte de las chaquetas de energía. Para evitar interferencias, no nos pondremos en contacto nunca, hasta que volvamos aquí a la hora acordada. ¿De acuerdo?

Todos asintieron y se alejaron, eligiendo un camino tan alejado como fuera posible del tomado por los demás. San Luchin observó cómo se iban los otros y luego, tras meditar un momento, tomó su ruta hacia el centro de la ciudad.

Mientras andaba emitía un murmullo, un ronroneo casi bestial, y sus ojos se encendieron de excitación al observar las multitudes que le rodeaban. Había hecho bien insistiendo en una estancia de tres revoluciones, y haciendo la cacería tan severa como había podido. Hacía mucho tiempo que no habían disfrutado de una auténtica oportunidad de hacer buen deporte. Hasta los androides manufacturados no eran más que un pobre sucedáneo de la realidad. Eran buenos, tanto como hubiera querido el constructor, y nada más que eso. Una vez contruidos, ya sabes exactamente cuáles son sus destrezas. Pero estas cosas eran distintas. Sus habilidades eran desconocidas y tal vez resultarían deliciosamente peligrosas.

Contuvo el movimiento subconsciente de su mano hacia el arma que ocultaba bajo la chaqueta. Aún no. Obtener trofeos era la parte más fácil... y también la emoción más intensa. Se contendría y disfrutaría del placer de aguardar. Había otras cosas que debía atender primero: dotarse de una identidad, vigilar la caza y buscar un escondrijo. Se dirigió cautelosamente hacia el gentío, murmurando en voz más alta.

Hacía, muchos años que no disfrutaba tanto.

4

El capitán Masón se sentó frente a su escritorio y contempló el desorden de papeles que tenía ante él. Era de noche, y la lámpara de mesa arrojaba un amplio cono de luz sobre las hojas esparcidas. La mayoría eran informes, detalles de una búsqueda que, hasta el momento, había resultado inútil. Cogió un archivador y empezó a pasar las páginas, buscando por milésima vez algo, no sabía qué, que le diera una pista sobre el asesinato más famoso de la última década.

Alzó la vista al entrar en el despacho el ayudante del fiscal del distrito, que se sentó frente a él.

—¿Todavía con eso, Tom? —preguntó.

—Todavía con esto. —Masón suspiró y aceptó el cigarrillo que le ofrecía el otro hombre—. Gracias. ¿Sigues adelante con el juicio, Bob?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —Bob Shaw sacó su mechero y encendió ambos cigarrillos—. El viejo está en un aprieto. La prensa le está atacando duramente y, a menos que resuelva este caso, ya puede irse preparando para la despedida de las próximas elecciones. —¿Crees que obtendrás un veredicto de culpabilidad?

—Eso es una certeza. —Bob observó el arrugado rostro del capitán—, ¿Qué ocurre? ¿No crees que Molden lo hiciera?

—No estoy seguro —admitió Masón lentamente—. Hay algo que no encaja. —Alzó el archivo—. Ningún motivo. Ningún arma. Ni una mancha en su ropa. Tal vez estaba paseando por la calle, como él dice, cuando le detuvimos.

—Te olvidas del testigo —recordó Shaw—. Está ansioso por jurar que Molden es el hombre al que vio correr en la escena del crimen.

—¿Ese borracho? ¿Quién va a creerle?

—El jurado lo hará, y eso es todo lo que importa. —Shaw apuró su cigarrillo—. ¿Aún no ha dicho nada?

—Todavía no.

—Eso no le ayudará. Hacerse el mudo no es la mejor manera de probar la inocencia. Si no tienes nada que ocultar, ¿para qué callar? No te de pena, Tom. Si está en un lío es por su culpa.

—Tal vez. —Masón suspiró mientras dejaba el archivo—. Pero eso tampoco me gusta. En realidad, no tienes el caso ganado. Cualquier buen abogado destrozará la acusación y se habrá acabado el juicio.

—¿Eso es lo que piensas? —Shaw expulsó el humo del cigarrillo a través de su nariz—. No estoy de acuerdo. Mira, podemos olvidarnos del factor motivo. El hombre muerto tenía algo de *playboy* y podríamos insinuar que nuestro amigo estaba un poco celoso o algo por el estilo. Este aspecto no tiene importancia. El hombre ha muerto, ésa es nuestra única preocupación, y Molden es la víctima que ha de pagar los platos rotos.

—¿Aunque sea inocente?

—No me vengas con cuentos. Es tan culpable como el diablo, por eso no dice una sola palabra. Sabe que en cuanto empiece a hablar comprobaremos todo lo que diga y estará perdido. —Shaw miró fijamente a Masón—. Escucha. Molden tiró el cuchillo o lo que fuera, es así de sencillo. Cerca del lugar del asesinato hay un solar abandonado, muy extenso, con un desagüe en el borde más alejado. Holden también se deshizo de su carga,

volvió sobre sus pasos y trató de aparentar que estaba dando un simple paseo. Tuvo la mala suerte de que una persona le viera y de que acordonáramos rápidamente la zona. Cinco minutos más y habría desaparecido del lugar.

—¿Y la sangre?

—Cuestión de suerte... —Bob encogió los hombros—. Nos decidiremos por una casualidad. —Se levantó—. ¿Has averiguado algo con las huellas dactilares?

—No. No están registradas en *ninguna* parte.

—Quizá haya eludido también el servicio militar —sugirió Bob—. Es igual, Tom. No deberías preocuparte tanto. En resumidas cuentas, ¿qué representa esto para ti? —Salió del despacho, dejando al capitán sumido en sus pensamientos.

A Bob le resultaba muy fácil hablar y no tenía problema alguno en mostrar tranquilamente su cinismo, aunque se tratara de, enviar un hombre a la silla eléctrica. Pero Masón no podía olvidar que el deber de un policía no era precisamente el presuponer culpabilidad, sino también colaborar a demostrar la posible inocencia.

Y había algo que no encajaba.

Lo sabía. Se daba cuenta cada vez que veía al prisionero. El hombre no estaba loco, ¿y qué hombre cuerdo sería capaz de decapitar a otro? Ni siquiera tenía el aspecto de ser un asesino, aunque Masón sabía perfectamente que cualquier hombre podía serlo en determinadas circunstancias. Era algo intangible, algo que no acababa de encajar en el lugar adecuado. Cuanto más lo pensaba, más le preocupaba.

Las huellas dactilares, por ejemplo. Se habían tomado las huellas de Holden, siguiendo la rutina, y se habían enviado a todas las oficinas para su comprobación. El que no constaran en parte alguna no era demasiado raro; significaba, simplemente, que Holden no había trabajado jamás en una fábrica de armamento, que no había sido detenido anteriormente, que no había servido en las fuerzas armadas ni trabajado para una gran empresa, o que no había solicitado pasaporte. No. Lo realmente extraordinario eran las mismas huellas dactilares.

Masón las contempló una vez más, arrugando la frente ante aquella muestra extraña, totalmente antinatural. Sabía que las huellas normales se clasificaban en distintas categorías según las diferentes curvas y espirales. Pero las impresiones digitales de Holden constituían una clase por sí mismas. No había arcos ni espirales. Era una serie de zigzaguees cubiertos por una masa retorcida de líneas circulares, y todo el conjunto borroso y distorsionado hasta hacerlo prácticamente irreconocible. Algo increíble. La mente de Masón volvió a revisar la acusación contra Gort.

¿El arma? Shaw lo había explicado y, si el crimen había sido premeditado, el asesino habría hecho precisamente eso. ¿Motivo? No era importante, no le correspondía a él

justificar un motivo. ¿La sangre? ¿Casualidad, como Shaw había dicho, o...?

¡La sangre!

Masón fue recorriendo rápidamente el archivo con los dedos hasta encontrar lo que buscaba, una ampliación de 20 × 12 de la escena del crimen. La miró de soslayo mientras algo martilleaba en su cerebro. Muy excitado, el capitán apretó el botón del intercomunicados.

—¿Telefonista? Aquí, Masón. Póngame con el doctor Wheelan. —Aguardó, tabaleando con sus dedos en el borde del escritorio—. ¿Doc? Aquí, Masón. ¿Cuánta sangre contiene el cuerpo humano? —Frunció el ceño ante los sonidos que surgieron del aparato—. No, no estoy bromeando; esto puede ser muy importante. —Volvió a escuchar—. ¿Tanta? ¿Y brotaría toda si a una persona le cortaran la cabeza? ¿La mayor parte? ¿Depende? Escuche, ya sabe en qué caso estoy trabajando y, bien, por lo que puedo ver en las fotografías no había sangre. ¿Cómo lo explica? —Escuchó—. Sí, sí, por eso no lo advertí en aquel momento. ¡Demonios, doctor! Estaba lloviendo, la noche era oscura y tenía otras cosas en qué pensar. ¿El informe? No, no lo leí. ¿Por qué tenía que hacerlo? El hombre estaba muerto, ¿no?, e incluso yo pude ver la causa. ¿Puede hacerme un resumen? —La cara de Masón se endureció mientras escuchaba la voz del otro hombre—. ¿Está seguro? ¿Sí? Bien, doc, no se preocupe. Sólo quería saberlo.

Muy despacio, cortó la comunicación y se quedó muy pensativo. Bruscamente, volvió a apretar el botón del intercomunicador.

—¿Telefonista? Aquí, Masón. Que traigan al detenido Gort Holden. Ahora mismo.

Masón siguió observando la fotografía mientras esperaba. Su entrecejo era un interrogante viviente.

Fue tan sencillo el truco, que Gort se sintió avergonzado por no haberlo pensado antes. Para escaparse precisaba su vestimenta especial y, puesto que aún no vestía la indumentaria carcelaria ni lo haría hasta después del juicio, lo que hizo fue destrozar deliberadamente la ropa que llevaba puesta. El vigilante se había limitado a encogerse de hombros cuando vio el destrozo. Como el preso tenía allí más ropas de su propiedad, ¿qué otra cosa más simple que ir a buscarlas?

Así de fácil había resultado.

Vestido de nuevo con su indumentaria de protección, Gort se sintió como nuevo. Se sentó en el borde de la litera y pensó en la solución que más le convendría. Podía cortar las barras de la ventana y volar hasta la libertad. Podía romper la cerradura de la puerta y salir por allí. Podía generar el campo de fuerza que le protegería de las balas y de la mayor parte de las armas energéticas, y nadie podría detenerle. Y también podía emitir la señal de socorro y pedir ayuda a la base.

Pero hacer cualquiera de estas cosas significaría admitir su fracaso y traicionar la confianza que habían depositado en él.

En primer lugar, ya había despertado demasiadas sospechas. Pedir ayuda en aquel momento era innecesario e injustificado, y si lo hacía, debería contestar embarazosas preguntas cuando volviera a la base. Un Guardián, aunque fuera joven, estaba adiestrado para utilizar su propia iniciativa. Gort, sentado en el borde de la litera, decidió no hacer nada de momento. Ahora podía huir cuando quisiera y, aunque no le gustaba admitirlo, su experiencia reciente le había enseñado mucho.

Un individuo era simplemente tan bueno como su tecnología. Aun considerando su inteligencia elevada, una supuesta superioridad sobre aquellos seres primitivos, le habían dejado desamparado sin sus artilugios. Gort había sido incluso peor que los nativos, en cierta forma, puesto que ellos no confiaban en campos de fuerza ni en el resto de dispositivos comunes a su propia civilización. Había sido una lección de cordura, y Gort seguía meditando en ella cuando entró el carcelero para llevarle ante Masón.

El capitán no dio ningún rodeo.

—Hay algo raro en usted, Rolden, y quiero saber de qué se trata. También hay otra cosa que... —Su voz se interrumpió al mirar un instante la fotografía—. Pero eso no importa por ahora. —Soltó la fotografía y señaló una silla—. Siéntese.

Gort obedeció. Estaba muy tranquilo, cosa que le extrañó. Tal vez fuera porque ahora era invulnerable o porque, por primera vez desde que le detuvieron, estaba empezando a disfrutar.

—¿Sigue negándose a darme datos sobre su persona? —Masón hizo la pregunta sin que en realidad esperara una respuesta y, por un instante, Gort estuvo tentado de contar la verdad. Pero no era momento para bromas y resistió aquel loco impulso.

—Sí —contestó.

—Entonces permita que sea yo el que le explique algo sobre usted mismo. —Masón se acomodó en su asiento y miró fijamente al detenido—. Tal vez no lo sepa, pero se le ha vigilado constantemente desde que fue arrestado. Sabemos, por ejemplo, que no se ha afeitado una sola vez. No ha comido ningún producto animal muerto o vivo y, por lo que hemos podido ver, tampoco ha dormido. Y otra cosa: sus huellas dactilares no son normales. Nunca había visto nada parecido y pienso no equivocarme al decir que no deben existir otras huellas similares.

Masón se inclinó sobre la mesa. Había suspicacia en sus ojos.

—¿Qué es usted, Holden?

¡No había preguntado quién, sino qué! El significado de la palabra hizo que Gort se

estremeciera. Masón sospechaba algo. Tal vez se tratara únicamente de difusos destellos de una idea, pero Gort, recordando el consejo de Rhubens, decidió no hacer suposiciones. Sonrió.

—¿Qué soy? Se referirá a quién soy, ¿verdad?

—Quizá. —Masón no insistió—. ¿Piensa hablar?

—Puedo decir algunas cosas. No sé por qué no necesito afeitarme. Nunca antes lo había pensado. Es uno de esos detalles, ya me entiende.

—¿Entiendo, qué?

—Bien, usted mismo dijo que los indios no se afeitan, no lo necesitan. ¿Qué hay de extraño en ello? —Gort gesticulaba con sus manos—. Soy vegetariano, sí, jamás lo he negado, pero no es ningún crimen. Simplemente, no me gusta comer tejidos muertos o productos de organismos vivientes. Tal vez yo sea un fanático, pero mi estómago me pertenece.

—¿Y el insomnio?

—Eso es absurdo —mintió Gort—. Duermo tanto como cualquier otra persona, pero me he acostumbrado a hacerlo a ratos. Duermo diez minutos o media hora, despierto algunos minutos y vuelvo a dormir. —Sonrió—. Tengo mi teoría al respecto.

—Todavía le falta algo por explicarme —dijo Masón muy serio—. ¿Quiere que le juzguen por asesinato?

—No me declararán culpable. Soy inocente. —Vio la fotografía—. ¿Es la escena del crimen?

—Sí. —Masón cogió la foto, vaciló, y la pasó a Gort—. Quizá pudiera ayudarme. ¿Advirtió si había sangre cuando vio el cadáver?

—¿Sangre? Gort hizo una pausa, sosteniendo aún la fotografía. No lo recuerdo. ¿Es importante?

—Puede serlo. Hay algo muy raro y quiero asegurarme de que estoy en lo cierto. Sería una gran ayuda el que usted se acordara.

Gort asintió y se esforzó en recordar el incidente. De repente pudo oler el ambiente húmedo de aquella noche, oír el chapoteo de los hombres al andar, ver la confusa y decapitada figura extendida en La hierba... Controló su repugnancia y pugnó por examinar la zona.

—Había algo de sangre en la parte superior del cadáver —dijo cautelosamente—. ¿Era eso lo que deseaba saber?

—¿Cuánta sangre? —Viendo que Gort dudaba, Masón añadió: ¿Una o dos manchas,

medio litro, varios litros...? ¿Cubría la hierba o estaba únicamente en una zona muy reducida?

—No había mucha. Era una mancha espesa sobre la hierba.

—Sí. Justo lo que pensaba. Acabo de leer el informe forense y he hablado con el doctor. Al parecer, la cabeza fue cortada con un instrumento increíblemente afilado y capaz de cauterizar la herida en el mismo momento que se produce el corte. La única mancha de sangre procedía, al parecer, de otra herida de menor importancia producida después de la muerte. Uso la expresión *al parecer* porque desconocemos la existencia de un instrumento de tales características. —Dejó de hablar y miró fijamente a Gort—. Como tampoco existen, huellas dactilares similares a las suyas.

—No es cierto..., negó Gort alzando las manos.

Yo las tengo.

—Exacto. —Masón alargó una mano hacia el intercomunicado—. No se preocupe, no le juzgarán por asesinato. Voy a informar a Seguridad y usted será retenido para un nuevo interrogatorio. Lo siento, Holden, pero ya comprenderá que no puedo rechazar la posibilidad de que sea usted un espía.

El teléfono sonó cuando Masón se disponía a hablar. El capitán lo cogió, sin ocultar su contrariedad.

—Aquí, Masón. ¿Qué ocurre?

Gort vio cómo la expresión de aquel hombre pasaba de irritación a incredulidad.

—¿Qué? ¿Tres? ¿Dónde? —Escuchó, tomando rápidas notas en el cuaderno que tenía ante él—. ¿Todos decapitados? ¡Espere! ¿Había sangre? ¿No lo sabe? ¡Pues compruébelo, y de prisa!

Su mirada se encontró con la de Gort y, como si aquello le hubiera recordado otra cosa, hizo ademán de coger el intercomunicado. El sonido del teléfono volvió a interrumpirle.

—¿No hay sangre? ¿Seguro? Perfecto. Sí, iré enseguida. Sí, parece obra del mismo hombre. Acordonen el sector y procedan como es habitual.

Masón colgó de un golpe el aparato, alargó la mano hacia el intercomunicador y se quedó repentinamente inmóvil.

Gort se puso en pie. Disponía de medio minuto para huir. Una parálisis más prolongada podía causar la muerte. Pero antes de irse debía hacer algo. Destruyó rápidamente la fotografía, cogió la cartera del policía del bolsillo de éste y, a grandes zancadas, se dirigió a la puerta.

Una segunda aplicación de vibración paralizante despejó su camino. Antes de que Masón pudiera recobrase, ya estaba en la calle, libre. Casi sintió pena por el capitán, pero no había podido hacer otra cosa. Un confinamiento más riguroso le habría privado de su ropa protectora y de toda esperanza de fuga. Pero de todas formas, había huido dejando interrogantes en el aire. Masón no podía verificar ahora sus sospechas, fueran cuales fuesen.

Gort estaba libre, podía proseguir sus vacaciones interrumpidas.

5

San Luchin, sentado en la habitación de su hotel, se estremeció al escuchar el parte de noticias. ¡Necios! Los muy necios habían empezado a cobrar piezas demasiado pronto después de su llegada.

Y con todo, por muy necios que hubieran sido, habían logrado que la cacería se hiciera más excitante.

En el suelo, delante, estaba extendido un gran mapa de la ciudad. Luchin lo examinó y señaló las zonas en las que se habían encontrado los cadáveres. Sus ojos de gato brillaron de interés cuando extrapoló los resultados de la extemporánea cacería. Habían subestimado los recursos del planeta, no había duda. La radio había dicho que los sectores habían sido acordonados y que toda persona descubierta dentro de ellos sería interrogada y examinada.

Y era igualmente obvio que deberían deshacerse de sus trofeos y, al mismo tiempo, arriesgarse a que los descubrieran.

Mostraba los dientes mientras pensaba en ello, casi envidiando la situación de sus compañeros de caza, y, no obstante, reconociendo el peligro en que se encontraban. No un riesgo de aniquilación personal, por supuesto, ya que sus campos de fuerza protectores lo evitarían, sino que al estar tan atareados perderían irremediablemente la apuesta. Y lo más importante, debían evitar toda sospecha innecesaria. No por parte de los nativos, éstos no importaban, sino de los atentos Guardianes. Era un planeta de caza demasiado excelente para que lo perdieran de vista tan pronto.

Lo más estúpido de todo había sido tomar trofeos en lugares donde los cadáveres iban a ser descubiertos casi al instante.

La impaciencia hizo que empezara a pasear por la habitación. Ya había hecho sus planes y examinado, la zona; sabía dónde y cuándo debía atacar y hasta tenía ya dispuestos y aguardando los recipientes para sus trofeos. Se detuvo ante las maletas de plástico... ¡Qué extraño que aquella especie conociera los plásticos! Eran ideales para su objetivo: ligeras, fuertes y de un tamaño que permitía una excelente capacidad, sin que

existiera un volumen inútil. Estaba examinándolas todavía cuando llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—Policía, abra.

—Un momento.

Rápidamente se aseguró de que sus ojos quedaran ocultos por las lentillas y comprobó la perfección de su camuflaje y de su vestimenta. Abrió la puerta antes de que el uniformado agente tuviera, tiempo de volver a llamar.

—¿En qué puedo servirle?

—Ha de contestar algunas preguntas —le informó bruscamente el policía.

Era un hombre grueso, alto, portaba al cinto una pistola y la gorra de su uniforme cubría un cráneo sin cabello. San Luchin contempló fascinado aquel cráneo, imaginandoselo en la pared de su sala de trofeos. Seguía maravillándole la increíble variedad de trofeos que se podía obtener en el planeta. Recordó que debía sonreír.

—Naturalmente —contestó—. ¿Qué desea saber?

—¿Dónde ha estado en las dos últimas horas? ¿Puede identificarse? ¿Hay alguien que pueda corroborar sus palabras?

El agente fue recitando las preguntas y San Luchin supuso que se trataba de una simple investigación rutinaria. Se tranquilizó un poco y buscó una cartera en su chaqueta.

—Aquí tiene. Permiso de conducir, seguridad social y póliza de seguro. No soy de aquí, he venido por cuestión de negocios, y he permanecido en mi habitación desde hace varias horas. —Volvió a sonreír—; Un resfriado supongo. El recepcionista podrá confirmarlo.

—Ya lo he comprobado —dijo el agente. Ojeó los documentos que contenía la cartera—. Perdone que le haya molestado, señor Jones, pero ya sabe cómo es mi trabajo; Con un maníaco merodeando por la ciudad, toda precaución es poca. —Cerró la cartera y la devolvió a Luchin—. Si me lo preguntara, le diría que estamos perdiendo el tiempo. Cualquiera puede imaginarse que el asesino no estará rondando por el lugar de sus crímenes. Además, ¿de qué sirve examinar a todos los residentes sólo porque sean sospechosos?

—Debe resultarle muy duro —se compadeció Luchin. Lo sabía perfectamente—. ¿Cree que los encontrarán?

—¿Encontrarlos? —El agente enarcó las cejas—. ¿Quién ha dicho que fueran varias?

Había sido un error, pero Luchin no había podido resistirse a una provocación deliberada. Un buen cazador estudia las reacciones de su presa, y San Luchin se tenía por buen cazador. Se obligó a rechazar aquel tentador trofeo.

—Lo siento, supongo que me he confundido. Comprenda, tres cadáveres... —Gesticuló con las manos.

El policía asintió.

—Eso es cierto, pero solo puede haber un asesino lo bastante chiflado como para hacer lo que hizo. —Se quitó la gorra y acarició su pelada cabeza—. Bien, es mejor que prosiga mi trabajo. Buenas noches, señor Jones.

—Buenas noches.

San Luchin se recostó en la puerta después de cerrarla y respiró aquel aire denso y algo reseco. Luchó desesperadamente para dominar sus reacciones. ¡Aún no! ¡Aun no! ¡Aún no! La idea golpeaba su mente y fue calmando poco a poco sus ardorosas emociones. Casi se había rendido a la tentación e incluso había vislumbrado por un instante el resultado. El trofeo cobrado, la inevitable huida, la cacería en que el cazador sería la presa, la lucha de ingenio contra ingenio, habilidad contra habilidad, y siempre estaría presente la tentación de adquirir más y más trofeos. Cerró los ojos y se estremeció ante la orgía mental de placer.

Cuando volvió a abrirlos, San Luchin estaba tan sereno como una masa de hielo.

Los otros habían sucumbido a la tentación y en aquel momento estarían con toda seguridad faltos de una identidad, trofeos y escondites. De hecho, deberían empezar de nuevo con la desventaja del tiempo perdido. Se sospecharía de ellos por cuanto eran extraños en la ciudad...

Él también era un extraño.

La cartera procedía de un nativo al que había encontrado y asesinado con el único motivo de establecer su identidad. El cadáver lo había ocultado en una espesa maleza en las afueras de la ciudad, confiando en la fortuna de que no lo descubrieran e identificaran demasiado pronto. Pero el ambiente de sospecha general que reinaba en aquel momento aseguraba prácticamente que tal cosa sucedería.

El policía había mostrado cansancio, pero aquellos seres eran, a su manera, notablemente eficientes. Recordaría el apellido, el acento extraño, el error de la frase «los encontrarán». Y el recepcionista del hotel empezaría a extrañarse de aquel cliente tan raro que se cerraba en su habitación. Una parte de su mente le decía que se estaba preocupando sin motivo, pero otra parte, la fría y calculadora del cazador que era, le advertía constantemente el peligro de la subestimación. Aún estaba indeciso cuando volvió el agente.

En esta ocasión no llamó: entró sin más en la habitación. San Luchin maldijo su descuido al olvidar cerrar la puerta con llave.

—¿Qué desea?

—Sólo otra pregunta. —La mirada del policía recorrió la habitación—. ¿Dijo usted que había venido a la ciudad por negocios?

—Exacto.

—¿Qué tipo de negocios?

—Soy buhonero. —San Luchin comprendió al instante que había elegido una palabra equivocada—. Vendo cosas.

—Viajante comercial —asintió el agente—. ¿Qué producto vende?

—Bolsos, maletas. —El mismo escondite daba la, respuesta; ¿Satisfecho?

—Por supuesto. —El agente garabateó en su cuaderno—. Una última pregunta —añadió en tono de disculpa—. Habla usted de una forma rara, como si fuera extranjero. ¿Lo es?

—No —San Luchin buscó palabras semánticamente convincentes en el idioma que había adquirido hipnóticamente—. Tengo una dificultad en el hablar, algo desastroso en mi negocio, pero el viajante habitual está enfermo y no quiero perder un contrato. —Advirtió que estaba complicando las cosas aún más de lo que estaban.

—¿El negocio es suyo, entonces? —El policía se dirigió al teléfono de la mesita de noche—. Perfecto, eso facilita mucho más las cosas. Lo comprobaré en su ciudad de residencia y listo. ¿Cuál es el número?

—Lo tengo aquí.

San Luchin buscó en su chaqueta, acercándose más al agente. Ya sabía qué hacer y sintió un profundo alivio. Bien, el trofeo resultaría espectacular y, aún más importante, el juego ganaría, macho en interés.

Se aproximó hacia el policía.

6

Gort advirtió la tensión reinante en la ciudad. La gente se reunía en pequeños grupos y sus miradas recelosas observaban a todos los transeúntes. Las sirenas resonaban en los elevados edificios mientras las patrullas de policía se desplazaban a toda velocidad de un punto a otro. Era muy tarde, casi medianoche, pero todas las luces estaban encendidas y las calles principales brillantemente iluminadas. Gort sabía que, a menos que tomara precauciones, estaba condenado a que le pararan, interrogaran y detuvieran. Masón habría hecho circular su descripción y toda la policía estaría buscándole. Necesitaba tiempo para planear el próximo paso.

El resplandor de las llamativas luces de neón en un restaurante nocturno acabó por

decidirle y Gort se precipitó en el local. No se sintió tranquilo hasta que las puertas se cerraron tras él. El lugar estaba casi vacío. En algunos de los taburetes se sentaban hombres sombríos y mujeres desaliñadas. Tras dar un rápido vistazo, Gort se sentó a una de las mesas. Un camarero, de cara pálida tan arrugada como su delantal, limpió automáticamente la mesa y dejó caer en ella un mugriento menú.

—Café. —Gort contempló el casi desierto restaurante—. ¿Cómo va el negocio?

—¿Se está burlando? —dijo muy serio el camarero—. A esta hora de la noche lo normal es que no quepa un alma. Servimos cenas para gente que ha salido del cine, gente de paso, aves nocturnas, personas que empiezan a trabajar muy pronto... Todos vienen aquí. Y mire ahora. Si la cosa sigue así, lo mejor será cerrar.

El camarero se alejó para pedir el café y Gort aprovechó el momento para examinar el contenido de la cartera robada.

Dinero, no demasiado pero suficiente para problemas inmediatos. Algunos papeles, un carnet de identidad, un distintivo y las cosas triviales que la mayoría de los hombres suelen llevar. El dinero sería de utilidad, ya que todo el que tenía Gort debía seguir en la comisaría junto con su reloj de pulsera, moneda suelta, llaves y otras cosas menos importantes. Todo le era indiferente; podía perderlo, puesto que no se trataba más que de productos locales. Y la cartera podía devolverla más tarde. Alzó la vista cuando el camarero trajo su café.

—Gracias. ¿Qué es lo que ocurre?

—¿No lo sabe? —El camarero estaba demasiado cansado para extrañarse y se alegró de poder hablar—. Hay un asesino que anda suelto. ¿No ha oído hablar de él?

—Trabajo de noche —explicó Gort—. Mi radio no funciona y no he comprado el periódico. ¿Cuáles son las últimas noticias?

—Ha matado a un policía. Le rebanó la cabeza en la habitación de un hotel. —El camarero meneó la cabeza—. No lo entiendo. Cuatro muertes hasta ahora y todas del mismo modo. —Se mojó los labios con un interés morboso—. Cuatro hasta el momento, en distintos puntos de la ciudad, y todos decapitados. ¿Qué demonios querrá hacer con un montón de cabezas? El tipo debe de estar fuera de sus cabales.

—¿En la habitación de un hotel? —Gort se quedó pensativo—. Entonces, deben saber de quién se trata.

—Algún piojoso extranjero, por lo que yo sé. Se escabulló y lo están buscando ahora. —El camarero pasó la lengua por sus dientes—. Tienen una descripción; es un tipo muy raro, y si está por la calle lo cogerán. —Pasó el trapo por la mesa—. ¿Está malo el café?

—Está frío. Pídame otra taza, por favor, esta vez sin leche.

Ya a solas, Gort pensó en lo que acababa de escuchar. Le había extrañado que su huida hubiera causado tal revuelo, pero ahora, recordando la conversación telefónica de Masón, empezó a comprenderlo. Buscaban por toda la ciudad a un fanático asesino, evidentemente el mismo que había creado el problema original, y él se había fugado justo en medio de todo el caso.

El camarero trajo el café solo y Gort se concentró en una profunda meditación.

La pega era que aquella gente fuera tan suspicaz. Se hacía cargo, por supuesto, de que tuvieran que examinar documentos e identificar sobre seguro, pero tal cosa significaba un trabajo laborioso, ya que debían comprobar que toda persona fuera quien se suponía que era. Ni la documentación bastaba; eran más importantes las relaciones personales y, a menos que un hombre pudiera ser identificado por otro, se exponía a un probable y grave problema. Gort poseía un documento, y como capitán Masón estaría a salvo..., excepto en el caso de que la persona que le identificara conociera personalmente al capitán. O bien... No, no tenía ninguna ventaja: toda la policía habría sido informada del robo de los documentos. Gort acarició por un momento la idea de robar los documentos de alguna otra persona, pero la desechó casi al mismo tiempo. La propia preservación era una cosa y el crimen deliberado e innecesario otra muy distinta. Y de todas maneras, no tenía dinero.

Le gustara o no, parecía que estaba forzado a terminar sus vacaciones.

No quería hacerlo, ya que había disfrutado y no sabía si dispondría de una nueva oportunidad para pasar algunos días en aquel planeta concreto. Educativamente no tenía mucho que ofrecer; de hecho, representaba un ejemplo de mundo no civilizado, y, por muy larga que fuese su vida, Gort aún tenía que ver muchos más mundos. El mismo Rhubens, que había estado en la base lunar en los últimos veinte períodos, sólo lo había visitado en una ocasión porque, tal como había dicho, los efectos embrutecedores eran lo bastante serios como para arriesgarse más a menudo. Gort, sentado a la mesa frente a aquel líquido oscuro, podía compartir la opinión de su jefe. Se sentía casi como un estúpido, su cerebro trabajaba con un tremendo esfuerzo y era muy posible que dañara seriamente sus facultades si se quedaba allí demasiado tiempo.

Y ésa era una de las razones por las que la Tierra se hallaba en estricta cuarentena.

El camarero volvió a acercarse a la mesa, quizá buscando una oportunidad de conversar o quizá porque sospechaba algo. Gort se levantó, pagó el café —ni siquiera lo había tocado— con uno de los billetes robados, metió el cambio en el bolsillo y salió a la calle.

Al acercarse a una esquina se le aproximó un hombre, un civil, por fortuna, y Gort se detuvo.

—¿Va usted hacia Edwards and Main?

—No, —Gort conservaba en su memoria un mapa de la ciudad—. A Eleventh and Spring. ¿Por qué lo pregunta?

—Nos estamos reuniendo —explicó el desconocido, señalando un automóvil casi repleto de hombres y mujeres—. Hay calles muy oscuras y es posible que el asesino esté acechando por allí. Si usted vive en esa zona le llevaré a su casa por un par de dólares. ¿Adónde dijo que iba?

—Eleventh and Spring.

—Sara puede llevarle allí. —Se volvió y gritó—: ¡Eh, Sara! ¿Tienes sitio para otro?

—No importa —dijo apresuradamente Gort—: Tengo asuntos que resolver antes de ir allí. Gracias de todas formas.

Se alejó antes de que el desconocido pudiera impedirselo, cruzando la calle y deseando no haber estado tan visiblemente solo. Debía irse de allí, era mejor. Podía coger el metro o el autobús, detenerse en algún lugar aislado y enviar la señal para que una nave viniera a recogerle. Si se quedaba, dejando aparte que la situación fuera excitante, podía verse metido en un buen lío y no deseaba ser reprendido por haber tomado una decisión alocada.

Atravesó varios callejones y fue entonces cuando advirtió que alguien le seguía.

Ya se había acostumbrado a no estar en contacto con la gente que le rodeaba y, por tal razón, al principio no tuvo conciencia exacta de lo que sucedía. Pero luego sí, y apenas pudo creerlo. ¡La persona que le seguía no era nativa del planeta! Se detuvo, permitiendo que su mente obtuviera la máxima recepción, y, pese al efecto de interferencia que ejercía el campo planetario, pudo captar emisiones de otra mente. El individuo, quienquiera que fuese, se había detenido también y contemplaba a Gort con un ansia casi maligna. Por supuesto, no sospechaba que Gort fuera más de lo que aparentaba ser y, además, no se trataba de un Guardián.

Pero Gort no se preocupó por su identidad. Lo más importante era que aquel individuo no tenía motivo alguno para estar allí.

Gort prosiguió su camino, muy despacio, empleando sólo una pequeña parte de su mente en ello, mientras trataba de resolver el misterio. El desconocido que le seguía iba acercándose y, al hacerlo, reveló a Gort su patrón mental. Gort maldijo las peculiaridades de aquel planeta, que le impedían hacer uso de sus facultades. La impresión mental quedó difuminada y oscurecida hasta límites insospechados, y todo lo que pudo captar fue una sensación de odio y furia, un anhelo explosivo, casi enfermizo.

Gort activó su campo de fuerza justo en el momento en que la hoja de cauterización se dirigía hacia su cuello.

La lucha de energía contra energía duró un instante. Brotaron chispas del filo del arma, que se calentó y empezó a humear el atacante, medio aturdido por el choque, dejó caer el arma cuando Gort se volvió. Retrocedió reflejando odio en sus ojos. Gort se acercó y él extraño echó mano a uno de los botones de su chaqueta.

—¡Desconéctalo! —Gort emitió la orden con toda la potencia de su mente, asiendo al mismo tiempo al individuo que estaba frente a él.

Los dos campos de fuerza pugnaron entre ellos. El del Guardián, más poderoso y eficiente, fue imponiéndose. Gort repitió su orden:

—¡Desconéctalo, imbécil! ¡Deprisa!

La respuesta fue un destello de odio seguido por una rápida oleada de miedo. Gort captó impresiones confusas, aflojó su presa y retrocedió. Lo que tenía delante emanaba humo y fuego. El extraño permaneció en pie un instante, en medio de una llamarada. El campo protector, saturado, desapareció, y la llameante figura se convirtió en una masa humeante.

Gort se agachó lentamente y recogió la inservible arma.

La estación terminal del ferrocarril estaba relativamente concurrida, pese a ser de noche, y Gort se sintió muy seguro en la sala de espera, esperando que pasara la noche. Aquella seguridad era muy satisfactoria, ya que tenía muchas cosas en las que pensar. Pero cuanto más pensaba en todo aquello, más desagradable le parecía.

En cierta forma, había sido inevitable. Necesariamente, alguien, en un momento dado, debía encontrar el planeta, aterrizar, echar un vistazo y tratar de aprovecharse de lo que había descubierto. Lo importante es que lo habían hecho sin ser detectados por las pantallas de la base lunar de los Guardianes. Eso era muy grave, pero aún lo era más el rastro de sospecha que los visitantes estaban dejando tras de sí.

Gort suspiró, esforzándose por coordinar sus pensamientos. Habría sido una tarea fácil... en condiciones normales. En tanto que telépata, era un Guardián. Y en tanto que Guardián, era automáticamente un telépata. Pero no había nada normal en aquel planeta. La telepatía no existía. Pugnar por leer las mentes de los nativos era como tratar de leer los pensamientos de una bola de acero. Era imposible. Tal vez se debía al campo planetario único del planeta o a las barreras tras las que vivían los nativos, Gort no lo sabía, pero sus facultades estaban afectadas. Y el hecho seguía allí: su habilidad era inservible, a menos que estuviera cerca de un emisor.

Y existían varios.

Se relajó y cerró los ojos, aparentando dormir, cuando un policía caminó junto a los bancos con una evidente expresión de sospecha reflejada en su rostro. Gort había tomado la precaución de sacar billete para un tren que salía poco después del amanecer, por lo

que tenía un buen motivo para estar allí. Sintió la presencia del agente cuando éste se detuvo y se quedó mirándole. Luego, tal vez satisfecho por el trozo de papel que Gort había colocado en el ala de su sombrero, se alejó.

Las impresiones mentales que había recibido del hombre moribundo habían revelado la presencia de otros seres similares. Cuatro, para ser exacto. Y también una nave, una cita y una hora. Y toda aquella revelación había estado rodeada por una cólera incontenida, por una amarga sensación de reproche ante la pérdida de una apuesta. Este recuerdo confundió a Gort.

Los visitantes del Exterior irían equipados, lógicamente, con campos de fuerza similares, aunque normalmente menos poderosos, al que él llevaba. Estos campos emitían una radiación, siempre lo hacían, que podría ser detectada con aparatos adecuados. Pero Gort no disponía de ninguno, ni tenía la posibilidad de construirlo. Y aunque pudiera hacerlo, le sería prácticamente imposible localizar, acorralar y vencer a cuatro portadores de chaquetas protectoras dotadas de campos de fuerza y que, además, no estaban juntos. La ciudad era demasiado extensa, y Gort, falto de su facultad telepática, se encontraba en una situación de tremenda desventaja.

Gort era como un hombre que dispusiera de un automóvil: podía desplazarse a más velocidad que un caballo..., mientras no perdiera su vehículo.

Abrió los ojos. Un hombre acababa de sentarse a su lado.

—Perdone —dijo el recién llegado. Era un hombre corpulento, de edad madura, y evidentemente asustado—. No pretendía despertarle.

—No estaba dormido. —Gort intuyó que una charla con aquel individuo le haría menos sospechoso. El policía seguía patrullando por la sala de espera—. ¿Está esperando algún tren?

—Sí, y ojalá llegue pronto. —Enjugó el sudor que cubría su rostro—. Me voy de aquí antes de que sea demasiado tarde. ¿Ha escuchado las últimas noticias?

—No.

—El asesino ha vuelto a actuar. Ha matado a otras cinco personas, todas decapitadas. —Se estremeció—. Ya son ocho, en total. O nueve, si contamos al policía. Y aún no lo han cogido. Así es de eficaz la policía.

—Lo atraparán —Gort no lo creía así, pero le pareció conveniente afirmarlo—. ¿Hay alguna pista?

—Han encontrado algunas cabezas. Un muchacho encontró una maleta llena de ellas. ¿Qué clase de hombre puede ir tan tranquilo después de haber hecho una cosa así?

Gort podía responderle, pero sabía que su información no serviría para nada.

—La policía se está volviendo loca —prosiguió el hombre corpulento—. Han disparado contra dos hombres por error y las cárceles se encuentran repletas de sospechosos. —Torció los labios como si quisiera escupir—. O sea, que se están luciendo. Y el asesino sigue cortando cabezas. Pero dicen que ya saben de quién se trata.

—¿Lo saben?

—Sí. Un tipo que se llama Jones. Asesinó al policía en la habitación de su hotel. Al parecer, le vieron y dispararon sobre él, pero mienten... o utilizaron pistolas de agua. No puedo creer que un hombre siga viviendo con varias balas en su cuerpo.

El hombre guardó silencio y miró hoscamente al policía que se aproximaba. Gort esperó a que el agente pasara y se levantó. Todo le resultaba más claro y se maldijo por no haberlo comprendido antes. Masón le había dado la pista fundamental y, además, debía haber supuesto el uso de una hoja cauterizadora cuando había contemplado el primer cadáver. Pero todo había sido tan brusco, tan salvaje, que había perdido el control de sus reacciones. Jamás volvería a sucederle tal cosa; la muerte, por muy horrible que fuera, ya no podía afectarle. Pero habría preferido educarse a la manera normal. El hecho que le había confundido era que, para él, una hoja cauterizadora no tenía nada de anormal, olvidando que era un arma desconocida en el planeta.

Debía detener a los intrusos del modo que fuera.

7

San Luchin estaba disfrutando. Se ocultó en un rincón oscuro del edificio y observó las oscilantes luces de sus perseguidores acercándose vacilantes hacia él. Estuvo a punto de descubrirse, simplemente para comprobar si iban a repetir sus inútiles intentos de matarle, pero su pie rozó la maleta y se resistió a la tentación.

Lo más importante en aquel momento era asegurar sus trofeos.

Los había obtenido siguiendo un criterio de calidad, no de simple cantidad. Y también había sido más inteligente, mucho más que los otros necios que habían cobrado sus trofeos sin prestar atención al momento o a las circunstancias. Luchin se había mostrado muy circunspecto, si se exceptuaba el caso de su última adquisición, una hembra con un peculiar tono rojizo en su larga cabellera. Observó que el cielo iba aclarándose y decidió que era el momento de retirarse a su escondite.

Había encontrado uno, un alojamiento sombrío, maloliente y sucio situado en el barrio más pobre de la ciudad. Un lugar donde, suponía, el dinero robado le concedería la gracia de las pocas horas que necesitaba hasta el momento de la cita. Aguardó a que las oscilantes linternas estuvieran casi encima de él, activó al, máximo su pantalla protectora y abandonó el lugar donde había estado agachado con una velocidad engañosa.

Un hombre disparó desde detrás. Las pistolas rugieron en el reducido espacio que había entre los edificios y las balas emitieron sonidos agudos al rebotar en el campo de fuerza. En veinte segundos, Luchin se plantó en la esquina elegida. Tenía una puerta delante y la abrió fundiendo el primitivo mecanismo. Ya en el interior, insensible a la oscuridad por cuanto sus ojos de gato podían ver en ella, recorrió el edificio, bajó una escalera, subió otra, llegó a una segunda puerta y salió otra vez a la calle habiendo puesto todo un bloque de casas entre él y sus perseguidores.

Volvió a repetir la maniobra, sonriente, satisfecho por haber planeado tan bien la ruta de fuga. Ser perseguido por seres que, aunque no pudieran hacerle daño, revelaban destellos de inteligencia, era para San Luchin algo tan excitante como el mismo momento de cobrar un trofeo. Decidió mentalmente que daría a Heltin una bonificación por sus servicios al haber descubierto aquel planeta. Y volvería, de eso no había duda, con el bagaje de un conocimiento mayor sobre las condiciones locales. El error de esta primera visita había residido en la falta de preparación. Deberían tener un campamento base, algún lugar en el que los cazadores pudieran descansar y planear su deporte, una posición central desde la que los cazadores pudieran lanzarse a zonas distantes y actuar a solas. Cazar junto a otros era muy distinto de practicar en solitario el deporte. Los cazadores tendían a mostrarse demasiado ansiosos, inconscientes de las consecuencias plenas de su precipitación. La rivalidad parecía trastornar su buen juicio. Se tornaban voraces.

Acababa de amanecer cuando San Luchin llegó a su escondite. La desaseada mujer que le abrió no mostró sorpresa al ver la maleta. Para ella se trataba de un ratero que operaba en la ciudad al amparo de las sombras y, naturalmente, la maleta debía de contener el botín. A la mujer sólo le importaba que el huésped pagara y no creara problemas. Ya le había cobrado por anticipado y, en cuanto a los problemas, confiaba en que no se presentaran, aunque en caso contrario no estaba del todo perdida.

La mujer cerró la puerta e indicó la habitación trasera.

—¿Quiere comer algo?

—No, gracias.

San Luchin no deseaba otra cosa más que examinar sus trofeos, pero no se lo podía decir a ella. Contempló aquella cara arrugada, imaginándosela en la pared de su sala de trofeos. Serviría, y aunque tomara la decisión de rechazarla, valdría para ganar la apuesta.

La mujer inspiró ruidosamente y se restregó la nariz.

—¿Sabe algo del asesino? —Sí se estaba burlando, no lo parecía—. He escuchado la radio; da la impresión de que toda la ciudad está loca. —Observó sagazmente a su huésped—. Es un milagro que no le hayan parado por la calle.

—Lo hicieron. —Sonrió torpemente, pero salió del apuro—. Dos veces. Claro que eso

fue antes de... —Hizo un guiño y sopesó la maleta.

—Buen botín, ¿eh? —La curiosidad iluminó sus facciones—. A ver qué hay dentro. —La mujer malinterpretó la vacilación de Luchin—. ¡Oiga, puede confiar en mí! Soy honrada, pregúnteselo a cualquiera de los chicos. Si el material es bueno podría proporcionarle un comprador excelente. —Alargó te mano hacía la maleta—. Vamos a verlo.

San Luchin dejó que la mujer tocara el asa, saboreando la imagen mental de lo que haría ella si llegara a ver el contenido. Pero cuando la vio manipulando la cerradura, apartó la maleta.

—Lo siento, pero esto es privado. —Miró hacia la puerta trasera al oír los apagados sonidos de una conversación—. ¿Hay alguien dentro?

—Dos de los chicos —respondió, sin demostrar ningún enfado por lo que acababa de suceder—. Están jugando a las cartas y bebiendo. ¿Quiere entrar?

San Luchin negó con la cabeza y ascendió las destartaladas escaleras que llevaban a su inmunda habitación. Se sintió sucio al contemplarla, pero no podía evitarlo. La incomodidad personal constituía uno de los placeres de la caza. Y tampoco era eso lo que le importaba. Estaba impaciente por comprobar que sus trofeos no hubieran sufrido daño alguno y aún más ansioso por ver que su colección fuera representativa. Se acercaba el momento de la cita y sólo le quedaba tiempo para una precipitada cacería con el objetivo de ganar la apuesta. Iba a ganarla, no había duda. Conocía perfectamente su propia habilidad.

Cerró la puerta con llave, puso la maleta sobre la cama y la abrió, abandonándose al placer de contemplar su contenido.

Fue transcurriendo el tiempo. Primero, una sensación cálida, que aumentó hasta convertirse en calor. San Luchin se aflojó la chaqueta. Sintió el primer impacto de peligro.

¡Demasiado tarde!

La energía se retorció a su alrededor. Aquella energía contenida en su campo de fuerza protector y que normalmente estaba bajo control, pero no en aquel momento. Desesperado, desgarró sus ropas humeantes. Cuando el margen de seguridad fue alcanzado y superado, San Luchin se convirtió en una antorcha viviente.

Sólo duró una fracción de segundo. Luego, el cuerpo se deshizo. Los ardientes fragmentos de la vestimenta se esparcieron alocados por la madera carcomida y las mugrientas sábanas.

En cuestión de minutos, la habitación fue un infierno de violencia en el que no podía existir nada vivo o reconocible.

Gort pensó que había sido muy inteligente. Observó los desordenados componentes

que había en el banco de trabajo y escuchó, no sin sentirse culpable, los apagados sonidos que brotaban de un armario. Las voces pertenecían al propietario y único empleado de la tienda de reparaciones electrónicas, atado y desamparado después de admitir a su primer cliente. Gort le había paralizado y encerrado antes de cerrar la tienda y ponerse a trabajar.

Al cabo de algunas horas Gort sonrió, orgulloso de lo que había hecho.

Era algo que sólo habría provocado burlas entre los técnicos de la base, pero no podía haberlo hecho mejor. El conocimiento, por muy avanzado que sea, no sirve de nada sin herramientas y tecnología, Gort tenía la noción, pero sólo había dispuesto de materiales irremediabilmente deficientes. Y era un milagro que hubiera triunfado en tales condiciones.

Sobre una gruesa base había dispuesto una masa de válvulas, conductores, resistencias alteradas, transistores modificados, condensadores irreconocibles, y un circuito que habría asombrado al montador más experto. Se trataba de un tipo muy especial de emisor diseñado para una tarea, sólo para una tarea: radiaba energía que provocaría histéresis en un campo de fuerza y lo amplificaría sobrepasando la tolerancia normal. En eso confiaba Gort.

Se quitó la chaqueta, buscó una costura y, con cuidado exagerado, extrajo un hilo delgado y brillante. Lo depositó cautelosamente en una mesa aislada y repitió la operación otras dos veces. Con su propio campo de fuerza privado ya de la fuente de energía, Gort se desnudó, plegó con esmero las ropas y las introdujo en una caja metálica. Conectó a tierra la parte externa de la caja y luego, satisfecho por fin, volvió a recoger los hilos de su chaqueta.

Los conectó con gran delicadeza a su montaje, cuidando de que no se tocaran entre ellos y asegurándolos con herramientas aisladas. Ejecutó toda la operación con la lentitud, cuidado y seguridad que sólo un experto puede exhibir. Pero tembló después de terminar, reaccionando a la tensión sufrida. Esperó un instante, comprobó el montaje y, dando la espalda al banco de trabajo, cerró un interruptor.

La luz brilló a sus espaldas mientras la energía, fluyendo por los conductores del circuito y transmitida en una frecuencia especial, inundaba la ciudad. A su lado, los conductores de tierra de la caja metálica que contenía sus ropas empezaron a emitir un resplandor rojo, luego blanco. Finalmente, se apagaron hasta recuperar su tonalidad oscura. La luz se apagó, y cuando Gort se volvió no pudo reconocer la masa semifundida que estaba sobre el banco.

Una vez vestido, Gort pensó su siguiente paso. La unidad que había construido había funcionado. Cualquier campo de fuerza que no fuera el suyo se habría disuelto en humeante energía. Los visitantes, quienes quiera que fuesen, habrían llevado puestos tales campos y, lógicamente, habrían dejado de existir.

Lo único que quedaba, era la nave.

Gort sabía que la cita estaba concertada para aquella misma noche. El lugar se encontraba en la ciudad, o cerca de ella, pero desconocía su ubicación exacta. En condiciones normales, este detalle habría carecido de importancia. Sus propios detectores, aunque débiles, habrían captado la radiación inmensa de cualquier nave espacial. Pero si el vehículo había evitado con su blindaje la detección de los Guardianes, con más razón evitaría la localización por parte de Gort.

Ceñudo, se sentó en el borde del banco para meditar. La mente agonizante del visitante había visualizado una extensión de terreno confinada en uno de sus extremos por una carretera mal iluminada, y a Gort le dio la impresión de que sería conocida. El eficiente mecanismo de su mente inició la correlación de datos. Cuando volvió a ponerse en pie, Gort sonreía.

Se dirigió al teléfono que había en el mostrador y, después de consultar el listín, marcó un número.

—¿Policía? Quiero hablar con el capitán Masón. Sí, Masón. ¿Qué quién habla? Me llamo Holden. Gort. Holden. Exacto.

Aguardó unos instantes. Los restos del aparato seguían humeando.

—¿Masón? Soy Holden. Quiero que me diga algo. —Gort sonrió al escuchar los ruidos que se oían por el teléfono—. No importa dónde estoy. Siento lo de su cartera. Se la devolveré. El dinero que falte puede cogerlo del que me quitaron en la comisaría. Ahora, escuche. Ese testigo suyo..., ¿dijo que me había visto correr hacia un solar abandonado? —Gort miró enojado el instrumento—. Por favor, no pierda el tiempo. Sé que pueden localizar esta llamada, pero eso no importa. ¿Lo dijo? ¿Sí? Gracias, es todo lo que necesitaba saber. Le veré allí esta noche.

Gort fue a colgar el aparato, pero prefirió dejarlo colgando del cordón. Debían estar localizando su llamada y no deseaba impedirselo. Alguien debía liberar al airado propietario de la tienda.

8

Pasó la tarde en un cine, disfrutando ante la completa tosquedad de los medios de reproducción y maravillándose de nuevo ante el genio inventivo de aquellos seres terriblemente inferiores. Ya era de noche cuando salió a la calle. La gente, temerosa del misterioso «asesino», iba corriendo hacia sus hogares. Un callejón, lo bastante oculto para lo que deseaba hacer, le permitió maniobrar su campo de fuerza hasta vencer la gravedad y elevarse como un globo. Resultaba muy simple dirigirse hacia la escena del primer crimen y, mientras flotaba en la encubridora oscuridad, sonrió al contemplar tas

formas que acechaban en la superficie.

Masón había rodeado el lugar.

Gort no tenía otra cosa que hacer más que esperar. Desconocía la hora exacta de la cita. Sabía que era por la noche y supuso que sería hacia las doce o algo después. En aquel momento eran las dos de la madrugada. Un poco más y habría perdido la nave para siempre.

Una oleada de aire le dio el aviso, confirmado por una ligera oclusión de sus puntos detectores. Descendió suavemente hacia la invisible masa. Penetró en el blindaje exterior y vio el deteriorado casco de la nave.

Heltin abrió la compuerta. Gort estaba fuera, esperando.

—¿San Luchin? —El explorador examinó los alrededores—. ¿Dónde estás?

Gort dio un paso adelante.

—¿San Luchin? —repitió el recién llegado—, ¡Vamos, date prisa! Quiero salir de aquí. —Lanzó una maldición al ver que Gort no se movía—. ¿Qué sucede? ¿Estás herido? ¿Te pasa algo? —Impulsivamente saltó a tierra—. Yo...

Quedó paralizado y se derrumbó. Gort lo cogió y subió rápidamente a la nave. Cuando Heltin recuperó el conocimiento, observó fijamente las camufladas facciones del Guardián.

—¿Qué sucede? ¿Quién es usted? —Heltin se puso en pie—. ¿Dónde están los que dejé aquí?

—¿A cuántos trajo?

Gort empleó comunicación mental. Heltin, conmocionado, cobró conciencia de la situación. Se tambaleó y estuvo a punto de caer. Cuando logró recuperar el equilibrio, sus facciones tenían una peculiar tonalidad verdosa.

—¡Los Guardianes! —exclamó.

—Exacto. ¿Y bien?

—Sólo soy piloto —balbuceó el desesperado individuo—. Trabajo por contrato. Todo lo que sé es que dejé aquí a San Luchin y cuatro de sus amigos, hace tres revoluciones. —Tragó saliva—, ¿Sabe algo de ellos?

—¿Para qué los trajo aquí? ¿Qué iban a hacer?

—No lo sé. —Su resistencia era inútil y Heltin lo sabía. Mentir a los Guardianes, o a un telépata, era perder el tiempo. Volvió al ataque—. Bien, ¿y qué? Me he saltado algunas reglas... Eso no es un gran crimen, ¿no?

—Es suficiente como para que te condenen a un período de inmolación. —Gort hablaba con deliberada indiferencia—. Sabías que San Luchin y sus amigos eran cazadores. Sabías que vinieron aquí a coleccionar trofeos. Sabías lo que esto significaba para los habitantes del planeta. Has roto la cuarentena y, además, has quebrantado la Primera Norma Ética. Supongo que has hecho méritos para inmolación permanente.

—¡No, mentira! —Heltin parecía estar al borde del colapso—. Esos seres no son humanos, tú lo sabes. No he podido quebrantar la Primera Norma, puesto que no he matado ni causado la muerte de un ser humano. —Observó triunfalmente a Gort—. Sabes que digo la verdad. Tú, mente de sanguijuela, debes reconocer eso, y sabes que lo único que he hecho ha sido romper la cuarentena.

Tenía razón. Los habitantes de aquel planeta no estaban considerados técnicamente como humanos y, por lo tanto, Heltin no había quebrantado la Primera Norma. Esta ley abarcaba a especies que respetaran la única y gran exigencia de la federación galáctica: ningún miembro de cualquier especie podía matar a otro. Era la línea divisoria entre lo humano y lo inhumano, entre hombres y monstruos. Por desgracia, los habitantes de la Tierra se encontraban aún en la etapa de los monstruos.

—No puedes hacerme nada —dijo Heltin despreciativamente—. Pasaré algunos períodos de inmolación. ¿Y qué? Adelante, Guardián, acabemos de una vez.

Gort asintió. Su mente estaba muy atareada sopesando extraños conceptos. Heltin era culpable. Pero se salvaría por culpa de una sutileza técnica. A menos que...

Gort dio unos cuantos pasos y advirtió la ligereza del cuerpo que tenía delante. No llevaba ropa protectora. Extendió su mano hacia la compuerta de salida.

—¡Fuera! —ordenó.

—¿Qué? Alto, ¿qué piensas hacer? No puedes hacerme esto...

—¡Fuera, o saldrás hecho pedazos! ¡De prisa! —Utilizó la potencia de su mente y Heltin obedeció, era inevitable. Gort, de pie en la abierta compuerta, arrojó la cartera de Masón hacia el tembloroso hombre—. Bien. Ahora irás hasta esa calle, dejarás la cartera y volverás corriendo.

Era un asesinato. Y, en cierta forma, no lo era. Los Guardianes poseían grandes poderes y estaban autorizados para usarlos a discreción. Si Heltin volvía, sería conducido a la base lunar y de allí a los tribunales. Si no volvía...

Los vigilantes policías habían esperado durante horas y debían de estar cansados. Pero se irguieron ante la visión de una extraña figura que surgía de ninguna parte. Heltin ignoró el primer aviso, se asustó ante el segundo y empezó a correr al oír el tercero. El rugido de infinidad de armas redujo su cuerpo a una masa informe.

Más tarde, ya de camino hacia la base lunar, Gort tuvo tiempo para valorar sus vacaciones. Había salido de una situación difícil sin revelar su origen extraterrestre. Había contenido y castigado la amenaza de una visita no autorizada a un planeta en cuarentena. Había proporcionado datos fiables para explicar la presencia y actuación del misterioso «asesino», haciendo que Masón se sintiera feliz. Se había hecho cargo de la nave, la misma nave que había eludido la detección, y con ello haría que también Rhubens se sintiera feliz. Iban a darle un ascenso, no había duda, y Gort sonrió mientras lo pensaba.

Después de todo, no habían sido unas vacaciones tan malas.

Autorizaciones

Introducción: copyright © 1976 by Mike Ashley; utilizado con permiso del autor y su representante, Cosmos Literary Agency.

Monumento conmemorativo («Memorial»), por Theodore Sturgeon: copyright © 1946 by Street and Smith Publications, Inc., por «Astounding. Science Fiction», abril de 1946. Reeditado con permiso *del* autor y su representante, E. J. Carnell Literary Agency.

Los fuegos internos («The Fires Within»), por Arthur C. Clarke: copyright © 1947 by Temple Bar Publishing Co, por «Fantasy», agosto de 1947. Reeditado con permiso del autor y su representante, David Higham Associates Ltd.

No mire ahora («Don't Look Now»), por Henry Kuttner: copyright © 1948 by Better Publications, Inc., por «Thrilling Wonder Stories», marzo de 1948. Reeditado con permiso del representante del autor, A. D. Peters and Co.,Ltd.

Calidoscopio («Kaleidoscope»), por Ray Bradbury: copyright © 1949 by Better Publications, Inc., por «Thrilling Wonder Stories», octubre de 1949. Reeditado con permiso del representante del autor, A. D. Peters and (o., Ltd.

El hombre: cómo servirlo («To Serve Man»), por Daraon Knight: copyright © 1950 by Galaxy Publishing Corporation, por «Galaxy Science Fiction», noviembre de 1950. Reeditado con permiso del representante del autor, E. J. Carnell Literary Agency.

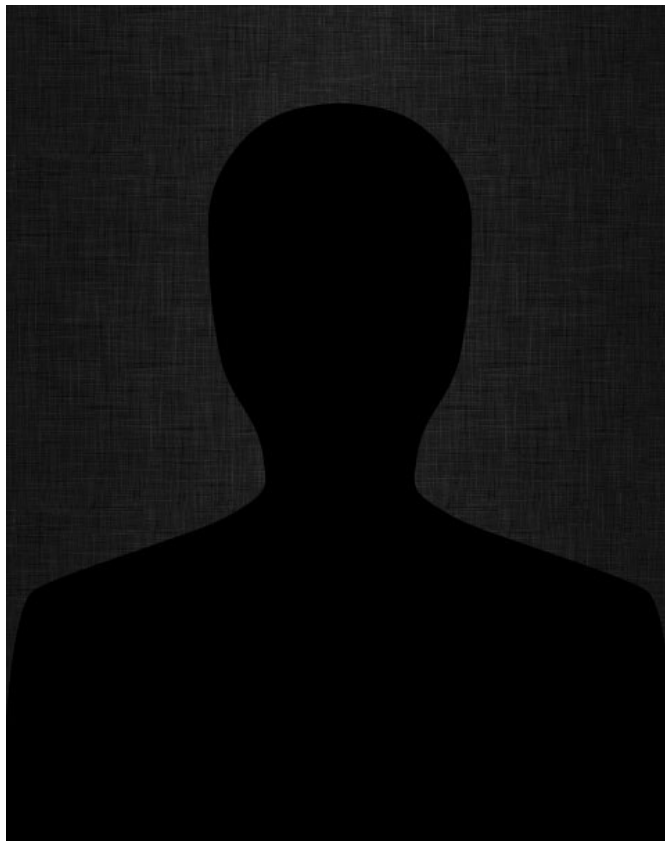
¡Cuidado, terrestre! («Earthman, Beware!»), por Poul Anderson: copyright © 1951 by Fictioneers Inc., por «Super Science Stories», junio de 1951. Reeditado con permiso del representante del autor, John Farquharson Ltd.

Vuelan muy alto («They Fly so High»), por Ross Rocklynne: copyright © 1952 by Ziff-Davis Publishing Co., por «Amazing Stories», junio de 1952. Reeditado mediante acuerdo con Forrest J. Ackerman.

El último día («The Last Day»), por Richard Matheson: copyright © 1953 by Ziff-Davis Publishing Co., por «Amazing Stories», mayo de 1953. Reeditado con permiso del representante del autor, A. D. Peters and Co., Ltd.

¡No tocar! («Hands Off»), por Robert Sheckley: copyright © 1954 by Galaxy Publishing Corporation, por «Galaxy Science Fiction», abril de 1954. Reeditado con permiso del representante del autor, A. D. Peters and Co.,Ltd.

La apuesta («The Wager»), por E. C. Tubb: copyright © 1955 by Nova Publications Ltd., por «Science Fantasy», noviembre de 1955. Reeditado con permiso del autor y su representante, E. J. Carnell Literary Agency.



NOMBRE DEL AUTOR. Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero. Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie. Phasellus vitae elit in eros ornare tempor quis sed sapien. Aliquam eu nisl placerat mi scelerisque semper. Pellentesque habitant morbi tristique senectus et netus et malesuada fames ac turpis egestas. Nulla aliquam, turpis in volutpat tincidunt, nisl ipsum ultrices augue, eu pretium sapien lorem non nibh. Vestibulum accumsan placerat scelerisque.

Notas

[1] En el volumen número 19 de esta misma colección. (Nota del Editor). <<

[2] «Pulcra»: no especializada en ciencia ficción, (N. del T.) <<

[3] Vease el volumen 19 de esta misma colección.(Nota del Editor.)<<

[4] Publicado en el volumen número 19 de esta colección. (Nota del Editor.) <<

[5] Publicado en el volumen número 20 de esta colección. (Nota del Editor.) <<

[6] Publicado en el volumen número 32 de esta colección. (Nota del Editor.)<<

[7] Palabra francesa formada como acrónimo de fanatique y magazine, da nombre a las revistas editadas por y para fans sobre temas que son de su agrado. (Nota del Editor.)<<

[8] Publicado en el volumen número 17 de esta colección. (Nota del Editor.) <<

[9] ESP: *extra-sensory perception* (percepción extrasensorial. (N. del T.) <<

[10] Publicada en esta misma colección bajo el título *En la arena estelar*. (Nota del Editor.)<<

[11] Publicada en esta misma colección. (Nota del Editor.) <<

[12] Publicada en esta misma colección. (Nota del Editor.) <<

[13] Publicada en esta misma colección bajo el título *Titán invade la Tierra*. (Nota del Editor.)<<

[14] Publicada en esta misma colección. (Nota del Editor.) <<

[15] Que concede gran importancia a la exactitud científica o tecnológica. (N. del T.) <<